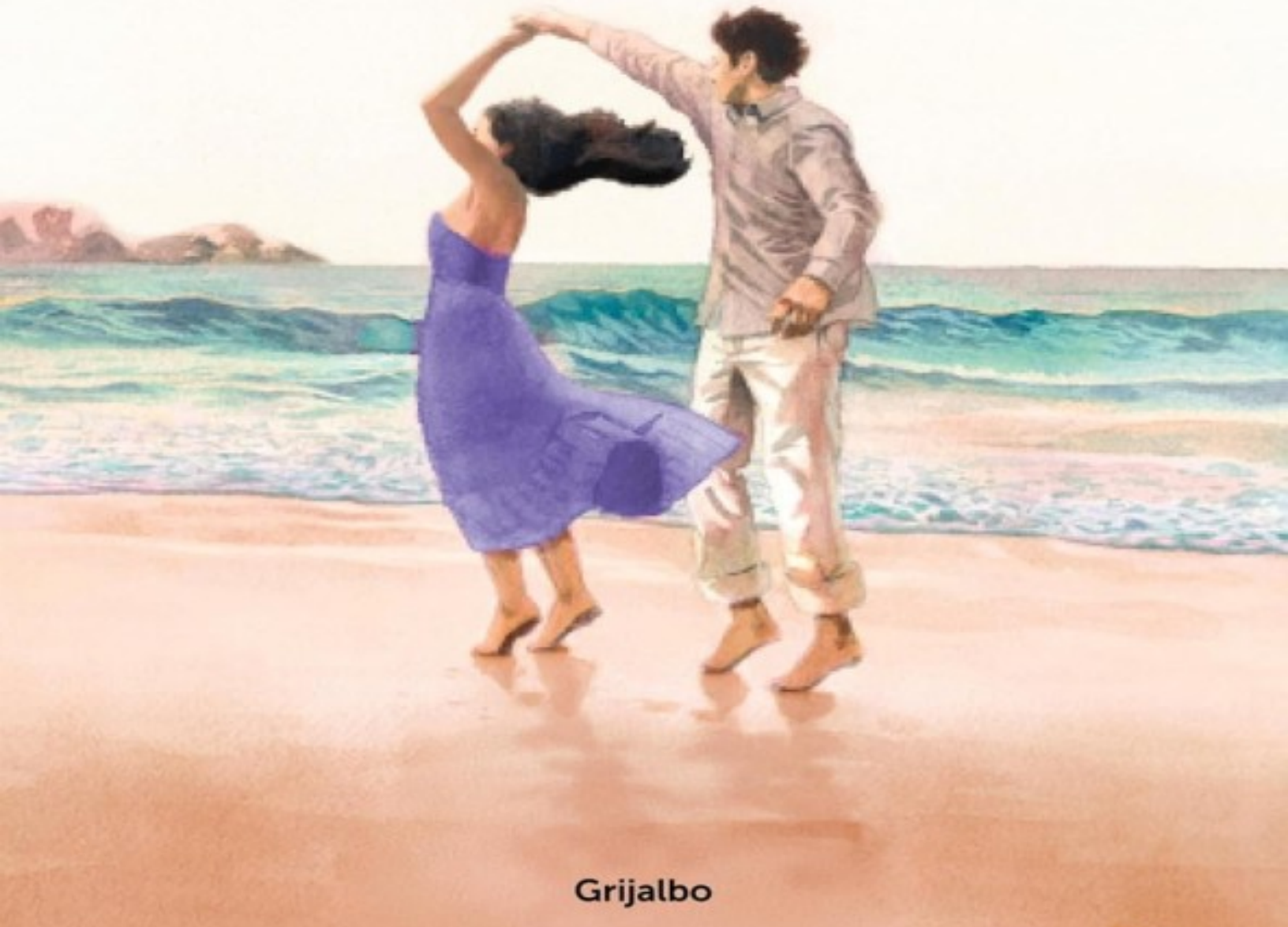
PAULA VEGA

Revolución



Grijalbo

PAULA VEGA

Revolución

Grijalbo

A quienes siguen creyendo que el Amor
es la única revolución
capaz de cambiarlo todo

Donde no hay amor, pon amor y sacarás amor.

SAN JUAN DE LA CRUZ

La música es parte importante de esta historia.
Estas son las canciones que me han inspirado mientras escribía, y que podrás encontrar en la novela.
El QR te llevará a una *playlist*
donde puedes escucharlas todas.

Huracán, Hakuna Group Music

Olor a Tostadas, Hakuna Group Music

Un Segundo, Hakuna Group Music

Bendito Baile, Javier Portela

En medio del fuego, Hakuna Group Music

Baila y Déjate de Historias, Hakuna Group Music

PRIMERA PARTE

Primer paso

1

IKER

1 de mayo de 2025

El agua de la piscina danzaba bajo la cálida luz de la luna con una serenidad insultante. Se hallaba tan en calma que casi parecía estar burlándose de mí. Porque si alguien hubiese observado desde fuera, habría dicho que la paz reinaba en cada rincón. Pero en mi interior, en cambio, todo estaba roto.

El corazón me golpeaba el pecho y las seis cervezas que había tomado no conseguían apagar el incendio que sentía. Más bien lo avivaban, como si cada trago echara gasolina ahí, justo donde más me dolía.

Clavé los ojos en el fondo de la piscina. Mi móvil dormía, boca abajo, soltando burbujas desde el lugar al que lo había lanzado hacía un momento. Si seguía vivo o no, no me preocupaba lo más mínimo.

—¡Maldito Javier! —escupí en voz alta, como si las encinas del jardín fueran a responderme.

Juraba que si algún día tenía el valor de matarlo, lo haría. Se había encargado de quitarme lo único que me importaba. La única razón que tenía para seguir respirando en este mundo de mierda.

Javier. Su nombre me envenenaba. El despacho carísimo, la sonrisa ensayada, la voz lenta con la que se permitía explicarte tu propia vida sin que nadie le hubiera preguntado. «Entiéndelo», me decía constantemente.

—¿Entender el qué, idiota? —murmuré con los puños apretados.

Me incorporé tambaleándome y se me escapó una risa amarga al ver que a duras penas me mantenía erguido.

«Mírate, Iker, eres un despojo humano».

Un despojo incapaz de sostenerse a sí mismo.

Bajé la vista hasta el botellín que tenía entre las manos. Lo irónico era que ni siquiera me gustaba el alcohol, pero al menos conseguía mantener el dolor adormecido. O eso me empeñaba en pensar.

«Quizá ella está mejor sin mí».

El pensamiento se coló sin permiso y la duda me apretó el pecho. Como un puñal clavado en la caja torácica. ¿Y si de verdad estaba mejor sin mí?

Lancé el botellín contra la pared blanca del fondo y estalló en mil pedazos. Una parte de él me empapó la mano, el brazo y la camiseta; el resto resbaló hasta las baldosas dejando una mancha sucia y un reguero pegajoso tras de sí. Me dio igual. Si la casa entera se venía abajo, me resultaba del todo indiferente.

Ya no tenía corazón, ni alma, ni vida. Solo ruido. Desde aquel 17 de noviembre. Un zumbido que no me permitía pensar con claridad. Porque ¿para qué sirve vivir si lo único que eres capaz de sentir es amargura, tristeza, desesperanza? ¿Para qué vivir si lo que te mantenía a flote te ha sido arrebatado?

Caminé hasta el borde de la terraza. Era noche cerrada y la sierra de Madrid se desplegaba limpia, bonita, intocable. A lo lejos, se

divisaban los puntos de luz parpadeantes que conformaban las casas, jaulas de cristal para ricachones insoportables. Una postal perfecta de una vida en la que ya no encajaba la mía, y me alegraba. Al fin y al cabo, el dinero era solo una ilusión. Llegado el momento, ni un millón de euros en el banco podría salvarte.

—¡Todos os vais a morir, cabrones! —grité con la voz quebrada.

Un motor lejano, un grillo testarudo, el vaivén de las hojas como única respuesta. Por lo demás, absoluto silencio. El mundo seguía girando, sin importarle si yo continuaba en él o no.

Me quedé quieto, con los pies descalzos clavados en el pavimento, escuchando mi respiración rota y torpe. Olía a cloro y a dama de noche, tozuda superviviente, aunque llevaba meses sin regarla. En ese momento me pregunté si habría alguien ahí para mí. Alguien capaz de mirarme sin apartar la vista y recordarme que la vida todavía podía ser bonita. Que aún quedaba esperanza. Que cada día era un regalo. Alguien que se creyera esas tonterías con la suficiente fuerza como para no hacerme dudar.

Me pasé la mano por la nuca y me di cuenta de que tenía los dedos pegajosos, manchados de sangre. Imaginé que me habría cortado con algún cristal. Y aun así, la anestesia del dolor me dejaba como de piedra. Podrían atropellarme o despellejarme vivo y seguiría sin sentir nada.

Entonces algo me acarició el alma. Una idea con un sabor amargo.

«Podría saltar».

Sí. Podría hacerlo. ¿Quién me lloraría? Nadie. Bueno, muy pocos.

Tan solo sería un segundo. Un fogonazo. Y luego…, la oscuridad plena que significaría silencio, descanso y final.

Miré al cielo. Pocas estrellas, heridas por la maldita contaminación de la que mi madre tanto se quejaba. De niño había visto el cielo de Navarra. Aquello sí que era un espectáculo. Solíamos hacer acampadas en el jardín para contemplar las constelaciones mientras compartíamos risas y confidencias.

El corazón se me retorció y, sin darme cuenta, una lágrima me cruzó la mejilla.

Tal vez ese podía ser el último recuerdo de mi existencia. No el golpe, la sangre o los días de hospital. Las noches estrelladas en Navarra. Un cielo tan desbordado de luz que parecía decirme, sin palabras, que había algo más grande que nosotros.

¿Lo había?

¿Un cielo? ¿Un infierno? ¿Un ser superior mirando desde algún palco sentado? Porque, si existía, debía de andar riéndose de mí a carcajadas, el muy cabrón.

—Si estás ahí, dime algo —susurré, agarrándome a un último clavo ardiente de esperanza—. Lo que sea.

Nada. Silencio absoluto. Justo como aquella vez.

Esperé unos segundos más, por si acaso. Incluso cerré los ojos, para ver si funcionaba mejor. El vacío, la nada, me golpeó en el último ápice de esperanza que había albergado. Entonces solté una carcajada al aire. Definitivamente, no había nadie.

Desde fuera debía de parecer un verdadero estúpido, hablando solo. Autodiálogo. Rumiación. Ideas de muerte. Insomnio. Abuso de alcohol. Podría escribir mi historia clínica con los ojos cerrados y, sin embargo, no lograría curarme.

—Estás solo. Completamente solo —me dije a mí mismo.

Soledad, de eso se trataba. Una soledad que congelaba el corazón.

Me incliné un poco más sobre la barandilla y la agarré con fuerza. Las piernas me temblaron y un escalofrío me subió por la espalda. El vértigo se abrió bajo mis pies como una boca negra, hambrienta.

Solo serían unos segundos. Luego todo estaría bien.

«Ella estará bien».

Suspiré. Podía hacerlo. Bastaba la valentía para dar un solo salto.

—Solo unos segundos… —musité antes de tragar saliva.

Entonces se levantó una ligera brisa, como un susurro cálido. Duró apenas un instante, pero fue suficiente. El viento —o lo que fuera— movió un carrillón que mi padre había colgado en una de las ramas del limonero, muchos años antes. Los tubos chocaron suavemente y dejaron escapar tres notas torcidas.

Fue… ruido. Simple ruido. Pero bastó para que algo cediera por dentro y una imagen se colase: ella riéndose por una tontería y mirándome como si yo fuera invencible.

Se me aflojaron los dedos y parpadeé. Acto seguido, me retiré de la barandilla, asustado, y el mundo se me vino encima. Primero un nudo en la garganta. Luego el temblor en la mandíbula. Después acudió todo lo demás: el llanto entero, bruto, sin medidas. ¿Qué había estado a punto de hacer?

Me dejé caer de rodillas y las baldosas me arañaron en el aterrizaje. Apoyé las manos y me quedé ahí, respirando mal y, a la vez, tragando polvo, cerveza derramada y un poco de sangre. El pecho hacía amagos de galopar y no llegar a ninguna parte. Intenté recordar alguna técnica para manejar la ansiedad, pero estaba completamente ido.

Lloré como no había llorado en meses. Incluso se me escapó un gemido convertido en grito. Nadie lo oyó y, por un instante, agradecí la soledad que me impedía tener que fingir.

No sé cuánto tiempo estuve así. Un minuto. Una hora. Media vida, quién sabe. Acabé levantando la cabeza. No porque me sintiera mejor, sino porque algo me decía que ya no me quedaban lágrimas. La cabeza me latía como si tuviera un mono dando martillazos desde dentro. Pum. Pum. Pum.

Cerré los ojos. La imagen de ella se me metió en las entrañas. No podía rendirme. No podía abandonarla así.

«Necesito salir de aquí».

El silencio volvía a cerrarse sobre mí, enseñando los dientes, y supe que, si permanecía en aquel lugar un segundo más, terminaría devorándome. Me puse en pie como pude, movido por una fuerza que no entendía y que tampoco intenté comprender.

Rebusqué las llaves del coche en el cuenco de la entrada y salí a trompicones. Crucé la rampa del garaje con la cabeza baja, evitando pensar en lo que estaba a punto de hacer. Llevaba seis meses sin tocar un volante. El mero hecho de imaginar mis manos sobre él bastaba para que el pánico me trepara por la garganta.

Mi Range Rover Sport me esperaba inmóvil y me recibió con ese olor a nuevo del que antes habría presumido, pero ahora me revolvía el estómago hasta rozar la arcada.

—Respira, Iker —me dije en voz alta—. Venga, respira.

Arranqué. La radio saltó sola y la apagué de un manotazo; hacía meses que no escuchaba música. Entonces puse rumbo al único lugar que aún podía considerar seguro, donde no me juzgarían por mis pensamientos, sentimientos o decisiones estúpidas.

Entre los ojos hinchados del llanto y la cogorza que llevaba, el camino se volvió una prueba de obstáculos interesante: señales que no procesaba, cruces que me pillaban tarde, frenadas a destiempo. Tuve que evitar un coche que bajaba la avenida y el cinturón me sujetó del hombro. El otro conductor gritó algo que no alcancé a oír.

Seguí. El ataque de ansiedad me abrazaba como las garras de un animal resistiéndose a soltarme. Tragué saliva una y otra vez, como si eso bastara para poner orden dentro. Tosí. Casi vomité. Me contuve mordiéndome la lengua hasta notar el sabor metálico de la sangre.

Mi destino estaba a solo cinco minutos, bajando la suave pendiente hacia la zona baja de La Moraleja. Todo allí respiraba lujo: urbanizaciones de chalets blancos, jardines impecables y comercios selectos donde el pan se vendía a siete euros y las velas olían a esencias imposibles traídas del desierto. Ni siquiera sabía qué hora era; no había ni un alma por las calles.

La dirección a la que me dirigía estaba en una de esas rampas imposibles. De críos nos dejábamos media vida subiéndola en bicicleta, solo para después lanzarnos cuesta abajo alcanzando velocidades impensables, sin preocuparnos por los dientes ni por la gravedad.

Detuve el coche en mitad de la pendiente, desierta a aquella hora. Me bajé deprisa, con el motor aún encendido y sin molestarme en mirar la palanca de cambios. Al salir del vehículo, me golpeé la rodilla, ya dolorida de antes, pero ni siquiera me inmuté.

Me acerqué a la puerta de metal y una luz se encendió, detectando mi presencia. Busqué mi móvil en los bolsillos durante un rato, hasta que recordé que dormía en el fondo de la piscina desde

la maldita llamada con Javier. Así que no me quedaba otra opción que gritar.

Porque llamar al portero no fue una idea que se me pasara por la cabeza.

—¡Álvaro! —grité, ronco, y la voz se me quebró a la mitad—. ¡Álvaro!

Un perro ladró en un balcón y alguien golpeó el marco de una ventana pidiendo silencio. Hice caso omiso.

—¡Álvaro!

Al cabo de un rato, escuché unos pasos y la gigantesca puerta de la entrada comenzó a abrirse. Álvaro apareció delante de mí con un pijama absurdo de pingüinos y unas chanclas de goma azul que resonaban al andar. Tenía el pelo revuelto y las gafas torcidas y, aun así, me miró como si el desastre con patas fuera yo. Probablemente sí.

—Iker, tío, ¿qué cojones…? —alcanzó a decir, antes de que yo me derrumbara.

Álvaro me agarró de los hombros rápidamente. Quise hablar, pero solo salieron sollozos. Al parecer, sí que me quedaban lágrimas.

—Eh, eh, mírame —me dijo, con la seguridad de haber pasado por esto antes—. Respira conmigo. Mano en pecho. La otra en barriga. Vamos, así. Uno, dos. Uno, dos. ¿Me oyes?

Intentó colocar mis manos en el lugar correspondiente para controlar el ataque de ansiedad, pero yo lo tenía agarradísimo del cuello del pijama.

—¿Has venido conduciendo? —preguntó—. Dime que no has venido conduciendo en este estado, por el amor de todos los dioses.

—La he perdido, tío —escupí—. La he perdido, Álvaro.

Se me doblaron las rodillas. Él me sostuvo con un brazo mientras con el otro me daba un golpe seco en el hombro, mezcla de abrazo y regañina.

—No digas gilipolleces. Mírame. No digas eso. Seguro que todavía hay algo que podamos hacer. —Y luego, tras unos segundos, continuó entre dientes—: Eres imbécil, tronco. Conduciendo así… ¿Y si te matas? ¿Y si matas a alguien?

Intenté respirar. De verdad. Pero algo se movió, lo vi por el rabillo del ojo, y la cabeza se me giró sola.

—¿Has puesto el freno de mano? —preguntó Álvaro, sin soltarme.

Abrí la boca, pero no salió ninguna palabra. El coche dio un pequeño suspiro, avanzando levemente.

—Tío…, ¿has puesto el freno?

El coche se deslizó otro centímetro. Luego otro. El motor ronroneaba en punto muerto mientras la pendiente empezaba a tirar de él. Me zafé de los brazos de Álvaro y avancé un paso, dispuesto a alcanzarlo. A frenarlo. ¡O a hacer algo! Como si mis manos pudieran detener una tonelada de metal.

—¡Iker! —gritó él.

De repente, la gravedad demandó más protagonismo. El coche empezó a deslizarse de verdad. Lento, pero decidido. Golpeó el bordillo, rebotó y se encaminó hacia la persiana del restaurante de lujo que había donde terminaba la calle.

El tiempo se volvió raro. Los pingüinos de su pijama moviéndose. Los perros entonando una canción extraña. Las luces de los faros deslumbrándome mientras llegaban al final de la cuesta.

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda! —repetía Álvaro, bloqueado totalmente y llevándose las manos a la cabeza.

El morro del coche besó la persiana con un golpe seco y el cristal estalló. La alarma del restaurante tardó apenas una décima de segundo en reaccionar con un aullido agudo y un destello rojo parpadeando sobre la puerta. Unos instantes después, se sumó la de mi coche, más chillona y desagradable. Las luces de las casas comenzaron a encenderse de golpe.

El vehículo quedó encajado, con un hilo de humo saliendo del capó. Álvaro me miró a mí, miró el coche, miró el restaurante y me volvió a mirar con cara de «esto no está pasando».

Tragué saliva tan fuerte que me dolió. El aullido de la alarma me taladraba al ritmo del corazón. De nuevo, pum, pum, pum.

—Tío… —dije, con la voz rota—. La hemos liado.

Me quedé quieto, con los brazos caídos y la boca abierta, pensando que era la segunda vez que lo conducía. Y eso, de pronto, casi me hizo reír.

Y, mientras el aullido nos envolvía, me di cuenta de que estaba respirando.

Uno, dos, tres. Inexplicablemente, respiraba.

No era paz, pero sí una rendija. Como si, en mitad del desastre, alguien —o algo— hubiera puesto el dedo justo donde se me abría la grieta para que no terminara de romperme.

2

SORA

Abrí los ojos dos segundos antes de que sonaran los dos despertadores al unísono. El de Cris entró a matar con *Pink Venom*; el mío reprodujo *Stay*, una balada de esas que te abrazan desde dentro. Las dos eran de Blackpink, pero cada una con su propio matiz.

—*For God's sake*, apaga eso… —se quejó mi amiga, con la voz ronca.

Tenía media cara hundida en la almohada, el rímel corrido y un rastro de purpurina en la mejilla brillando todavía con intensidad.

Me apoyé en su espalda para alcanzar los móviles y silenciarlos. Ella gruñó, abrió un ojo y se dio la vuelta para seguir durmiendo. Cris no era una *morning person* —como ella decía—; a mí, en cambio, las mañanas me organizaban el corazón.

—¡Arriba! —canturreé, incorporándome para hacer un bailecito de victoria.

El sol entraba a raudales por la ventana, como si alguien hubiera descorrido el verano de repente.

Anoche llegamos irresponsablemente tarde: cumpleaños de Yara, del equipo de baile, conga a todo trapo con desconocidos y soplo de velita clavada en una porción de pizza de dos euros. ¿Dormimos

cuatro horas? Con suerte. Pero me parecía una forma estupenda de darle la bienvenida al verano.

Paseé la mirada por el cuarto. Encima de la silla del escritorio estaba la ropa de anoche, arrugada. Al lado, las maletas para el campamento que, con previsión, habíamos dejado listas antes de salir.

«Tengo veintiún años. Me queda un curso para terminar la carrera. Y hoy empieza el verano que puede cambiar mi vida».

Me toqué el colgante. Una pequeña concha marina de oro que me regalaron en mi bautismo y que volví a ponerme hace cinco años, después de mi primer campamento. Cuando los nervios subían, era el ancla que me calmaba; el lugar donde todo volvía al origen.

—Mmm… —Cris se desperezó—. Huele a tortitas de Sun-Hee.

Sonreí a la vez que mi estómago rugía; la pizza de anoche ya era historia.

—Cris, este verano va a ser genial —dije mientras me ponía en pie —. Lo presiento. Lo llevas todo, ¿verdad? Cepillo, cargadores, libreta, la *playlist* de viaje.

Necesitaba asegurarme una vez más, porque así funcionaba mi cerebro.

—*Check* —añadió con el pulgar arriba y una sonrisa burlona. Ya estaba volviendo a ser ella—. Por cierto, me pido delante.

—¿Para qué, pillina? —me reí y me tiré encima para hacerle cosquillas.

Ella chilló y se revolvió, pero al menos logré levantarla de la cama.

—Es que es taaan guapo —dijo, exagerando, mientras se sentaba en el borde.

Cris era incapaz de parecer un desastre: mono de lunares, *scrunchie* a juego y el pelo pelirrojo cayéndole en una cascada envidiable. Yo, por el contrario, había dormido con una camiseta roñosa y antigua que me quedaba tres tallas más grande. Quizá por eso, juntas componíamos una armonía perfecta: ella era orden en lo visible y yo, en lo invisible.

—*¡Aigoo!* Demasiado temprano para pecar —exclamé haciéndome la dramática mientras explotábamos en risas y ella me lanzaba un cojín.

Tres golpes rápidos sonaron en la puerta e interrumpieron nuestra alegría.

—Como no mováis el culo, os quedáis sin tortitas. Aviso —se oyó desde el otro lado.

Cris me miró conteniendo la risa y yo puse los ojos en blanco.

—¡Ya vamos, pesada! —respondí.

—Buenos días a ti también, Min-ji… —bromeó Cris—. Tan cariñosa como siempre.

El comedor de mi casa ya se encontraba en modo mañana de sábado. Las ventanas abiertas de par en par mientras de fondo sonaban los Beatles, el grupo favorito de mis padres. La mesa estaba puesta, con un auténtico festín de tostadas, fruta, zumo… Mi familia pretendía despedirnos por todo lo alto. Mi hermana Min-ji ya ocupaba su asiento y pasaba tiktoks casi a velocidad profesional.

Luego apareció mamá, con una fuente de tortitas recién hechas entre las manos, y papá detrás con el café caliente.

—Buenos días, señoritas, vamos a llegar temprano hoy —soltó papá con retintín, haciendo un gesto divertido con los dedos.

—Buenos días —respondimos a coro.

Le di un beso en la mejilla a mamá. Papá se acercó por detrás y me abrazó cual peluche, casi dejándome sin respiración.

—¿Qué tal el cumpleaños? ¿Lo pasasteis bien? —preguntó.

—Uf, súper —entoné con alegría.

—Se nos fue un poco la hora, sí —añadió Cris.

—Se bebieron hasta el agua de los floreros —comentó Min-ji con expresión burlona—. He visto las stories de Yara.

Me plantó el móvil delante de la cara. En la pantalla, una historia de Instagram mostraba a Yara grabándonos mientras nos tomábamos una ronda de chupitos de «un color verde extraño que no pienso volver a tomar».

—Voy a tener que decirle que también te bloquee —la reté, despeinándola y ganándome un manotazo como respuesta.

—Venga, sentaos, que se enfría —dijo mamá, dejando la torre de tortitas en el centro.

Obedecimos sin rechistar y cada uno ocupó su sitio de siempre, incluso Cris.

—¿Quién bendice? —preguntó mamá.

—Yo no —respondió Min-ji rápidamente.

—¡Yo bendije ayer! —exclamé.

—Cris, espero que en tu casa no hagan estos trapicheos en nombre de Dios —rio papá—. Va, me toca a mí. Ya sabéis que mis bendiciones son largas, aviso.

Se aclaró la garganta y la mesa quedó en silencio. Cuando Andrés Alcázar rezaba, el mundo parecía detenerse un par de marchas.

—Querido Papá Dios —empezó, abriendo las manos—. Te damos gracias por este nuevo día que nos regalas y por estos alimentos.

Hoy es un día especial porque estas tres hijas tuyas que se sientan aquí van a dedicarte un mes entero. Y como padre…

Hizo una pausa para mirar de reojo a Cris.

—… y padre adoptivo a ratos de Cris —sonrió—, las pongo en tus manos, una por una. Tú las conoces mejor que nadie: sabes qué les ilusiona, qué les pesa, qué les da miedo y qué las hace brillar.

»Cuídalas si están cansadas y creen que no pueden más. Enséñales a adaptarse cuando el plan cambie, cuando el ritmo del campamento no sea el suyo y tengan que aprender pasos nuevos sobre la marcha. Dales paciencia para acompañar a quien vaya más lento, fuerza para sostener a quien se caiga y humildad para dejarse cuidar también.

Papá levantó la vista y finalizó la bendición, mirándonos.

—Que sepan escuchar antes de hablar, ceder sin apagarse y bailar con los demás, aun si la coreografía no es la que ellas habrían elegido. Y que, en todo lo que hagan, incluso en lo pequeño o cuando nadie las vea, no se olviden de hacerlo contigo y por amor. Amén.

—Amén —respondimos todos.

—Qué bonito, Andrés —dijo Cris, aplaudiendo con devoción—. ¡Estás inspirado!

Sin duda, llevaba el periodismo en la sangre.

—Gracias, papá. —Le mandé un beso desde mi silla, algo emocionada—. Eres el mejor.

Nos servimos el desayuno en un ambiente calmado y alegre. Yo cubrí mi tortita con Nutella y fresas. Cris eligió su mermelada favorita de naranja, que siempre comprábamos para ella. Lo de «hija extra» no era exageración.

—A ver, jefa. —Mamá me guiñó un ojo—. ¿Estás nerviosa?

Tragué saliva y sentí un cosquilleo extraño en el estómago.

—Bueno… —carraspeé—. Un poco. Hemos trabajado tanto que aún no me creo que haya llegado el momento.

—La verdad es que has de sentirte orgullosa, Sora —añadió papá —. Tienes veintiún años solamente y esto puede cambiar las vidas de muchos.

Aquel día no empezaba «otro campamento». Empezaba el proyecto que había imaginado para mi trabajo de final de carrera, ese en el que llevaba años trabajando. Por fin íbamos a pasar del papel a la vida; de los supuestos a las personas reales. Sentí el peso de la responsabilidad hundiéndose en mis hombros.

—¿Cuántos van a ser al final? —preguntó papá, con la boca un poco manchada de chocolate.

—Hemos aceptado a seis —expliqué, cortando un trocito de tortita —. Todos menores de veinticinco, así que espero que puedan encajar estupendamente.

—Y me dijiste que iban por voluntad propia, ¿no? —preguntó mamá—. Quiero decir… que nadie los obliga.

—Diría que es una mezcla entre obligación y elección —respondí —. A algunos les ofrecen varias opciones de servicio y ellos eligen dónde cumplir las horas. El campamento es una más, entre otras tantas.

Me llevé el tenedor a la boca y saboreé la tortita.

—A mí lo que más curiosidad me causa es saber cómo llegan ahí —intervino Cris, con la boca medio llena—. O sea, qué han podido hacer para tener que cumplir servicios comunitarios.

—Ya… —Me encogí de hombros—. Pero esa información no la sabremos.

Estaba claro que a mí también me picaba la curiosidad, pero debía ser fiel a la filosofía de mi propio proyecto.

—¿Y si hay un asesino? ¿Y si nos matan mientras dormimos? —soltó Min-ji, muy seria… durante dos segundos. Lo que tardé en darle una patada por debajo de la mesa—. *Babo-ya*.

Papá nos regañó a ambas de manera cariñosa, tanto que todos acabamos echándonos a reír. Sin embargo, al levantar la vista, me encontré con los ojos preocupados de mi madre, que me observaban con detenimiento.

—Estoy bien —le dije, conocedora de esa mirada.

Y lo estaba.

—No sé… —murmuró—. Siento orgullo, pero también preocupación. Eres joven, cariño, y hay historias muy duras ahí fuera. Hay heridas que no se ven, heridas que van por dentro.

Hizo una pausa, con la mirada anclada en el café. *Eomma* llevaba media vida dando clase en barrios difíciles y había aprendido a leer muy bien a sus alumnos.

—A veces solo miramos el error y olvidamos preguntarnos qué hubo antes —continuó—. Sea lo que sea lo que los lleve a cumplir servicios sociales, puede que no se trate de algo tan sencillo. Es probable que acudan con más vergüenza que ganas. Con rabia, incluso.

Alzó la vista.

—Prometedme una cosa. Las dos.

Miré de reojo a Cris, que asintió enseguida, así que hice lo mismo.

—No os quedéis solo con lo evidente, procurad ir más allá. Hay personas que no encajan porque quizá vienen demasiado rotas, no porque sobren. Y, a veces, lo único que necesitan no es que alguien las corrija, sino que alguien se quede.

Hizo una pausa breve.

—Y recordad esto: la luz de Dios siempre se cuela por las grietas.

Permanecí un rato en silencio valorando sus palabras. Mi madre solía dar pocos consejos, pero cuando lo hacía, sentaba cátedra con su sabiduría.

—Gracias, Sun-Hee —respondió Cris, poniéndome una mano en el hombro—. Y tranquila, vamos juntas. Somos un equipo. Además, están el padre Mateo y la hermana Teresa; nos cuidaremos entre todos.

Tomé aire y lo solté despacio. Sin darme cuenta, había estado aguantando la respiración.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

El cosquilleo nervioso se fue transformando en brisa cálida y fresca que empujaba desde dentro. Podría hacerlo. Por supuesto que podría hacerlo porque no lo haría sola.

—Ah, la hermana Teresa… —dijo papá, relajando de nuevo el ambiente—. Dale un abrazo de nuestra parte. Hace mucho que no viene por Madrid.

Mamá me sostuvo la mirada un segundo más y luego asintió, confiando.

—¿Y tú, Min-ji? —quiso saber Cris—. ¿Cómo afrontas tu primer campamento?

—Min-ji sí que va obligada… —bromeé y choqué los puños con mi amiga.

Meternos con mi hermana era uno de nuestros pasatiempos favoritos.

—¿Os pagan por ser tan pesadas? —resopló.

Y también el suyo, sin lugar a dudas.

En realidad, a mi hermana no la había obligado nadie, pero todos sus amigos iban y, al final, se había visto un poco empujada como algo inevitable. Pero la conocía bien: primero protestaba y luego agradecía.

—Intenta abrirte y disfrutar —le aconsejé, aunque mi hermana nunca escuchaba mis consejos—. Si te dejas llevar, quizá te puede dejar una huella imborrable.

—Hazle caso a tu hermana —dijo papá, señalándome con el tenedor—. Ella también iba arrastrando los pies… y mírala ahora.

—Aquel campamento te cambió la vida —añadió mi madre con una sonrisa—, y contigo cambiamos todos nosotros.

Lo sabía bien.

El portón del maletero se cerró con un golpe sordo y mi madre no se apartó. Se quedó ahí, a mi lado, como si estuviera comprobando algo que no cabía en ninguna mochila.

—Si en algún momento te notas…, ya sabes —dijo al fin, bajando la voz—, me llamas. Da igual la hora.

Asentí y me obligué a sonreír para que se quedara tranquila. Confiaba en que estaba mejor y que no tenía por qué aparecer esa vieja amiga que a veces se colaba sin permiso.

La parroquia se hallaba apenas a diez minutos en coche, un trayecto que podía recorrer con los ojos cerrados. Papá y mamá

charloteaban delante sobre su próximo viaje por Europa, aprovechando que nos íbamos de casa durante todo el mes.

Entonces mi móvil vibró con un tono que solo yo conocía y llevaba meses sin escuchar. El estómago se me encogió antes incluso de mirar la pantalla.

Deseando vivir otro verano contigo

Tensé la mandíbula y le enseñé la pantalla a Cris, que estaba al otro lado del coche. Min-ji, encajada en el asiento del medio, no tardó ni dos segundos en asomar la cabeza.

—¿Quién es? —preguntó, alzando una ceja—. ¿El idiota de tu novio?

Le solté un codazo para que se callara.

A Cris no le hizo falta pronunciar palabra; su mirada me lo dijo todo: «Ni se te ocurra contestarle». Antes de que pudiera reaccionar, mi padre dio un frenazo al descubrir que un sitio se quedaba libre.

Miré la pantalla otra vez, sin poder creer que me hubiera escrito aquel mensaje como si nada. Su foto de perfil era de uno de los días que habíamos pasado juntos en la Warner. Estuvimos tan bien que llegué a creer que quizá, esa vez sí, que David iba a quedarse. Que lo nuestro iba a ser algo más que impulsos y despedidas.

Bloqueé el teléfono y lo dejé boca abajo sobre mis rodillas, como si así pudiera silenciar también todo lo que removía todavía en mí. Estaba dispuesta a no dejar que otro verano llevara su nombre, así que me obligué a no pensar más en él, al menos hasta volver a verle en el campamento.

Lo cual, por desgracia, iba a ser en apenas unas horas.

—¡Chicas, bienvenidas! —nos saludó Mateo desde lejos, levantando la mano cuando nos vio bajar del coche.

Mateo era alto y elegante, con el pelo rubio cobrizo a juego con la barba y una musculatura definida. Era innegable que el apodo de Padre Fitness que le habían puesto todas las chicas de la ciudad tenía su razón de ser.

—Hola, Mateo —saludé con confianza, dándole un abrazo rápido.

Cris hizo lo mismo, aunque un poco sonrojada.

—Mateo, ¿cómo estás? —dijo mi padre mientras se apoyaba en el capó—. ¿Ya te han liberado?

—Por fin, sí —suspiró—. Uno tiene que dejar todo listo para poder desaparecer un mes. Gracias, chicas, por esperarme.

—A ellas les ha venido genial, anoche estuvieron en una fiesta —intervino mamá.

Cris y yo sonreímos de forma angelical. En cuanto supimos que Mateo saldría el último en su coche, nos apuntamos generosamente. No íbamos a perdernos la fiesta de Yara por nada en el mundo.

—O sea que ¿vais a dormir todo el trayecto? —preguntó Mateo con esperanza.

—Ni lo sueñes —reí.

—Un viaje de seis horas con estas tres va a ser interesante —bromeó mi madre, alzando las cejas—. Que Dios se apiade de ti.

—Nada, ahora las pongo a rezar tres rosarios y listo —dijo él, en tono divertido.

—Ya verás la *playlist* que te hemos preparado, Mateo —amenazó divertida Cris mientras hacía un bailecito.

—¡¡¡Blackpink!!! —respondimos Cris y yo a la vez, dando saltitos.

—Pegadme un tiro —pidió Min-ji, que se llevó una mano a la frente—. *Eomma*, papá, ¿de verdad que no puedo irme con vosotros por Europa?

—¡Ni pensarlo! —respondieron a la vez.

Mi padre abrió los brazos hacia nosotras para despedirse. Por supuesto, no faltó la bendición de mamá a modo de cruz en nuestra frente. Les dijimos adiós con una teatralidad exagerada mientras desaparecían por la esquina.

Tras colocar las maletas, Mateo me pidió que me pusiera delante para repasar juntos algunos temas de logística. Reprimí una sonrisa mirando a mi amiga, que se recolocó las gafas de sol dramáticamente y fingió que se le escapaba una lagrimita por la mejilla.

La furgoneta olía a una mezcla imposible de describir: incienso, cera, colonia barata de adolescente, galletas rancias… Estaba trilladísima después de tantos años de eventos y campamentos. De hecho, los jóvenes la usábamos para aprender a conducir porque no había forma humana de estropearla más.

—Vamos, bonita —dijo Mateo dándole unos golpecitos cariñosos al volante—. Llévanos a Cádiz.

Y tras asegurarse de que todas estábamos colocadas y abrochadas, juntó las manos y recitó una pequeña oración de protección antes de arrancar.

—Y ahora… —comentó Cris.

Su móvil se conectó al bluetooth en cuestión de segundos —fatal para Mateo, maravilloso para nosotras— y al instante se oyó el *beep* que lo confirmaba.

—… toca la tradición de cada verano. Empezar con ESTA.

La música explotó en los altavoces. *Bet You Wanna*, de Blackpink, llegó para quedarse. Me dejé llevar por la familiar melodía de la intro.

—Pero luego ponemos alabanzas, ¿eh? —se quejó Mateo, subiendo la voz por encima del ritmo, aunque se le escapó una media sonrisa.

Cris me pasó una botella de agua como si fuera un micrófono profesional y empezamos a gritar la letra, alternándonos los versos y tomando la carretera por escenario.

—¡Vamos, Mateo, que te la sabes!

Le acerqué la botella a la boca y, tras dudar una milésima de segundo, él también se arrancó a cantar en un inglés inventado. Y así, entre gritos desafinados y risas que se escapaban sin permiso, empezó el verano.

El verano que terminaría cambiando mi vida de una manera totalmente inesperada.

3

IKER

Hay unos segundos, justo antes de despertarse, en los que todavía no eres del todo consciente de la realidad, pero tampoco estás dormido. Es una franja mínima, suspendida, donde nada duele.

Esos eran los únicos segundos del día en los que podía ser feliz.

Instantes después, llegaba el golpe. Volvía a sentir el cuerpo. El pinchazo agudo en la espalda. La presión en el corazón. Y con ello, la certeza de otra noche mal dormida y una jornada más sin sentido por delante.

Me desperecé en el sofá, que desde hacía meses se había convertido en mi cama. Era ya bien entrada la mañana y habría seguido durmiendo sin problema si el maldito perro del vecino no se hubiera puesto a ladrar como un cosaco. Algún día iba a secuestrarlo y a hacerlo desaparecer.

Me dolía la cabeza. Había dormido poco, otra vez. Lo último que recordaba era la *play* encendida y yo cayendo rendido con el mando en la mano. Ni siquiera había consultado el reloj. ¿Para qué? Solo servía para recordarme cuántas horas debería descansar una persona normal, y yo no lo era. No desde aquel día.

Había perdido la cuenta de las veces que me había pasado *The Last of Us*. Podía recitar los diálogos de memoria. Álvaro siempre

decía que no avanzara sin él, que las cosas se disfrutaban juntos. Y que para eso seguíamos cumpliendo nuestro ritual de los viernes: pizza, mandos en mano y la misma complicidad desde que teníamos diez años.

Pero a las dos de la mañana, cuando todo quedaba en silencio y los latidos retumbaban en los oídos, hacía falta apagar la cabeza como fuera. El móvil, vídeos sin sentido, la consola. Cualquier cosa servía para no mirar de frente aquella casa, convertida en una pesadilla vívida.

Desde que estampé el coche contra aquel restaurante, un par de meses antes, y todo se complicó aún más, había estado intentando «recuperar mi vida». Si es que se le podía llamar así. Pero lo único que había conseguido era demostrarme que no podía y alimentar la duda en mi cabeza de si alguna vez volvería a sentirme normal.

Retomar la universidad, un desastre. No aguantaba leyendo ni dos párrafos de los densos apuntes de Medicina. Salir a tomar algo con amigos, otro desastre. No soportaba las miradas de lástima. Así que al final solo accedía a ver a Álvaro. Pasear por la naturaleza, casi peor aún. Lo que antes me salvaba se había convertido en una jaula llena de recuerdos feroces.

Por supuesto, también probé a distraerme como se supone que hacen los de mi edad: refugiándome en la noche. Pero ni el alcohol, ni el ruido, ni los besos sin nombre habían conseguido apaciguar el torrente de dolor.

Miré hacia la cocina y me di asco a mí mismo. Más envases de Uber Eats apilados sobre la encimera de los que debería pedir nadie. Sobrevivía gracias a la aplicación porque, total, dinero en el banco me sobraba y no tenía ganas de ponerme a cocinar.

Lo único para lo que tenía un mínimo de energía, si es que se podía llamar así, era para correr. Diez minutos. A veces siete, a veces cinco. Lo que mi rodilla soportaba. Aunque, con cada paso, la sentía rígida y resentida; el recordatorio de que estuve a un centímetro de no volver a usarla nunca. Ni a respirar.

Y aun así corría. Porque durante esos pocos minutos la cabeza se me quedaba en blanco. No pensaba en el coche. Ni en la última mirada.

Clavé la vista en la mesa del salón. Allí, desparramados de cualquier modo, estaban los papeles del abogado y la trabajadora social. Carpetas de colores que intentaban disfrazar lo miserable que era todo esto. Decenas de folios que hablaban de evaluaciones, estrategias para el duelo, pautas para la ansiedad… Algunos informes médicos. Un calendario de citas con un psicólogo al que no pensaba ir. Un círculo en la esquina inferior derecha donde se esperaba mi firma. El número de Javier subrayado en amarillo fluorescente.

—Maldito Javier —mascullé.

Esa frase se había convertido en un mantra que me había ayudado a sobrevivir los días. Todos necesitamos un culpable y yo había decidido que fuese mi tío. Por supuesto, no pensaba firmar nada. Quizá no ganaría, pero no iba a ponérselo en bandeja.

El teléfono sonó de repente, sacándome de mis pensamientos destructivos. En la pantalla apareció Álvaro, en una foto en la que estábamos viendo un partido del Real Madrid, de la época en que todo era más fácil. Salíamos sonrientes. Eufóricos.

Vivos.

Tomé aire y descolgué el teléfono.

—¿Cómo vas? —fue lo primero que dijo.

—¿Cómo que cómo voy? —mascullé, frotándome los ojos y poniéndome en pie—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Tío, ¿me estás vacilando? —Álvaro soltó una mezcla entre risa y suspiro—. Que tenemos que salir para Cádiz hoy. Habíamos quedado a las once y media, ¿no te acuerdas?

—¿Cádiz? ¿Qué dices?

Me quedé en blanco unos segundos. Entonces la información aterrizó en mi cabeza.

—Oh, mierda.

Cádiz. Campamento social de verano. Servicios comunitarios. Coche. Restaurante. Policía.

Todo llegó de golpe y me despertó más que un jarro de agua fría.

—No me jodas, tronco, que estoy yendo para allá con mi madre para recogerte —replicó, exasperado, Álvaro.

«Oh, mierda doble».

A veces pensaba que tenía demasiada paciencia conmigo y que cualquier día me iba a mandar a paseo.

—¡No puedo creer que se le haya olvidado! —se escuchó a Lola al otro lado del teléfono, con su característica voz aguda—. ¡Se lo apunté en el calendario del frigorífico!

—¿Lola? —pregunté con los ojos abiertos mientras me dirigía a la cocina—. ¿Para qué viene tu madre contigo?

Fui directo al frigorífico y, efectivamente, en el calendario imantado estaba escrito en letra bien grande: CAMPAMENTO SERVICIOS SOCIALES. Al lado, una nota pegada con un imán de corazón que decía: «Aprovéchalo, te vendrá bien. Lola». Alrededor, como un decorado colorido, había imanes de diferentes sitios donde

alguna vez habíamos estado: Suiza, Estados Unidos, Japón, Kenia… Una vida idílica que ahora se me antojaba un sueño demasiado lejano.

Cerré los ojos. Lola me iba a asesinar sin piedad alguna.

—Yo qué sé, esta señora dice que quería verte antes de que te fueras —respondió Álvaro.

—Pues claro que tengo que verle. Sois los dos unos desastres con patas —replicó la mujer—. Al menos quiero asegurarme de que salís para allá.

—Mamá, joder, ten un poco de misericordia con el chaval —intentó calmarla, aunque en su tono había un deje de diversión—. Iker, estamos de camino a tu casa y mi madre va a subir a verte. Más te vale estar preparado, lleva ganas de bronca.

Dijo lo último en un tono más bajo, el cual imité para responderle:

—Álvaro, tío, no me apetece nada —murmuré.

—Estrellaste un coche contra un restaurante de lujo a las cuatro de la mañana, estando borracho. ¿Recuerdas? —contestó—. Y yo, como buen amigo, me he inmolado contigo. Así que creo que no hay mucha opción.

Un dolor agudo se instaló en el fondo de mi cabeza.

—Iker, cariño, te preparo la maleta y, si hace falta, te subo al coche de la oreja, pero te juro que este verano acabas en Cádiz aunque tenga que llevarte en brazos.

Se escuchó la voz de Lola más fuerte que antes, por lo que supuse que mi amigo le había acercado el teléfono a la boca.

La imagen era tan nítida que casi me hizo sonreír un poco. Lola exhibía ese tipo de carácter que nacía de la preocupación. Te gritaba

porque te quería vivo. Y, aunque nunca lo diría en voz alta, era lo más parecido que tenía ahora a una madre.

Solté aire despacio.

—Está bien —cedí al fin—. Nos vemos aquí.

—Llegamos en diez minutos —informó Álvaro—. No más, que mi madre conduce como si esto fuera un circuito de Fórmula Uno.

Alcancé a escuchar a Lola replicar algo antes de que colgara el teléfono.

Contaba con apenas diez minutos hasta el asalto a mi casa. Así que, después de unos segundos intentando ordenar mis pensamientos, decidí ir a lo importante: café. Sin eso, no podría sobrellevar el día ni el viaje.

Sin embargo, mi gozo se fue al pozo enseguida. No quedaba ni una gota en la cafetera. Tampoco ni un gramo de café en la despensa. Había pasado los últimos meses convencido de que aquel café de especialidad, de tueste natural, era una fuente inagotable, pero la realidad era otra.

Solté un gruñido. Sin eso, el día prometía ser todavía más horrible.

No tuve tiempo de recrearme en la desgracia y salí pitando hacia la habitación mientras la rodilla protestaba con un pinchazo rápido.

Mi dormitorio seguía casi igual que el día del accidente. Un tono grisáceo en las paredes, muebles blancos combinados con toques de azul marino y una cama doble. El escritorio amplio junto a la ventana, repleto de apuntes y manuales para el examen de Anatomía al que nunca me presenté. Una estantería llena de libros de todos los colores, formas y géneros, que ahora estaban cubiertos por una capa fina de polvo. El tiempo parecía haberse detenido allí dentro.

Abrí el armario y cogí lo que pude al tuntún. Faltaban un montón de prendas, que estaban enterradas en una cesta de ropa sucia desbordada, así que tuve que improvisar. Camisetas ligeras, pantalones cortos. ¿Haría frío? Nunca había estado en el sur, pero, por si acaso, un par de sudaderas. También dos pantalones vaqueros, ropa interior… y las zapatillas de correr, por si podía escaparme. Me sorprendí de que mi cerebro pudiera funcionar para hacer una maleta, pero el huracán Lola ejercía mucha presión.

Ni siquiera tenía claro en qué me había metido. Cuando nos dieron a elegir destino entre varios proyectos por España, le dije a Álvaro que escogiera por mí. Días después apareció con esa sonrisa de «todo controlado» y anunció: «Cádiz. Un mes, con un proyecto distinto cada semana. Playa cerca, gente maja. Te va a venir bien».

Treinta días. Treinta días fuera de esta miserable casa llena de recuerdos dolorosos. Treinta días con la mente ocupada en otra cosa que no fuera yo mismo. Quizá era justo lo que necesitaba.

Mientras lanzaba cosas dentro del neceser y metía algunos objetos en una mochila para tenerlos a mano, me miré un segundo en el espejo. El reflejo me devolvió a un chico de camiseta vieja, chándal, barba demasiado larga y ojeras marcadas.

O en otras palabras… Insomnio mantenido. Descuido de la higiene. Conducta evitativa. Ideación rumiativa. Probable trastorno de adaptación con síntomas depresivos. Manual de primero.

En realidad, parecía más un tipo que huía de algo que un joven de veintitrés años con la carrera de Medicina casi terminada y una herencia millonaria en el banco.

«Aunque, bueno, quizá soy todo eso».

Justo cerraba la cremallera de la maleta cuando sonó el portero.

—Mierda —murmuré, corriendo hacia la puerta para abrirles.

Tardarían dos minutos en atravesar el jardín. Así que, en ese lapso de tiempo, recogí lo que pude para evitar que la bronca de Lola fuera apoteósica. Lo que significaba meter cosas en la basura sin mirar demasiado, cerrar puertas para que no vieran el caos y fingir que el olor a podrido no existía. La pila de platos sucios resultó imposible de abordar.

Cuando sonó el timbre, se me tensó el cuerpo. Respiré hondo, como si eso fuera a servirme de algo, y abrí la puerta.

—Hola —musité, intentando poner una sonrisa.

Lola entró la primera, empujando ligeramente a Álvaro para hacerse hueco. Era una mujer de pelo corto, con uno de esos cortes perfectos que siempre parecen recién hechos. Elegante, con una blusa blanca impecable y unos tacones de aguja tan altos que me dolieron los tobillos solo de mirarlos.

Álvaro, en cambio, levantó un vaso de plástico a modo de saludo.

—Te he traído café —anunció—. Supuse que lo ibas a necesitar.

—Gracias, tío —respondí tomando en las manos el *iced* americano que reconocí de una cafetería cercana a su casa—, por eso eres el mejor amigo del planeta.

Si pensaba en Álvaro de críos, siempre me venía la misma imagen a la cabeza: un enano rubio, con gafas más grandes que su cara, plantado delante de mí con algo entre las manos justo cuando lo necesitaba. Un balón. Un lápiz. Una goma. Ahora, un café.

Lola había entrado hasta la cocina con el tintineo de los tacones marcando cada paso y se había quedado allí, en medio del desastre, con los brazos en jarra. Mamá siempre decía de ella que se trataba

de una mujer de armas tomar. Por cómo observaba mi cocina, entendí perfectamente a qué se refería.

—Iker, por favor —pronunció las palabras despacio, como si no quisiera echarme la bronca—. La casa está hecha un desastre. No puedes seguir así.

Abrí la boca para responder, pero no me salió nada. ¿Qué iba a decirle? No le faltaba razón.

—Tienes ya veintitrés años —prosiguió—. Sé que has sufrido un trauma horrible, pero te sigues poniendo piedras a ti mismo para no dejar de hundirte.

Me pregunté si de verdad hacía eso. Si me había acomodado a vivir en la tristeza.

Mi amigo se acercó por detrás de ella, gesticulando algo así como un «te avisé».

—Ya sois adultos hechos y derechos. Y Álvaro, te estoy viendo —advirtió a su hijo con cara de pocos amigos—. Os vais a Cádiz no porque hayáis sido ciudadanos ejemplares, sino porque tenéis que cumplir con los servicios sociales por haber infringido la ley.

—A ver, técnicamente yo solo estaba presente y decidí ayudar a un amigo —comentó Álvaro, burlón. Intentaba quitarle hierro al asunto—. ¿Eso no debería contar como algo positivo?

—¡No te atrevas a sacarme el tema! —Lola puso los dedos en la sien, procurando calmarse—. A ver cómo repercute esto en tu reputación laboral.

—¿No decías que tu jefe lo sabía? —pregunté, encogiéndome de hombros.

—Sí, pero mi madre asegura que mi jefe es un payaso.

Los dos nos echamos a reír, lo que exacerbó aún más a Lola. Odiaba profundamente que su hijo, el brillante atleta, hubiera acabado trabajando en una start-up que desarrollaba una aplicación para reconocer las constelaciones en vez de ser tenista. Era un tema tabú que no superaba.

—Por Dios —se quejó, exasperada.

—No creemos en Dios, mamá —apostilló Álvaro, divertido.

Lola dio un golpe en la encimera que hizo que ambos nos callásemos. Mejor no provocar más al huracán porque podíamos salir escarmentados.

—Bueno, será mejor que nos vayamos —musitó mi amigo—. La abuela nos espera para comer.

Mi mente iba poco a poco encajando las piezas, como si estuviera despertando de un sueño. Teníamos que estar mañana en Cádiz para empezar los servicios sociales, pero Lola había obligado a Álvaro a hacer una parada en casa de su abuela, en un pueblo de Córdoba que nos quedaba más o menos de camino. Dormiríamos allí esa noche para poder llegar temprano al día siguiente.

—¿Has firmado los papeles ya? —continuó Lola, ignorando a su hijo—. Ayer me llamó Javier.

Apreté los labios en una fina línea. Los malditos papeles. El maldito Javier.

—Ya te dije que no pienso firmar —le recordé—. Y que conste en acta, también se lo dejé claro a él.

—Me ha contado que, cada vez que se pone al teléfono, le cuelgas.

—Porque no tengo nada que decirle.

Cogí la maleta y me eché la mochila al hombro en un intento de largarme de allí y no hablar más del tema. Estaba convencido de que, si lo ignoraba, acabaría resolviéndose solo por arte de magia. O al menos de eso quería convencerme.

—Cielo. —Su voz se suavizó y tomó un tono más maternal—. No puedes ir a juicio. ¿Sabes el dinero que te vas a gastar? ¿Eres consciente de lo que va a suponer para ti a nivel mental? Javier es una de las personas con más poder que conozco. Se convertirá en una escabechina y te destrozarán.

—No voy a abandonar sin haber peleado —respondí firme—. Se lo debo.

—Al único al que le debes algo es a ti mismo —sentenció—. Te debes ser feliz. Recuperar tu vida. Terminar tu carrera y convertirte en uno de los mejores médicos de este país. ¿No crees que así la ayudas más? ¿No crees que es lo que ella querría?

Apreté las manos contra la correa de la mochila.

—Tú no sabes lo que ella quiere —respondí, aunque se me quebró la voz—. Y estoy seguro de que, si le preguntaras, te diría que quiere estar conmigo.

El corazón me dio un pequeño salto de… ¿duda? A veces pensaba que lo único que podía ofrecerle era caos, noches sin dormir y una casa demasiado vacía. Aun así, no iba a abandonarla.

Se hizo un silencio incómodo en la habitación. Álvaro me miraba serio, con esa preocupación perenne que ya no necesitaba palabras. Lola tenía el rostro cansado, agotada de repetir los mismos argumentos durante semanas sin conseguir convencerme.

El cuello se me tensó y clavé la mirada en el suelo. La familia de Álvaro me quería, había estado ahí en mis peores días, incluso en los

meses interminables de hospital. Y a veces me preguntaba cuánto más estarían dispuestos a aguantarme.

—Os vais a ir a Cádiz —afirmó tras unos minutos incómodos—. Y lo pasaréis bien. Con mente abierta y ganas de aprender. Y cuando vengas dentro de un mes, Iker, decidirás qué hacer.

—Lola…

—Por favor —me interrumpió—. Regálame este mes, ¿vale? Regálate a ti mismo este mes. No tomes decisiones ahora. Llamaré a Javier y le diré que retrase los papeles.

Se quedó un instante en silencio, como si midiera cada palabra.

—Y si cuando llegues sigues queriendo ir a los tribunales, te apoyaremos. Pero hazme este pequeño favor. Date esta oportunidad.

Me sostuvo la mirada con ternura.

—Puede que este verano sea lo que necesitas para sanar.

Sanar. No estaba seguro de saber cómo se hacía eso. Ni siquiera de querer hacerlo. Pero si decirle que lo intentaría iba a tranquilizarla, entonces podía concederle aquello.

—Vale —susurré—. Está bien. Un mes.

En realidad, ¿cuánto podía cambiar una persona en un mes?

4

SORA

Desperté antes de que el sol saliera, como siempre me ocurría estando en Cala Blanca.

No hizo falta alarma. Fueron los pájaros los que me sacaron del sueño con esas primeras notas temblorosas que anuncian el comienzo de un nuevo día. Abrir los ojos sin un despertador, sin la necesidad de lanzarme al teléfono para revisar notificaciones, era un verdadero lujo.

Allí, las prioridades parecían recolocarse solas, recordándote la manera correcta de vivir.

Deslicé las piernas fuera de la litera con cuidado, intentando no despertar a nadie. La habitación, compartida con otras cinco monitoras, se mantenía sumida en la penumbra, así que avancé a tientas, esquivando mochilas y zapatillas abandonadas en el suelo mientras buscaba mi ropa.

Cris seguía dormida, abrazada a la almohada con entrega absoluta, aprovechando hasta el último minuto de sueño como si no hubiera un mañana.

Me vestí con la agilidad de quien ya ha sobrevivido a demasiados campamentos: rápido, en silencio y sin necesidad de encender la luz. Me puse la sudadera por encima porque, a pesar de ser julio, la

brisa de la madrugada seguía colándose con una frescura difícil de ignorar.

Salí despacio, sujetando la puerta para evitar que el metal chirriase demasiado. Afuera me recibió la mañana naciente y lo primero que hice fue sonreír. El cielo todavía estaba teñido de un azul profundo, a punto de romperse en rosa. Me estiré sin vergüenza y llené los pulmones de aire fresco; aire que llegaba con una mezcla de lavanda, sal, madera y tierra mojada del rocío. Aire con olor a hogar.

No había empezado el día y ya sentía ese cosquilleo en el estómago, ese presentimiento absurdo de que algo bueno iba a pasar solo por estar en aquel sitio. Durante un tiempo pensé que era sugestión, que idealizaba Cala Blanca porque allí me habían ocurrido cosas bonitas.

Pero no; yo estaba convencida de que era el lugar.

Cala Blanca tenía algo. Una energía casi ridícula de explicar, como si el amor acumulado de tanta gente se hubiera quedado pegado a los árboles, a las cabañas, a los caminos de tierra, al aire mismo. Como si bastara pisar aquel suelo para que todo dentro de mí hallara, por fin, su sitio.

La finca donde nos encontrábamos era enorme. Las cabañas —unas diez— estaban ubicadas al final del todo y formaban un círculo perfecto alrededor de una pequeña plaza presidida por un viejo olivo. Bajo sus ramas se vivían algunos de los momentos más importantes del campamento: celebraciones improvisadas, confidencias, risas de madrugada. Y algún que otro beso.

Me dirigí hacia la capilla procurando no hacer demasiado ruido al pisar la gravilla. No se trataba de un edificio como tal, sino de un

claro abierto cuyo techo lo formaban los alcornoques y los acebuches. Cuando soplaba el viento, sus ramas se movían y producían un sonido suave, un susurro hondo que hacía parecer que la naturaleza entera respiraba con nosotros. Los bancos, de madera de castaño y con inscripciones talladas a mano, eran irregulares; no había uno igual que otro. Los habíamos construido unos años antes entre todos.

Fui la primera en llegar y lo consideré un regalo del día. Me dije que tendría que apuntarlo en mi diario de agradecimiento, ese que rellenaba cada noche religiosamente y que me ayudaba a mantener algunos pensamientos intrusivos a raya.

—Buenos días —musité mientras tomaba asiento en el tercer banco.

Respiré hondo. Bastó una sola inhalación para que esa presencia suave, esa compañía silenciosa que siempre encontraba allí, empezara a llenar cada rincón dentro de mí. No sabía explicarlo; simplemente sucedía.

Un año más, un nuevo comienzo. Muchas cosas podían cambiar en mi vida o en mí misma durante el año —y vaya si lo habían hecho —, pero lo que este lugar me hacía sentir y experimentar cada verano permanecía intacto. Aquí todo encajaba.

Mi pecho se apretó al recordar cómo llegué hace cinco años: perdida, rota y sin luz. Creía que nada podía recomponerse, hasta que este lugar lo hizo por mí. Desde entonces, Cala Blanca vivía en mí tanto como yo en ella. Ya no sabía entender mi vida sin aquel lugar.

Y quizá por eso deseaba tanto que mi proyecto funcionara. Porque, por primera vez, no quería ser solo alguien a quien Cala

Blanca había salvado. Quería ser parte de esa salvación para otros.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Solté el aire lentamente.

La idea había comenzado dos años antes, en una cena cualquiera de esas que parecen inofensivas y, sin embargo, plantan una semilla importante. Mateo había venido a casa, invitado por mis padres. Allí nos contó que acompañaba a chicos que debían cumplir servicios comunitarios. Hablaba de ellos con ternura porque, mientras que para el mundo eran etiquetas —«problemáticos», «conflictivos», «casos perdidos»—, para él solo se trataba de chavales que necesitaban creer que su vida tenía un propósito.

Aquello había resonado en mí con fuerza porque conectaba de lleno con mi propia historia. Entonces mi cabeza empezó a unir puntos. Lo que se me ocurría era una locura, pero aun así lo dije en voz alta; primero como un susurro avergonzado, pero luego, con la idea algo más nítida, se lo presenté a mi profesor de Rehabilitación psicosocial.

Él me escuchó sin interrumpirme y, al final, solo me pidió que lo aterrizara y lo escribiera como si fuera real. A partir de ahí, se sucedieron las tardes eternas en la universidad —con cafés amargos, folios subrayados, tecleo incesante—, hasta que el proyecto dejó de parecer un delirio bonito y se convirtió en una posibilidad. Meses después llegó la llamada: teníamos financiación.

Y ahora que el proyecto Lev estaba a punto de ser una realidad y la emoción me desbordaba, también aparecían las inseguridades.

¿Y si me había flipado con todo esto? ¿Y si llegaban y lo odiaban desde el minuto uno? ¿Y si yo no lograba conectar con alguno de ellos? ¿Y si todo se nos iba de las manos? ¿Y si, después de tantos

meses de trabajo, de tantas ganas, de tanta fe…, al final no valía la pena?

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

También tenía una sensación cogida en la boca del estómago que me advertía que aquel verano iba a ser diferente. Intentaba ignorarla, porque no sabía si era para bien o para mal y eso me asustaba.

Porque si este lugar dejaba de ser un refugio para mí, ¿qué me quedaba? ¿Qué pasaría si algo se rompía? ¿Si perdía a alguien? ¿Si nada volvía a ser igual?

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Intenté controlar la respiración con la técnica que me habían enseñado. Entonces la voz de Mateo se coló en mi mente, con una frase que me había dicho meses antes: «La confianza es caminar por el borde de un precipicio mirando hacia delante todo el rato; si miras hacia abajo, dudas, y si dudas, caes».

Me aferré a eso y guardé silencio, dejando que las preguntas reposaran entre el olor a lavanda y el crujido suave de las ramas. Porque permitir que existieran sin tener aún las respuestas también era un acto de fe.

Al cabo de un rato, comencé a escuchar pisadas de diferentes personas, por lo que supuse que el reloj estaba a punto de marcar las siete de la mañana. Poco a poco, fueron entrando algunos monitores y se acomodaron en silencio en los bancos.

Entonces lo vi. David se sumó sin apenas hacer ruido y ocupó uno de los bancos de delante, a la izquierda. Sentí un pinchazo en el estómago al reconocer la camiseta azul que llevaba puesta.

Se pasó una mano por el pelo y, durante un segundo, giró ligeramente la cabeza, como si pudiera sentir mi mirada. Aparté la vista con rapidez.

«Sora, céntrate».

La situación resultaba nueva para los dos: estar separados en aquel lugar, rodeados de todo lo que habíamos sido, pero fingiendo que ya no quedaba nada entre nosotros. Aun así, necesitaba mantenerme firme. Porque, si algo había hecho en los últimos meses —además de trabajar en el proyecto—, era repetirme que tenía que cerrar aquel capítulo de mi vida de una vez por todas.

Pero David no iba a ponérmelo fácil. Nada más llegar, había salido a mi encuentro para preguntarme por el viaje, me había ayudado a bajar las maletas y me había sonreído con una calidez extraña. Y, por supuesto, ya había intentado hablar conmigo varias veces. Yo le había dado largas, refugiándome en el caos de la organización, inventando excusas, aferrándome a cualquier tarea que me permitiera aplazar aquella conversación un ratito más. En eso había contado con la ayuda inestimable de Cris, que parecía haber desarrollado un radar sobrenatural para detectar a David a diez metros y se presentaba siempre en el momento exacto, cual guardaespaldas nada sutil.

Precisamente mi amiga fue de las últimas en llegar a la capilla; me posó la mano en el hombro a modo de saludo y se sentó a mi lado con una sonrisa todavía arrugada de sueño.

—Buenos días —nos susurró Teresa mientras se dirigía a la zona del altar, tan alegre como siempre.

No llevaba hábito; solo su cruz plateada colgada a la altura del pecho, balanceándose ligeramente con cada paso. Aún no se había

reído esa mañana —tenía la risa más escandalosa y contagiosa del planeta—, pero sabíamos que no tardaría.

Nos hicimos amigas enseguida, cuando vine por primera vez. Ella fue una especie de hermana mayor que no sabía que necesitaba hasta que la tuve delante. Desde entonces, procurábamos mantener el contacto durante el año, entre videollamadas y visitas fugaces, y sin darme cuenta se había convertido en una de mis confidentes.

—Creo que ya estamos todos, así que podemos empezar —dijo, con una sonrisa amplia—. ¿Han dormido bien? ¿Se han levantado con energía?

Miró al grupo como si estuviera contando cabezas.

—Bienvenidos al primer día oficial del campamento. Ayer ya hicimos…, bueno, el calentamiento: descargar el material, cenar juntos y salir corriendo a comprar lo que alguien se olvidó.

Rodó los ojos y se oyó un «lo siento» desde alguno de los bancos, que provocó una leve risa en los demás.

—Hoy sí que empezamos de verdad —continuó—. Nos espera un mes precioso. Con los que llegan hoy y con toda la gente con la que nos crucemos en las diferentes misiones.

Echó un vistazo rápido a las notas de su teléfono.

—Habrá jóvenes que vienen con ganas de vivir una experiencia de voluntariado y de fe. Otros, que están aquí medio obligados… y quizá nunca han escuchado la Buena Noticia de verdad. —Se encogió de hombros—. Algunos buscarán sentido. Otros, consuelo. Otros, simplemente un lugar al que pertenecer. Un poco de familia. Algunos vendrán con mucha luz… y otros llegarán con más sombras.

Arrastró la mirada por todos nosotros y se detuvo unos segundos en mí.

—Y esto es importante porque nuestra tarea no es salvar a nadie. Nuestra tarea es estar. Escuchar, sostener, caminar al lado. Acompañar lo que ya está brotando dentro de ellos, aunque todavía no se vea.

Asentí con la cabeza. Era exactamente lo que necesitaba oír. Quizá no debía echarme tantas piedras de responsabilidad en mi mochila.

La capilla quedó en silencio unos segundos. Teresa juntó las manos y comenzó a rezar. El resto entonamos al unísono la oración de laudes. Pedí por todos los participantes, en especial por los que pudieran venir heridos, rotos, desesperanzados. Para que aquel lugar supusiera para ellos lo que un día fue para mí.

Al acabar la oración, la luz ya se colaba con fuerza entre las hojas dibujando manchas de brillo en el suelo de tierra. Entonces Mateo tomó la palabra.

—Bueno… Buenos días, chicos. Vamos con el día.

Mateo apareció completamente cambiado, con ropa cómoda y deportiva. Llevaba una libreta y un boli en la mano, de los que no se separaría en todo el campamento. Siempre decía que eran su segundo cerebro.

—La hermana Teresa es la espiritual, yo voy a ser más pragmático. Dones diversos —bromeó, arrancando alguna sonrisa—. Repasemos un poco el día y lo que queda pendiente.

Abrió la libreta por la primera página y comenzó una enumeración interminable de tareas junto con nombres concretos: altavoces, *walkies*, regalos de bienvenida, carteles de las habitaciones, botiquín… Cada responsable iba respondiendo «hecho», y cada afirmación aflojaba un poco el pecho, como si fuésemos respirando mejor y mejor. No era la primera vez que organizábamos un

campamento, pero sí la primera con verdadera financiación. Normal que todos estuviéramos algo más nerviosos y que anduviéramos con un poquito más de cuidado.

Entonces Mateo levantó la mirada hacia mí.

—Por supuesto, no podemos olvidar que este año tenemos esta experiencia piloto del Programa Lev, gracias a nuestra querida Sora —comentó—. Estoy seguro de que entre todos vamos a hacer que funcione. Sora, ¿por qué no damos un repaso rápido general?

Me lanzó una mirada cálida.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

«Tú puedes, Sora».

Noté el toque de Cris en la espalda, que me empujaba de manera suave a levantarme. Lo hice, intentando que no se notara demasiado el nudo que sentía en el estómago. Me agarré el colgante.

—Buenos días —dije, tomando aire—. Bueno. Es increíble que ya estemos aquí, a punto de empezar. Llevamos meses con el nombre Lev en la boca. En cada reunión, en cada excel, en cada audio del padre Mateo a horas intempestivas de la noche…

El grupo rio y eso me aflojó un poco el estómago.

—Hoy deja de ser un proyecto para convertirse en rostros concretos.

Levanté la vista casi por reflejo, en su dirección. David me observaba con una expresión difícil de descifrar, pero decidí ignorarlo por el momento. La gestión de mi exnovio tendría que quedar en la última lista de mis prioridades este verano.

Repasé rápidamente los grupos, deslizando el dedo por la lista que Mateo me había facilitado: quién iba con quién, quién se quedaba en cocina, quién llevaba las dinámicas y quién hacía de apoyo

silencioso. Revisé también los destinos y turnos de cada semana —residencia, casa de acogida, escuela de verano— con sus características específicas.

—Os recuerdo que en vuestras listas no está marcado quiénes pertenecen al Programa Lev —continué—. Lo hemos hecho a propósito. Queremos que, desde el principio, el clima sea de acogida y respeto para todos.

Volví a mirar al frente, con un poco más de decisión.

—Procuremos no ser indiscretos. Dejemos espacios por si ellos quieren compartir, pero no preguntemos de más. —Hice una breve pausa—. Y, bueno, si en algún momento hay dudas o problemas, el padre Mateo es el único que sabe quiénes son. Podéis consultarle.

Yo misma había preferido no saberlo. No quería llegar al primer día con historias montadas en la cabeza ni cargarme de juicios antes de tiempo. Mi objetivo pasaba por conocer a cada uno tal y como era, acogerlos vinieran de donde vinieran, sin que una etiqueta me dictara de antemano cómo debía mirarlos. Y eso era sagrado.

Una vez que terminé, Mateo se colocó a mi lado para dar unos últimos avisos y despedirnos con una bendición. La capilla empezó a vaciarse poco a poco, entre bostezos, sonrisas y los primeros «buenos días» de verdad.

David me buscó con la mirada, pero me agarré al brazo de Cris y supuse que eso bastó para espantarlo. Al menos, por el momento. Estaba convencida de que tarde o temprano tendríamos aquella conversación. Igual que sabía también que él siempre encontraba el camino exacto hacia mi punto débil.

Pero quería que aquel verano, de verdad de la buena, fuera diferente. Así que respiré hondo y decidí aferrarme al entusiasmo

que vibraba alrededor, a ese pellizco luminoso en el estómago que aparece cuando algo bonito está a punto de empezar.

5

IKER

Esperar dentro de un coche a las siete de la mañana, aparcado frente a la casa de la abuela de Álvaro, no era precisamente mi idea de comenzar bien el verano. Pero supongo que cada uno arranca el día como puede.

El cielo empezaba a clarear con luz pálida. La calle seguía medio dormida, pero las primeras persianas se levantaban escandalosas. La panadería de la esquina desprendía un olor a pan caliente que me revolvía el estómago. Un horrendo gato se me quedó mirando unos minutos desde la acera.

Suspiré y me hundí en mi asiento. En medio de la soledad y el silencio, la promesa que le había hecho a Lola no paraba de dar vueltas en mi cabeza.

Un mes para pensar. Un mes para aclararme, para decidir si quería seguir igual, para enfrentar lo que estaba evitando.

Pero es que no se trataba de una cuestión de tiempo ni de ganas. Lo que pasaba resultaba demasiado grande —y demasiado complicado— para que un mes solucionara algo. Y lo que más me irritaba era que ella todavía creyera, aunque fuese en el rincón más nimio de su esperanza, que yo podría cambiar de opinión.

Y más aún que lo hiciese en un campamento.

Un campamento que, para colmo, anoche descubrí que era religioso.

—Religioso —me dijo Álvaro.

—¡¿Cómo?! —exclamé mientras terminábamos de cenar, tan anonadado que casi se me cae la comida de la boca.

—Sí, hombre, pero creo que es en plan guay —intentó arreglar, sin estar demasiado convencido.

A mí, que me daban alergia los curas, me incomodaban las monjas y me caía mal cualquiera que creyera que un ser invisible arreglaba vidas si se lo pedías por favor.

En mi familia jamás habíamos sido creyentes. No había un tal Dios. Existía la madre naturaleza, a la que mamá veneraba y a cuyo estudio dedicó toda su vida. Mis catequesis fueron las excursiones semanales al bosque, recolectando frutos y leyendo el suelo como un libro. Mi comunión era la fruta recién lavada en el río, comida con las manos. La última vez que había pisado una iglesia había sido cinco años antes, en la boda de una prima lejana. Y lo recordaba como un auténtico tostón.

Intenté imaginar cómo sería el sitio donde iba a pasar las próximas cuatro semanas. Mi cerebro se puso creativo para fastidiarme, por supuesto. Adultos hiperfelices por madrugar, dinámicas profundas sobre «lo que sientes en el corazón», rezos eternos y gente hablando de señales invisibles. Incluso me imaginé a un desproporcionado grupo en círculo alrededor de un árbol, medio colocados, vomitando arcoíris y lanzando flores con forma de corazón mientras agradecían por la vida.

Un cuadro.

No tenía ni idea de cómo iba a sobrevivir un mes. Ni siquiera sabía si sobreviviría la primera semana. Quería estar en cualquier sitio menos ahí, aunque tampoco sabría muy bien dónde.

En menudo lío me había metido Álvaro. Aunque debía admitir que el hecho de que me acompañase rebajaba lo malo a un nivel menos malo, porque, pese a que él vivía en su mundo de estrellas y paz cuántica, su presencia siempre me calmaba el pulso.

Todavía absorto en mis pensamientos, la puerta del conductor se abrió de golpe y Álvaro se dejó caer en el asiento, exhalando como si hubiera corrido una maratón.

—Vale, ya está —dijo a la vez que se ajustaba el cinturón—. Perdón por el retraso, pero me ha regalado dos rosarios, tres estampas y me ha encargado que rece por medio pueblo. Creo que piensa que nos metemos a curas… y está feliz.

Sonreí de corazón. La abuela de Álvaro era demasiado tierna.

—No la culpo por pensarlo.

Álvaro bufó mientras pulsaba el botón de encendido del motor. El coche respondió con un ligero ronroneo y la música empezó a sonar reproduciendo «Buen rollito», la *playlist* de Álvaro que a mí me provocaba muchas cosas, pero ninguna de ellas incluía buen rollo.

—¿Preparado? —preguntó.

—No, para nada. —Me encogí de hombros—. Pero qué remedio.

El coche salió de la calle, aún medio dormida, y avanzó hacia la autovía. Álvaro no tardó en comenzar a tararear, demasiado animado para esa hora.

—Voy a ponerte el GPS.

Sin pedir permiso, tomé su teléfono y lo desbloqueé. A esas alturas de amistad, la privacidad era más una sugerencia que una

norma. Y yo necesitaba urgentemente un café.

—¿De verdad me vas a hacer parar? —preguntó Álvaro, soltando un resoplido teatral.

—Por favor —supliqué—. Dame ese capricho antes de que nos encierren un mes comiendo… lo que sea que nos den allí. Necesito un café de los buenos para afrontar esto.

Anticipando que la abuela de Álvaro solo tendría café Santa Cristina calentado en vaso, anoche había realizado algunas indagaciones. Resulta que había una cafetería de especialidad con dulces caseros y un 4,8 de puntuación que se podría decir que nos quedaba en ruta.

—¿Crees que las monjas beben café? —soltó Álvaro de repente.

—Y yo qué sé, tío. Tú eres el que decía que eran guais.

Reforcé la palabra «guais» con un gesto con los dedos para mostrar mi incomodidad ante su argumento. Por si no era suficiente mi tono irónico.

—Igual, en vez de café, es agua bendita con espuma.

Bufé, sin humor.

—Deberías haberte informado mejor antes de elegir un campamento así. —Sacudí la cabeza—. Además, ¿me puedes dar ya toda la información? Prefiero saber a qué voy a enfrentarme.

—Vaaaya —dijo exageradamente Álvaro—. Por fin te interesas. La reunión informativa fue hace dos semanas y ni siquiera me has preguntado.

Me llevé una mano a la sien y apreté un poco, como si así pudiera ordenar los recuerdos. Seguro que me había hablado de ello. Pero, o no le presté atención, o mi cabeza decidió guardarlo en ese cajón extraño donde en los últimos tiempos se acumulaban demasiadas

cosas. Bastante tenía con acordarme de lo básico: mi nombre, mi número de teléfono, la dirección de casa. Había días en los que eso ya me parecía un logro.

—Abre la guantera —me indicó mi amigo—. Guardé un folleto ahí. Sabía que lo ibas a necesitar en algún momento. —Obedecí mientras él seguía explicándome—: La abogada me habló de varias opciones. Talleres de español para inmigrantes, un comedor social con gente de la calle… o un porrón de horas recogiendo basura.

Saqué el folleto y lo primero que me golpeó fue lo bien hecho que estaba. Me esperaba algo improvisado, un documento triste con Comic Sans y un logo pixelado. Pero aquello tenía colores azulados y elegantes, una tipografía bonita y fotos reales de jóvenes como nosotros. Casi aparentaba ser… serio.

En la portada se leía:

PROYECTO LEV
Campamento socioeducativo junto al mar

—Pensé que, de todas las opciones, esta era la menos mala —se defendió Álvaro—. Además, salir de Madrid y poder disfrutar de un poco de aire con el mar cerca me parecía un buen plan.

Me pregunté si habría tiempo para disfrutar, pero no se lo dije en voz alta. Me limité a seguir leyendo.

Un mes. Cada semana, un proyecto distinto. Solo para menores de veinticinco. Organizado desde una parroquia de Madrid. Y al final, en una frase que intentaba sonar amable, remataban:

No sabía si reírme o preocuparme. O matar a Álvaro.

—¿Pero hay curas y monjas de verdad? —pregunté, buscando en las fotos alguna pista, alguna sotana, algún hábito.

Aún no salía de mi asombro.

—Bueno…, sí —respondió Álvaro, en un tono más bajo—. En la reunión había un cura y una monja. Pero eran jóvenes y parecían normales. Incluso guais.

Puse los ojos en blanco. Otra vez la palabra «guais».

—Además, había varias chicas bastante guapas —añadió, dándome un codazo—. A ver si los astros se alinean y el amor te encuentra para cambiarte la vida.

—Los astros pueden alinearse para ti, que te gustan esas movidas —respondí seco—. Yo paso.

El amor. Justo lo que necesitaba. Otra persona con la capacidad para arruinarme aún más la vida.

Nunca me había resultado complicado ligar. Me consideraba un tío simpático —al menos, antes de convertirme en esta nueva versión en piloto automático—, pero tampoco me engañaba; el apellido conocido, el dinero fácil en el bolsillo y el comodín de «estudio Medicina» funcionaban como una tarjeta vip. Al final, eso abría muchas puertas, conversaciones y corazones.

Había tenido novias, sí. Y rollos. Pero nada había llegado a ser lo bastante serio como para presentarlo en casa. A veces me asaltaba la duda de si alguna vez me había enamorado de verdad o si todo había sido fruto de la química.

Ahora, en cambio, aquello me quedaba muy lejano, como si le hubiera pasado a otro. Me veía incapaz de permitir que alguien se acercara a ese sitio donde yo mismo no quería mirar. ¿Mariposas en el estómago? Lo único que yo sentía últimamente era un enjambre de avispas picándome desde dentro.

—No deberías estar pensando en lo guapas que son otras chicas cuando tienes a Valeria esperándote en Madrid —añadí, intentando desviar la conversación de mí.

Miré de reojo a mi amigo, aguardando su respuesta.

Valeria y él se habían conocido el verano anterior, en las fiestas de un pueblo. Sorprendentemente, seguían juntos, aunque a trompicones y a costa de la salud mental de mi amigo.

Ella era un bombón, sí: melena castaña, ojos verdes, piel canela y una sonrisa de anuncio. El problema estaba en que todo aquello se arruinaba cada vez que abría la boca. Siempre tenía a mano algún comentario desagradable, una queja o una frase malsonante. Además, le controlaba las entradas, las salidas, las amistades y, si se descuidaba, hasta la forma de respirar.

Valeria era como un chicle de esos que pisas sin darte cuenta y luego no hay manera de despegar de la suela. Pero yo no iba a meterme donde no me llamaban.

—Uno tiene ojos, ¿sabes? —replicó él, haciendo una mueca.

—No podrás usarlos —apostillé—. Seguro que es uno de esos campamentos donde separan por género en cada una de las actividades y hay que bañarse con neopreno por si alguien ve un centímetro de piel.

Puse los ojos en blanco al imaginar la escena.

—Estoy literalmente agotado de tu negatividad.

La frase me dolió más de lo que quería admitir. Álvaro hacía muchísimo por mí y yo solo sabía ser una carga. Tomé aire y decidí intentarlo una vez más.

—Bueno, sigue contándome —pedí suavizando el tono—. ¿Ellos saben que estamos cumpliendo servicios comunitarios?

—Solo el jefe del campamento —explicó, asumiendo que había un jefe—. Creo que es el sacerdote que estaba en la reunión. Un chaval bastante joven, por cierto. Es él quien nos firma el certificado de horas trabajadas.

—¿Solo es eso? —quise saber, con verdadera curiosidad—. ¿Un acta de horas y ya? No suena difícil.

Un número en una esquina y una firma junto a un sello. Si se trataba solamente de eso, podría conseguirlo. Si todo se reducía a esa formalidad, resultaba sencillo. Solo debía hacer el paripé el tiempo suficiente para completar las horas. Pero si además exigían algún informe más detallado, entonces sí que estaba jodido. No me sabía ni el padrenuestro.

—Procura no cagarla —insistió mi amigo—. Necesitas conseguirlo como sea. Sin eso, el acuerdo se va a la mierda y lo vas a tener muy chungo en el juicio. Si es que finalmente decides ir…

Miré por la ventanilla mientras dejaba salir el aire despacio.

La secuencia entera de aquel 1 de mayo se clavó en mi mente. El golpe seco en el estómago al ver el coche empotrado contra el restaurante. Los cristales por todas partes. Las luces azules rebotando en los escaparates. Y un policía guiándome hacia el coche patrulla para llevarme a comisaría a prestar declaración.

Días después llegó la notificación, y la abogada de Álvaro —desde ese momento, la mía también— fue directa: si aceptaba la

conformidad, aquello quedaría en retirada del carnet durante un tiempo, trabajos en beneficio de la comunidad y asumir los daños del restaurante. Sin juicio largo o escándalos que no necesitábamos. La juventud y el apellido ayudaron, claro. Así que aceptamos sin pensarlo.

Aun así, seguía habiendo una mancha en mi expediente que podía jugar en mi contra en el proceso judicial en el que estaba dispuesto a meterme. Debía obtener ese certificado de horas como fuera.

Álvaro puso el intermitente para desviarse hacia la ciudad y el recuerdo se deshizo con el parpadeo naranja reflejado en el cristal. Durante unos segundos solo se escucharon el motor y la música. Luego, sin mirarme directamente —como hacía siempre que quería tocar un tema delicado—, preguntó:

—¿Has sabido algo de ella estos días?

Tragué saliva. La pregunta siempre me entraba como un golpe en la boca del estómago.

—Intento llamar casi a diario —respondí, apoyando el codo en la ventanilla para tener algo a lo que agarrarme—, pero Javier me coge el teléfono cuando le da la gana.

Álvaro asintió, sin interrumpir. Se le daba muy bien escuchar. En gestionar sus propias emociones era bastante más torpe, pero conmigo tenía una paciencia rara.

—Hicimos una videollamada ayer —añadí, dejando escapar una sonrisa—. Me enseñó una manualidad que había hecho. Un sol de cerámica amarillo chillón.

En casa siempre encontrábamos sitio para sus obras, incluso las feas. Me pregunté si Javier lo tiraría a la basura o lo pondría en algún lugar especial.

Mi amigo frenó suavemente el coche y aparcó un momento en una zona de línea amarilla. Puso los intermitentes. Habíamos llegado a la cafetería, pero no quería interrumpirme.

—Volvió a preguntarme cuándo iba a ir a por ella, Álvaro —le dije, mirándole fijamente—. Lo hace cada vez que la llamo.

Apreté los labios en una fina línea. Su voz resonaba en mi cabeza como un martillo que me torturaba. Al final, me estaba pidiendo lo único que yo no podía darle.

—Por eso no puedo rendirme. Necesito ese certificado de horas —tomé aire—. Y por eso, aunque pase un mes, no voy a cambiar de opinión.

Una vez que llegamos a la costa, el paisaje se transformó de golpe. Dejamos atrás las carreteras vacías y aparecieron los hoteles, las urbanizaciones recién estrenadas y los carteles en tres idiomas prometiendo campos de golf, *beach clubs* y restaurantes de lujo. A nuestro alrededor empezamos a ver vehículos de alta gama entrando y saliendo de la carretera, y aquello nos dio pie a una buena conversación sobre coches que me distrajo momentáneamente.

Al cabo de unos minutos, tomamos una salida discreta y nos desviamos por un camino que comenzaba a subir la montaña. La carretera se volvió más estrecha, flanqueada por arbustos secos, pinos dispersos y curvas imposibles que obligaban a reducir la velocidad. A cada tramo, el mar iba intuyéndose entre la vegetación. Seguimos ascendiendo hasta que, de repente, el camino se abrió de golpe y la vista me dejó sin palabras.

Desde ahí arriba se veía toda la playa. Un trazo largo de arena clara que se perdía en el horizonte. El sol, todavía bajo, teñía el mar de un azul suave, casi plateado. Pero es que, además, otra cosa llamó mi atención: los campos que rodeaban la finca estaban llenos de lavanda. Líneas largas, moradas, moviéndose con el viento como un mar distinto.

Abrí la ventana casi sin pensarlo y el olor me envolvió como una caricia suave. Cerré los ojos un momento y, de pronto, ya no estaba allí. Me hallaba otra vez en los veranos de San Sebastián. El olor del salitre, el viento fresco golpeándome la cara, esa sensación eufórica de que la vida era un regalo. Luego, el caserío de la abuela y aquel jabón natural de lavanda con el que nos bañábamos al volver.

El dolor se me clavó como un aguijón en el pecho, así que cerré la ventana de golpe.

—Hemos llegado —anunció Álvaro.

Lo primero que vi fue una imagen de un hombre en la puerta de entrada —suponía que ese tal Jesús— de casi tres metros, con las manos extendidas en un gesto de bienvenida. A sus pies había un cartel de madera con una palabra pintada en letras grandes: SHALOM.

No tenía ni idea de lo que significaba, pero esperaba que no fuera un insulto ni una broma interna que no sabría seguir.

—Con que campamento normal, ¿no? —fulminé a Álvaro con la mirada.

Él, muy elocuente, decidió ignorar mi comentario y siguió avanzando con el coche, a una velocidad mucho más reducida. Se mostraba calmado; irritantemente calmado. Como si no hubiéramos aterrizado en un parque temático religioso. ¡Si casi parecía que habíamos comprado las entradas de manera voluntaria!

Me tensé de inmediato al ver la cantidad de gente que se amontonaba en la puerta.

Había varios coches aparcados de forma totalmente desordenada, algunos con los maleteros abiertos. También un autobús esperaba para salir de vuelta, tras haber bajado a sus pasajeros. Incluso con las ventanas subidas, empezamos a escuchar el bullicio. Voces, risas, golpes de maletas y un silbato sonando a lo lejos. No sé qué esperaba de aquel campamento, pero ni de lejos algo tan vivo y… alegre.

Por supuesto, el Audi reluciente de Álvaro, rodeado de furgonetas abolladas, coches cansados y un par de chatarras que parecían sostenerse por fe, no iba a pasar desapercibido. Varias personas se giraron para observarnos y no supe decir si eran miradas de hostilidad, de curiosidad o de sorpresa. Pero yo lo percibí como un foco sobre la cara. La vergüenza me atravesó el pecho como una corriente helada.

Siempre me había movido en los mismos círculos, así que nunca había sentido que no encajaba. Hasta ese momento. Era obvio que aquel no era nuestro sitio.

Ellos lo sabían.

Y yo lo sabía.

—Bienvenido al paraíso —murmuré para mí mismo.

6

SORA

Ese sonido.

El bullicio, las risas, la música en el altavoz. El sonido del verano que volvía a comenzar, como cada año, cargado de sueños y expectativas.

Seguía nerviosa, sí, pero ya no era ese nudo paralizante de la primera hora. Se trataba de otra cosa. Más bien una energía que empezaba a ordenarse por dentro. Sabía que el miedo y la incertidumbre no se irían del todo, pero estaba dispuesta a comenzar a caminar.

Iba a ser un verano alucinante. Tenía que serlo.

Tras desayunar, nos pusimos a montar la bienvenida. Colocamos las mesas plegables en el porche, colgamos algunas guirnaldas, preparamos los equipos de sonido y pegamos un par de cartulinas de señalización que habíamos improvisado en cinco minutos. También me aseguré de que la zona de inscripciones tuviera todo lo indispensable con las listas, los bolígrafos, los regalos de bienvenida y las acreditaciones correspondientes.

—Sori, está todo bien —repitió Cris.

Estábamos en la habitación de los trastos —como nos gustaba llamarla— y acababa de repasar por tercera vez que todas las cajas

contuvieran los materiales necesarios. Mi amiga me observaba desde la puerta con una taza de té que no sabía en cuántas ocasiones había rellenado ya.

—Hasta que no lo has repasado cincuenta veces, no lo sueltas, ¿eh?

Puse los brazos en jarra y sonreí, intentando parecer más segura de lo que me sentía. Cris se acercó y, con un guiño cómplice, me apartó un mechón del hombro y me colocó la acreditación especial de coordinadora: blanca, con las letras en lila. La tarjeta quedó apoyada sobre mi pecho como si de pronto me hubieran ascendido a algo importante. Después se puso la suya, ajustó el cordón con gesto profesional y me miró de arriba abajo.

—Señorita Sora Alcázar, coordinadora jefa. Señorita Cris Bay, coordinadora en prácticas.

Me llevé una mano a la cabeza, a modo de saludo militar.

—Prometo cumplir con honestidad, esfuerzo y mucha fe.

—¡Y café! —exclamó ella, sabiendo el mes que nos quedaba por delante.

Nos echamos a reír a carcajadas y luego dimos un par de saltitos, como solíamos hacer cuando celebrábamos algo.

—Bien, repasemos, compañera —dijo Cris, que desplegó por la mesa unos papeles.

Nos sentamos en unas endebles sillas de plástico y yo apoyé los codos sobre la mesa.

—Somos once en total —comenzó Cris, leyendo—. Nerea Falcón, Ángela Gil, Diego López, Álvaro Medina, Juan Narbona, Charlie Pérez, Rocío Salazar, Marta Santos e Iker Zuloaga…

Zuloaga. Aquel apellido se me quedó flotando en la cabeza unos segundos.

Entonces empezamos a charlotear, a unir puntos y a sacar teorías absurdas. Conocíamos a casi todos, pero los demás eran un misterio. Empezamos a imaginar vidas enteras solo por sus nombres. Aquello nos sacó más de una risa.

—Oye, ¿y Min-ji? —quiso saber mi amiga—. ¿Vuelve a hablarte?

—Sigue enfadadísima. No soporta tener a David de monitor.

Hice una mueca mientras me acomodaba en la silla.

—Me da pena porque antes se llevaban muy bien, no sé qué ha pasado.

Cris me miró con una paciencia burlona.

—Bueno, tampoco hay que ser Sherlock Holmes, *honey* —dijo, encogiéndose de hombros—. Tu hermana no es tonta. Se habrá dado cuenta de las veces que has llegado a casa llorando después de estar con él.

Me mantuve en silencio unos segundos. No quería contabilizar la cantidad de días que eso había ocurrido. Me negaba. Además, estaba segura de que lo disimulaba muy bien delante de mi familia.

—Porque lo peor no es que te haga llorar, sino que siempre consigue que parezca culpa tuya.

Usó un tono extremadamente suave, pero yo me removí, incómoda.

Cris solía mostrarse protectora conmigo y bastante desconfiada con los demás, como si el mundo entero tuviera que demostrar primero que no venía a hacer daño. Pero con David aquello alcanzaba otro nivel.

—Ya le has visto, quiere hablar —dije.

—Quiere volver —sentenció ella.

Cerré los ojos un segundo y respiré.

—Tendré que afrontar la conversación en algún momento —admití —. No puedo fingir que no existe durante todo un mes.

—En realidad sí puedes, pero debes querer.

Su tono fue un poco brusco, y el silencio se tensó entre nosotras. No podía culparla. Al fin y al cabo, cuando David me rompía en mil pedazos, era ella quien se quedaba conmigo a recogerlos. Quien se arrodillaba en el suelo de mi habitación —metafóricamente y no tanto— y juntaba mis pedazos rotos sin pronunciar un «te lo dije».

—Lo siento —se disculpó—. Quiero ser una buena amiga. Cuéntame, ¿qué sientes? ¿Por dónde va tu cabeza?

Me mordí el labio, ganando unos segundos que no iban a servirme de nada.

—No lo tengo claro.

Y esa era probablemente la respuesta más honesta que podía darle.

Porque yo pensaba que lo tenía más olvidado. Que la distancia, el silencio y todo lo que había pasado habían colocado a David en un lugar menos peligroso de mi vida. Pero bastó con poner un pie en Cala Blanca para que las dudas volviesen.

Cris apoyó la espalda en la silla y me observó en silencio, como si estuviera ordenando mis propias ideas mejor que yo.

—¿Y si hablas con él, lo verás más claro? —preguntó al fin—. ¿O te va a confundir más, como siempre hace?

—Probablemente lo segundo.

David sabía a la perfección cuál era mi camino de vuelta. Me conocía demasiado bien.

—Sora, tienes que decirle de una vez que en septiembre…

—Ya, ya lo sé —la interrumpí.

Aparté la vista hacia la ventana, incómoda. Decirlo en voz alta lo volvía real y definitivo. Y aquello pertenecía a un capítulo de mi vida que todavía no estaba preparada para afrontar.

Apenas se lo había contado a nadie, precisamente para evitar que la noticia llegara hasta David. Me aterraba que la utilizara como una última razón para quedarse… o como la excusa perfecta para marcharse del todo.

—Es muy difícil, Cris —admití al final, jugueteando con el colgante —. Este sitio…

—Este sitio tiene algo —terminó ella por mí.

Levantó la vista hacia el techo, como si Cala Blanca estuviera flotando sobre nosotras como una presencia viva.

—Aquí todo se intensifica —continuó—. El cansancio, las alegrías, lo bueno, lo malo…, incluso el amor. Vosotros dos aquí parecéis la pareja perfecta. David y Sora. La historia que todos querrían tener. Pero luego salimos de esta burbuja y la vida real no es tan romántica.

Sus palabras dejaron un silencio raro entre nosotras, demasiado serio para Cris. Entonces, como si se arrepintiera de haber dejado demasiado peso sobre la mesa, torció la boca en una sonrisa.

—Créeme, sé de lo que hablo. Ya sabes que salgo de aquí con un amor distinto cada verano que luego se esfuma al llegar a Madrid.

No pude evitar reírme, lo que relajó un poco la atmósfera.

Cris se enamoraba todos los veranos. Aunque, bueno, si era sincera, también le ocurría en el resto de las estaciones. El calor solo

le daba la excusa, y el campamento le proveía el contexto perfecto para hacerlo más intenso, más escandaloso y más inolvidable.

Así que siempre caíamos en el mismo ritual: nos reíamos, ella juraba que sería distinto y luego, al volver a la vida real, la burbuja del verano —como a ella le gustaba llamar al campamento— estallaba. Por eso no me tomaba demasiado en serio sus flechazos fugaces; ni ella tampoco.

Y precisamente por eso, no me extrañó cuando añadió:

—Este año mi amor se llama Mateo —dijo con un rostro divertido —. El problema es que está casado con Dios.

—Ah, *jinjja* —me quejé llevándome las manos a la cara, avergonzada.

Ambas estallamos de risa. Cris tenía ese don que admiraba: siempre era capaz de hacerlo todo más ligero y divertido.

—Pero tú…

Otro silencio. Me señaló con la mirada, cálidamente.

—Tú siempre vuelves a David.

Lo dijo como un hecho triste. Como algo inevitable. Como quien no puede impedir que el sol salga cada mañana por el horizonte.

—A veces creo que de verdad piensas que no habría verano, ni campamento, ni amor sin él.

El aire se me quedó un segundo atascado en la garganta mientras desviaba la vista. En realidad, mi cuerpo y mi alma sí que lo pensaban.

El ruido de unas voces me mantuvo alerta. Camila y David entraron en el almacén entre risas, sin esperar encontrarnos allí.

—Ah, hola, chicas —saludó ella, frenando en seco—. Perdón, veníamos a por un cable.

Me tensé en la silla. De pronto, mis manos no sabían dónde colocarse y la garganta se me cerró un poco. Bajé la mirada al suelo, evitando mirarlos. Sobre todo, evitando mirarle a él.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Nos mantuvimos en un silencio incómodo mientras ellos terminaban de rebuscar entre las cajas y yo pensaba en cómo Camila era experta en orbitar alrededor de David cada vez que lo nuestro tenía una grieta.

—Ahora voy —escuché decir a David.

La respuesta de Camila llegó como un murmullo imperceptible. Lo que sí alcancé a oír de forma nítida fue un gruñido de Cris, casi una advertencia. Al levantar la vista, me encontré a David clavado junto a la puerta.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

—¿Te importa dejarme a solas con Sora? —le preguntó a Cris.

—¿Por qué no le preguntas a ella si quiere quedarse a solas contigo? —soltó con brusquedad.

David tomó aire, apretó la mandíbula y me miró. Por su expresión —que ya conocía bastante bien—, supe que no iba a dejarlo estar tan fácilmente esta vez.

—Sora, no puedo empezar el campamento así.

Guardé silencio un momento. Luego hice un gesto breve hacia Cris, apenas una señal de que estaba bien. Ella puso cara de asco teatral y se marchó sin disimular su opinión.

Me levanté de la silla sin saber muy bien por qué mientras él se acercaba. Hacía mucho tiempo que no estábamos solos y que no nos mirábamos frente a frente, sin ruido alrededor. Sentía una

mezcla extraña entre incomodidad y enfado, pero también un calor reconfortante que me sabía de memoria.

—Dime —pregunté, intentando sonar casual.

—Siento que tenemos una conversación pendiente.

Hacía tres meses de nuestra última ruptura. Aquella vez, la excusa había sido que yo estaba absorbida en exceso por el proyecto y los exámenes, que llevaba un tiempo que parecía que todo en mi vida tenía prioridad menos nosotros.

Y, por supuesto, habíamos hablado —y yo, llorado y suplicado— durante horas, sin alcanzar ningún consenso.

Después nos habíamos visto en misas, celebraciones, cumpleaños… e incluso en alguna fiesta en la que habíamos coincidido por pura mala suerte. Pero David siempre había sido distante, cordial y correcto; jamás había mostrado un resquicio de arrepentimiento o de querer arreglar las cosas.

—Has estado perfectamente sin mí estos meses —le recordé.

Tal vez David no estaba esperando el momento adecuado, sino que estaba aguardando a Cala Blanca, que era justo mi debilidad.

—¿De verdad vamos a hacer esto? —resopló.

—¿Hacer el qué?

—Fingir que estamos bien el uno sin el otro.

Apreté los labios. Si tenía que fingir hasta que fuese una realidad, lo haría. Di un paso inconsciente hacia la puerta. Alejarme físicamente de David era lo único que también me iba a ayudar a mantener mi corazón a raya.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Él ladeó la cabeza y me observó.

—Sora… —susurró, y su voz me acarició la piel—. Siempre hacemos lo mismo. Nos peleamos, nos damos espacio… y luego volvemos a encontrarnos. Aquí. Los dos juntos.

Quería recordarle que era él quien se marchaba, pero en su lugar dije:

—Este verano quiero centrarme en mi proyecto.

Él sacudió la cabeza; parecía decepcionado.

—¿Un proyecto es más importante que una relación de cinco años? ¿De verdad?

Contuve la respiración y aparté la vista. Tenía que reunir las pocas fuerzas que me quedaban cuando estaba con David y mantenerme firme. No podía volver a caer rendida a sus pies; al menos no tan pronto.

—Necesito espacio, David —me esforcé por decir.

—No me pidas que me aleje de ti —respondió enseguida—. No pienso hacerlo.

Tragué saliva y no pude evitar volver a mirarle.

Cuando insistía así, algo en mi interior se descolocaba. Porque una parte de mí —la más rota, la más cansada— entendía que David me estaba escogiendo. Que me estaba diciendo que, incluso cuando yo dudaba, él seguía ahí. Y eso era precisamente lo que yo deseaba de él siempre: que se quedara, sin importar lo demás.

«Los primeros participantes están llegando. ¡Todos al porche! Cambio».

La voz crepitó por los *walkies* y casi la agradecí como si fuera una mano tendida. Contesté demasiado rápido, con un «gracias, ya vamos», y volví a mirar a David. Tenía tal nudo de emociones en la cabeza que me sentía confundida, casi mareada. Necesitaba salir de

allí antes de que su voz, su cercanía o el peso de todos nuestros recuerdos me convencieran de quedarme.

—Deberíamos subir —dije.

—Está bien —contestó, retrocediendo medio paso.

No supe si aquello era respeto, esperanza o puro chantaje emocional envuelto en voz suave. Pero, al menos, dio un paso atrás. Aunque añadió:

—Este verano voy a demostrarte que no hay nadie en el mundo que pueda cuidarte y quererte más que yo.

Luego se marchó en dirección a la casa principal. Conté veinte segundos hasta que se hubo alejado, solo para asegurarme de que, esta vez, no iba a seguirle.

Me sentía orgullosa de no haber caído rendida en sus brazos, al menos no el primer día. Sabía que, cuando el cuerpo y el alma aprendían un baile, costaba desaprenderlo. Pero necesitaba intentarlo con todas mis fuerzas.

Tenía que esforzarme por bailar a otro ritmo aquel verano.

7

IKER

Álvaro frenó suavemente bajo la sombra irregular de unos árboles. Al salir del coche, mis sentidos se despertaron de golpe. El sol me cayó sobre la nuca con una intensidad sofocante. El aire estaba cargado de un olor potente a lavanda, mucho más fuerte que durante el camino. Y, desde algún punto cercano, llegaba música a través de un altavoz.

Entorné los ojos para distinguir de manera más clara la melodía y tuve que reprimir la risa en cuanto capté algo.

¿Ricky Martin? Un *Livin´ la vida loca* sonaba con total descaro.

Aquello sí que no me lo esperaba.

Mientras Álvaro abría el maletero y sacaba nuestro equipaje, yo me quedé quieto, observando alrededor. No hacía falta ser demasiado listo para entender que aquel campamento hablaba un idioma completamente distinto al nuestro.

Había gente por todas partes. Muchos tenían nuestra edad; otros parecían adolescentes. Veía pieles morenas, negras, una chica asiática y algunos tan pálidos que pedían con urgencia protector solar. Nadie parecía haber pensado demasiado en la ropa, pues se mezclaban camisetas viejas, sudaderas anudadas, gorras

descoloridas y pantalones ya manchados. También algún que otro pendiente, tatuaje o pulsera de tela deshilachada.

Era una mezcla desordenada, viva, real. Con mucha más diversidad de lo que yo estaba acostumbrado.

De forma inconsciente, bajé la mirada hacia mí mismo. La camisa de lino seguía demasiado lisa, los vaqueros caían impecables y mis Golden Goose parecían recién sacadas de la caja. Demasiado de ciudad para un sitio así. Y, como si el suelo quisiera subrayarlo, ahí estaba el albero. Ese maldito polvo fino, amarillo y pegajoso.

—¿Me ayudas? —preguntó Álvaro.

Parpadeé y volví a tierra, pero tomar mi maleta fue otro recordatorio amargo. Aquella gente llevaba mochilones de montaña casi más grandes que sus dueños, sacos de dormir colgando, esterillas enrolladas, cantimploras abolladas y un par de guitarras cubiertas de pegatinas. Nosotros, en cambio, teníamos *trolleys* limpios, perfectos. El equipaje de quienes esperan techo, cama y comida.

Al menos habría eso, ¿no?

Apreté el asa de la maleta un poco más fuerte de lo necesario. No sabía si me inquietaba más el sitio, la gente… o aceptar que ya no encajaba del todo ni aquí ni en ninguna parte. La vida que conocía había desaparecido y yo todavía no terminaba de entender en qué me había convertido después de eso.

Entramos en el porche y todo pareció cobrar color. Los altavoces escupían canciones sin descanso mientras un chico con camiseta azul berreaba al micrófono, decidido a convertir cualquier silencio en una fiesta. Demasiada energía para ser tan temprano.

Justo a la entrada, como una especie de muralla que no podías esquivar, habían colocado tres mesas en fila, con personas sentadas apuntando cosas en unos papeles. Sobre la pared colgaba un cartel de letras torcidas y dibujitos de soles que ponía: BIENVENIDO. INSCRÍBETE AQUÍ.

Álvaro tiró suavemente de mi mochila para avanzar cuando una de las mesas quedó libre. Nos acercamos y nos recibió una chica de pelo rojizo con pecas.

—¡Bienvenidos! Yo soy Cris —nos saludó con un tono alegre, como si de verdad le hiciera ilusión vernos—. ¿Nombres? Por favor.

—Álvaro Medina —respondió rápido mi amigo—, y él es Iker Zuloaga. Con zeta.

La muchacha pasó las páginas que tenía grapadas, buscando nuestros nombres mientras los repetía en voz alta para no olvidarse.

—Vale, aquí os tengo —dijo por fin, subrayando de amarillo—. ¡Vaya, estáis en nuestro grupo! Seré una de vuestras coordinadoras —añadió y nos entregó unas tarjetas.

Álvaro se colgó la suya al instante, como si llevar una acreditación morada fuera el sueño de su vida. Yo, en cambio, me la guardé en el bolsillo mientras hacía una mueca.

—¿A qué te refieres con lo del grupo? —pregunté, confundido.

Pero no me contestó. Estaba concentrada, frunciendo el ceño mientras rebuscaba en una caja del suelo. Después se giró hacia alguien entre el barullo.

—Sora, porfa, me quedé sin camisetas de talla L —gritó por encima del ruido.

Una chica —supuse que la tal Sora— se volvió; cargaba unas cajas. Parecía ajetreada, pero sonreía ampliamente.

Lo primero en lo que me fijé fue en esa sonrisa. Tenía algo que hacía difícil apartar la mirada. Lo segundo fueron sus ojos: grandes y rasgados a la vez, oscuros, con un brillo especial. Había en ella una fusión de rasgos que no supe descifrar del todo, pero que llamaba la atención sin proponérselo.

Se acercó a nosotros y dejó las cajas en el suelo. Después sacó unas camisetas de color azul chillón. No pensaba ponerme esa horterada.

—Son para ellos —dijo la chica que había comprobado nuestros nombres, señalándonos—. Están en nuestro grupo.

Sora levantó la vista y su mirada se clavó en mí. Durante una milésima de segundo, el corazón dio un pequeño salto tonto que no comprendí del todo.

—Ah, ¡estupendo! —soltó animadamente mientras nos pasaba las camisetas—. Seré vuestra coordinadora este mes. Me llamo Sora.

Se lanzó a darnos dos besos a cada uno con una calidez natural, como si nos conociera de toda la vida. Pero yo podía jurar que no la había visto nunca; estaba seguro de que, de lo contrario, no se me habría olvidado.

—Hola, soy Álvaro —se presentó mi amigo.

—Iker —dije yo, en un tono más tímido del que me hubiera gustado.

Se supone que yo era el sociable con las chicas y Álvaro, el tímido que se escondía bajo los mapas estelares. Sin embargo, los roles parecían haberse invertido.

—¿Qué tal el viaje? ¿Venís de muy lejos? —preguntó Sora.

—De Madrid —respondió Álvaro enseguida—. Pero hicimos noche en Córdoba con mi abuela, así que todo bien. No había mucha gente

en la carretera.

—Nosotras también somos de Madrid —apuntó Sora, sonriendo—, de la zona de Rivas.

Solo había estado una vez en esa parte de la ciudad. Primer año de universidad, una cita que no prosperó, pero al menos me tomé un café delicioso. Me pregunté si a Sora le gustaría también el café de especialidad que yo veneraba o si le parecería una pijada.

En realidad, no sabía por qué estaba pensando en eso.

—Nosotros vivimos en La… —empezó Álvaro.

—Aravaca —interrumpí yo apresuradamente.

Álvaro me miró de reojo, extrañado, aunque no dijo nada.

Tendría que explicarle después que no quería que La Moraleja —y todas las ideas que conllevaba— me presentara antes que yo mismo. Y era raro, porque nunca me había importado demasiado lo que pensaran de mí. Pero, por primera vez en mucho tiempo, sentí que quizá tenía delante la oportunidad de empezar de cero, y no iba a arruinarla antes de tiempo.

—Aquí vais a estar muy bien —nos animó Sora con calidez.

¿Intuiría ella que éramos del programa? ¿Lo habría leído en algún papel, en la mirada, en la forma tensa en que sujetaba la maleta? Sentí el corazón palpitando en la garganta.

—Podéis esperar un poco por aquí —añadió—. Enseguida nos juntamos por grupos y ya os enseñamos las instalaciones. Nos vemos ahora.

Se despidió con un gesto rápido de mano y desapareció de nuevo dentro del bullicio, como si la absorbiera el movimiento del porche.

La chica de los papeles —había olvidado su nombre— nos sonrió por última vez y pasó al siguiente mientras nosotros nos movíamos

torpemente hacia la multitud. Nos colocamos en la esquina más alejada, pegados a la pared, como si quisiéramos mantenernos lo más al margen posible.

—Bueno, guay, ¿no? —dijo Álvaro, soltando aire.

—Como vuelvas a repetir la palabra «guay», te ahogo con un calcetín esta noche.

Él soltó una carcajada y me dio una palmada en la espalda.

Entonces Álvaro se puso a recordar nuestro primer campamento juntos. Habíamos empezado a frecuentar malas compañías y a bajar el rendimiento, así que nuestros padres nos enviaron a un campamento como quien envía a dos delincuentes a rehabilitación. Fue cutre, pero algo se recolocó entre literas incómodas, risas nocturnas y confidencias absurdas en el baño. Al volver, hicimos un pacto silencioso: centrarnos de nuevo. Y, raro pero cierto, lo cumplimos. Álvaro comenzó a ganar campeonatos de tenis y yo empecé a plantearme seriamente Medicina.

Mientras Álvaro hablaba, me dediqué a escanear a la gente. Desde aquella posición, podía observar con detenimiento y cierto disimulo.

Por un lado, estaban los que parecían conocerse de toda la vida. Charlaban, se reían, se interrumpían y, sobre todo, se abrazaban. Demasiados abrazos para mi gusto. Me pregunté si aquello era cariño real o simple postureo campamental. Porque, en serio, ¿cuántos amigos puede tener una persona? A mí me sobraban dedos para contar los míos, sobre todo después del accidente.

Y luego estaban los otros. Los que miraban alrededor con más cautela que entusiasmo, con las manos en los bolsillos o abrazados a la mochila como si se tratara de un escudo. Me llamó la atención una en concreto: bajita, con rastas y varios tatuajes pequeños. Tenía una

presencia que incomodaba. Así que apostaría lo que fuera a que ella formaba parte del programa. Mi mente empezó a imaginar… ¿Robos? ¿Drogas? ¿Peleas? Bufé mentalmente. Estrellar un coche contra la fachada de un restaurante de lujo mientras iba borracho se quedaba en una anécdota divertida.

En ese momento, me di cuenta de que la chica llevaba un identificador morado. Igual que yo. No supe si alegrarme por no ser el único rarito del lugar o preocuparme un poco más.

El verano, como mínimo, prometía ser interesante.

—Hola a todos, hola… Un poco de silencio, por favor… —se escuchó por el altavoz.

El alboroto fue calmándose a golpes de risa suelta y las últimas maletas arrastrándose. Tres personas se colocaron delante del porche, en el centro, donde todos podíamos verlas. Una era Sora, nuestra supuesta coordinadora. Junto a ella, una chica un poco mayor, menudita, con sudadera de Harry Potter y una cruz plateada al cuello. Al otro lado, un chico con una camiseta apretada que le marcaba la musculatura.

Dos preguntas me atravesaron en una milésima de segundo. La primera, en qué sitio nos habíamos metido con gente tan rara. La segunda, con cuál de esos raros tenía que llevarme bien para conseguir el certificado de horas.

—Buenos días a todos. —Tomó el micro el tío musculoso con voz potente, de esas que llenan el espacio, como si estuviera acostumbrado a hablar en público—. Soy el padre Mateo.

—¿Padre? —pregunté a Álvaro en voz baja—. ¿Es cura?

Él se limitó a asentir y yo fruncí los labios en un gesto de confusión. No es que hubiera visto a muchos curas en mi vida, pero en mi cabeza eran señores mayores con sotana negra, mirada severa y cero sentido del humor. Si me hubiera encontrado con él por la calle, habría pensado que era un modelo de colonia de hombre, más que un sacerdote.

—Como muchos sabéis —continuó él—, venimos de la parroquia de la Virgen de la Alegría, en un barrio de Madrid. Llevo seis años en este proyecto de campamento social, junto a la hermana Teresa.

Señaló a la chica de la sudadera de Harry Potter, que levantó la mano y esbozó una sonrisa.

Religiosa. Harry Potter. Nada tenía sentido.

—Esto es una cámara oculta, ¿no? —le susurré a Álvaro.

Él me mandó callar con un codazo y yo sacudí la cabeza, intentando reordenar mis ideas.

A lo mejor no se trataba de un campamento religioso al uso, sino de una especie de secta moderna que bailaba al sol y conversaba sobre energías. Quizá mi imagen mental de un círculo de gente medio colocada dando vueltas alrededor de un árbol tampoco estaba tan desencaminada.

—Anécdota —continuó el sacerdote—: la hermana Teresa y yo coincidimos hace ya siete años en un encuentro que hubo en Polonia. Empezamos a hablar de la necesidad de unir la experiencia de los campamentos con la del voluntariado…

El cura se embarcó en contarnos la historia de cómo surgió el campamento. La palabra «luz» apareció más veces de las que podía contar y, sin saber por qué, me vino a la cabeza uno de esos muñecos que tenía de pequeño brillando en la mesilla de noche.

Sacudí el pensamiento antes de que me diera la risa delante de todos.

—Desde entonces, sois muchos los que venís cada año a este pueblecito de Aldira que nos acoge —prosiguió—. De hecho, hay lista de espera. Y por eso estamos agradecidos.

No pude evitar pensar en el calor que ya empezaba a apretar, en las noches mal dormidas, en la comida desagradable y en un mes entero fuera de casa. ¿Quién, en su sano juicio, se ofrecía voluntario para todo eso?

Y, seguramente, pa-gan-do.

—Os han dado unas acreditaciones de colores, ¿verdad? —se aseguró, señalando una en el público—. El color os indica vuestro grupo asignado, con el que pasaréis todo este mes. Cada grupo tendrá dos monitores que… serán casi como papás y mamás. Os acompañarán, os cuidarán y os ayudarán a orientaros.

Mis ojos se deslizaron hacia Sora. Desde la distancia, me permití observarla mejor. Pelo oscuro, recogido en una coleta baja algo despeinada. Tenía un cuerpo definido, seguramente de entrenar. ¿Atletismo? ¿Natación? No sabría decirlo. Llevaba unas zapatillas lilas a las que el albero ya había empezado a ganar la batalla.

Había algo en ella difícil de explicar. No era una belleza evidente ni escandalosa, sino una especie de magnetismo tranquilo que la hacía destacar casi sin intentarlo. Parecía encajar a la perfección en ese lugar.

«¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?».

—Y ahora voy a darle la palabra a la hermana Teresa, que es quien nos acoge en esta casa. Un aplauso para ella.

El porche rugió de entusiasmo, gritos incluidos. Parecían fans recibiendo a la mismísima Taylor Swift.

—Gracias, gracias… —respondió ella con un acento boliviano suave y una dulzura que contrastaba con el escándalo de los aplausos—. Bienvenidos un año más a esta experiencia que, estoy segura, les va a transformar el corazón. Creemos en el Dios de las sorpresas… y sé que les aguarda un gran verano.

Me recordé a mí mismo anotar en mi cabeza las veces que pronunciaran la palabra «Dios». Así quizá tendría un entretenimiento durante el mes.

—Actualmente, somos seis hermanas en la comunidad —continuó ella—. Nos verán en muchos lugares, pero sobre todo en la cocina, preparando comida que esperamos que sea deliciosa.

—¡¡Paella, paella!! —gritó alguien desde el fondo.

—Tranquilos —respondió ella entre risas—, que nuestros platos estrellas estarán, por supuesto. Espero que traigan hambre.

Tenía algo parecido a la energía de un cervatillo: ligera, alerta, viva. Libre.

—En cuanto a las normas —siguió—, sus monitores les explicarán todo. Solo quiero insistir en dos importantes. Lo primero, nadie entra en cocina. Si necesitan algo, pegan a la puerta y con gusto les atendemos. Y lo segundo…

Hizo una mueca de preocupación.

—… Cuidemos entre todos este lugar. Es verano, es zona de riesgo de incendios y no queremos sustos.

Abrió los brazos, dando por terminada su intervención. Otro aplauso, más calmado esta vez. A continuación, el cura tomó de nuevo la palabra.

—Y quiero presentaros también a Sora Alcázar, a la que muchos ya conocéis. Ella lleva viniendo… ¿cuánto? ¿Cinco años?

Le dio un pequeño achuchón en el hombro, a lo que ella respondió con una sonrisa orgullosa.

—Cinco veranos participando en este campamento —prosiguió él —. Este año es la coordinadora de los monitores. Como la superjefa. Así que cualquier cosa…, ella os irá dirigiendo.

—Gracias, Mateo —dijo Sora, un poco tímida, recibiendo el aplauso mientras se mordía el labio inferior para contener la emoción.

Dio un paso adelante y habló con voz más segura de lo que esperaba.

—Bienvenidos todos. Estoy aquí para acompañaros durante este mes en cualquier cosa que necesitéis.

Sora habló sin prisas y de manera didáctica. Como si llevara años haciendo lo mismo y supiera, con exactitud, qué merecía atención y qué podía esperar. Explicó por encima la dinámica de los primeros días y dio un par de indicaciones prácticas.

Mientras hablaba, no pude evitar fijarme en que, en ocasiones, se tocaba el pequeño colgante que llevaba. Una pequeña concha marina. Me pregunté si sería una especie de amuleto o algún regalo de su novio.

—Tengo muchas ganas de vivir lo que está por llegar… —dijo, finalmente— porque de verdad puede cambiar vuestra vida. Así que ¡vamos allá! Un aplauso para vosotros.

El porche estalló en vítores. Incluso Álvaro aplaudió con entusiasmo.

—La chica tiene energía, no se puede negar —comentó, divertido.

Puse los ojos en blanco, pero luego volví a mirarla.

Sí. Tenía energía. Y se trataba justo de esa energía que llevaba meses buscando sin éxito.

Una chispa limpia, luminosa, que contrastaba demasiado con todo el gris que yo arrastraba.

8

SORA

—Perdón por dejaros para el final —dije, alzando un poco la voz—. Grupo morado, por aquí.

Llevaba ya un rato levantando gente por colores, como si estuviera dirigiendo el tráfico de un aeropuerto. Cada vez que llamaba a un grupo, se armaba el mismo pequeño caos: mochilas arrastrándose por el suelo, cremalleras que no cerraban, botellas de agua rodando, alguien que buscaba su sudadera por las diferentes mesas. Los monitores los iban reuniendo y se los llevaban un poco aparte, lo bastante lejos como para poder presentarse sin gritarse por encima del resto.

Cuando por fin el porche se vació de gente y de bultos, nos quedamos los morados. Un puñado de caras observándome expectantes.

«Respira, Sora».

—Vamos a sentarnos allí —intervino Cris, señalando una zona cercana al porche.

Nos sentamos en la mesa de pícnic de madera, a la sombra del árbol enorme. Me gustaba pensar que cada mesa contaba una historia. Aquella en concreto llevaba cicatrices a modo de nombres

grabados a cuchillo, fechas torcidas y corazones que significaban promesas de amor.

En cuanto me acomodé, reconocí algunas caras conocidas que aligeraron un poco el nudo en el estómago. Y luego estaban los demás, los que no conocía, que me mantenían alerta.

Sobre todo, ellos. Los chicos a los que había saludado antes. Durante mi intervención, los había pillado cuchicheando un par de veces, en su burbuja, y eso me había hecho sentir lo de siempre: un pinchazo pequeño, rápido, justo debajo de las costillas. No era miedo, no exactamente, sino esa inseguridad que aparecía sin permiso, esa sensación absurda de que estarían hablando mal de mí.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

—¡Escuchemos a la superjefa! —exclamó Charlie, tamborileando sobre la mesa. Era su segundo año de campamento y ya se movía con confianza.

—De jefa nada —reí—. Servidora, como mucho. A alguien le tiene que tocar coordinar y este año soy yo.

Me aclaré la garganta e intenté adoptar una postura amable. En algún sitio había leído que los buenos líderes sonreían mucho y yo estaba dispuesta a poner todo de mi parte.

—Bueno, pues vamos a presentarnos. Si quieres, empieza tú, Cris —le cedí la palabra.

Al final, ella también era coordinadora y prefería que se notara desde el principio.

—*Hello everyone* —saludó con su acento marcado y su sonrisa de anuncio—. *Welcome, welcome*. Yo soy Cris Bay, de papá londinense y mamá madrileña. De ahí mi acento y que siempre esté con un té en la mano y soltando palabras en inglés.

Alzó su taza de cerámica, una de las que habíamos hecho en un taller unos meses antes. Era algo irregular, con una cruz y unas flores de colores pintadas a mano.

—Tengo veintiún años, empiezo ahora mi último año de Publicidad y relaciones públicas. Me gusta mucho el mundo de la comunicación digital, el diseño, la moda, todo eso… —Se encogió de hombros—. También me gusta mucho correr. Cuando estoy aquí, suelo ir algunas tardes por la playa. Si alguien quiere apuntarse, bienvenido.

Dudó unos segundos.

—Ah, y también bailo de forma medio profesional, junto con Sora.

Sonreí por la mención. Bailar era nuestra forma de vida; la manera más honesta que encontraba de expresar cosas que no sabía explicar con palabras. Cuando todo dentro resultaba demasiado ruidoso, el cuerpo entendía primero.

—Es mi quinto año viniendo al campamento y mi primero también como coordinadora. Voy a estar ayudando en todo lo que necesitéis. Tengo mucha energía. —Alzó las cejas—. En breve lo iréis comprobando. Y, bueno, ya, que me enrollo.

—Sí —añadí tras ella—. Yo, como sabéis, estaré un poco más pendiente del resto de los monitores, así que si por lo que sea me veis muy ocupada, podéis tirar de Cris.

—Oye, yo me apunto a lo de correr —comentó uno de los chicos, Juan, con una sonrisa.

Cris asintió y le dedicó un gesto de aprobación.

—Bueno, yo soy Sora —continué—, aunque el padre Mateo ya me ha presentado antes. ¿Qué más puedo decir? Tengo veintiún años también, estoy acabando Terapia ocupacional con mención en baile como terapia.

Dudé durante unas milésimas de segundo, pero decidí obligarme a hacerlo. Admiraba la naturalidad con la que Cris lo comentaba siempre.

—Como podéis ver en mi cara, mi madre es de Corea del Sur, así que también soy mezcla, como Cris.

Bajé los ojos, un poco avergonzada. Todavía había días en los que pronunciarlo en voz alta seguía rozando alguna vieja herida, aunque ya no doliera igual.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

—Además —proseguí, con la mirada clavada en los papeles—, a mí este campamento me cambió la vida hace unos años y me gustaría que tuvierais una experiencia positiva.

Cris me dio una pequeña palmadita de ánimo en la espalda.

—Si os parece, nos vamos presentando. Podéis empezar por aquí y continuar hacia la derecha —propuse, alzando la vista de nuevo—. Contadnos algo de vosotros, lo que os apetezca.

Si había alguien del programa en nuestra mesa, no quería que se sintiera obligado a compartirlo. Era el primer día y tenía delante a un grupo muy variopinto. Sabía que uno de mis mayores retos sería favorecer la unión entre ellos. ¿Lo conseguiría?

El primero en la rueda fue Juan Narbona, que estaba sentado a mi lado, con la espalda tan recta que parecía imposible. Se trataba de un muchacho alto, de mandíbula marcada, pelo oscuro muy corto y gesto serio.

—Voy yo —dijo con un acento andaluz que llenó la mesa—. Soy Juan Narbona. De aquí, de Cádiz. Veinte años. Estoy preparándome para entrar en la Policía. Ángela es mi novia.

Señaló a la chica que estaba junto a él.

—Es nuestro tercer año aquí. La verdad es que siempre supone un regalazo.

Ángela respiró hondo antes de hablar, como si tuviera que darse permiso. Era tremendamente guapa —rubia, ojos azules enormes, piel perfecta—, pero llevaba los hombros encogidos de manera constante.

—Yo soy Ángela… Gil. —Sonrió, tímida—. También de Cádiz. Tengo diecinueve años. Y, bueno, todavía no veo muy claro qué voy a estudiar. Ahora estoy ayudando en la tienda de costura de mi madre. Y la verdad es que ojalá este verano me dé tiempo a pensar un poco lo que quiero hacer.

Juan la miró con una mezcla de cariño y preocupación. Y a mí se me apretó algo por dentro, porque me asaltó una pregunta absurda y dolorosa de si David me había mirado así en algún momento.

—Tranquila, tía —dijo Charlie—. Los años sabáticos molan.

Los ojos de Ángela se iluminaron levemente y asintió, agradecida.

El siguiente era justo él, Charlie, un chico que transmitía calma incluso cuando respiraba. Tenía el pelo castaño recogido en un moño flojo, barba de varios días y unos ojos cálidos que parecían escuchar de forma permanente. Llevaba una camiseta con letras japonesas y tenía los brazos tatuados con diferentes dibujos abstractos.

Se inclinó hacia delante como si fuera a contarle un secreto al universo.

—Yo soy el Charlie. De Murcia. Veintitrés. Profesor de música. Este año he conseguido algunas horillas en un cole y estoy tope de contento, la verdad.

Se le escapó una sonrisa llena de entusiasmo.

—Me considero una persona en proceso de reconstrucción. Yo como que creo en algo, pero aún no lo tengo muy definido, ¿sabes?

Acompañó la palabra «definido» con las manos, dibujando una especie de marco en el aire.

—Eso sí, me mola ayudar a la gente. —Relajó los hombros—. Por eso este es el segundo año que vengo. El primer campamento se puede hacer un poquillo cuesta arriba, así que si alguien necesita hablar o respirar, soy vuestro hermano.

Charlie era la típica persona que siempre sumaba en un grupo. Buen rollo y ayuda desinteresada, algo que nos venía de maravilla.

La chica que tenía al lado se echó hacia atrás en el banco, como si estuviera protegiendo un territorio invisible. Su presencia no pasaba desapercibida: rastas, tatuajes por media piel, camiseta negra desgastada, *piercing* en la boca. Todo eso acompañado de una mirada tan afilada como cansada.

«Seguro que es del programa…».

O quizá estaba prejuzgando.

Me mordí el labio para ahuyentar el pensamiento.

—Yo soy Rocío. Rocío Salazar —comenzó, mucho más tímida de lo que había imaginado—. Estoy aquí porque el padre Mateo me ha estado ayudando todo el año.

Vaciló unos segundos.

—No siempre se lo he puesto fácil, pero ahí ha seguido el tío. Me dijo que esto podía venirme bien, así que he intentado confiar. A ver…

Mientras la escuchaba, até cabos. La había visto alguna vez por la parroquia hablando con Mateo. Él había mencionado de pasada que

acompañaba a una chica con una historia difícil. Quizá no formaba parte del programa, pero también llegaba con heridas.

—Gracias por compartir, Rocío —le dije con cariño.

Ella esbozó algo parecido a un gesto de agrado, lo que tomé como un primer pasito enorme.

La siguiente era una chica de piel tostada, rizos negros y sonrisa contagiosa.

—Yo soy Nerea, de Málaga —comenzó a decir mientras se colocaba unas gafas de pasta rojas—. Tengo casi dieciocho años. Es mi primer campamento, así que estoy emocionada. Este año empiezo un grado de Animación para videojuegos.

—¿En serio? —preguntó Ángela, con los ojos bien abiertos, sorprendida como todos nosotros—. ¿Eso existe?

Nerea asintió muy orgullosa.

—En eso te podemos ayudar —comentó uno de los chicos que había saludado antes, el de gafas, que parecía el más simpático. Creía recordar que se llamaba Álvaro—. Somos unos frikis de los videojuegos.

Señaló también a su amigo, que miraba hacia otro lado con expresión de aburrimiento.

—Te llamaré entonces para que probéis los míos —rio Nerea.

Entonces se abrió un paréntesis breve sobre videojuegos famosos del que no entendí absolutamente nada. Me limité a sonreír y a agradecer que la conversación empezara a surgir sola. Íbamos por buen camino.

—Yo soy Marta, encantada —se presentó cuando volvimos a la rueda—. Soy de Sevilla, pero vivo en Madrid y estudio Educación

infantil. Es mi tercer año aquí. Estoy en la misma parroquia que Sora, Cris, Mateo…

—Y es nuestra cantante oficial —añadí yo, guiñándole el ojo.

Ella se sonrojó. Marta era de esas personas tímidas que pasaban desapercibidas, pero sostenían a todo el grupo con su capacidad de servicio.

El siguiente fue Diego, al que ya conocía perfectamente.

—Yo soy Diego. Este es mi primer año. —Se rascó la cabeza, con cierta reserva—. La verdad es que mis padres me han obligado a venir.

El grupo rio. Me vinieron a la cabeza aquellas tardes en casa, cuando me tocó hacer de niñera improvisada de Diego, Min-ji y los demás; esa pequeña tribu que llevaba junta desde que apenas levantaban un palmo del suelo.

—Ah, y soy de la parroquia de estas.

Nos señaló.

—¡Estas! —exclamó Cris—. ¡Un respeto a tus mayores! Estas maravillosas mujeres, querrás decir.

—La verdad es que estoy un poco enfadado porque todos mis amigos han caído en otros grupos y creo que soy el más joven de aquí —suspiró, exageradísimo—. Pero nada, mejor eso que morirse. Supongo.

El grupo soltó una carcajada. Y en ese momento me di cuenta de que Diego, casi sin proponérselo, iba a poner el toque de humor que aquel grupo necesitaba.

—Te vamos a cuidar bien, pequeñajo —le aseguró Marta, poniéndole la mano en la espalda.

—Qué rollo, os conocéis todos —se quejó Rocío, cruzándose de brazos.

—Qué va, hay muchos nuevos —quise suavizar—. Y seguro que en un par de días todos somos una familia.

Justo entonces sentí una mirada clavarse en mí. Iker me observaba como si intentara leer algo que ni yo sabía que estaba diciendo. Evité mirarle con todas mis fuerzas.

«¿Por qué me empezaba a incomodar tanto?».

—Quedamos nosotros, que también somos nuevos —intervino Álvaro, ajustándose las gafas mientras se incorporaba un poco en el banco—. Yo soy Álvaro, de Madrid, tengo veintitrés años. Y he venido por…

Un ápice de duda le cruzó los ojos.

—… recomendación de mi madre —dijo—. Asegura que me vendría bien una experiencia así.

—Benditas madres —soltó Cris, sonriendo.

Reprimí el impulso de mirarla de reojo. Por el tono —y porque a Cris la conocía como me conocía todas las canciones de Blackpink— juraría que ese chico le había llamado la atención. Y no me cuadraba nada, puesto que Cris tenía un radar infalible para los casos perdidos: malotes imposibles o chicos con drama escrito en la frente. Álvaro, en cambio…

Álvaro tenía pinta de buenazo tras sus gafas de pasta.

—Faltas tú —indiqué finalmente al último, el amigo de Álvaro, que llevaba toda la presentación intentando fingir que no estaba allí.

Él levantó la mirada hacia mí. Fueron apenas dos segundos, pero me parecieron eternos. En ese momento me fijé que tenía unos ojos profundamente marrones, cálidos pero contenidos.

—Soy Iker —dijo.

Nada más.

Hizo un gesto leve con la mano, una especie de saludo corto, casi irónico, y una mueca que no supe interpretar. Esperé unos segundos por si añadía algo más —edad, de dónde venía, qué hacía allí—, pero no.

Silencio.

Silencio que empezó a resultar muy incómodo.

9

IKER

—Genial, ya nos conocemos todos.

Sora intervino, incómoda, al darse cuenta de que yo no iba a agregar nada más.

No había pasado ni media hora desde que nuestro grupo se había formado y algo me decía que todo iba a resultar un auténtico desastre. Demasiada gente diferente. Demasiados nombres que no pensaba memorizar.

La otra coordinadora —a la que mentalmente ya había bautizado como la Guiri— empezó a repartir unas hojas con cuadros, títulos y mucho texto.

—Estamos en una ubicación perfecta —añadió Sora—. Desde aquí, llegamos en pocos minutos a realidades importantes. Y aunque cada misión es diferente, en todos hay algo en común: necesitamos devolverles la esperanza.

Esperanza.

Ni siquiera estaba seguro de saber qué significaba eso. Y, aun así, la palabra me escoció. Como echar sal en una herida abierta.

Las coordinadoras continuaron explicando lo más importante de la semana. Yo intenté prestar atención, de verdad. Pero ¿a quién quería engañar? Entre que la cabeza no me iba fina y que todo

aquello me estaba aburriendo soberanamente, solo retuve lo más importante.

Primera semana, residencia de ancianos. Acompañar, escuchar. Segunda semana, centro de acogida para personas sin hogar. Alcoholismo, drogadicción, soledad. Un cóctel interesante. La tercera semana fue la que más me dolió, y debió de notarse en mi cara, porque Sora se quedó mirándome unos segundos, como si intentara leerme por dentro.

—Y la última semana —continuó, apartando la mirada—, ya un poco más relajada, nos dedicaremos al medio ambiente. Hay rutas y zonas por aquí que necesitan mantenimiento.

Si lograba sobrevivir a las primeras semanas, podría refugiarme en la naturaleza. Resultaba curioso que lo que había evitado durante los últimos meses, debido a los recuerdos que traía, era precisamente lo que se estaba convirtiendo en incentivo. No para vivir, pero al menos para intentar aguantar.

La Guiri nos indicó que pasáramos la página y nos encontramos con un horario milimétrico de lunes a domingo: levantarse, asearse, oración de la mañana, desayuno, voluntariado, regreso, cena… Todo encajaba como un reloj suizo, y las quejas no tardaron en llegar.

La primera oración tendría lugar a las malditas siete y media de la mañana. ¿Cómo se suponía que iba a levantarme a esa hora si últimamente era justo cuando por fin conseguía dormirme?

—Sé que, visto así, suena agobiante —comentó Sora—. Pero luego comprobaréis que todo resulta más fluido de lo que parece.

—Además, cuando volvamos por las tardes, dispondremos de tiempo libre —añadió la Guiri—. Podréis descansar, hacer deporte, bajar a la piscina… Lo que queráis.

—Los viernes tendremos verbena temática, para la que hay que disfrazarse —continuó Sora—. Y los fines de semana habrá actividades lúdicas sorpresa.

«Qué intriga». Seguro que la sorpresa pasaba por sentarnos en círculo a compartir emociones mientras alguien tocaba la guitarra con demasiada intensidad.

Resoplé tan fuerte que me gané una patada disimulada de Álvaro por debajo de la mesa.

Mientras ojeaba el horario, me pregunté si sería obligatorio asistir a todo o valdría con cumplir las misiones. Mi plan consistía en pasar lo más desapercibido posible y hacer lo mínimo necesario para recibir el certificado de horas. Sin ningún comentario negativo, al menos.

Después de algunas indicaciones más, nos dirigimos de nuevo al porche para que Sora nos acompañase en un pequeño tour por la finca. Quedaban ya pocas mochilas desperdigadas y se notaba que la mayoría de los grupos había bajado a instalarse.

—Empezamos por la casa —dijo Sora, señalando hacia atrás—. En la parte de arriba viven las hermanas. No sé si conocéis a estas religiosas; son unas trescientas en toda España y…

Ella siguió hablando, pero a mí todo aquello me sonaba a chino. Monja, misión, apostolado, acompañamiento. Mi cerebro estaba atrapado en una pregunta mucho más básica: siendo monjas, ¿por qué no llevaban hábito? ¿Había distintos niveles de monjas? ¿Qué eran, las modernas del mundillo?

Decidí guardar aquella duda existencial para mí mismo por los siglos de los siglos. Antes muerto que levantar la mano.

—¿Qué se come aquí? —preguntó la que llevaba rastas.

Gracias, mujer. Yo también quería saberlo. Sobre todo si había café. Mucho café. Cantidades industriales, pero, a ser posible, del bueno.

—Uy, de todo —respondió la Guiri—. Las hermanas cocinan de maravilla, todo casero. Y algún que otro dulce.

—Ya veréis, vais a volver con unos cuantos kilos de más —añadió el musculado, el que quería ser policía, riéndose.

No le vi la gracia.

—Aquí comeremos —continuó Sora, acercándose a una de las mesas del porche. Encima había un jarrón blanco con un lazo morado y unas ramitas de lavanda—. Cada grupo tiene una mesa asignada. Las hermanas nos sirven y luego lavamos los platos justo ahí detrás.

Señaló unas piletas con grifos viejos, colocadas tras un pequeño muro, y yo solté una risa seca, irónica. Lo que no hacía en mi casa iba a tener que hacerlo allí.

Si ese Dios del que tanto hablaban existía, había que reconocerle el sentido del humor. Mis dieces.

Caminamos hacia la izquierda, saliendo del porche, mientras Sora terminaba de explicar que dentro de la casa también estaban la enfermería y algunas salas comunes. El terreno descendía ligeramente al dejar atrás esa zona elevada, y yo me limité a seguir al grupo, arrastrando los pies y la paciencia a partes iguales.

Delante de nosotros se abrían tres zonas rectangulares. Un «campo de fútbol» con tierra y hierba a trompicones y dos porterías tan oxidadas que parecían reliquias arqueológicas. Un campo de vóley cuya red era, literalmente, unos palos de madera colocados en

equilibrio. Y una pista de baloncesto con tanto rastrojo que botar una pelota ahí supondría un auténtico milagro.

Sin poder evitarlo, mi parte profesional contempló el terreno con auténtica preocupación: ¿cuántos críos se habrían dejado las rodillas en aquel suelo? Esperaba que contasen con algún enfermero, porque yo no pensaba curar a nadie.

—Todos los años hacemos una liga de deportes por grupos —explicó Sora, llevándose las manos a la cintura—. Mañana pasaremos lista para quien quiera apuntarse.

—¿Nuestro grupo? —soltó el más joven—. ¡Pero si casi todo son chicas!

—Vamos a ignorar tu comentario, Diego —le respondió una de ellas, dándole un empujón amistoso.

Diego parecía el típico adolescente con granos en la cara que intenta hacerse el gracioso sin conseguirlo. Y, aun así, en aquel contexto tan surrealista hasta me estaba cayendo simpático. Además, era de los pocos nombres que había retenido.

Quizá debería empezar a ponerles motes a todos. Eso me facilitaría las cosas.

Diego, el Payasete.

La otra coordinadora, la Guiri.

La de las rastas, la Chunga.

La que cantaba supuestamente bien, la Cantarina.

El de los tatuajes, el Hippie.

Los novios, el Cachas y la Rubia.

La de las gafas…, la Gafas.

Y Sora…

Levanté la vista justo en ese momento y me pilló mirándola. Por un segundo tuve la sensación de que era capaz de leer pensamientos, como una bruja malvada. Pero me devolvió una sonrisa amable. Menos mal.

—Y aquí —continuó ella, llevándonos a la parte trasera de la casa, donde unos árboles hacían de muro natural— está la piscina, que se agradece con este calor.

Se levantó un murmullo general, ese sonido colectivo de pura felicidad y ganas de zambullirse. Era lo más moderno que había visto hasta el momento, aunque se quedaba en una charca comparada con la piscina de mi casa. Miré el césped artificial y supe, sin necesidad de tocarlo, que aquello quemaba como el infierno.

—Bien —retomó Sora—, ahora vamos a conocer la otra parte del campamento. Hay que descender por el camino morado, como lo llamamos, porque está lleno de lavandas. Podemos tomar las maletas y así ya las bajamos a las habitaciones.

—El camino morado es precioso —añadió la Guiri—, pero como se os olvide algo en las cabañas, lo acabaréis odiando. Eso sí, ¡vais a echar un culo que ni un mes de gimnasio!

Volvimos al porche y cada uno se dispersó en busca de su equipaje. Álvaro me miró con una sonrisa encantada.

—Campo de fútbol, piscina, comida casera y el mar enfrente… —dijo—. A ver, tan mal no estamos, ¿no?

Mi amigo se rio y levantó el *trolley* a pulso para no arrastrarlo por el campo. El resto del grupo llevaba mochilas enormes o macutos, mucho más prácticos que nosotros.

—Lavar tus platos, madrugar de una forma insana y que te digan lo que hay que hacer en todo momento —respondí, irónico—. No, si

esto es mejor que estar en un hotel de Marbella, todo incluido.

Respiré hondo mientras avanzábamos.

El camino era más agradable de lo que esperaba. Árboles altos y retorcidos formaban una especie de túnel natural, con una sombra fresca que se agradecía. Entre los arbustos se abrían pequeños senderos casi ocultos, cada uno con un banco de madera viejo y torcido. Parecían rincones perfectos para huir del mundo y no hablar con nadie durante un rato.

Me los grabé para cuando lo necesitara. Porque estaba seguro de que acabaría recurriendo a ellos.

Álvaro había entablado conversación con el Cachas. Y yo, sin darme cuenta, había seguido andando, decidiendo ignorar a mi amigo el sociable. Delante, algunas de las chicas caminaban gesticulando y hablando en voz alta. Demasiado alta. Tan alta que iban a espantar a los pájaros.

—Entonces… —decía la Cantarina— ¿qué pasa con David y contigo? Ayer fuisteis el tema de conversación de camino aquí, incluso apostaron…

—Oh, *please*, no le saques el tema —interrumpió la Guiri, dejándome con ganas de saber lo que apostaron—. Este año es Sora y solo Sora. Coordinadora. Nada de chicos. *Not allowed!*

—Te voy a decir lo mismo a ti, señorita me-enamoro-cada-verano —replicó Sora, echando a correr detrás de ella.

Y las dos empezaron a perseguirse cuesta abajo como si fueran niñas de nueve años en un recreo.

¿Y ellas iban a coordinarme a mí? Fenomenal.

Pero había retenido algo sin saber por qué: la existencia de un tal David.

Cuando llegamos al final del camino, el terreno se abrió de golpe y aparecieron las cabañas de piedra oscura, dispuestas en círculo alrededor de un gran olivo. Yo me había imaginado tiendas de campaña con cremalleras rotas, agujeros y lona descosida, así que, al ver una construcción de verdad, casi me dieron ganas de llorar de alegría.

—Aquí es donde dormimos —explicó Sora—. Las cabañas están asignadas por grupos y sexos. La de los chicos es la número tres. Las chicas estáis en la nueve. Podéis dejar vuestras cosas y ahora os enseño lo demás.

Los chicos nos dirigimos hacia nuestra cabaña, con Sora pisándonos los talones, mientras la Guiri acompañaba a las chicas.

Me acerqué a la entrada. La puerta, grande y de metal verdoso, soltó un chirrido largo y desagradable al abrirse. Había tres juegos de literas y una ventana diminuta que apenas dejaba pasar la luz. Me fijé en los colchones, que no tenían funda de tela, sino una capa plástica de color azul.

En aquel momento quise volver a llorar, pero de pena.

Álvaro dejó el *trolley* junto a la litera más pegada a la puerta y, con toda la tranquilidad del mundo, miró a Sora, que nos observaba desde el umbral.

—Perdona, Sora… —comenzó—. Las sábanas, ¿nos las dais ahora?

La cara de la chica se transformó en un poema.

—¿Sábanas? —preguntó, como si le hubiera hecho la pregunta más extraña del mundo—. ¿No te llegó el correo con lo que había que traer?

Hubo un silencio que me hizo mirar a mi amigo. Si las miradas matasen, Álvaro habría caído fulminado en ese momento.

—Normalmente la gente trae su saco de dormir —intentó explicar Sora—. Sábanas, almohadas… Aquí no tenemos nada, yo…

A Sora se la notaba incómoda.

—¿En serio, Álvaro? —pregunté—. ¿Para esto fuiste a las reuniones?

—Yo qué sé, tío —bufó él, pasándose las manos por el pelo—. Estaba hasta arriba de curro. Mi bandeja de entrada echaba humo.

Miré la cabaña intentando encontrar una solución mejor que dormir en un plástico que prometía adherirse a mí y hacerme sudar como un pollo asado.

—Os puedo dejar mi saco —ofreció Sora, rápidamente.

¿De verdad iba a hacer eso? Porque yo, desde luego, no lo haría.

—Y podemos intentar encontrar unas sábanas —añadió—. Seguro que en la caja de objetos perdidos hay algunas de otros años. Hallaremos una solución. Y perdonad.

Lo decía de verdad. Preocupada. Casi culpable, como si el hecho de que nosotros fuéramos dos inútiles funcionales fuera su responsabilidad personal.

—Tranquila, no es para nada tu culpa —respondió Álvaro, con esa facilidad suya para caer bien—. Nos apañamos.

Ella sonrió aliviada y el ambiente se aflojó un poco.

—¿Prefieres arriba? —me preguntó Álvaro entonces.

Negué con la cabeza y lancé mis cosas al hueco inferior. Ni loco me veía trepando a una litera a las tres de la mañana, medio dormido, balanceándome como un mono si me entraban ganas de ir al baño.

El Cachas ocupó otra cama de abajo, alegando «motivos de corpulencia», y el Payasete se quedó con una de arriba después de

probar un par, como si estuviera eligiendo asiento en el cine. El Hippie esperó a que el resto eligiera, antes de quedarse con alguna libre.

Saqué el teléfono móvil y vi que no tenía ninguna raya de cobertura. Era ya casi la hora de comer, así que pensé que sería un buen momento para llamarla.

—Perdona, Sora —suavicé la voz antes—, ¿hay cobertura en algún sitio?

—Lo de la cobertura aquí es un problema —confesó, intentando sonreír.

Soltó una pequeña risa, pero tuvo que ver mi cara de seriedad, porque se recompuso rápido.

—Fuera de la finca, hacia la izquierda —explicó—. Si caminas como cinco minutos, hay un poste de teléfono donde puedes pillar algo. Aunque depende un poco del día.

—¿Y wifi? —insistí.

Me negaba a creer que aquella gente estuviera tan incomunicada. ¿Qué era esto, un campamento amish?

—Solo para las hermanas —contestó, haciendo una mueca de disculpa.

—¿Y no podéis darme un momento? —pregunté, empezando a exasperarme.

—Lo siento, es solo para emergencias —contestó—. Si lo hacemos contigo, tendríamos que hacerlo con todo el campamento.

Parpadeé. ¿Me estaba vacilando?

—Tendrás cobertura cuando salgamos a las misiones —dijo, como si fuera suficiente—. Y hay un teléfono fijo en la casa, por si necesitas llamar en cualquier momento.

Me obligué a respirar varias veces para mantener a raya mi primer impulso, que fue bastante más sencillo: gritar y mandarlos a todos a la mierda. A Sora, a Álvaro y a todo el campamento.

—Sé que al principio parece un rollo, pero verás como lo agradeces —añadió, viendo mi cara—. Yo lo considero una bendición.

Me quedé completamente anonadado y sin saber qué responder.

—De hecho, os iba a contar que ofrecemos la opción de que nos dejéis los teléfonos. Los guardaremos en la casa —explicó alzando un poco la voz para dirigirse a todos—. Así no tenéis la tentación de usarlos si queréis desconectar de verdad.

Tanto el Cachas como el Hippie se levantaron a entregarlos a Sora, con una naturalidad asombrosa. Como si la secta los hubiera absorbido sin remedio alguno.

—Es lo mejor que podéis hacer —nos dijo el Hippie al pasar junto a nosotros—. Vivimos pegados al móvil. Nos viene bien recordar que el mundo sigue existiendo fuera de la pantalla.

—Ni de coña —dijo el Payasete, desde su litera—. Paso de darte el teléfono.

—Está bien, Dieguito —respondió Sora con calma—. Verás como de aquí a tres días ni te acuerdas de él.

—Yo sí quiero dártelo —intervino de repente Álvaro.

Estaba terminando de escribir algo en su pantalla mientras se acercaba a Sora.

—Pero quizá lo necesite en algún momento para llamar —le informó a la par que le entregaba el iPhone de última generación, recién estrenado.

—Sin problema —contestó ella sonriendo—. Estarán en la casa.

Lo miré incrédulo. No consideraba que mi amigo estuviera enganchadísimo al móvil, pero sí padecía una ligera obsesión con tenerlo siempre a mano y con sonido. Por si Valeria escribía.

—¿Qué? —Se encogió de hombros ante mi mirada—. Quiero vivir la experiencia al completo.

«No te puedo creer».

—¿Y tú, Iker? —preguntó Sora—. ¿Te animas?

Me sonrió con esa serenidad suya que empezaba a molestarme.

Volví a mirar la pantalla, ignorándola. Esta vez ponía un SOS que me tensó por dentro. La boca se me quedó como un zapato.

¿Y si ella me llamaba? ¿Y si, justo ese día, ella pedía hablar conmigo y yo no estaba al otro lado de la línea? ¿Y si pensaba que la había olvidado? ¿Y si se cansaba de esperar durante ese mes y terminaba olvidándome?

Las imágenes llegaron sin pedir permiso. El 1 de mayo. El coche. El ruido seco. Y luego la noche del 17 de noviembre. Mis palabras, pero también lo que no alcancé a decir. El golpe. El silencio de después.

El aire empezó a faltarme y salí de la habitación casi a trompicones, con el pecho cerrado y la certeza absurda de que yo nunca iba a ser capaz de desconectar. Ni del mundo ni de mí mismo.

Empezábamos de maravilla el maldito campamento.

07.00 h – Oración de monitores y coordinadores. *Primer café con el Jefe*.
07.30 h – Levantarse y aseo. *¡A por el día!*
08.00 h – Oración de la mañana. *Buenos días, Señor.*
08.30 h – Desayuno. *Carga de Combustible*.
09.15 h – Salida hacia las misiones. *Rumbo al Lío*.
10.00 h-14.00h – Misiones. *Manos a la obra*.
14.00 h – Comida en la misión/pícnic. *Repostaje de combustible*.
15.30 h – Regreso al campamento. *¡Buen trabajo!*
16.00 h – Tiempo libre/descanso. *Tiempo de reanimación*.
16.30 h – Reunión de coordinadores. *Consejo Jedi*.
17.00 h – Piscina, talleres, liga de deporte. *¡A divertirse!*
18.00 h-20.00 h – Duchas. *¡Descontaminación, por favor!*
20.30 h – Cena. *Última carga de día*.
21.30 h – Velada. *Historias bajo las estrellas*.
22.30 h – Oración de la noche. *Revisión del Corazón*.
23.15 h – Silencio. *Modo avión recomendado*.

SEGUNDA PARTE

Ritmo

10

IKER

Abrí los ojos y me quedé inmóvil unos segundos, tratando de ubicarme.

Primero sentí un frío terrible que se pegaba a mi cintura como una mano mojada. Luego, la espalda protestó por varios puntos distintos, fruto de haber dormido con una sudadera como almohada. Mis oídos también captaron un ronquido grave y cíclico que recordaba levemente haber escuchado durante toda la noche.

Entonces caí. Estaba en el maldito campamento.

Algo duro se me clavaba en la cadera izquierda. Rebusqué a tientas y saqué el móvil. La pantalla se encendió sola al rozarla, y su luz me cegó durante unos segundos. Las siete y veintitrés. Con suerte habría dormido tres horas, lo que significaba que me esperaba un día terrible por delante.

Y lo peor: no sabía cómo iba a sobrevivir si no había café.

Aparté de una patada la manta roñosa que olía insoportablemente a humedad. Sora la había rescatado de objetos perdidos, o eso me había contado Álvaro. Me había dado tal ataque de ansiedad tras descubrir la ausencia de cobertura que había desaparecido casi todo el día.

Primero intenté encontrar el punto de conexión que me había indicado Sora. Tardé un buen rato, pero al final di con él: junto a un poste de teléfono, pegado a una valla metálica con vistas a la piscina. No había sitio donde sentarse sin mancharse de albero naranja; ni un banco, ni una piedra decente. Logré llamar, pero no hubo respuesta al otro lado, aunque al menos pude dejar enviado un audio.

De camino de vuelta, pasé por la cabaña para tomar mi botella de agua. Y allí, sobre la cama que me había autoasignado, encontré el libro *El médico*, de Noah Gordon. Me lo había regalado Álvaro por mi cumpleaños después de —según él— una búsqueda exhaustiva por foros para encontrar un libro que me enganchara. Le prometí comenzarlo, pero jamás lo hice. Aun así, ahí estaba, como si Álvaro hubiera sabido que tarde o temprano iba a necesitarlo.

Así que, aquel domingo, el libro se convirtió en mi único compañero. Al principio tuve que releer algunos párrafos hasta concentrarme, pero luego empecé a disfrutar y me bebí varios capítulos de una sentada, recordando lo mucho que antes disfrutaba de la lectura.

Por lo demás, solo aparecí para la cena, y porque estaba muerto de hambre. Comí en silencio, lavé los platos más rápido que nadie y me retiré a la cabaña. Luego fingí hacerme el dormido para que no me molestaran.

Un ronquido especialmente salvaje me arrancó de golpe de aquel recuerdo y decidí salir de la cama —si es que se le podía llamar así— con cuidado de no golpearme la cabeza y de no hacer demasiado ruido. Álvaro dormía como un tronco, con los brazos abiertos colgando de la litera.

Me vestí como pude en medio de la oscuridad. Tanteé en la maleta y saqué lo que pillé sin mirar. Con la confusión, me puse la camiseta al revés, casi pierdo el equilibrio con los pantalones y a punto estuve de tropezar con los zapatos de Álvaro.

Finalmente, salí a encontrarme con el frescor de la mañana y lo primero que hice fue sacar el teléfono, quizá por inercia, solo para comprobar que seguía sin haber ni una triste raya de cobertura. De pronto, la imagen de Sora mirándome con expresión confundida y diciendo que aquello era una «bendición» se coló en mis entrañas.

«Sora».

Yo, experto en hallar culpables externos, necesitaba que alguien fuera la diana en la que clavar mis dardos. Así que Sora se estaba convirtiendo en la cara oficial de mi castigo.

A unos metros de distancia, observé una zona arbolada y un grupo de personas charlando. Dos figuras que reconocí al instante caminaron hacia donde me encontraba. Sora y su amiga, la Guiri, parecían llevar despiertas un buen rato. Venían agarradas del brazo, parloteando, gesticulando y riéndose demasiado alto, como si les diera igual que medio campamento continuara dormido.

Sora llevaba unos vaqueros cortos y la misma sudadera que el día anterior. Además, se había recogido el pelo en dos trenzas tirantes que le hacían parecer todavía más joven.

«¿Cuántos años había dicho que tenía…?».

—Iker, buenos días —me saludó con energía al aproximarse—. Has madrugado.

Supe que estaba intentando sonar más amable de lo que yo merecía después de mi actitud del día anterior.

—Eh…, sí —balbuceé.

—Los monitores nos levantamos siempre los primeros —explicó, aunque no le había preguntado nada—. Rezamos y organizamos el día antes de despertaros a vosotros. Espero que hayas dormido bien.

—Y que no hayas pasado frío —apostilló la amiga—. Ya hemos pedido que os traigan unos sacos de dormir.

Ambas me miraron con una sonrisa abierta. Parecía que habían olvidado lo del día anterior, o quizá habían decidido no darle demasiada importancia. Fuera como fuese, lo agradecí y asentí con un intento de sonrisa que no se aproximaba a la de ellas en absoluto.

Luego se hizo un silencio que ninguno supo cómo rellenar. La Guiri le lanzó a Sora una mueca, como intentando empujarla a seguir su camino, pero esta no se movió. En su lugar, se llevó los dedos a la pequeña concha marina que colgaba de su cuello mientras me observaba. O tenía gran valor sentimental, o padecía un terrible tic nervioso que era para hacérselo mirar.

—Ya que estás levantado —improvisó Sora, con una risa suave—, ¿quieres ayudarnos a despertar a los demás?

Antes de responder, oí una voz eufórica aproximándose. De nuevo, a nadie parecía importarle que medio campamento durmiese.

—Hombre, ya tenemos a uno en pie —me dijo el cura, a modo de saludo—. ¡Buenos días por la mañana!

Le dediqué una mueca como contestación y fue suficiente, pues estaba muy ocupado dirigiendo al resto de los monitores.

—¡Vamos allá! —exclamó, colgándose una guitarra con decenas de pegatinas—. ¿Con qué queremos empezar?

Mal. Aquello pintaba mal.

Y fue aún peor cuando me fijé que algunas personas cargaban cacerolas, panderetas y otros instrumentos improvisados con los que, supuse, pretendían despertar a los demás. Muy delicados para unas cosas y unos auténticos salvajes para otras.

Di gracias a Dios, a la vida o al universo por haberme despertado por mi cuenta. Y pedí poder hacerlo cada día durante el mes que estuviera atrapado allí.

—¿En serio vais a despertar a la gente con eso? —solté sin filtro.

—Sí —dijo Sora, riendo entre dientes—. El primer día no es tan malo. Muchos están ya despiertos.

—El último día, sin duda es el más gracioso —añadió la Guiri, levantando una ceja, divertida.

Ambas se rieron. De más. Como si supieran un secreto que yo todavía no estaba autorizado para conocer.

—Nos gusta despertar a la gente con alegría —dijo Sora, que apoyaba una mano en mi hombro con naturalidad.

Me tensé al instante y ella lo notó, porque retiró la mano con rapidez, confundida.

Pero el espectáculo comenzó a nuestras espaldas y no tuvimos tiempo para más. En masa, todos se dirigieron a las cabañas cantando, golpeando cacerolas, dando palmas y repicando panderetas. Algún monitor incluso comenzó a dar golpes rítmicos en las puertas metálicas, que resonaban como si estuvieran derribando una casa.

Aquello podría ser denunciado públicamente como tortura.

Dos monitores salieron de una cabaña cargando a un chico que seguía dentro del saco de dormir. Lo arrastraron como si fuera un cadáver y, entre risas, le dieron un par de vueltas hasta que el tipo

consiguió sacar la cabeza y empezó a carcajearse. No aparentaba sentirse contrariado; al revés, parecía una situación de lo más habitual.

Yo me quedé allí solo, observando la escena con la esperanza de que estuviera siendo víctima de alguna cámara oculta. Pero pasaron los minutos, el jaleo se hizo cada vez más fuerte y la realidad no se apagó, así que decidí que solo podía hacer una cosa: ir en busca de Álvaro para preguntarle una vez más cómo se le había ocurrido elegir aquel campamento.

A pesar de llevar solo una noche, la cabaña olía tanto a pies que tuve que reprimir una arcada. También se hallaba completamente revuelta, con maletas abiertas y ropa echada encima sin ningún tipo de orden.

El Cachas ya estaba listo y salía por la puerta, no sin antes dedicarme otro enérgico «buenos días, Iker», acompañado de una palmadita en la espalda. El Hippie, sentado al borde de la cama, se mantenía con los ojos cerrados, haciendo a saber qué. El Payasete seguía dormido como un tronco, y si el huracán que acababa de pasar por delante no lo había despertado, ni una bomba nuclear lo haría.

—¡Buenos días! —me saludó Álvaro, con su pijama doblado en las manos.

Como alguien más me diera los buenos días aquella mañana, le metía el saco en la boca.

«Ese saco que no tengo, sí».

—A ver, para situarme…: ¿nivel de mal humor de hoy? —preguntó mientras cerraba su maleta. Era el único ser humano de la cabaña que tenía la suya ordenada.

Sacudí la cabeza y puse los ojos en blanco.

—Directamente proporcional al buen humor que tengas tú. —Le dediqué un gesto de burla—. Si no supiera cómo hemos acabado aquí, juraría que has venido de forma voluntaria.

Álvaro me dio un leve toque en el pecho con dos dedos, indicándome la salida de la cabaña mientras caminábamos hacia los lavabos. Él llevaba su neceser azul bajo el brazo, pero yo no había cogido nada. Hacía tiempo que no me cuidaba ni lo más mínimo; un poco de agua en la cara tendría que bastar.

—Mi madre siempre dice: «Si la vida te da limones, haz limonada». Creo que es de una serie, en realidad. —Se encogió de hombros—. Tío, sé pragmático. Son solo unas horas trabajando. Luego, por la tarde, nos vamos a la piscina o a la playa, tranquilitos. Y en un mes, a casa.

Lo miré fijamente, intentando seguirle el ritmo mental.

—¿Tú eres consciente de que no hay cobertura en toda la finca y que…?

—¿Y que Valeria podría conducir seis horas sin pensárselo solo para comprobar que no le estoy mintiendo? —terminó por mí—. Claro que lo sé.

Álvaro frenó el paso y se giró hacia mí. Me miró unos segundos, en silencio, como si estuviera ordenando algo importante en la cabeza.

—Quizá no eres el único que necesita reflexionar sobre algunas cosas este mes.

Se encogió de hombros, restándole importancia, y no añadió nada más. Álvaro siempre había sido así: primero ordenaba el caos en su cabeza y solo después, si acaso, lo compartía en voz alta.

—De todos modos —continuó—, creo que deberías darle una oportunidad al grupo. Ayer nos reímos muchísimo después de cenar. Sora y Cris me contaron…

—No quiero saberlo —le corté bruscamente, pero enseguida me arrepentí—. Perdona. Es solo que prefiero no implicarme más de lo necesario. Por cierto, gracias por el libro.

Él me observó por unos momentos. Después asintió y me ofreció el puño para que lo chocase en un gesto cómplice que solíamos tener. Lo hice, y la tensión entre los dos se deshizo sin necesidad de decir nada más.

El rato hasta el desayuno se me hizo eterno.

La oración en la capilla no había sido para nada como imaginaba. Nada de recogimiento ni de decoraciones ostentosas. Más bien bancos torcidos e incómodos que crujían a la mínima, el aire colándose entre las hojas y levantando los papeles como si también quisiera escaparse de allí. Y lo peor de todo: lecturas interminables y cancioncitas.

Hubo una que especialmente me molestó:

Me he hecho tantas preguntas
Intentando entender,
Me he lanzado a buscarte
Sin saberte ver.

Me he asomado al abismo,
Me he atrevido a saltar y caer.

Y un huracán
Romperá el cielo desde mi garganta,
Gritándote: «¿Dónde estás cuando me haces falta?».

En aquel momento tragué saliva, porque aquello sí que me lo sabía. No la canción —ni mucho menos—, pero sí la pregunta. No quería volver a darle espacio, así que me dediqué a contar las piedrecitas del suelo: setenta y siete.

Cuando por fin nos soltaron, en el comedor se sintió como una liberación a medias. Me tocó sentarme al lado de la Gafas, que no paraba de hablar, con la energía de quien se ha cambiado las pilas por unas Duracell recién estrenadas. Enfrente, el Hippie intentaba —sin éxito— sacarme conversación.

—Iker, tu aura… la veo triste —me dijo, mirándome muy serio.

Me crucé de brazos, levantando una ceja, pero sin contestar.

—Oye, con mi amigo no te metas —saltó Álvaro, en tono de broma, con la confianza de quien ya se permite vacilar.

—Tío, ábrete —insistió el Hippie, poniendo las manos en el pecho —. Aprovecha la experiencia. El corazón sana.

Iba a soltarle alguna bordería bien afilada cuando alguien me tocó el hombro. Me volví a tensar.

—Nerea, Iker, ¿me ayudáis a traer los platos? —nos preguntó Sora, con su maldita sonrisa perenne.

Desde esa distancia me llegó un olor suave y floral. No supe si era colonia, champú o si se había revolcado literalmente en el camino de lavandas.

No respondí. Quizá, si la ignoraba, buscaría a otro. Pero algunos en la mesa se quedaron en silencio, y noté las miradas clavándose en mí. Mi compañera ya se había levantado, así que eché el aire por la nariz y me puse en pie. No quería montar un numerito.

—Gracias —dijo Sora con calma—. Seguro que hoy va a ser un gran día.

—Sí, seguro —repliqué, irónico.

No le dejé rematar porque me di la vuelta rápido. Sora estaba comenzando a crisparme: ¿no tenía a nadie más a quien perseguir? A ese tal David, por ejemplo.

«Ni siquiera sé por qué recuerdo ese nombre».

Al volver a la mesa, el cielo me sonrió por una vez, como si me estuviera recompensando por mi buena acción desinteresada: alguien había traído una gran jarra de café, que descansaba en medio, esperándome como mi salvación.

Y aunque seguramente estaba condenado a tomármelo caliente como el infierno, me lancé a llenar la taza. El color era decente y el olor tampoco estaba mal. Aunque no sabía si se trataba de mi mente intentando autoconvencerse de que eso era mejor que nada. Lo acerqué a mi boca, ya sintiendo el milagro…

Pero Sora me interrumpió.

—Todavía no, tenemos que bendecir —anunció desde el otro extremo de la mesa con una especie de disculpa en la mirada.

Cerré los ojos lentamente mientras bajaba la taza e intentaba no asesinar a nadie. A mi espalda, escuché a alguien pronunciar unas palabras solemnes… y, acto seguido, golpes rítmicos en la mesa, tan fuertes que tuve que sujetarla a conciencia.

Una canción. «Otra canción», mejor dicho.

Estaba empezando a pensar que nos habíamos metido en una secta musical y que aquí solo se comunicaban a base de canciones. ¿Cuántas llevaba ya? Ni siquiera eran las nueve de la mañana.

—Ahora sí. ¡A desayunar! —anunció la Guiri cuando terminaron.

Todos se lanzaron a por el pan que se apilaba en unas cestas; al menos habían tenido la decencia de tostarlo. Había un ir y venir de manos que cogían la mantequilla, el aceite, la leche, la sal… A mí me urgía más que el café llegase a mi torrente sanguíneo si no quería quedarme dormido allí mismo. Degusté el sabor en mi boca y sentí que resucitaba a la vez que daba gracias al universo. El café no estaba terrible, aunque no pasaba de regular. Podía soportar un regular.

—¿Qué tal habéis dormido? —preguntó Sora al grupo.

Empezó una retahíla de anécdotas —que si hacía frío, que si la cama crujía, que si alguien roncaba como un tractor— y yo me limité a untar pan con mantequilla y mermelada, echando de menos mis tostadas de centeno con aguacate y salmón. Comí y bebí mientras escuchaba a los demás de fondo, como el zumbido de una mosca en verano. Constante e irritante.

—Toma, te he traído esto.

Un chico —que reconocí como el pesado del micrófono— se acercó a Sora. En las manos portaba un vaso transparente de café con hielo. ¡Café con hielo! Hasta le había puesto una pajita morada.

Ella le miró con una expresión inescrutable, pero lo que me llamó la atención fue la manera en que le tocó el hombro. Demasiado cerca de la clavícula.

—David, ya me podrías traer a mí también mi té favorito —se quejó la Guiri de forma ácida.

Vaya. El famoso David.

Era un chico de mi misma altura, aunque más escuálido. Tenía el pelo castaño claro y un collar surfero con pequeñas cuentas de colores que me pareció demasiado bohemio.

La gente siguió hablando, pero yo intenté aguzar el oído por encima del barullo para escuchar lo que parecía un pique entre la Guiri y David, no sabía si en broma o en serio. Aquella historia era de lo más interesante, comparado con todo lo demás que estaban debatiendo.

—Venga, chicos, tengamos la fiesta en paz —se quejó Sora al cabo de unos minutos, aunque intentaba disimular con una sonrisa.

Segundos después, musitó un sordo «gracias» y le dio un ligero toque a David, en el brazo, como si quisiera despacharlo.

—Nos vemos luego —se despidió David.

—No hace falta —murmuró la Guiri, poniendo los ojos en blanco antes de beber un sorbo de su taza.

Sora le propinó un codazo suave, más de «cállate» que de enfado.

Se me escapó una sonrisa que tuve que reprimir apretando los labios. Cris acababa de ganarse que la llamara por su nombre. Todos mis respetos.

Pero, sin duda, observando a Sora, aquella mañana supe dos cosas. La primera, que entre David y ella había algo que aún no lograba descifrar.

La segunda, que a Sora le gustaba el café con hielo tanto como a mí.

11

SORA

Libreta, agua, acreditaciones, teléfono cargado, batería portátil, pilas de repuesto, monedero, neceser con medicamentos, rosario. Todo listo.

Me colgué la mochila al hombro y, junto a Cris, me encaminé hacia la puerta de la finca para salir todos juntos hasta nuestros destinos. Cada grupo tenía una misión fijada esa semana; la nuestra sería la residencia de ancianos.

El patio fue llenándose poco a poco. Gente entrando a solas o en grupo, mochilas chocando, botellas rodando por el suelo. Se oían risas, saludos tardíos, un «¿dónde está mi grupo?» repetido tres veces. Era el primer día y todavía nos estábamos ubicando.

Los primeros de los nuestros en llegar fueron Juan y Ángela, de la mano, con una naturalidad que desarmaba. Y, sin querer, sentí una punzada de envidia honda y silenciosa.

Minutos después, aparecieron Charlie y Diego. El primero caminaba a su lado con calma, hablándole en voz baja, como si le diera un sermón que, sorprendentemente, Diego escuchaba en silencio. Nerea, Rocío y Marta llegaron después, cada una por su cuenta.

Los últimos en presentarse, para sorpresa de nadie, fueron Álvaro e Iker.

El primero apareció casi trotando, con esa energía de quien llega tarde, lo sabe y no le gusta. Levantó una mano a modo de saludo y se disculpó por el retraso, con una amplia sonrisa.

Iker venía unos pasos por detrás, sin prisa, con cara de póquer y la mirada en un punto indeterminado, como si todavía no hubiera aterrizado del todo. Me fijé en su camiseta: estaba llena de arrugas, hecha un completo higo. Parecía que se la había puesto recién sacada de la maleta, sin pensarlo dos veces.

Para entonces, algunos grupos ya habían salido; otros apuraban las últimas instrucciones, y el de David empezaba a encaminarse hacia la puerta.

Busqué a mi hermana con la mirada entre el corrillo en movimiento. Llevaba el pelo recogido y la mochila naranja a la espalda. Sabía que el campamento —sobre todo el primer año— podía remover intensamente por dentro. Yo me moría por ser su refugio, pero estaba aprendiendo a dejarle espacio. Solo me acercaba por las mañanas para darle un beso rápido, que ella siempre me devolvía con un gruñido.

Y pese a todo lo ocurrido entre David y yo, tenía claro que la estaba cuidando.

—Adiós, bichito —bromeó Cris, que saludó a Min-ji cuando pasaba por nuestro lado, con el apelativo con el que mi padre se dirigía a mi hermana desde pequeña.

Ella respondió con una mirada asesina.

—Pásalo bien —me despedí yo, intentando sonar casual. Ni muy hermana ni muy coordinadora.

—No os conozco —soltó ella sin frenar el paso y siguió caminando.

David la siguió, sonriendo, pero me dedicó un guiño rápido e imperceptible, que hizo que me tensara ligeramente.

—Tu hermana parece más coreana que tú —soltó Rocío sin darle importancia, como quien comenta el tiempo.

Y, acto seguido, cambió de tema. Pero yo me tensé aún más, hasta el punto de sentir que la boca se me secaba por completo.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Rocío había tocado un punto que todavía escocía, pese a los años de terapia, pese a todo el trabajo de reconstruirme por dentro. Una herida vieja que no sangraba, pero dolía en cuanto alguien la rozaba sin darme cuenta.

Durante mucho tiempo crecí sintiéndome fuera de lugar. Demasiado «otra» para unos, nunca del todo para otros. Sin parecerme a nadie de mi entorno. Tragándome comentarios como ese —u otros peores— y tropezando a veces con palabras en mi propio idioma, como si incluso la lengua quisiera recordarme que no terminaba de encajar.

Levanté la mirada y me encontré con la de Iker. Inescrutable. No sabía si me observaba con rechazo, con curiosidad o con una rabia contenida. Como si yo fuera la mismísima culpable de haberlo arrastrado hasta allí.

—¿Estamos todos? —pregunté, más para anclarme al momento que por control.

El grupo se acercó y formó un semicírculo irregular. Todos menos Iker, que se quedó unos pasos atrás; parecía que la cosa no fuera con él.

—Vale, os cuento —empecé—. Hoy, y durante toda esta semana, vamos a la residencia Santa Isabel, y queremos recordaros algo importante: no es un sitio fácil. Habrá situaciones que puedan frustrarnos o descolocarnos.

Algunos descendieron la vista al suelo, asustados ante tal responsabilidad. Otros se miraron entre sí.

—Pero hoy, en concreto, no toca hacer grandes cosas —dije—. Centrémonos en que nos conozcan y en conocerlos a ellos.

Busqué a Iker casi sin querer. Me observaba desde su esquina con una expresión indescifrable, como si estuviera evaluando algo más que mis palabras.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

—Si en algún momento os sentís desbordados, no dudéis en buscarnos —añadí, procurando tranquilizarlos a ellos. Y a mí—. Esto no va de aguantar ni de quedar bien. Va de estar de verdad. Con nuestros dones, pero también reconociendo nuestros límites.

—Venga, señores, manos al centro —dijo Cris, mi persona vitamina.

Sonrió, abrió los brazos y juntó a todos con un gesto rápido y decidido. Luego puso la mano en el centro. Una a una, las demás se fueron uniendo. Diferentes, pero todas dispuestas a abrirse para servir.

Bueno, todas menos la de Iker.

—Vamos, tío —le instó Álvaro.

Le tiró de la camiseta con confianza. Iker apretó los labios en una línea fina, terca, y volvió a mirarme mientras colocaba la mano en el centro, sin un ápice de alegría. ¿Podría conseguir que de verdad se sintiera parte de nosotros en algún momento?

—Y recordad: pequeños gestos de amor —dije, asintiendo decidida —. Ese es nuestro lema.

—¡A por todas, equipo morado! —exclamó Cris, y todos levantaron las manos con júbilo.

Estábamos listos para comenzar la experiencia.

La residencia quedaba a veinticinco minutos a pie, por un camino agradable hacia el pueblo. El calor empezaba a apretar, pero los árboles nos regalaban sombra a ratos y alguna brisa que se agradecía. El problema sería, como siempre, la vuelta: el sol en el cogote, la camiseta pegada a la espalda, las piernas pesadas y la sensación de llegar reventados.

El grupo fue conversando a trompicones, animados en parte por Cris.

—Vale, regla número uno de la residencia —dijo, alzando un dedo —: si te preguntan tu nombre tres veces seguidas, no es que no te hayan escuchado. Es que te están eligiendo.

Hubo alguna risa nerviosa. Y, poco a poco, el silencio se fue aflojando.

Era bonito ver cómo los novatos escuchaban a los veteranos, cómo iban cayendo consejos prácticos —qué no prometer, cómo sentarte, cuándo callarte— mezclados con historias humanas, no heroicas. Gracias a eso, los lazos se estrechaban. Y si el grupo estaba unido, el trabajo saldría mejor.

El problema era que contábamos con un rebelde sin causa dentro del grupo. Alguien capaz de echarlo todo por tierra.

Iker había estado desaparecido durante el domingo entero, desde que se dio cuenta de que no iba a tener cobertura mientras estuviéramos en la finca. Entendía que mi generación vivía pegada al teléfono, pero su reacción me había parecido exagerada. Así que pasé el día entero dándole vueltas, buscando explicaciones que encajaran mejor con lo que había visto. ¿Una abuela enferma? ¿Una novia a la que amaba demasiado? ¿Una llamada de trabajo que no podía perderse?

Álvaro nos había pedido que tuviéramos paciencia con él, que estaba «enfrentando algunos temas difíciles». Aquello, lejos de tranquilizarme, avivó todavía más mi curiosidad.

Cada vez que lo miraba, mostraba su cara de pocos amigos. Y aunque llevábamos menos de veinticuatro horas juntos, ya se habían producido varios momentos incómodos por su culpa que habían incluido comentarios ácidos, silencios tensos y miradas impenetrables que cortaban el ambiente.

Y lo peor era que si algo veía claro —aunque no tuviera ninguna prueba—, era que Iker formaba parte del Programa Lev, así que todo se complicaba.

Porque, si resultaba cierto y no conseguía integrarse —o, peor aún, si acababa liándola de verdad—, la credibilidad del programa piloto se iría al garete. Y con ella, todo por lo que había trabajado.

En mi cabeza no dejaba de golpear ese refrán de las manzanas podridas que terminan estropeando las demás. Y eso era justo lo que no podía permitirme pensar, porque iba contra todo en lo que creía.

Entonces, como tantas otras veces, la voz de mi madre se coló por una rendija de mi conciencia y me susurró: «Hay personas que no

encajan porque quizá vienen demasiado rotas, no porque sobren». «La luz de Dios siempre se cuela por las grietas».

Quise aferrarme a esa idea: Iker no sobraba, solo tenía grietas. Y no necesitaban médico los sanos, sino precisamente los que estaban enfermos.

En ese momento lo busqué con la mirada. Caminaba al final del grupo, a un par de metros de distancia, con las manos hundidas en los bolsillos y la vista clavada en el suelo, como si incluso el paisaje de postal le molestara.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Si quería que aquello saliera bien, tal vez debía empezar por mí. No bastaba con organizar actividades, repartir tareas y confiar en que el campamento hiciera su magia. Iker no iba a integrarse solo porque alguien se lo pidiera. Conseguir que bajara un poco la guardia también formaba parte de mi responsabilidad. Y, aunque me costara admitirlo, de mi investigación.

Así que no podía limitarme a observar desde lejos. Tenía que acercarme, aunque solo fuera para intentar hablar con él con un poco más de calma, lejos del ruido del grupo y de las miradas de los demás.

«No sobra. Solo está roto, Sora».

Me paré en seco y dejé que el grupo me sobrepasara. Iker notó mi presencia y él mismo se detuvo, con los ojos abiertos. Miró de reojo hacia atrás, comprobando si yo esperaba a alguien más.

Pero no. Le esperaba a él, para su sorpresa y su desgracia.

Tragó saliva y continuó andando, algo más rápido. Su estrategia pasaba por ignorarme, sin lugar a dudas. Pero si algo había

aprendido en los últimos años de mi vida era a ser terca como una mula.

—Hola —saludé, colocándome a su altura.

—Hola —me respondió como quien saluda a alguien en un ascensor.

—¿Qué tal? —probé.

—Bien.

Vale. Iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Medité durante unos momentos. No se me daba mal hablar con la gente, pero con Iker sentía que estaba caminando sobre un lago helado; cualquier paso en falso me haría caer en aguas profundas.

—Oye, qué casualidad que, siendo de Madrid los dos, nunca hayamos coincidido.

Intenté buscar un tema neutro, porque ¿de qué podía hablar con aquel chico?

—Madrid es enorme —soltó, sin una sombra de emoción.

—Ya… —respondí. No sabía muy bien qué hacer con las manos e, instintivamente, me toqué el colgante—. Tu zona es universitaria, ¿no? ¿Estás en la uni?

—Estaba.

La palabra cayó pesada entre los dos. Iker parecía ser un muro infranqueable que no admitía preguntas, al menos por el momento.

«Pero todo muro tiene alguna grieta, ¿no? Y es justo por ahí donde entra la luz».

Puede que solo fuera tímido, o tuviera algún trastorno, o le faltasen habilidades sociales. Debía tener un poco más de paciencia y misericordia.

—Yo estudio Terapia ocupacional —continué, aunque claramente él no me había preguntado. Y seguro que estaba pensando precisamente eso—. En septiembre empiezo ya mi último año.

No lo cursaría en Madrid, pero no creía que a Iker le importase demasiado, así que omití ese detalle.

—Me encantaría hacer un máster y luego doctorarme —dije, midiendo mis palabras para no sonar demasiado intensa—. Al final, se trata de mejorar la vida de otros. De darles un propósito.

Otra vez silencio. Aunque al menos capté una ligera mirada de reojo. ¿Quizá un primer paso?

Antes de que la incomodidad me obligara a tragarme las palabras y a arrepentirme de haber abierto la boca, señalé hacia delante con la barbilla. Álvaro iba hablando con Cris, gesticulando entre risas. Se los veía cómodos.

—Álvaro parece muy buen chico —comenté, cambiando de terreno, por si así se sentía más confiado—. ¿Sois amigos desde hace mucho?

Iker tardó un par de pasos en responder. Tal vez estaba decidiendo si merecía la pena gastar aire conmigo.

—Desde críos.

—Se nota —dije, sonriendo un poco, sin mirarlo demasiado para no intimidarle—. Tenéis ese rollo de nos hemos conocido en todas las versiones y seguimos aquí.

Reí ligeramente, pero él no.

—Un poco como Cris y yo —continué—. No nos conocemos desde crías, pero sí que hemos vivido…

—Sora.

Frenó en seco. Mi nombre en sus labios me provocó una sensación extraña. Como un pinchazo en el estómago que no sabría identificar si se trataba de alfileres o mariposas.

—¿Te importaría dejarme solo? —me pidió, mirándome de una manera intensa.

Su voz no estaba alterada ni su compostura era agresiva. Sonaba cansado, extremadamente cansado. Como si llevase luchando contra sí mismo demasiado tiempo.

—He dormido una mierda, he comido una mierda…

Tomó aire antes de continuar.

—No estoy de humor para fingir que tengo ganas de hablar contigo —soltó, sonando más duro de lo que quizá él pretendía.

La punzada fue inmediata, limpia, como una aguja entrando justo donde más dolía. Me quedé clavada allí, con el corazón latiéndome demasiado rápido y la boca llena de saliva que no conseguía tragar.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Tal vez me había vuelto a pasar de intensidad. Demasiada energía, demasiadas preguntas, demasiada yo. Ese nudo en el pecho que se acababa de formar no era nuevo; lo conocía bien. Era la misma voz antigua que siempre me perseguía, pero disfrazada con palabras nuevas.

Levanté la barbilla, procurando mantener la compostura; no iba a dejar que los pensamientos me dominasen. Y menos por un desconocido como Iker.

—Siento haberte molestado —dije con calma—. Solo intentaba ser amable.

Eché a andar camino abajo. Detrás de mí, escuché cómo Iker pronunciaba mi nombre, tal vez dispuesto a añadir algo más, pero

no lo hizo. O puede que sí, no lo sé; yo ya me había ido.

Quizá algunos muros sí que eran totalmente infranqueables.

12

IKER

Un olor a flores frescas me golpeó nada más entrar en la residencia.

Me detuve un segundo, algo desconcertado. Esperaba más bien una mezcla rancia de toallitas, pis y desinfectante barato. Pero aquel olor agradable a rosas me recordó a las tardes en que visitaba a mi abuela en su casa, siendo yo un adolescente. Nunca supe si fue durante aquellos días cuando comencé a plantearme estudiar Medicina. Para ser útil, para ayudar a los demás, para que el dolor de alguien pesara un poco menos.

Por desgracia, ese Iker se había quedado en la carretera, atrapado entre metal retorcido y sangre derramada. Además, ya no tenía abuelos ni apenas familia. Así que aquel sitio me recordaba lo terriblemente solo que estaba.

«Maldito Javier».

Una religiosa con hábito de color gris oscuro salió a nuestro encuentro en el recibidor y saludó a Sora y Cris con un cariño de quienes ya se conocían. Era muy bajita y, sin embargo, llenaba el espacio con su energía jovial. Nos dio la bienvenida y nos dijo que se llamaba sor Carmen.

La seguimos por el pasillo mientras daba normas e indicaciones que seguramente debería estar escuchando, pero mi atención se

desvió hacia las paredes. Tonos beige y cálidos, cuadros coloridos colgados sin demasiado orden, muebles viejos de roble y fotos. Muchas fotos de ancianos, mirándote desde marcos distintos y en diversas actividades.

—Cada mayor es diferente y único —prosiguió sor Carmen, que abrió una puerta doble—. Los iréis conociendo poco a poco.

Entramos a una sala amplia con sillones esparcidos alrededor de una televisión encendida. En ellos, algunos ancianos dormitaban, mientras que otros mantenían conversaciones lentas, que parecían repetirse como un disco rayado. Justo detrás se abría una franja de mesas y estanterías. De allí llegaban el golpeteo de las fichas y un «te comí» cantado con satisfacción.

—Hola —saludó la Gafas al grupo, entusiasmada y vergonzosa a partes iguales.

Algunos mayores respondieron con un gesto, una sonrisa desdentada o un «hola» casi inaudible. Otros no reaccionaron en absoluto. Miraban al frente, a la televisión, a ningún sitio en concreto. Cuerpos presentes, miradas ausentes; un poco como yo.

—¡Mirad quiénes han venido! —intervino sor Carmen, con entusiasmo sincero—. Son nuestros voluntarios. Estarán con nosotros esta semana. Podéis charlar con ellos, pedirles que os den un paseo o retarlos a una partida de parchís.

Sor Carmen se volvió hacia nosotros con expresión divertida y advirtió:

—Cuidado, no tienen piedad.

Uno de ellos se incorporó tan rápido como pudo, agarró su andador sonriendo y tomó del brazo a Álvaro para que lo

acompañara fuera. Él parpadeó, sorprendido, pero aceptó la invitación.

—Parece que Julián ya ha elegido voluntario —comentó Cris, risueña, mientras los veíamos salir por la puerta.

Perfecta manera de empezar el día. Mi amigo me había abandonado ahí dentro. ¿Qué podía salir mal?

Los ojos se me fueron a Sora, que estaba completamente calmada y sonriente. Parecía que aquel lugar, que hubiera espantado a cualquiera, a ella ni siquiera la intimidaba. Doña perfecta.

Y a ese pensamiento le siguió una punzada de culpa.

Sabía que había sido un idiota con ella un rato antes, pero tampoco podía fingir interés ni entusiasmo por la conversación. No estaba allí para hacer amigos, solo para conseguir un maldito papel de horas. Además, no quería abrir ninguna puerta a nada ni a nadie, y menos a una chica.

«Menos a una chica como ella».

Mientras me perdía en mis pensamientos, todos parecieron ubicarse, como si tuvieran lugares asignados y a mí no me hubieran avisado. Cuando quise darme cuenta, me quedé solo, plantado frente al salón.

Sora sostuvo mi mirada unos segundos y sentí una necesidad absurda de descifrar qué demonios pasaba por aquellos ojos oscuros. Finalmente pareció rendirse y echó a andar hacia el fondo de la habitación, donde una mujer descansaba en su silla de ruedas.

«¿Y ahora qué?».

Me sentí como un elefante en una cacharrería. No sabía dónde poner las manos, ni el cuerpo, ni la mirada, así que, aprovechando que todos estaban ocupados, salí de la habitación. Eché a andar por

los pasillos sin rumbo, solo para no quedarme quieto. Y quién sabe, puede que con suerte encontrara un refugio para esconderme durante toda la mañana. Al parecer, aquello era lo que sabía hacer mejor.

Tras un tiempo deambulando sin rumbo, atravesé un largo pasillo sin salida y me encontré con dos puertas, como si el cielo me estuviera ofreciendo una elección.

A la izquierda, capilla. A la derecha, biblioteca.

Ni me lo pensé. Empujé la segunda puerta.

La biblioteca me sorprendió gratamente. Esperaba una sala olvidada con libros antiquísimos, pero lo que encontré fue un espacio limpio, cuidado, casi solemne. Estanterías altas cubrían todas las paredes, cargadas de volúmenes bien alineados, muchos de ellos en cuero oscuro. En el centro se situaba una mesa grande con varias sillas. Y bajo la ventana, dos sillones gastados de color anaranjado.

Lo mejor era que estaba solo.

Y si Sora preguntaba, podría decir que había pasado toda la mañana leyendo un libro a un pobre anciano que no veía bien. Incluso podría inventarme algún nombre. Joaquín. Francisco. Fulgencio. Seguro que no conocía a todos; era imposible. Y eso debería bastar para mi certificado de horas.

Recorrí con la mirada todas las estanterías y tomé al azar un libro que me llamó la atención: *La noche oscura*. Abrí una página cualquiera y leí dos líneas sin entenderlas demasiado. Era un castellano antiguo que hablaba de oscuridad, búsqueda y silencios.

La puerta se abrió de golpe y yo me sobresalté como si me hubieran pillado cometiendo un crimen. Entró un hombre mayor, demasiado bien vestido para aquel sitio. Caminaba erguido, apoyado

en un bastón con remate dorado. Se quedó quieto al verme y alzó una ceja con una expresión extraña, como si acabara de encontrarse con un fantasma.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó.

De repente, sentí que el libro pesaba una tonelada en mis manos. Lo devolví a la estantería demasiado deprisa.

—Y-yo… solo… estaba… —balbuceé—. Solo estaba mirando.

—Pues, a juzgar por esa cara —dijo, avanzando hacia el fondo de la sala—, podría parecer más bien que está robando o algo similar.

Como si lo tuviera calculado, alargó la mano hacia la sección donde yo había visto un cartel de HISTORIA, sacó un libro al azar y dejó el bastón apoyado con cuidado. Luego se sentó en el sillón.

—¿Buscaba algo? —preguntó, sin abrir aún el libro.

—En realidad… no.

—Ah. Entonces solo se estaba escondiendo. Buen sitio. Yo también lo hago.

Me guiñó un ojo y sonrió, como si de pronto compartiéramos una broma privada. Esperé unos segundos, por si abría el libro y me daba margen para escabullirme, pero me sostuvo la mirada y añadió:

—Me llamo don Manuel.

No tenía escapatoria por el momento.

—«Don» —repetí, casi murmurando—. Suena importante.

—Importante no. Viejo.

Se le escapó una leve risa, y hasta el sonido me pareció elegante. Parecía de esa clase de hombre que ha vivido en una gran casa con chimenea y se ha pasado las tardes fumando puros y leyendo clásicos.

—Soy Iker —respondí tras unos segundos de silencio, por educación.

—Ya lo sé.

—¿Ah, sí? —pregunté, desconcertado y casi temiendo lo peor.

—Tiene usted cara de llamarse Iker —dijo, ladeando un poco la cabeza.

Fruncí el ceño. ¿Me estaba vacilando un señor mayor?

—¿Cuántos años tiene? —preguntó, repasándome de arriba abajo sin ningún tipo de pudor.

—Veintitrés.

—Demasiado joven para esa cara de pepinillo en vinagre —sentenció—. ¿Qué le ha pasado?

Aquel hombre no era amable, pero sinceridad no le faltaba. Era como estar viéndome a mí mismo en unos años.

—No tengo cara de pepinillo en vinagre —protesté con más seguridad de la que sentía.

—¿Ha suspendido el examen de selectividad? ¿Ha dormido mal esta noche? ¿Se ha quedado sin amigos? ¿La ropa que quería ponerse hoy no le quedaba bien?

Silencio. Ni siquiera se había acercado.

—O no, espere… —Sonrió de lado—. Se ha enamorado de una chica que no le corresponde. Un clásico. Eso sí que podría explicar su cara.

Me crucé de brazos mientras cambiaba el peso a otra pierna. Una parte de mi cerebro estaba buscando activamente una excusa para poder irme.

—Frío, frío —respondí, negando con la cabeza.

—Venga, ¿no va a darme usted una pista de por qué esa cara de funeral?

Al parecer me había convertido en su nueva distracción del día.

—Es usted un hombre de pocas palabras —murmuró don Manuel, al ver que no decía nada.

—¿No hay un dicho que asegura que es mejor no romper el silencio si no vas a mejorarlo? —repliqué, intentando sonar ligero—. Pues eso.

—Bueno, al menos dígame por qué está aquí. Pasando unos días calurosos de verano con ancianos que tienen fecha de caducidad. ¿No tenía otro plan mejor?

Hice una mueca involuntaria.

—Mejor que no lo sepa —musité—. Se llevaría una mala impresión.

—Ya tengo mala impresión de la gente que no disfruta de la vida.

Me miró de reojo, como esperando que me diera por aludido. Y para mi pesar, me di.

—No me pasa nada —me defendí—. Es solo que no me gustan estos sitios.

—¿Las bibliotecas?

Soltó una risa entre dientes. Por supuesto que no me refería a la biblioteca.

—Ah, se refiere a las residencias —añadió sonriendo—. Ya, a mí tampoco me entusiasman. Y eso que llevo más tiempo aquí que usted.

—Y si no le entusiasman, ¿por qué está aquí?

Mi lengua trabajó más rápido que la cabeza y me arrepentí al segundo. Casi pude escuchar la vocecita de Sora advirtiéndome de

que eso no se preguntaba.

—Quiero decir… —aclaré, intentando suavizar mi pregunta— no parece demasiado mayor. Ni demasiado enfermo.

Y era verdad. Le había observado con detenimiento. Probablemente septuagenario. Marcha estable, sin arrastre. Buen color, piel sonrojada en las mejillas. Sin rastros de temblor o rigidez. Respiración pausada, lucidez plena.

—Estoy aquí porque estoy solo.

Lo dijo sin énfasis, como quien anuncia qué hay de comer o qué tiempo hace. Luego añadió, con la misma naturalidad con la que antes había hablado:

—Mi hija murió de cáncer con diez años. Mi mujer se suicidó poco después. No supo quedarse cuando el dolor se instaló en casa.

Se me tensó la mandíbula. El silencio se volvió tan espeso que sentía que me iba a ahogar en cualquier momento. No tenía ni la más repajolera idea de qué contestar a eso.

Supongo que algo parecido le sucedía a la gente cuando le contaba mi historia.

—Lo siento —susurré con un hilito de voz.

Y me sentí un imbécil al instante.

Aquella era la frase que más odiaba del mundo. La que siempre llegaba acompañada de miradas compasivas, como si fuera un cachorrito en medio de la carretera, abandonado en plena lluvia. La que, en realidad, significaba: «No sé qué hacer con tu dolor». La frase que solo servía para limpiar tu conciencia, pero en nada ayudaba al que estaba sufriendo.

Y ahora acababa de salir de mi boca, torpe y pequeña, como si no supiera lo que era estar al otro lado.

—No me mire así —respondió don Manuel, sin dureza—. No se lo he dicho para que me tenga pena. Se lo he contado porque me ha preguntado.

Se hizo un silencio entre nosotros mientras yo buscaba formas de arreglar mi propia frase, mi propia mirada. Me dolía la garganta de tanto tragarme las palabras. ¿Qué me hubiera ayudado a mí? Ni siquiera lo sabía.

Don Manuel seguía observando el exterior a través de la ventana, como si buscara algo que ya no estaba.

—Y dígame, muchacho —continuó él, ajeno al nudo que se me había formado por dentro—. Imagino que está aquí con el grupito de voluntarios. ¿Cree usted en Dios?

Bufé levemente. El sonido salió antes de que pudiera frenarlo.

—No.

—¿Tan seguro está?

Intenté medir mis palabras. No quería sonar ofensivo.

—Me cuesta entender que haya un hada madrina decidiendo quién vive y quién no —respondí—. Quién se queda y quién se va.

Un Dios al que recé hasta quedarme sin voz y que no contestó. Un Dios que no apareció cuando más lo necesitaba. Un Dios que me dejó vivo, como si vivir después de aquello no fuera también una condena.

Por supuesto que no creía.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo él.

—¿Entonces? —pregunté, con curiosa sinceridad—. ¿No cree?

Asintió excesivamente despacio, asimilando mi pregunta.

—No creer tampoco me devolvió a mis seres queridos —respondió, encogiendo los hombros.

Me quedé inmóvil ante aquella respuesta, sin saber cómo interpretarla. No era un sí, pero tampoco parecía un no. Sonaba más bien a alguien que había dejado de pelearse con la pregunta.

—Algún día le preguntaré el porqué. Pronto —añadió, con una sonrisa triste—. Antes que usted, seguro.

Sacudió los hombros en una risa ligera. Yo me pasé la lengua por los labios secos, arrepintiéndome de haber tomado la segunda puerta hacia la biblioteca. ¿Hubiera sido mejor la capilla? Tal vez allí sí que habría estado solo, verdaderamente solo.

—Es interesante —murmuró él, al cabo de unos minutos en silencio.

Alcé la vista y me encontré con sus arrugados ojos, que me observaban con intensidad, como quien estudia un animal en un zoológico.

—Ya sé lo que le ha pasado. El porqué de su cara —afirmó con seguridad—. Hay pérdidas que dejan una huella imborrable en nuestra mirada. Y usted tiene esa marca.

Tensé los hombros y tragué saliva con dificultad.

—El dolor se reconoce —continuó—. Y el suyo… es reciente. Y está mal colocado.

—¿Mal colocado?

—Sí. —Alzó una ceja—. Hay quien se permite sentirlo para sanarlo. Y hay quien lo esconde tras el enfado.

Apreté los puños despacio, clavándome las uñas en la palma hasta sentir ese dolor pequeño y ridículo que, al menos, podía controlar.

—Con todo el respeto, don Manuel, usted no sabe nada de mí.

Él me dedicó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—No le conozco, no. Pero sí conozco ese sentimiento —dijo—. De que sobras en el mundo. De pensar que ya no queda nada que hacer. La culpa que se te mete dentro y te va comiendo. Y el castigo de seguir aquí cuando otros ya no. Un muerto en vida.

Justo en el clavo.

Con tan solo mirarme, parecía que aquel hombre había descubierto la verdad más profunda que guardaba. Incluso había puesto en palabras algo que yo mismo era incapaz de definir del todo. Pero escucharlo en voz alta lo volvió insoportablemente real.

«Un muerto en vida».

Noté el ardor detrás de los ojos, esa presión traicionera que anuncia agua. Tragué saliva, clavé la mirada en algún punto cualquiera de la estantería y apreté los labios, como si así pudiera sujetarlo todo por dentro.

—Será mejor que me vaya —solté de golpe.

Salí de la biblioteca sin esperar respuesta, con el pulso desbocado, a punto de romperme. Y ocurrió lo peor que podía suceder.

Tras avanzar un par de pasos por el pasillo, me tropecé con Sora. Nuestros ojos se encontraron y no sé qué vio en mi cara, porque entreabrió los labios, sorprendida.

—¿Estás b…?

—Déjame en paz de una vez, joder.

Menos mal que me giré a tiempo, porque una lágrima se deslizó por mi mejilla.

13

SORA

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

—Toma, te ayudará a calmarte —dijo Cris mientras me daba una taza con un líquido de color amarillento.

Mis sentidos estaban más que despiertos. La boca totalmente seca, las manos agarrotadas, las palpitaciones saltando en mi pecho y una desagradable amenaza de náuseas.

Ni en cien mil vidas habría imaginado que el primer día iba a ser tan absolutamente fatídico. Tanto que estaba empezando a pensar que mi proyecto era una idea terrible.

—Cuéntame —dijo Teresa, que apoyaba la mano en la mía—. ¿Qué ha pasado?

Estábamos en una de las mesas del camino, pasadas las seis de la tarde, buscando un poco de privacidad. Cris se sentó a mi lado con su taza entre las manos. Teresa me miraba con preocupación.

—A ver por dónde empiezo… —musité.

Clavé la mirada en la infusión que Cris me había preparado, humeante y absurda para los casi cuarenta grados que hacían. Mi amiga era experta en infusiones milagrosas —melisa, lavanda o alguna pócima similar— y yo era mucho más de café, pero mi taquicardia probablemente agradecería la tregua.

—Hoy hemos estado en la residencia de mayores —comencé, ordenando mis pensamientos.

Entonces empecé a relatarle la jornada, o más bien, la serie de catastróficas desdichas. Un día en el que todo lo que podía ir mal había salido mal.

A media mañana, me encontré a Rocío en mitad del pasillo de la residencia llorando desconsolada porque echaba de menos a su abuela. Al poco, escuché unos gritos en el salón. Diego —con su mejor intención— había intentado levantar del asiento a un mayor, con tan mala suerte que había tropezado y provocado que se golpeara el hombro. Más tarde, durante la comida, Nerea —en un afán de ser útil— había tirado una bandeja entera de platos con comida al suelo, un verdadero estropicio que tardamos un rato largo en limpiar.

Aunque, en realidad, sabía que el malestar se había despertado mucho antes. A primera hora, cuando Iker me dejó plantada. No pensaba mencionarlo todavía, porque sonaba ridículo incluso dentro de mi cabeza. Que un chico que apenas me conocía hubiera conseguido hacerme sentir rechazada antes de las diez de la mañana decía bastante más de mí que de él.

Así que, llegadas las dos de la tarde, ya me había disculpado mil veces con sor Carmen. La mujer siempre había sido majísima, pero la mirada de duda, de no saber si aquel grupo —mi grupo— iba a ser capaz de estar una semana entera en la residencia, me había calado hondo.

Y así es como mi vieja amiga, la ansiedad, se había presentado como llegaba siempre: subiendo tanto el ruido de mi cabeza que me sentía incapaz de pensar con claridad. O de respirar lo suficiente.

Teresa asintió despacio, después de escucharme.

—Sí que ha sido un mal día, sí —reconoció, haciendo una mueca.

Solté un gemido de protesta y ella me miró con las cejas levantadas.

—Pero, si te sirve de consuelo —dijo—, hoy ya has gastado tu cupo de desgracias. A partir de aquí, solo puede ir a mejor.

Cris soltó un bufido divertido mientras Teresa me dedicaba una sonrisa cálida. Siempre sabía cómo quitar hierro al asunto.

—Vamos, Sora —me animó—. Todos los mayores están vivos, ¿verdad? Y los voluntarios también, ¿a que sí?

Yo asentí.

—Pues mientras no haya que lamentar víctimas, vamos bien.

Teresa se llevó la infusión cerca de los labios y sopló suavemente para enfriarla.

—De todos modos, querida amiga —continuó—, no me preocupa que todo vaya mal el primer día. Y seguro que a Mateo tampoco. Es lo normal. De hecho, creo que el grupo rojo también la ha liado un poco en el comedor social.

Debía de ser una persona horrible, pero aquello me hizo sentir bastante mejor.

—Me preocupa más tu ansiedad —prosiguió Teresa, encogiéndose de hombros—. Que no ha venido por algunas lágrimas derramadas o porque se hayan roto algunos platos, sino porque cuando algo sale mal o no como tú esperas, piensas que es exclusivamente culpa tuya. Y todo eso está aquí, en tu cabeza.

Me mordí el labio; no podía discutirle aquella afirmación. Mi cabeza se convertía a veces en mi peor enemiga.

—Además, no todo ha ido mal —añadió Cris, con voz suave—. Mira cómo se ha unido el grupo gracias a todas las liadas.

Aquello también era cierto. Si en el camino de ida Cris había tenido que empujar un poco la conversación, la vuelta fue otra historia. El ambiente seguía algo de capa caída por el día desastroso, sí, pero la unión empezaba a notarse en los gestos pequeños.

Ángela caminaba pegada a Rocío, consolándola en voz baja. Álvaro y Charlie iban a ambos lados de Diego, soltándole bromas para arrancarle una sonrisa. Juan se había puesto a la altura de Nerea y le daba algunos consejos de forma generosa.

—Y has aguantado fenomenal —prosiguió mi amiga.

Sonreí, con un nudo suave en el pecho, y me di cuenta del logro. La ansiedad siempre me llegaba como una batalla. Había días en los que conseguía atravesarla; otros, en cambio, se me iba completamente de las manos. El pecho se me cerraba hasta doler, el aire dejaba de entrar bien y mi cabeza empezaba a llenarse de pensamientos tan rápidos y catastróficos que era incapaz de distinguir qué era real y qué no. A veces terminaba llorando en el suelo del baño, temblando, sin consuelo alguno.

Y, aun así, hoy había conseguido mantenerla un poquito a raya. Al menos, hasta que llegué al campamento y pude dejar fluir mis emociones delante de mis amigas.

—Un mal día no es cuando todo se tuerce —comentó Teresa—. Es cuando no te sostiene nadie. Hoy se han sostenido, aunque haya sido dando tumbos.

—Y lo bueno del primer día es que no se repite —secundó Cris—. Mañana será más fácil. Ya lo verás.

Quería convencerme, aunque yo solo podía pensar en una cosa que había estado guardándome; en el nombre que me martilleaba la cabeza desde esa misma mañana. Finalmente, lo solté.

—Hay otro problema. Tenemos un rebelde sin causa en el grupo, y no sé muy bien qué hacer con él.

Teresa me miró con curiosidad, esperando a que le contara más.

—Iker. Él es…

Él era muchas cosas. Pero no sabía ni por dónde empezar a describirle. ¿Rebelde? ¿Roto? ¿Malhumorado a tiempo completo? ¿Persona imposible de gestionar?

—Básicamente, no quiere estar aquí —intervino Cris, sin rodeos, echándome un cable—. Ayer se pasó el día entero desaparecido porque se enfadó cuando se dio cuenta de que no había cobertura. ¡Como si no se hubiera avisado en las reuniones!

—Estoy casi segura de que viene del programa —añadí—. O sea…, ¿qué otro motivo habría para estar así? Con esa actitud, además.

—Aunque nuestra teoría cojea un poquito, porque ha venido con su amigo, Álvaro, que es majísimo —añadió Cris—. Y claro, eso nos descoloca. ¿No te parece raro que ambos estén cumpliendo servicios comunitarios?

—Ustedes dos son capaces de salvar el mundo juntas… o de esconder un cadáver juntas. Según necesidad. Así que no, no lo veo tan raro —señaló divertida Teresa.

—Ya, tienes razón —rio Cris—. Nosotras siempre en pack, como los zumos.

Sonreí. Ya me estaba comenzando a sentir mejor.

Entonces expliqué cómo aquella mañana Iker había vuelto a escabullirse. En realidad, no tenía claro qué me había alterado más:

si no saber dónde estaba o descubrir lo pendiente que había estado de encontrarlo. Si era responsabilidad, autoexigencia, complejo de coordinadora helicóptero o algo que no encajaba con nada de eso.

Su rostro compungido cuando lo encontré frente a la capilla se me vino a la cabeza. Juraría que Iker estaba a punto de llorar en ese momento, pero no aparentaba ser de los que lloran. Parecía más bien el típico que rompería una pared a puñetazos para sentirse mejor.

Y ese detalle me resultó algo tan íntimo que me lo guardé para mí.

—¿Estaba en la capilla? —preguntó Teresa—. Eso es buena señal.

—No, no —negué, aunque también fue lo primero que pensé—. En realidad había salido de la biblioteca. Don Manuel me dijo que habían hablado un rato. Ah, y también que era un «muchacho especial».

Hice las comillas en el aire, puntualizando que fue algo literal, y que aquellas palabras no salían de mi boca. Por si las moscas.

—Don Manuel —murmuró Teresa—. Una leyenda, si me preguntas.

No le faltaba razón. No había nadie como él: cascarrabias y bondadoso a partes iguales.

—¿Y has intentado hablar con Iker? —preguntó Teresa.

—Varias veces —expliqué, tratando de recordar todas nuestras interacciones—, pero básicamente me ha mandado a la mierda. Sin miramientos.

Me llevé la mano a la sien. La ansiedad volvía a asomar, traicionera.

Teresa se recostó en el banco. Guardó silencio unos segundos, pensativa. Era una de las cosas que más me gustaban de ella: tenía una energía capaz de mover una montaña, pero nunca hablaba sin pensar. Solo era impulsiva para reírse de manera escandalosa.

—Recuerdo una chica que llegó aquí hace cinco años —dijo Teresa, con voz teatral, como quien contaba una historia muy antigua—. Nos mandó a todos a la mierda el primer día también. De hecho, si te acercabas, te mordía.

La fulminé con la mirada, pero me acabó asomando una sonrisa.

—Se viene sermón —rio Cris por lo bajo.

—Escucha, Sori. —Teresa pronunció el mote que me había puesto un tiempo atrás—. No sé si forma parte del programa o no, pero resulta evidente que es el que más ayuda necesita. Puede que el problema sea que quizá estés intentando ayudarle desde lo que tú harías…, no desde lo que él necesita.

—¿Y qué puede necesitar? —pregunté, agotada.

—¿Y si pruebas a darle otra tarea? Quizá más mecánica —sugirió Teresa—. ¿Hay algo que pueda hacer en la residencia?

—Está el almacén —comentó Cris, mirándome—. Justo esta mañana, sor Carmen nos ha dicho que andan hasta arriba de donaciones. Que necesitan manos para ordenar y clasificar.

Lo medité durante unos segundos y, en realidad, no me pareció tan mala idea.

—Podría resultar, sí —musité mientras asentía lentamente.

—No como castigo —aclaró Teresa enseguida—. Como cuidado. Para él y también para ti. Recuerda que a veces esto es ensayo y error. Puede que tampoco funcione, y no pasa nada.

—Hablaré con él y se lo comentaré, a ver qué me dice —anuncié —. Solo espero que no me mande a freír espárragos de nuevo.

Teresa soltó una risa y luego volvió a mirarme.

—Sé que esto te cuesta, amiga. —Frunció el ceño—. Pero debes recordar que, por mucho que nos esforcemos, a veces no podemos caer bien a todo el mundo.

Ella conocía muy bien ese afán mío de ser querida, perfecta, escogida. Ese sitio donde daba igual lo que hiciera nunca parecía ser suficiente. Donde mi opinión sobre mí misma siempre dependía de los demás. Y quizá por eso Iker me afectaba tanto. No vivía su rechazo como una herida suya, sino como un fallo mío.

—Pero yo creo firmemente —sonrió Cris— que, si alguien es capaz de derretir un iceberg como Iker, esa eres tú.

—O me hunde como al Titanic —protesté con ironía.

—A veces Dios nos pone delante bloques de hielo gigantescos para que aprendamos a pisar despacio —continuó Teresa, en un tono más bajo—. Puede que Iker no vaya a convertirse en tu amigo, pero estoy segura de que te va a enseñar muchas cosas este verano. Paciencia.

Me dejó unos segundos con aquella palabra encima. Luego carraspeó, recuperó su brillo travieso y ladeó la cabeza.

—Por cierto, hablando de bloques de hielo. Llevo un par de días viendo que David te lleva el cafecito fresquito por las mañanas…

—*Oh my God* —se quejó Cris, tumbándose teatralmente sobre la mesa—. No quiero hablar del susodicho.

—Es que lo último que me habías contado es que habían roto otra vez, por eso me ha extrañado…

—Vale, basta —me quejé, aunque con tono divertido—. Que esto me provoca de nuevo ansiedad.

Sin duda, me encontraba más tranquila. Quería pensar que era la milagrosa infusión de Cris, pero, en realidad, sabía que eran mis amigas. Las amigas solucionaban casi cualquier cosa en esta vida.

—David está haciendo lo de siempre —contestó Cris por mí—. Intentar mostrar su mejor versión para que Sora vuelva a caer en su red.

—Puede ser, pero este verano le he visto distinto —comentó Teresa—. Como más aterrizado y maduro.

—Teresa, recuerda que somos del club antifans de David. —Cris fijó la mirada en ella—. Yo soy la presidenta y tú, la vice. No abandones este barco, ¿eh?

Puse los ojos en blanco, pero Teresa se lo estaba pasando divinamente.

—Quizá presento mi dimisión y me lanzo con un salvavidas —bromeó Teresa.

Volvió a mirarme, pero yo no sabía qué contestar. En el fondo, era consciente de que Cris llevaba un poco de razón y que Teresa siempre intentaba ver lo bueno de todo el mundo. Tal vez por eso funcionábamos tan bien: Cris nos aterrizaba, Teresa nos enfocaba la mirada en el cielo y yo intentaba encontrar un punto medio entre las dos.

—Teresa, tú es que no andas en el mundillo de las relaciones —le soltó Cris—, pero es de manual. Cuando se sienten solos o ven que te están perdiendo, fingen haber cambiado. Yo le veo igual que siempre.

—¿Y tú, Sora? —preguntó Teresa—. ¿Cómo le ves?

Me removí, incómoda.

—David podría escalar la torre más alta del mundo para declararme su amor y aun así no sería suficiente para vosotras dos —protesté, con esa necesidad casi automática de defenderlo, como si todavía le debiera algo.

Cris ladeó la cabeza, más seria.

—No necesito que escale torres. Solo que no salga corriendo cuando las cosas se ponen serias.

Touchée. No podía rebatir su argumento.

—No hemos vuelto —le aclaré a Teresa—. Solo estamos en esa fase rara de siempre de tira y afloja. No sé dónde acabaremos este verano.

—¿Dónde quieres acabar *tú* este verano? —preguntó Teresa.

Y esa era precisamente la pregunta que llevaba meses evitando. Porque mis veranos siempre terminaban con él. Pero aquel año había algo en mí —una punzada pequeña, incómoda— que comenzaba a desear un final distinto. Y eso me aterraba porque una cosa era alejarme de David y otra, muy distinta, descubrir quién era yo sin el chico que me había querido cuando yo no sabía quererme.

—Espero que no diga en los brazos de David —respondió Cris por mí, al ver que yo no lo hacía— porque, si no, la que va a cumplir servicios sociales el año que viene voy a ser yo. Por asesinato.

Me sacó una sonrisa.

—Estás fatal —la acusé, sacándole la lengua.

—No, *honey*. —Cris señaló mi taza vacía—. Fatal estabas tú antes de la infusión. Gracias a tu amiga que se trae mil hierbas para recuperarte.

Eso era verdad. Me incliné sobre su hombro a modo de abrazo.

—Bueno, dejemos a Sora respirar —apuntó Teresa—. Hablemos de ti, Cris, ¿algún candidato para enamorarnos perdidamente este verano?

—Quizá el majísimo Álvaro —musité, divertida, guiñándole un ojo a Teresa.

—¿Qué dices? —reaccionó de forma apresurada—. No es mi tipo para nada. Aún sigo en fase de observación, *sorry.*

Tomó un sorbo de té mientras alzaba las cejas.

—¿Y tú, Teresa? —bromeó Cris, pasándole la pelota—. ¿Has encontrado ya el amor?

Teresa levantó la mano derecha y señaló la alianza dorada que llevaba puesta.

—Yo ya estoy casada —dijo—. Con Aquel que nunca falla.

Nos reímos las tres a carcajadas, de esas que te aflojan por dentro. Y así, entre infusiones tibias, risas compartidas y confidencias a media voz, la ansiedad fue retirándose despacio, como un mal sueño al que ya no le quedaba fuerza para asustarme.

14

IKER

Un día más era un día menos.

Ese fue el mantra que me repetí durante el camino a la residencia. Era eso o admitir que el tiempo en aquel estúpido campamento se movía con una lentitud cruel, como si cada minuto se estirara a propósito. Sentía que llevaba una eternidad encerrado allí.

Entramos en el jardín exterior de la residencia, directos hacia la puerta principal. Todo estaba lleno de flores y el aroma resultaba reconfortante, pero no tanto como para calmar el corazón. Y es que la conversación con don Manuel seguía martilleándome la cabeza.

«Muerto en vida». Así me había llamado.

Y tanta razón llevaba que había huido despavorido hasta el punto de llevarme a Sora por delante. A partir de ese momento, había estado evitándola con todas mis fuerzas, pero su voz acabó alcanzándome justo cuando iba a cruzar las puertas de entrada.

—¿Podemos hablar? —preguntó.

Frené en seco y me giré despacio hacia ella, no sin antes tomar una bocanada de aire.

—He estado pensando… —comenzó, algo dubitativa.

Se mordía el labio, visiblemente nerviosa. En ese instante, me golpeó la certeza de que no debía de ser nada fácil estar cerca de

mí, ni mucho menos hablar conmigo. No había hecho otra cosa que comportarme como un imbécil con ella, pero tampoco sabía cómo dejar de serlo.

—… que quizá te sentirías más cómodo haciendo otro tipo de tarea en la residencia, como en el almacén, por ejemplo. Sé que el estar con personas mayores puede remover un poco.

—¿Crees que es eso lo que me pasa? —pregunté, algo incrédulo.

Sora se quedó en silencio. Supuse que se estaba debatiendo entre decir la verdad y decir lo correcto.

—Es solo si te apetece —aclaró—. Y si quieres volver con los mayores en cualquier momento, también puedes hacerlo.

Sopesé mis opciones. Solo necesitaba el maldito certificado de horas, así que daba igual si las hacía entreteniendo a una persona mayor o colocando cajas polvorientas.

—Al almacén —repetí despacio—. Mejor, así no molesto.

Aunque lo dije en voz alta, no iba dirigido a ella, sino más bien a mí mismo. En realidad, suponía un alivio poder estar solo. No molestar y no ser molestado.

—Iker, eso no es…

—Tranquila —le dije con una risa que intentaba parecer tranquilizadora, pero intuía que me había salido algo irónica—. Es lo mejor. No quiero convertirme en un problema para nadie.

—No eres un problema —dijo acercándose a mí y bajando un poco la voz—. Solo intento cuidarte.

«Cuidarme». Algo se me cerró en el estómago.

—No necesito que me cuiden —escupí, incapaz de suavizar el tono.

—Eso no lo decides tú.

Le sostuve la mirada. Una parte de mí intentaba descifrarla, entender si realmente Sora velaba por mí o si solo me había convertido en un reto personal. Aunque, por su expresión, notaba que empezaba a sacarla un poco de quicio.

—Bueno —sentencié al final—. Lo que tú digas.

Ella respiró hondo y me devolvió una sonrisa medida, de las que no buscan pelea.

—Rocío te ayudará —añadió ella.

—¿Cómo que Rocío?

La Chunga apareció en ese momento junto a nosotros como si la hubieran invocado. Camiseta horterísima de Beyoncé, aros más grandes que su cabeza y una expresión perpetua de pocos amigos.

—Venga, compi —me plantó una mano en el hombro, más fuerte de lo necesario—. ¡Va a ser genial!

¿Por qué el universo no podía echarme un cable de vez en cuando? Ese Dios estaba comenzando a caerme tremendamente mal.

Al cabo de un buen rato —y después de unas cuantas explicaciones por parte de Sora—, acabamos los dos solos en un almacén que era un auténtico desastre. El suelo estaba tomado por cajas de cartón reblandecido, sacos de ropa húmeda abiertos y cachivaches sin sentido esparcidos por todas partes. El polvo se levantaba a cada paso y el aire olía a humedad vieja y agria, de la que se te mete en la garganta y te provoca ganas de vomitar.

Me acerqué a la única ventana, pegada a una puerta de metal oxidada. Daba a un patio exterior donde asomaban un par de sillas

de plástico bajo la copa de unos frondosos árboles.

Era una invitación demasiado tentadora.

—Bueno —dijo la Chunga, concentrada rebuscando en unas bolsas —. Yo puedo empezar a vaciar esta parte. Y tú puedes…

—Yo me encargo del jardín —respondí rápidamente.

—Vamos, que has decidido escaquearte —comentó, antes de soltar una risa sarcástica—. A la cárcel vas a venir tú a robar, chaval.

—En el jardín también hay trabajo —insistí—. Y si te molesta, ve en busca de Sora y se lo cuentas.

De repente, como si hubiera pulsado un botón invisible, la Chunga se levantó con agilidad. En dos zancadas, me tenía acorralado contra la pared, furiosa.

—¿Me estás acusando de ser una chivata?

Parecía que había tocado una fibra sensible. Y me di cuenta de que su mote le iba como anillo al dedo. Chunga, Chunga, Chunga.

—Puedes pegarme, si te hace sentir mejor —dije, tranquilo, casi educado—. De hecho, incluso te lo agradecería.

«Así quizá siento algo. Muerto en vida. Muerto en vida».

Ella frunció el ceño, confundida por un segundo, y aflojó el brazo.

—Estás como una cabra, tío —murmuró, volviendo de nuevo a donde estaba—. Ni siquiera sé para qué has venido al campamento.

Yo tampoco lo sabía, pero decidí que la Chunga se había ganado que memorizase su nombre.

Rocío sacudió la cabeza y regresó a su tarea, como si de repente yo hubiera dejado de existir. Así que abrí la puerta y salí al exterior, dispuesto a que pasaran las horas lo más rápido posible.

De vuelta en el campamento, estuve un buen rato aguantando el sol infernal de Cádiz, junto al poste de teléfono donde pillaba dos ligeras rayas de cobertura. Después de haberle insistido toda la mañana desde el jardín de la residencia, el maldito Javier me había citado a esa hora, asegurándome que podría hablar con ella. Sin embargo, había saltado el contestador, frío e impecable como él. Lo había intentado varias veces hasta que recibí un mensaje suyo que decía: «Un segundo».

Anduve en círculos durante un rato, sin alejarme demasiado, y luego traté de entretenerme mirando el paisaje. A lo lejos, varios campistas volvían de la piscina envueltos en toallas, riéndose como si aquel sitio no fuera una trampa con actividades programadas. También probé a contar piedras, pero no duré demasiado.

Al final me senté en el suelo, ignorando el maldito albero, y me zambullí en el teléfono. Abrí una aplicación detrás de otra, revisando notificaciones con la esperanza ridícula de que algo —lo que fuera— hiciera que el tiempo corriera más deprisa. No tenía ni una mísera notificación interesante. Como si el móvil también quisiera recordarme que el Iker popular, sociable y con la agenda llena había dejado de existir hacía mucho.

Solo destacaban un par de mensajes de la pesada de Valeria y otros de Lola, en los que me deseaba que el campamento me estuviera ayudando a «pensar», lo cual me parecía de una ironía cruel. Aquel sitio no me estaba ayudando a pensar, sino a hundirme un poco más. Me hacía sentir inútil y fuera de lugar, como una pieza equivocada en el puzle.

«Muerto en vida».

Abrí TikTok por inercia, buscando vídeos absurdos en bucle. En la carrera había estudiado los efectos del móvil —el cortisol, la atención hecha trizas, la incapacidad de estar presente—, pero desde el accidente se había convertido en lo único que me entretenía sin exigirme nada. Aunque, allí, la falta de cobertura había conseguido que hubiera vuelto a leer por primera vez en mucho tiempo.

Se me escapó una exhalación, casi una risa sin humor. Tal vez sí que era una «bendición», como decía Sora.

«Sora».

Qué chica más pedante y, a la vez, más curiosa.

¿Y si…?

Se me ocurrió buscarla en Instagram. Tenía el perfil privado, así que no pude obtener demasiada información. En su foto de perfil, la intuía con un moño desenfadado y una sonrisa amplia. Su bio era sencilla: Terapia ocupacional y cuatro emojis —unas zapatillas de ballet, una concha marina, una cruz y un corazón morado—. Y casi mil seguidores, que me parecieron demasiados y me crisparon sin saber por qué.

Acto seguido busqué a Cris y, aunque tardé más de la cuenta, me alegró haber insistido. En su perfil, abierto y con más de diez mil seguidores, aparecía su amiga Sora un número alarmante de veces.

Me topé con un carrusel de varias fotos en las que Cris felicitaba a Sora por su veintiún cumpleaños. Una foto de ambas muertas de risa con las mejillas rojas. Otra con un premio plateado en la mano, ropa negra y purpurina en la cara. Y otra más con Sora sentada en el suelo, con apuntes desperdigados y una sudadera que le quedaba gigante.

Sin embargo, si algo abundaba en el perfil de Cris, eran los vídeos bailando. Coreografías precisas, divertidas, grabadas en estudio o al aire libre, muchas a dúo con Sora. Así que no pude evitar detenerme en cada uno de ellos.

Su cuerpo se movía con ligereza y sonreía a la cámara de una manera que jamás le había visto. Había algo peligrosamente magnético que me hacía no poder apartar la vista y, al mismo tiempo, preguntarme cuántas versiones de ella existían que quizá nunca llegaría a conocer.

—Ese pantalón va a acabar naranja.

Álvaro llegó, sigiloso, a donde me encontraba y me pegó un susto de muerte.

—Jesús —protesté, sorprendido.

—De eso hay mucho aquí, sí. —Se sentó a mi lado y me dio un pequeño codazo a modo saludo—. Uh, cotilleando a las jefas. Déjame ver.

Puse los ojos en blanco, pero le pasé el móvil con el perfil de Cris aún abierto.

Álvaro hizo *scroll* sin pudor, deteniéndose aquí y allá. Abrió un par de publicaciones en las que Cris salía sola y se quedó un tiempo en una en concreto: un primer plano con el sol de frente, la cara bañada de luz y las pecas brillando más que nunca.

—¿Debo recordarte que tienes novia? —pregunté, sacudiendo la cabeza, y le quité el móvil de las manos.

—No, tranquilo —respondió, pasándose las manos por la nuca—. No se me olvida.

—Hoy me ha escrito, por cierto —le informé al acordarme del mensaje que había visto de Valeria esa misma mañana—. Solo para

preguntar qué tal iba todo.

—Bueno —respondió, ligeramente sorprendido—, pensaba que a estas alturas estaría camino hacia aquí, hecha una furia. Así que me doy con un canto en los dientes.

—Espera unos días, solo estamos a martes.

—¿Has conseguido hablar con ella? —preguntó Álvaro, mirándome de reojo.

—Javier me ha asegurado que me llamaría en un «segundo» —dije, señalando el móvil.

Y ambos sabíamos que, cuando eso ocurría, Javier no llamaba hasta pasados unos días. Pero Álvaro no iba a recordármelo.

Oímos unos pasos sobre la gravilla y Sora se plantó frente a nosotros, saludando alegremente. Llevaba el pelo aún mojado, como recién salida de la ducha, y ni rastro de maquillaje. Pensé que se veía especialmente guapa.

«También perfecta en eso».

—¡Sora! —Álvaro la saludó con entusiasmo, como si se conocieran de toda la vida. ¿Es que se había propuesto hacer todos los amigos posibles allí?—. Me parece muy fuerte que todavía no nos hayas bajado a la piscina, ¿eh?

Ella soltó una risa fácil, de esas que conmigo no le salían.

—Podéis bajar solitos —recalcó, alzando los hombros—. Además, es el único sitio donde yo no doy órdenes, solo el socorrista.

—Ah, por lo que reconoces que Iker y yo somos víctimas del sistema —dijo él, señalándome como si me delatara—. Nos tienes explotados. Necesitamos derechos laborales.

Sora volvió a reír y yo noté una punzada absurda. A Álvaro le seguía el juego y le hablaba como si fuera fácil estar con él. En

cambio, conmigo parecía andar sorteando un campo de minas constantemente.

Aunque puede que me lo buscara yo solito.

—Siento interrumpir el momento de risas y paz, pero… —empezó —. Hoy nos tocaba descargar la furgo de comida. Acaba de llegar y necesito brazos fuertes.

Sus ojos se encontraron con los míos, pero yo retiré la mirada.

—Ah, mierda —chistó Álvaro, levantándose de forma apresurada —. Tienes razón. Se me ha ido la hora, vamos.

En ese momento, una notificación sonó y encendí la pantalla del teléfono.

No va a poder hablar hoy, lo siento.
Espero que estés bien

Durante un segundo, no entendí las palabras. Solo las leí una, dos, tres veces más.

Otra vez esa sensación insoportable de estar lejos cuando no debería estarlo, de no poder hacer nada, de no saber realmente qué estaba pasando al otro lado.

—¿Todo bien? —preguntó Álvaro, que estaría notando mi malestar.

Apreté el móvil entre las manos con tanta fuerza que incluso pensé que, o bien lo rompía, o bien acababa fracturándome la muñeca. Incluso preferí lo segundo.

—Vamos, Iker —insistió Sora, ajena a todo el drama de mi cabeza —. Nos vendrán bien tus manos. Te necesitamos.

Necesitarme. La palabra me golpeó en la boca del estómago.

¿De verdad alguien me necesitaba a mí? Álvaro podía hacer amigos en cualquier parte sin mover un dedo. Lola solo fingía interés

para no sentirse culpable. Javier me veía como un problema legal. Y ella…, ella ni siquiera quería hablar conmigo.

—No me necesitas —dije, clavando la mirada con dureza en Sora —. Solo finges que sí para tenernos controlados a todos.

Lo solté sin filtros, pero ¿qué más daba? Daba igual si conseguía el certificado de horas. Daba igual si completaba el campamento. Daba igual si perdía el juicio contra Javier.

Daba igual todo. Al fin y al cabo, solo era un muerto en vida.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —preguntó Álvaro, alzando los brazos.

—La mosca de estar hasta los cojones de todo —respondí, sin apartar los ojos de Sora—. Sobre todo de este campamento de mierda.

Ella frunció el ceño, aguantándome la mirada, pero no pareció retroceder ante mis palabras.

—¿Estás bien, Iker? —preguntó ella, con un tono tan dulce que me chirrió—. Puedes contarnos lo que sea, seguro que podemos ayudarte.

Ahí estaba. Esa forma suya de hablar como si supiera exactamente lo que necesitaba. Como si pudiera arreglarme con suficiente paciencia, suficiente insistencia y un par de actividades grupales bien organizadas.

Porque ella era perfecta. Era correcta, era inquebrantable. Nada parecía descolocarla lo suficiente como para romperla en mil pedazos. Al contrario que yo, que tenía el dolor mal colocado y me quebraba con cualquier palabra. Con cualquier mensaje. Con cualquier cosa que me recordara que ya no había nada en mi vida que mereciera la pena.

—No tienes que hacerlo todo solo —insistió, dando un paso hacia mí—. A veces dejar que alguien te ayude no te hace débil, sino fuerte.

Estaba empezando a cansarme de su complejo de salvadora.

—¿Y tú qué sabrás de eso? —solté, más brusco de lo necesario—. Si eres doña Perfecta.

—Tío, no le hables así.

—¡Deja de decirme lo que tengo que hacer! —exclamé.

—Lo siento, Sora —se apresuró a decir Álvaro, poniéndole una mano en el brazo—. Tú no tienes la culpa.

—Sí que la tiene —respondí, sin pensarlo—. Siempre con esa miradita, evaluando a los demás, decidiendo quién está demasiado roto para su campamento perfecto.

Esta vez fue su mandíbula la que se tensó.

—Yo no hago eso —dijo ella, ya sin la suavidad de antes—. No me conoces.

—Y no quiero conocerte —respondí—. Por si te quedaba alguna duda, pesada.

Entonces vi algo romperse en sus ojos y supe que había cruzado una línea. Ignoré el pinchazo de culpa, pero eché a andar para no decir nada más.

—¿Dónde vas, tío? —preguntó Álvaro, incrédulo.

—A perderme un rato —respondí ya lejos.

«A ver si así consigo encontrarme».

15

SORA

Había un murmullo amable en la residencia, muy diferente al del primer día.

El ambiente era suave y acompasado. Risas que salían naturales, conversaciones que fluían sin forzar, manos que se enlazaban para seguir jugando una partida más. Cada voluntario había encontrado su lugar en la coreografía invisible del día a día, y el conjunto respiraba una armonía serena, bonita.

Todo estaba en su sitio. Todo encajaba, excepto yo.

Dentro de mí no había calma, sino una bola de fuego que me subía por el pecho, me tensaba los hombros y me quemaba la garganta. Así que me escabullí hasta la capilla de la residencia, porque no sabía qué hacer con todo lo que llevaba dentro. Y sobre todo quería evitar estallar como una granada delante de quien menos lo merecía.

Me dejé caer en uno de los bancos de madera. La sala era pequeña, algo fría y desangelada, pero la atravesaba una luz preciosa que se filtraba por las vidrieras, dibujando colores suaves en el suelo.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Respiré hondo, pero no funcionó como otras veces. Las palabras de Iker seguían clavadas como puñales, una detrás de otra, sin anestesia.

«No me necesitas».

«Pesada».

«Doña Perfecta».

«No quiero conocerte».

Encima me sentía ridícula. En lugar de plantarle cara, me había quedado ahí, mirándole, con la ansiedad subiéndome de golpe como una ola mientras él parecía no percatarse de nada. Y luego, claro, toda la noche en vela. Dando vueltas, repitiendo cada frase como si fuera una radio escacharrada.

No estaba acostumbrada a tener estos choques frontales con alguien. Yo sabía moverme en el cuidar, escuchar, sostener, agradar. Solía hacer que la gente se sintiera cómoda, a salvo y querida. Pero con Iker nada parecía funcionar, ni siquiera mi mejor versión. Y eso me transportaba a mi yo de dieciséis años, a los pasillos del instituto.

Iker me había puesto la etiqueta de «doña Perfecta», como si yo mirara a todos desde un pedestal. Y no podía estar más equivocado. Lo peor era que una parte absurda de mí necesitaba con desesperación que no pensara así.

Alcé la vista hacia el altar y solté el aire despacio, intentando dejar ir la rabia y la frustración antes de que se me quedasen pegadas para siempre.

—Una señal de neón sobre qué hacer me vendría estupendamente bien ahora —susurré.

Eché la cabeza hacia atrás y volví a respirar. La voz de mi madre se colaba constantemente en medio de mis pensamientos: «No sobra. Solo está roto».

Quería aferrarme a eso, de verdad que sí. Pensar que detrás de toda aquella rabia había dolor, un dolor que nada tenía que ver conmigo. Pero también había otra parte de mí que quería gritarle que estar roto no le daba derecho a romper a los demás.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

¿Y si no estaba siendo justa con él? Tal vez Iker se estaba esforzando más de lo que parecía y ni siquiera le había dado las gracias. Quizá ayer tuvo un día terrible y yo me quedé con su peor versión. Puede que sea de ese tipo de personas que necesitan refuerzo positivo constante. Mi padre, como buen periodista, siempre decía que hablando se entiende a la gente. Así que quizá debía bajar al almacén y decírselo claro: que se equivocaba conmigo, que yo no era su enemiga.

Me armé de valor y así lo hice. Allí, me encontré a Rocío rodeada de cajas abiertas, bolsas a medio vaciar y montones desordenados que antes no estaban así. Parecía incluso peor que cuando los dejé el primer día. Y encima, sin rastro de Iker por ninguna parte.

—Hola —saludé—, ¿qué tal vais?

Rocío levantó la cabeza, apartándose un mechón de pelo sudado de la frente. La verdad es que el calor en el almacén resultaba infernal. Tan solo había un ventilador que hacía más ruido que otra cosa.

—Ahí voy.

—¿Iker? ¿No está aquí?

Soltó una risa seca, sin humor.

—Anda fuera haciendo Dios sabe qué —contestó—. Ese chico tiene serios problemas, de verdad te lo digo.

Se encogió de hombros y continuó a lo suyo.

Salí al patio con el corazón en un puño, sin saber qué versión de Iker me iba a encontrar, y, por un momento, me sentí una completa kamikaze.

El patio exterior era una zona de tierra seca, con algunos árboles dispersos que marcaban el inicio de la montaña. Allí a lo lejos, bajo la sombra generosa y entre algunas sillas de plástico estratégicamente colocadas, se encontraba Iker medio tumbado.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Me acerqué despacio, casi de puntillas. El sonido del viento moviendo las hojas me ayudó a camuflar mis pasos. Mientras acortaba distancia, me di cuenta de que estaba con los ojos cerrados y el rostro relajado. Por primera vez desde que lo conocía, sin el ceño fruncido. Ajeno por completo al almacén, al campamento.

A mí.

Continué aproximándome hasta acabar frente a él y lo observé en silencio.

El pecho le subía y bajaba con una respiración profunda, regular. En ese momento, parecía no estar luchando contra nada. Y, al verlo así, tan en paz, pensé que quizá debajo de toda aquella rabia que a veces enseñaba había un dolor enorme que no sabía gestionar. Y esa pequeña intuición hizo que relajase los hombros por primera vez en todo el día.

Lo recorrí con la mirada, fijándome en sus antebrazos, tostados por el sol de aquellos días, en los que se le marcaban un poco las venas; y luego en su cuello, largo y expuesto, donde el sudor se iba

secando despacio. Sus manos grandes reposaban quietas, con el teléfono móvil sujeto entre los dedos.

«¿Qué hay detrás de esa pantalla que te preocupa tanto?».

De golpe, me sobrevino una evidencia dolorosa: Iker era increíblemente atractivo. Y aunque él no quería conocerme a mí —lo había dejado más que claro—, yo estaba empezando a sentir una curiosidad extraña.

«Sora, ¿qué haces?».

Aparté la mirada un segundo. Lo último que quería era cruzar una línea peligrosa desde la cual no supiera volver. Carraspeé con suavidad y él abrió los ojos. Al ver que se trataba de mí, apenas reaccionó, pero sí se llenó el pecho de aire de forma exagerada.

—¿Descansando? —pregunté.

Y ojalá me hubiera dicho que sí. Que llevaba toda la mañana trabajando, que estaba derrotado y que por eso se había escabullido para descansar un poco.

Sin embargo, no respondió. Volvió a cerrar los ojos, ignorando mi presencia.

—Deberías estar ayudando a Rocío en el almacén —dije, con el tono más calmado que encontré—. Lo siento, pero el periodo de adaptación ya ha terminado. Esto ya roza la rebeldía innecesaria.

Yo venía en son de paz, pero no esperaba encontrar una versión tan me-da-todo-igual. A Iker no le importaba no hallarse donde debía y eso me sacaba de quicio, porque yo siempre había hecho exactamente lo que se esperaba de mí. Siempre.

—¿Alguna vez has probado a dejar de decirle a la gente lo que tiene que hacer? —respondió, volviendo a cerrar los ojos—. Igual te relajas un poco.

—No puedes desaparecer cuando te dé la gana —añadí—. Esto no funciona así, ¿lo sabes?

—De hecho, puedo hacerlo —me respondió—. Y lo hago a menudo.

Suspiré, pidiéndole paciencia a Dios.

«Porque si me das fuerza, te juro que lo estampo».

Nos quedamos en silencio unos momentos mientras mi mente pensaba en diferentes formas de actuar; ninguna me convencía.

—Por cierto —añadió al cabo de unos segundos, abriendo un ojo —, ¿eso de mirarme fijamente forma parte del trabajo o es iniciativa propia?

—No te estaba mirando.

Me removí, incómoda. Él sonrió apenas al notar mi reacción.

—Solo he bajado a comprobar que todo estaba bien —me defendí con rapidez—. Nada más.

—Todo está bien —respondió—. Ya puedes volver a lo que sea que anduvieras haciendo.

Crucé los brazos y por un momento se me pasó por la cabeza la posibilidad de marcharme y así dejar de ser tan «pesada» con él. Pero una fuerza extraña me mantenía los pies clavados allí.

—¿Y tú? ¿Vas a volver al almacén? —insistí.

Se pasó las manos por la cara, como si la conversación le pesara más de lo que quería admitir.

—¿De verdad no te cansas?

—¿De ti? —reí irónicamente—. Créeme, estoy empezando a hacerlo.

—Por eso lo mejor es que me ignores —pidió—. Por tu salud mental. Ignórame. Haz como si no existiera.

—No pienso hacer eso.

—Joder, Sora. ¿No fue suficiente lo que pasó ayer?

Alzó la vista para mirarme y en sus ojos intuí que me estaba poniendo a prueba, midiendo cuánto tardaría en rendirme. Lo que más quería del mundo era que lo dejaran en paz, seguir encerrado en su propio desastre sin que nadie lo molestara demasiado.

Pues no pensaba ponérselo tan fácil. No iba a marcharme, aunque él se empeñara en echarme. Pese a que lo más sensato fuera salir de allí y dejarlo pudrirse en paz.

—¿Ayer? —pregunté, intentando adoptar una actitud más relajada —. ¿Te refieres a cuando fuiste un auténtico capullo conmigo?

«No me necesitas».

«Pesada».

«Doña Perfecta».

«No quiero conocerte».

—Tranquilo, llevas haciéndolo desde el primer día —continué mientras él apartaba la vista—, me voy acostumbrando. Y si ser tu saco de boxeo hace que te sientas mejor, adelante.

Iker sacudió la cabeza, con una sonrisa triste, y se incorporó un poco en la silla.

—A lo mejor no lo serías si no me hubieras tratado como un problema desde que llegué.

—¿Cuándo he hecho eso? —pregunté, alzando una ceja.

Juraba que no lo había hecho. Porque no lo había hecho, ¿verdad?

—Cada vez que me observas con esa cara —escupió, clavando los ojos en mí con intensidad.

Nunca nos habíamos mirado durante tanto tiempo, a tan escasa distancia. Sentía que la respiración se me entrecortaba un poco.

—Quizá eres tú el que se ve así —musité, tragando saliva—. Tal vez solo soy el espejo donde te reflejas.

Resopló y se puso en pie, dando un paso hacia mí.

—Sora, por favor, te lo ruego… ¿Te importaría dejarme solo? —suplicó con un tono mucho más educado.

—No —respondí—. Soy tu coordinadora.

Puso los brazos en jarra y después se llevó los dedos a la sien.

—Qué suerte la mía, ¿eh?

—Yo diría que sí.

Esbozó algo parecido a una sonrisa.

—¿Qué habré hecho en este mundo para ser tu favorito? —preguntó, irónico.

—Ser un auténtico capullo.

Para mi sorpresa, lanzó una risa ligera, que me dio un vuelco al corazón.

—¿Puedes dejar de decir palabrotas? —sugirió con un gesto más amable—. No te pega en absoluto.

—¿Por qué?

—Porque eres una niña buena —explicó, encogiéndose de hombros—. Las niñas buenas no dicen palabrotas.

«Capullo».

«Capullo».

«Capullo».

Quería gritarlo a los cuatro vientos. Me sentía bien al decirlo. Y no era pecado decir palabrotas, ¿verdad?

—Esta niña buena también tiene un vaso de paciencia que te estás empeñando en rebosar —dije.

Me observó con detenimiento. Y aunque dudó, acabó dando otro paso hacia mí.

—Y, sin embargo, aquí sigues —murmuró.

Me tensé, pero me obligué a mantener los pies quietos en la tierra.

—Tal vez estás acostumbrado a que la gente se pire en cuanto aprietas un poco —respondí—. Cuando te comportas como un capullo de manual. Pero conmigo no funciona así.

«Quizá me estoy pasando un poco con las palabrotas».

Dio otro paso, sin dejar de mirarme. Luego, en un tono más bajo, dijo:

—No quiero ser un *capullo* contigo, aunque no te lo creas.

Pronunció de una manera especial la palabra «capullo».

—Pues no lo seas —respondí, más rápido de lo que pretendía.

Él abrió la boca, pero la cerró al instante. Pensé que ojalá pudiera penetrar en sus pensamientos aunque fuera durante un minuto.

—Sé un adulto funcional y haz tus tareas —añadí, intentando volver al tema que estábamos debatiendo al principio—. Nadie te ha obligado a estar aquí. Y necesito que eches una mano.

—Tampoco diría que he venido por voluntad plena… —ironizó.

—Pues vete.

La firmeza con la que lo dije descolocó a Iker. Y a mí también.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó frunciendo el ceño.

No sabría responder realmente a eso. ¿Quería que se fuera? No. ¿Me gustaría que pusiera un poco de su parte? Desde luego. Pero no sabía si tenía fuerzas para sostener a alguien que estaba empeñado en seguir en caída libre.

—No quiero que te quedes en contra de tu «voluntad plena». —Dibujé unas comillas en el aire, connotando sus palabras—. Así que, si es lo que deseas, no voy a impedírtelo.

Por unos segundos, Iker dudó. En sus ojos pude ver cómo se debatía entre marcharse corriendo y volver a Madrid y quedarse allí conmigo y tragarse el orgullo.

—No puedo hacerle eso a Álvaro —concluyó con un suspiro exagerado—. ¿Por qué no le pides a él que te ayude? Te cae mejor que yo.

Sacudí la cabeza, totalmente sorprendida. ¿Eso eran celos?

—Álvaro está ocupado —respondí, ignorando el pinchazo del estómago—. Te necesito a ti.

Vi cómo algo cambiaba en su expresión, apenas un segundo, casi imperceptible. Como si aquella frase hubiera encontrado una grieta exacta por donde entrar. Y aunque esperaba que dijese algo de verdad, se limitó a sonreír. Después preguntó:

—¿Tu religión no te prohíbe mentir?

Entonces bajó la mirada un instante, apenas una milésima, a mis piernas. No sabía qué estaba haciendo, pero yo me arrepentí de no haberme puesto unos pantalones más largos ese día.

—Cuádriceps fuertes. Espalda firme. Postura estable… —Levantó la mirada—. Bailarina, ¿quizá?

Me quedé muda. Y peligrosamente consciente de mi propio cuerpo. ¿Cómo lo había sabido?

—No te hace falta mi ayuda —continuó. Esta vez su expresión parecía mucho más relajada y juguetona—. No eres una damisela en apuros. Te las arreglas sola sin problema.

Solté el aire, negando con la cabeza, y aún con el corazón latiéndome algo más rápido de lo que debería.

Durante un segundo pensé en seguir discutiendo, en quedarme allí hasta arrancarle un sí por puro agotamiento. Pero algo me dijo que quizá con Iker no funcionaba empujar, sino hacer justo lo contrario.

La jugada podía salir fatal, pero, aun así, decidí intentarlo.

—Lo que tú digas —repliqué, echando a andar—. Te espero en el almacén.

—Eres una cabezona, ¿lo sabías?

Alzó la voz para que le escuchase mejor y yo me giré mientras continuaba marcha atrás. Me encogí de hombros y le dediqué una sonrisa divertida.

—¿Jugamos a ver quién lo es más?

Entré en el almacén y dejé escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo, como si a través de mi respiración pudiera soltar todas las emociones que Iker empezaba a provocarme y que iban más allá de la frustración y la rabia.

Algo que, por primera vez, me dio un poco de vértigo.

16

IKER

Suficiente.

Llevaba casi una hora observando a Sora desde mi silla de plástico. Ella entraba y salía del almacén, clasificaba cajas y arrastraba bolsas de basura como si no pesaran nada. Yo seguía allí, fingiendo que no miraba y que me daba igual. Jugando, sin duda, a ver quién resultaba más cabezón.

Aunque ya me había ganado la partida. Era tan terca que se iba a acabar lesionando, y tal vez se debiera a mi instinto profesional, pero no podía permitirlo.

Me levanté sin concederme mucho margen para arrepentirme, y caminé hacia la puerta del almacén. Durante esos pocos metros, trabajé mi expresión para que se viera lo más relajada posible. Quería que Sora pensara que la decisión de ayudarla, en realidad, no era para tanto.

—Dame eso, anda.

Le quité una caja llena de productos de limpieza de las manos antes de que pudiera protestar. Sora me miró, sorprendida. Tan sorprendida que me dolió ligeramente. ¿De verdad había pensado que no iba a ayudarla en ningún momento?

Estaba empezando a odiar la versión que aquella chica conocía de mí.

—Vaya —dijo con una media sonrisa, sin desviar la vista hacia mí —. Mira quién se ha ofrecido a ayudarme. Solo has tardado… una hora. Gracias.

Había ironía en su voz, pero no reproche.

Estaba sudada. Los mechones cortos de pelo se le pegaban a la frente y tenía algunas manchas en la mejilla y en el cuello. Y aun así —o precisamente por eso— estaba incluso más atractiva que antes.

Y ese pensamiento me fastidió.

—Necesitas mi ayuda porque eres una damisela en apuros —le solté.

Ella bufó, aunque no sonó enfadada. No quería reconocerlo en voz alta, pero me gustaba el tono que ahora tenían nuestras conversaciones. Un poco menos de malestar y un poco más de pique.

Un poco más de chispa, algo que llevaba mucho sin sentir.

Entré en el almacén con ella detrás. Lo primero en lo que me fijé es que no había ni rastro de Rocío, lo cual agradecí en el fondo. Lo segundo es que, aunque el lugar seguía siendo un caos, lucía algo distinto. Más ordenado, más Sora. Había dividido el área por zonas: para tirar, para donar, para guardar…, con pósits bien colocados, de diferentes colores.

Seguro que era la típica chica que tenía los apuntes ordenados por colores según la asignatura.

—Pues para llevar una hora, continúa siendo un desastre —me atreví a bromear, tanteando el terreno.

—Y lo seguirá pareciendo si te quedas mirando —respondió ella, con actitud ligera. Al menos no estaba enfadada—. Vamos, muévete, príncipe salvador.

Su comentario me dibujó una mueca divertida que intenté reprimir.

Trabajamos en silencio durante un buen rato. Sora no inició la conversación y yo tampoco, porque en verdad no se me ocurría de qué hablar después de nuestro encontronazo fuera. Además, mover cajas resultaba más fácil que pensar o sentir.

Pero mientras trabajaba, me descubrí fijándome en detalles absurdos de ella. Sora se mordía el labio cuando algo pesaba más de la cuenta, se rehacía a cada rato el moño de diferentes formas y utilizaba una precisión obsesiva a la hora de ordenar las cosas.

—¿Me ayudas? —dijo de pronto.

La encontré encaramada a un taburete que no parecía demasiado estable.

—Ve pasándome esas cajas, las de los pósits amarillos —me indicó.

—Te vas a caer —advertí—. ¿Por qué no dejas que lo haga yo? Soy más alto que tú.

—Porque no me gusta que me digan lo que tengo que hacer —contestó, irónica, mientras quitaba el polvo con un trapo.

Se me curvó la boca en un acto involuntario.

—Vaya, hoy estoy conociendo a una nueva Sora —comenté mientras agarraba una de las cajas del suelo—. Irónica, rencorosa, mal hablada…

—Bueno, pues te pido disculpas por eso —soltó ella con la caja en las manos.

La subió sobre sus hombros con bastante dificultad hasta que logró deslizarla por el estante.

—Disculpas…, ¿por qué? —pregunté confundido.

—Me dijiste que no querías conocerme.

Ah, eso. Era un maldito bocazas. Sobre todo porque una parte de mí estaba empezando a pensar que se trataba de una mentira como una catedral de grande.

—Bueno… —reaccioné rápido mientras tomaba otra caja—. La versión que he conocido de ti estos días tampoco ha sido demasiado atractiva.

—Como si la tuya hubiera sido estupenda —susurró.

Lo dijo tan bajito que juraría que no quería que lo escuchase, pero no podía tenérselo en cuenta.

—La vida es mucho más fácil cuando eres amable, ¿sabes? —añadió, mirándome un momento desde las alturas.

Últimamente pensaba que la amabilidad era un lujo que solo se podían permitir los que tenían una vida fácil.

«Y si supieras lo poco amable que es la vida conmigo, otro gallo cantaría».

Le pasé otra caja y se mantuvo concentrada unos instantes, procurando cuadrar el tetris de la estantería.

—En serio, sé que te cuesta estar aquí —continuó, ensimismada en la tarea—. Sé que para ti es cumplir y ya. Un acta de horas que…

Algo me atravesó por dentro y el corazón comenzó a galopar.

—Lo sabes.

Se le tensó el cuerpo unos momentos, pero fingió seguir colocando las cajas.

—¿Saber qué?

—Se te da fatal disimular.

Se mordió el labio y volvió a mirarme. Intentó sostenerme la mirada con aire despreocupado, pero le duró poco. Al final resopló, apartó la vista y dijo:

—Tampoco es que tú hayas sido el rey del disimulo. Llevas tatuado en la frente que no quieres estar aquí.

Aparté la mirada, ligeramente avergonzado. Quizá la cara de pepinillo en vinagre, como había dicho don Manuel, resultaba demasiado evidente.

—¿Hasta dónde sabes? —pregunté, con la vista clavada en el suelo.

—Solo hasta donde tú quieras contarme —contestó, como si fuera suficiente respuesta.

Me removí, incómodo. Que Sora supiera que me encontraba cumpliendo servicios sociales despertó en mí una duda que empezaba a ganar terreno en mis pensamientos: ¿y si Sora había sido tan amable conmigo solo porque sentía pena por mí?

—Álvaro me dijo que éramos anónimos, que nadie lo iba a saber.

—Y es verdad —contestó ella—. Solo el padre Mateo sabe quiénes sois. Pero, como te digo, en tu caso quizá deberías…

—No te he pedido consejo —la corté, seco.

Sora alzó una ceja.

—Ah. Perdón —dijo, con sorna—. Ignoraba que habíamos vuelto al *modo capullo*.

Gruñó levemente y se bajó del taburete con el orgullo herido. Ella misma se inclinó a tomar la siguiente caja para subir de nuevo, con bastante dificultad e incluso tambaleándose. Al parecer, había decidido que ya no necesitaba mi ayuda.

—¿Por qué crees que estoy aquí? —quise saber, sin miramientos.

Desconocía si estaba preparado para la respuesta, pero necesitaba saber qué le pasaba por la mente a aquella chica. Tal vez pensaba que le había dado una paliza a alguien, que era de los que pegan primero y preguntan después. O quizá que había robado por gusto o por pura diversión. Me aterraba pensar que Sora pudiera creer que yo era un problema andante.

—No es asunto mío —dijo ella. Se bajó otra vez, movió el taburete y cogió otra caja—. Además, ¿qué más da lo que yo piense? ¿Por qué te importa tanto?

Ni siquiera yo lo sabía. Sora sería una persona que no vería nunca más después del campamento, así que debería darme igual.

—Es solo curiosidad —insistí—. Me gustaría saber qué piensa alguien tan sumamente perfecta e inmaculada.

Se giró hacia mí desde arriba. Eso, sin duda, la había molestado.

—Está bien, te diré lo que pienso de ti —dijo entonces, notablemente exasperada—. Me pareces un niñato maleducado y caprichoso. Y desagradable a veces. Me molesta tu constante mala actitud. No entiendo cómo una persona como Álvaro puede ser tu amigo, la verdad. Ah, y eres un tremendo cabezón.

Se embaló con las palabras, pero, cuando se detuvo, frunció el ceño al instante. Parecía arrepentida, aunque no se disculpó, sino que me sostuvo la mirada.

—¿Eso es todo? —pregunté, satisfecho con su sincera respuesta.

Asintió, mordiéndose el labio.

—Está bien, me toca —dije de repente.

—No, yo no te lo he pedido —protestó.

—Niña mona, buen cuerpo, responsable a más no poder. Apostaría a que no te saltaste una clase en tu vida. Papá y mamá, orgullosos. Buenas notas. Ayudas a la gente. Incluso rezas por los que te caen mal. Amigos a montones.

Ella me escuchaba con expresión contrariada mientras sacudía la cabeza.

—Vida perfecta, ni una grieta —añadí.

—Qué sabrás tú de mis grietas.

Su respuesta me descolocó un segundo, pero no bastó para detener mis palabras.

—Pues no, no sé nada, porque te empeñas en ir por la vida como la chica que nunca rompió un plato.

—Te recuerdo que no querías conocerme —replicó—. Así que, si prefieres quedarte con la película que te has montado en tu cabeza, allá tú.

Solté una risa seca.

—No, no quiero conocerte. ¿Por qué querría? No eres mi tipo.

Abrió los ojos, ofendida.

—Pero ¿quién ha dicho que quiera ser tu tipo? Solo intento ayudarte, y tú actúas como un maldito bloque de hielo con patas.

—¡Es que no quiero tu ayuda! —estallé—. No sé por qué te empeñas tanto.

Sus mejillas se colorearon de un tono rojizo, y no precisamente de vergüenza, sino más bien de rabia.

—¡Eres insoportable!

—¡Y tú también!

Y justo en ese momento, el taburete decidió meterse en la conversación e hizo que Sora perdiera el equilibrio.

Tropezó hacia delante y me lancé hacia ella sin pensar, por puro instinto. La sujeté por la cintura, pero el peso de ambos hizo que perdiéramos el equilibrio y cayéramos al suelo, enredados. Al aterrizar nos llevamos por delante algunos objetos que estaban mal apilados y algo me golpeó la cabeza. Lancé un alarido agudo, más por sorpresa que por dolor.

Yo caí primero, debajo. Ella encima de mí, descolocada, respirando deprisa.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz alterada.

—Tranquila —murmuré, más bajo de lo que pretendía—. Solo me ha dado… en el parietal…

—¿En el qué?

—En el… —cerré los ojos un segundo y eché la cabeza hacia atrás —. Da igual.

Fue entonces cuando lo noté.

Mi mano derecha seguía en su cintura, justo donde la camiseta se había subido lo suficiente como para dejar al descubierto un tramo de piel caliente. Sora había caído sobre mi brazo y, en su intento por no aplastarme del todo, se había apoyado en el suelo, lo que hacía que estuviera a centímetros de mí. Absurdamente cerca.

Nos miramos y, por unos segundos, ninguno tuvo intención de moverse. Hasta que la realidad volvió y nos separamos como si nos hubieran dado un chispazo.

—¿Tú estás bien? —quise saber, incorporándome con cierta torpeza.

Me quedé sentado en el suelo y ella también lo hizo. Me miraba con el ceño fruncido, preocupada, observando la zona donde me había golpeado.

—Sí, estoy bien. Tú te has llevado todo el golpe.

—Te dije que no te subieras ahí… —murmuré—. Eres…

Apreté los labios mientras la observaba. ¿Cabezona? ¿Tremenda? ¿Insistente? No encontré la palabra exacta, pero el corazón hubiera dicho algo más parecido a: «Me estás empezando a volver loco».

Entonces Sora apretó los labios, intentando contener una sonrisa, pero no le salió bien. Primero se le escapó una risa pequeña, casi incrédula; después empezó a reír de verdad, con los hombros temblando, mientras yo la observaba, incrédulo.

Sin querer, a mí también se me escapó una sonrisa traicionera. Y acabé uniéndome a sus carcajadas, sin entender bien cómo ni por qué.

Y allí sentados en el suelo, rodeados de cajas, polvo y caos, riendo como dos críos, la tensión empezó a darnos tregua.

—Lo siento, tenías razón —dijo Sora, algo más calmada aunque sin perder la sonrisa—. Ese taburete no era demasiado estable. Gracias por salvarme.

Me sonrió despacio, todavía con la risa temblándole en los labios, y sentí que encendía una luz justo en el lugar que llevaba más tiempo a oscuras. Pero la luz llegó con un sentimiento de culpabilidad. Sora no se merecía haber sido mi saco de boxeo.

—Yo también lo siento —tomé aire—. Por todo.

Era la primera vez que me disculpaba de verdad con alguien por mi comportamiento de mierda en los últimos tiempos. Más allá de Álvaro, claro. Y de Lola, en ocasiones. Pero hacerlo con Sora no solo se sentía justo, sino extrañamente cálido.

—No quiero ser tu enemiga —dijo ella, sosteniéndome la mirada —. De verdad.

Tenía la cara sucia, el pelo revuelto y una honestidad desarmante en los ojos.

—Lo sé —respondí—. Aunque a veces resultas un poco pesada. Lo sabes, ¿no?

—Y tú sabes que eres un poco capullo —me devolvió.

—¿Si dejo de ser un capullo vas a dejar de decir palabrotas? —pregunté.

Y me di cuenta de que no había dejado de sonreír desde que nos habíamos caído. Y no había sido una sonrisa fingida o forzada; ni siquiera me había dolido sonreír. Tan solo… me había salido.

—¿Empezamos de nuevo? —sugirió ella, extendiendo la mano.

Tragué saliva. Una alerta en mi interior gritaba «cuidado», pero había algo en ella imposible de esquivar. Una luz que te engullía sin pedir permiso. Sabía que, en el momento en que le diera la mano, iba a estar más expuesto e involucrado. Más vulnerable.

Aun así, se la estreché.

—Soy Sora Alcázar —me dijo entonces—. Encantada.

La sujeté con firmeza, como si quisiera alargar aquel segundo de contacto.

—Iker Zuloaga —contesté—. Encantado de conocerte, Sora.

Y por primera vez desde que había llegado allí, tuve la fugaz sensación de que ya no estaba muerto del todo.

17

SORA

La tarde fue más ajetreada de lo esperado.

Después de comer, tuve una reunión con Mateo y Teresa para actualizar un poco cómo iba todo con los participantes del programa. Pese a que solo habían transcurrido tres días, las jornadas resultaban tan intensas que era bueno ponernos al día. Algunos ya habían admitido en voz alta que estaban cumpliendo servicios sociales con su grupo y todo estaba yendo estupendamente.

Cuando salí de la reunión, fui a la habitación de los trastos, donde se hallaban algunos del grupo preparando la fiesta de la residencia del día siguiente; celebrarían el centenario y nos habían encargado algunas cosas. Marta y Ángela se encontraban haciendo algunos carteles con mensajes positivos; Nerea rebuscaba entre las cajas del almacén algunos globos, guirnaldas y manteles. Álvaro y Cris preparaban una *playlist* con música de los años cuarenta y cincuenta, pero charlaban y se reían más que otra cosa.

De Iker, ni rastro, aunque ya no me sorprendía que desapareciera.

Aprovechando que todo estaba controlado, había decidido darme una ducha, algo más tranquila. Tenía polvo en cada parte de mi piel

y algunas manchas extrañas de todo el trajín del almacén. Me llevé una mano a la nuca y presioné los músculos tensos, como si pudiera deshacer el nudo con los dedos, mientras dejaba que el agua fría me cayese encima sin miramiento alguno.

Menos mal que Iker finalmente se había dignado a ayudarme, porque de lo contrario…

«Iker».

Sus ojos oscuros se colaron en mi cabeza sin ningún tipo de permiso. Y después me encontré cerrando los míos, dejándome llevar por la sensación de su mano en mi cintura y el sonido inesperado de su risa.

Solo la había escuchado una vez, aquella mañana. Y aun así se me había quedado grabada, como una melodía que el cuerpo guarda sin autorización. Una versión suya que no me había desagradado tanto. Una grieta mínima, peligrosa, de ese muro que intentaba franquear.

Algo había cambiado entre nosotros.

Era como si hubiéramos pasado días tensando una cuerda invisible hasta que, de repente, había cedido. No sabía si se había roto o simplemente habíamos dejado de tirar, pero el aire entre los dos ya no pesaba igual.

Iker había bajado la guardia conmigo. Ya no respondía con ironía a cada frase ni parecía buscar pelea como deporte. En la comida me había escuchado de verdad y, de camino al campamento, incluso me había regalado algo parecido a una sonrisa que se me había quedado rondando.

Sacudí la cabeza, tratando de despejar su imagen.

Estaba empezando a obsesionarme con el programa de manera enfermiza. Tal vez por eso, Iker ocupaba mis pensamientos sin

darme cuenta, porque era el caso más difícil. El que había que vigilar, acompañar, sostener a distancia, con el mismo cuidado con el que se manipula algo frágil… o peligroso.

«Eso es todo. Nada más».

Ya tenía suficiente con David como para dejar que brotaran ideas absurdas y sin sentido sobre Iker. No podía permitirme otro nudo en el pecho y, mucho menos, otra sensación de culpa.

En septiembre me iba.

El calendario ya contaba los días como quien pasa cuentas de un rosario gastado. Dejaría atrás todo lo que me era cómodo y conocido. Empezaría una etapa nueva, limpia, sin ecos. No quería historias nuevas que se convirtieran en despedidas dolorosas ni abrir puertas que no supiera cerrar luego.

Además, ni siquiera se lo había dicho a David porque, cada vez que lo había intentado, la verdad se me quedaba atascada en la garganta.

Salí de la ducha dando un suspiro. Decidí ponerme un vestido ligero de verano de color amarillo y recogerme el pelo en una trenza. Las ojeras empezaban a asomar. Por supuesto, las misiones estaban siendo físicamente retadoras, pero la adrenalina de ser coordinadora no me dejaba ni siquiera descansar bien por la noche.

Aunque llegaba molida de todo el día, mi mente se ponía a orbitar alrededor de todas las tareas pendientes, de todo lo que debería vigilar al día siguiente. Además, empezaba a darle vueltas también a todo lo relacionado con David, porque era el único momento de paz en el que podía pensar.

Necesitaba parar y encontrarme con mis pensamientos y sentimientos. Por eso, decidí irme un rato a la capilla.

Cuando llegué, había un grupo ensayando canciones y yo buscaba silencio. Así que, tras dudar unos segundos, opté por refugiarme en la mesa de madera del camino, esa que tenía vistas al mar y que poca gente conocía. Uno de los escasos lugares donde el ruido y el bullicio del campamento quedaban atrapados entre el vaivén de las hojas.

Agradecí la sombra que proporcionaban los árboles y me senté a respirar. Paseé los ojos por la mesa y, sabiendo dónde estaba, recorrí de manera inconsciente con el dedo la inscripción tallada. «S+D», dentro de un corazón irregular. David me había cogido de la mano y conducido hasta allí el último día de nuestro primer campamento. Lo había grabado con un cuchillo robado de la cocina y me había prometido amor eterno. Desde entonces, era nuestro banco especial, donde siempre nos refugiábamos para escapar de la vorágine del campamento.

«Nuestro campamento».

Resultaba extraño estar sin él en aquel lugar. Levantarme y no encontrarlo en el banquito de la entrada o no buscar su sudadera cuando la noche refrescaba, por ejemplo. Habían sido muchos campamentos juntos. Pero estaba intentando por todos los medios situarme, ignorando la sensación constante de que me faltaba algo que, en realidad, no sabía si se trataba de él o simplemente era la costumbre.

Respiré y me levanté para mirar mejor el océano. Cuando los pensamientos se aturrullaban, el cuerpo me pedía movimiento desde hacía horas, a pesar de que sentía una pesadez curiosa debido al cansancio acumulado. Necesitaba movimiento verdadero, porque

dentro de mí había hilos enredados que pedían a gritos ser ordenados. Y bailar era lo único que lograría recolocarlo.

«Cinco, seis, siete, ocho».

Empecé a moverme despacio, sin forzar nada.

Levanté una mano primero, sin pensar en que quedara bonito o perfecto, solo porque el cuerpo me pedía comenzar por algún sitio. La otra mano la siguió un segundo después, casi por inercia. Cerré los ojos. Los hombros, cargados como si llevaran mochilas invisibles, se soltaron un poco. La espalda se estiró sola, buscando aire, espacio, algo que no fuera tensión constante. Desplacé el peso de un pie al otro, un balanceo suave, casi imperceptible.

«Cinco, seis, siete, ocho».

Tal vez no era baile de verdad. No había música, ni pasos ensayados, ni un espejo delante corrigiéndome cada movimiento. O tal vez, precisamente, aquel era el baile más auténtico de todos.

Porque, cuando bailaba así, no tenía que decir nada. No tenía que calcular, anticipar, controlar cada gesto antes de hacerlo. El cuerpo simplemente sabía: un pie encontraba el suelo, la cadera seguía el impulso, los brazos se abrían sin pedir permiso. Y, por unos segundos, mi cabeza dejaba de mandar.

Eso era lo que más amaba del baile: la forma en que me obligaba a confiar, a dejarme llevar incluso cuando no podía anticipar cuál era el siguiente paso. A veces bastaba con escuchar, respirar y permitir que algo dentro de mí marcara el compás.

«Cinco, seis, siete, ocho».

Sentí paz, y el ruido dentro de mí bajó el volumen. Por un momento, volvía a ser solo eso: cuerpo en movimiento. Un cuerpo que necesitaba sentir mío otra vez. Porque si seguía desgastándome

por los demás sin reservarme ni un pedacito para mí, al final no iba a quedar nada que ofrecer.

Así que, durante unos instantes, todo lo demás se quedó atrás, quieto: el campamento con sus preocupaciones lejanas, David con su presencia que aún no era capaz de descifrar, septiembre acechando en el calendario como una cuenta atrás…

Su risa dulce, sus ojos oscuros, sus manos en mi piel.

«Iker».

—Siempre me ha encantado verte bailar —dijo una voz a mi espalda.

No me sobresalté; demasiado familiar para sorprenderme. Aunque, por una fracción de segundo —tan breve que casi no cuenta—, mi pulso dio un salto equivocado, a otro ritmo, esperando otra voz.

Sentí su presencia acercarse antes que el roce. Después, la yema de sus dedos apenas rozó mi cintura, suaves, casi como una pregunta. Hacía mucho que él no me tocaba, no de esa forma. Tanto que aquel gesto mínimo me provocó un escalofrío.

Y como no me aparté, comenzó a bailar conmigo, como si el ritmo ya estuviera escrito entre ambos. Anticipaba cada balanceo y cada giro antes de que yo misma supiera lo que iba a hacer. Dos cuerpos que habían bailado juntos en demasiadas ocasiones.

Me giró por última vez y sus ojos se encontraron con los míos.

—Hola —musitó David con una amplia sonrisa.

Sus manos se quedaron rozando mi cintura, sin invadirme demasiado, pero sin dejarme ir del todo.

—¿Escondiéndote en nuestro lugar especial? —me dijo.

Desvié los ojos hacia el banco, preguntándome por un momento si debería haber elegido otro refugio para esconderme.

—Necesitaba estar sola un rato —respondí con la esperanza de que captase la indirecta.

No sé si la entendió o si, simplemente, decidió ignorarla. Se limitó a apartarme un mechón de pelo de la cara y a acariciarme la sien en el recorrido de su pulgar.

—La cabeza de Sora, que nunca para quieta —musitó, divertido.

Sus dedos bajaron despacio por mi brazo, apenas un toque leve sobre la piel.

—¿Cómo estás, Pajarito? ¿Qué tal va todo?

Hacía tiempo que no me llamaba así. «Pajarito» era el mote que me había puesto el primer verano, el que usaba en los momentos más bonitos. Me dejé envolver por su voz durante unos segundos. David preocupándose por mí era algo contra lo que no podía luchar, y él lo sabía.

La vieja costumbre me empujaba a abrirme del todo, a soltar lo que llevaba días dando vueltas en mi cabeza. Pero había una vocecita nueva, más cautelosa, que me recordaba el final de aquello: él desapareciendo cuando las cosas se tornaban demasiado reales, yo recogiendo los pedazos.

—Está siendo todo muy intenso —dije finalmente—. Ser coordinadora es agotador. Mucho más de lo que pensaba.

—Imagino —respondió sin darle más importancia, más pendiente de mi cuerpo que de otra cosa.

Buscó una de mis manos y la sostuvo con suavidad, como si nunca hubiéramos dejado de hacerlo. Por unos instantes, pensé en apartarla, pero no lo hice. Él debió de tomarlo como una señal,

porque entrelazó sus dedos con los míos y me condujo hasta el banco. Se sentó sobre la mesa, dejándome, y me miró con una dulzura que me hizo bajar la guardia un poco más. Me quedé de pie apenas un instante, pero acabé sentándome a su lado.

—Bueno, con suerte solo tendrás el marrón del proyecto este año —comentó con una risa, pero yo me removí, incómoda.

—¿Por qué? —quise saber—. Yo espero que vaya todo bien y podamos hacer esto muchos años más.

—Bueno, es que andas tan ocupada que es imposible encontrar un hueco para estar contigo.

Me mordí el labio y mi cabeza voló, inevitable, a aquella vez que le conté ilusionada que nos habían aprobado el presupuesto. Su primera respuesta no fue felicitarme, sino: «¿Y vas a tener que seguir trabajando tanto?». A David le gustaba mi entrega siempre que estuviera dirigida hacia él.

—Es que te echo de menos, Sora —dijo—. Me mata no estar cerca de ti.

Comencé a notar un incómodo nudo en la garganta mientras me preguntaba si yo también le echaba de menos.

Extrañaba sentirme segura, sentirme en casa, sentirme vista. Pero últimamente estar con David se parecía demasiado a una montaña rusa: no sabías cuándo ni cómo de intensa iba a ser la caída. Y eso, para alguien como yo, drenaba demasiado.

—David, yo…

—Escucha —me interrumpió—. No te estoy pidiendo que volvamos.

Posó una mano en mi pierna con una naturalidad desbordante, como si toda yo le perteneciese sin mediar más palabra.

—Me encantaría, por supuesto —continuó con media risa—. Pero entiendo que tengamos que ir despacio después de todo lo que ha pasado. Estoy dispuesto a hacer las cosas bien, si tú quieres.

Tragué saliva y ladeé la cabeza para mirarlo. Recordé a Teresa diciendo que David estaba un poco más cambiado, más… maduro. Deseé creerla; deseé verlo yo también. Tal vez David solo necesitaba un poco de tiempo para tomarse la vida más en serio.

—¿Qué propones? —pregunté.

Se pasó una mano por la nuca, como si aquella sinceridad también le costara.

—Quiero una oportunidad. Solo eso. Que no vayas con el no por delante. Que no me cierres la puerta antes de tiempo.

Pasó la mano que tenía sobre mi pierna hasta mi cintura y se inclinó un poco más hacia mí. En un parpadeo, el recuerdo del almacén apareció sin pedir permiso: otra mano en mi cintura, otra respiración demasiado cerca, otra sensación distinta.

Me mordí el labio y aparté la idea de inmediato, sintiéndome absurdamente culpable.

—Dejemos que Cala Blanca haga su magia, esa que siempre provoca en nosotros cada verano —dijo en un tono más bajo e íntimo.

Guardé silencio, intentando concentrarme en sus palabras.

—Podemos ir a tu ritmo. Sin promesas grandes, sin presión. Solo… estar. Ver qué pasa.

Levanté la vista para encontrarme con su rostro, que conocía a la perfección. Sus ojos, ese color imposible entre verde y azul según como incidiera la luz. El pelo rubio oscuro, que le caía un poco

desordenado. La mandíbula marcada y ese aire relajado de quien es consciente del efecto que causa en los demás.

Era David, mi David.

Instintivamente, sentí la necesidad de bajar la guardia, besarle y dejar de pensar. Dejar de pelearme con cada duda, con cada recuerdo, con cada versión de nosotros que seguía arrastrando dentro. Quería refugiarme otra vez en sus brazos y fingir que nada había pasado.

—No estoy segura de que vaya a salir bien —susurré. No sabía si intentaba convencerlo a él o recordármelo a mí.

Porque yo ya empezaba a estar confundida del todo.

—Dios nos ayudará —contestó—. Nosotros solo tenemos que confiar en que esta es su voluntad.

El pecho se me tensó, porque últimamente Dios guardaba silencio cada vez que le preguntaba qué hacer con David. Y estaba empezando a pensar que, quizá, incluso Él se estaba cansando de todo nuestro drama.

David, al notar mi silencio, me apretó un poco más contra sí y apoyó su cabeza en la mía.

—Te quiero, ¿lo sabes? —susurró—. Nunca voy a dejar de hacerlo.

David no pronunciaba un «te quiero» a menudo y, tal vez por eso, cuando lo hacía, tenía el efecto de una llave en una cerradura antigua; algo dentro de mí se abría sin pedir permiso.

Allí, sentada junto a él, oliendo su colonia, con el verano entero respirándonos alrededor y su brazo rodeándome como si todavía supiera exactamente dónde encajaba, decir que no sería como arrancarme algo de dentro. Por otro lado, puede que aún no

estuviera preparada para renunciar a la versión de mí que existía con David.

—Está bien —murmuré—. Podemos intentarlo. Despacio.

Buscó mi mirada y sonrió. Había algo casi imperceptible en esa sonrisa, una pequeña victoria silenciosa, como si en el fondo hubiera sabido desde el principio que acabaría cediendo.

Apoyé la cabeza en su hombro, escuchando su respiración tranquila, permitiendo que el peso de su abrazo me convenciera de que aquello era lo correcto. Durante unos minutos, casi logré persuadirme de que aquello era paz.

Pero no lo era del todo. Porque, en medio de aquellos corazones que seguían empeñados en latir al mismo ritmo, hubo un latido rebelde. Uno solo. Pequeño, incómodo, fuera de compás.

Un latido que empezaba a susurrar otro nombre.

18

IKER

No entendía muy bien el motivo, pero estaba de mejor humor.

No era que los problemas hubieran desaparecido de repente, pero sentía una quietud profunda y silenciosa. Había dejado de apretar los dientes y notaba todo mi cuerpo más relajado, menos tenso…, menos en guardia.

Puede que ya me hubiera adaptado. Al fin y al cabo, cinco noches bastan para que el cerebro hiciera lo que tenía que hacer. Habituación en estado puro: cuando un estímulo amenazante se repite una y otra vez, la respuesta que provoca va disminuyendo progresivamente.

O puede que fuera por ella.

Ya no me daban ganas de salir corriendo cada vez que aparecía, ni de soltarle cualquier cosa para que dejara de acercarse. Al contrario. Había una parte de mí, bastante incómoda, que empezaba a querer tenerla cerca.

Y eso era lo inquietante: que, sin darme cuenta, me estaba acostumbrando a su luz.

La busqué con la mirada, casi de forma automática. Se encontraba delante del escenario que se había montado en el patio, bailando con una señora llamada Mercedes.

Era mediodía y la celebración por el centenario en la residencia ya había arrancado. El patio estaba lleno de personas: mayores, familiares, auxiliares y personal del centro, incluso algún que otro niño correteando.

Nos habíamos tirado toda la mañana decorando la zona bajo la sombra de unas carpas; movimos mesas, colocamos manteles y adornamos el escenario. Álvaro había estado trasteando el sonido junto a Cris mientras reían con complicidad. Empezaba a preguntarme qué demonios sucedía entre esos dos.

A mí me había tocado la parte pesada: mover y colocar sillas. Y aunque la rodilla se quejó un par de veces, decidí ignorarla. Lo hice con Charlie y Juan —que eran más fuertes que yo—, con los que conversé de forma agradable sobre diferentes viajes que habíamos hecho. Incluso empecé a llamarlos por su nombre en mi cabeza.

Ellos no sabían nada de mí ni por todo lo que había pasado. Allí no había pena ni compasión ni cuidado excesivo. No era el chico roto, sino que podía ser simplemente Iker. Y aunque eso se sentía bien, el problema estaba en que todavía no había resuelto quién quería ser.

—Vaya, ha decidido usted volver.

Don Manuel se acercó despacio, apoyándose en el bastón, y se sentó a mi lado sin preguntar.

—Don Manuel —saludé, sintiendo la cara roja como un tomate.

No me había disculpado por lo imbécil que había sido el primer día con él. Todavía no me atrevía a afirmar que alguien pudiera cambiar en una semana, pero la verdad era que ya no me reconocía en aquel Iker maleducado del lunes.

—Esto… —comencé, procurando encontrar las palabras adecuadas.

—No se preocupe —me interrumpió—. Puede ahorrarse saliva con las disculpas.

Me mordí el labio y ladeé la cabeza para mirarlo, intentando vislumbrar alguna expresión de enfado en su rostro. Sin embargo, don Manuel parecía estar pasándoselo pipa a mi costa.

—Tiene cara de pepinillo en vinagre, pero no de mala persona —aclaró con una sonrisa—. Sé que no lo hizo a propósito. Todo está bien.

—Aun así, lo siento —pronuncié.

Al parecer, después de haberme disculpado con Sora en el almacén, le estaba cogiendo gustillo a eso de pedir perdón.

Seguimos mirando a los demás en silencio, con cierta incomodidad por no saber qué más decir. En el centro del patio, una pareja mayor trataba de marcarse unos pasos de baile sin mucho éxito mientras se reían de sí mismos.

—Mis padres bailaban así —dije de pronto, sin controlar la lengua —. Mal. Pero con ganas.

Don Manuel giró un poco la cabeza hacia mí, sin interrumpir.

—A mi madre siempre le entraba la risa —continué—. Y mi padre… Él fingía que sabía bailar, pero era mentira.

Noté el golpe en el pecho justo después de decirlo. Esa mezcla rara de calor y dolor que llega tarde, cuando el recuerdo ya está encima y no te ha dado tiempo a defenderte.

Los vi como si estuvieran ahí delante.

Cada sábado por la mañana, la casa olía a café recién hecho y tostadas. Jazz bajito de fondo, como un ritual. Mi padre con su pijama de cuadros perfecto, mi madre en su bata de seda marfil. Bailaban despacio en la cocina, con un vaivén tranquilo mientras yo

los espiaba desde el pasillo, medio dormido, fingiendo que solo quería cereales para no admitir que me daba vergüenza ver tanto amor.

Ahora daría lo que fuera por unirme a ese baile.

—Ellos decían que bailar era una forma de olvidar los problemas —añadí, totalmente absorto en el recuerdo—. Que cuando bailas, al menos por un segundo, todo se vuelve mejor.

Don Manuel asintió despacio.

—Mi mujer siempre tenía la radio encendida mientras cocinaba —musitó, uniéndose a mis palabras—. A nuestra hija la apuntamos a ballet. No era demasiado buena, pero disfrutaba de las clases.

Intenté visualizar a don Manuel más joven y sin bastón, a su mujer con el pelo oscuro y el delantal manchado, y a su hija, una pequeña de moño tirante y zapatillas de punta.

Sin querer, mi mirada se dirigió hacia Sora. Me pregunté cuándo habría empezado ella a bailar. Si de niña, si por diversión, si por necesidad de olvidar algún problema. Me pregunté si sus padres también lo habrían hecho. Si tenía padres. Si tenía a alguien que, alguna vez, le hubiera puesto música en una cocina.

No sabía casi nada de ella.

—Querido muchacho —prosiguió Manuel, tuteándome de repente como si hubiéramos saltado una distancia sin pedir permiso—. La vida es un baile muy corto. Algunos terminan la coreografía antes que tú… y toca seguir solo durante un tiempo.

Hizo una pausa.

—Quizá hasta que encuentres otro acompañante. Pero hay algo que no cambia: siempre hay que seguir bailando.

Lo miré sin saber muy bien qué decir.

—Yo dejé de bailar hace años —confesó—. El dolor me paró. Y ahora, en el ocaso de mi vida, ya no sé cómo volver a la pista. No quiero que te pase a ti, así que continúa moviéndote, aunque duela. Aunque no sepas los pasos. Improvisa. Pero no te pares.

Lo observé durante unos segundos. Sus palabras se posaron en mi pecho como una pluma de tinta indeleble. Quise responder algo —cualquier cosa que no sonara torpe o simplona—, pero entonces vi a Sora acercarse con aire decidido hacia nosotros. Intenté recomponerme: hombros rectos, respiración controlada, cara de *todo normal.*

—¿Dónde está el chico más guapo de toda la residencia? —dijo, alzando un poco la voz.

Me tensé de inmediato, pero no se refería a mí. Por supuesto que no.

Sora se agachó y abrazó a don Manuel por detrás, apoyando la mejilla en su hombro con una familiaridad que me descolocó más de lo que quería admitir. Parecía que, con ella, don Manuel era un hombre totalmente distinto.

«¿Quizá a él también le ha descolocado su luz?».

—Aquí, aquí —respondió él, encantado—. No me estás haciendo nada de caso este año, jovencita.

—Ser coordinadora me tiene hasta arriba —dijo ella—. ¿Te has portado bien en mi ausencia?

—Depende de a quién le preguntes —contestó don Manuel, guiñándome un ojo.

Sora se enderezó entonces y me miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, has estado muy bien acompañado, ¿no? —bromeó.

Don Manuel nos observaba con una expresión sospechosamente divertida.

—Este chico ha estado trabajando duro —intervino—. Moviendo sillas, cargando cosas… Muy aplicado, sí, señor.

—¿Ah, sí? —Sora me miró con sorpresa sincera—. Iker es un crac, desde luego.

—Y además —añadió don Manuel—, me ha dicho que es un excelente bailarín y que está deseando que alguien lo saque a bailar.

Me atraganté y tuve que toser.

—No —me apresuré a decir—. No lo soy. Y no he dicho eso.

Fulminé con la mirada a don Manuel, pero él parecía ajeno a mi presencia.

—¡Pues hoy va a tener la oportunidad perfecta! —exclamó Sora dando un saltito—. Hoy toca verbena temática de personajes. Pueden ser de cuento o de película y hay que disfrazarse.

Don Manuel soltó una expresión de sorpresa feliz, casi con cara de quien también quería venirse con nosotros.

—No tengo absolutamente nada para disfrazarme —manifesté.

Sora me miró de arriba abajo con una sonrisa lenta que me ponía aún más nervioso.

—Tienes la actitud perfecta.

Enarqué una ceja, expectante.

—Sí —contestó, señalándome como si estuviera tomando notas—. Príncipe malhumorado. O lobo feroz versión no-me-habléis-antes-del-café. Muy tú.

Reprimí una sonrisa. Me gustaba el juego que de repente se estaba produciendo entre los dos desde el día del almacén.

—¿Y tú? —contraataqué—. ¿Vas de damisela en apuros que necesita rescate… otra vez?

Sora soltó una risa corta y se acercó un paso.

—¡Qué obsesión tienes con rescatarme! —exclamó—. Pero no, voy de bruja.

—¿Bruja?

—Sí. —Sonrió Sora—. La que convierte a los gruñones en gente sociable. ¡Y los hace bailar!

No supe si reírme o preocuparme un poco.

—No vas a hacerme bailar.

—Verás como sí.

—Me esconderé —avisé.

—Te encontraré —aseguró, con voz calmada.

—Eso suena a amenaza.

Ella ladeó ligeramente la cabeza y dijo:

—Es una promesa.

Me sostuvo la mirada, divertida. Si me hubieran puesto un tensiómetro en ese momento, la aguja habría salido volando.

—¿Verdad, Manuel…?

Sora giró la cabeza al mismo tiempo que yo, pero don Manuel no estaba.

A unos metros, había dejado el bastón apoyado en una silla. Movía los pies despacio, con los ojos entrecerrados y una sonrisa serena, bailando solo al ritmo de la música.

Como un eco de lo que había ocurrido durante el día con los mayores, por la noche el campamento se llenó de risas y baile.

Ahora eran jóvenes los que se apelotonaban sin orden con hamburguesas envueltas en papel y vasos de cartón entre las manos. Las mesas donde solíamos comer habían sido retiradas y el comedor se había transformado en una pista de baile improvisada.

Las vestimentas, normalmente deportivas y algo sucias del trajín de las misiones, se habían convertido en disfraces de colores chillones. Algunos ingeniosos, otros discutibles.

Por supuesto, yo había declinado la invitación a disfrazarme, aunque Cris había aparecido por nuestra cabaña con un baúl de disfraces antiguos y, cómo no, aleatorios, insistiendo en que algo encontraríamos.

Pero ella no había improvisado. Iba toda de negro y llevaba un top de tirantes, tutú de gasa y un moño alto.

—Guau…, estás radiante —le había dicho Álvaro con una torpeza asombrosa.

Él sí aceptó rebuscar en el baúl y terminó sacando una camisa hawaiana azul. Cris dio una palmada, encantada, y decretó que podía ser perfectamente alguien de *Lilo & Stitch*. Yo opté por una camiseta negra y unos vaqueros. Nada especial, aunque más arreglado que de costumbre.

Tal vez porque Sora había dicho que vendría a buscarme. Y, por algún motivo, me importaba ligeramente cómo me veía.

Cuando apareció por el comedor, me sorprendió su disfraz, ya que para nada iba de bruja como me había dicho. Iba igual que Cris, pero de blanco inmaculado. El pelo lo llevaba recogido en un moño bajo y un mechón rebelde le caía por la mejilla, rozándole la comisura de la boca.

Hice un esfuerzo titánico por no mirarla. Al menos, no demasiado, porque lo último que quería era que ella —o cualquier otra persona — se diera cuenta. Sin embargo, parecía como si me hubieran implantado un radar que la localizaba sin remedio; sabía exactamente dónde se encontraba en cada momento de la noche.

Pasó toda la velada rodeada de gente. Primero la vi apoyada contra una mesa, hamburguesa en mano, charlando y riendo con Charlie y Cris. Luego se deslizaba de grupo en grupo, siempre en el centro, moviéndose con esa gracia ligera y natural que parecía innata en ella.

Yo, mientras tanto, intentaba seguir la conversación con Álvaro, Juan y un par de chicos más, limitándome a un «sí», un «claro» o un asentimiento en el momento justo. Lo suficientemente invisible para seguir observando y esperando, aunque no supiera bien a qué.

La música subió un poco el volumen en ese momento y, al levantar la vista, encontré a Sora bailoteando con Cris en un lateral de la pista. Todavía andaban algo contenidas, como si estuvieran calentando motores.

Cerré los ojos unos instantes, sin entender qué me estaba pasando. Sora no podía convertirse en nada más que una monitora agradable; era muy probable que no volviera a verla después del campamento. Y, sin duda, sería lo mejor.

Solté el aire despacio y, en ese momento, un chico que conocía muy bien se acercó a la mesa donde estaba vestido de príncipe, impecable —corona incluida—, como si hubiera salido de un cuento ilustrado.

—¡Hola! —saludó con una sonrisa que me pareció algo forzada—. Creo que no nos han presentado.

Me tendió la mano y dudé unas milésimas de segundo antes de estrecharla.

—Soy David —se presentó, aunque yo ya sabía su nombre—. Monitor del grupo amarillo.

—Hola. Iker.

Reprimí las ganas de poner los ojos en blanco cuando David tomó asiento a mi lado, como si fuera lo más natural del mundo continuar una conversación que yo no había pedido tener.

—¿Qué tal vas? —me preguntó—. Me comentó Sora que es tu primer año.

El nombre de ella en su boca, pronunciado de una forma tan familiar, me golpeó como un puñetazo sordo.

«¿En serio, Sora? ¿Hablando de mí con tu novio, rollo o lo que sea?».

Noté cómo se me tensaban los hombros. Otra vez.

—Sí, todo bien —respondí y tomé un sorbo de mi bebida aguada mientras fijaba la mirada en un punto indeterminado del comedor. Un punto que no fuera Sora, claro.

Quizá, si me mostraba lo suficientemente antipático, perdería el interés. Se trataba de la última persona con la que me apetecía hablar aquella noche. O nunca.

—Has tenido suerte de que te toque con ella —prosiguió—. Es la persona más implicada que conozco. Tiene un don para hacer que todo el mundo se sienta a gusto.

Su voz resultaba aguda y me irritaba, pero más me fastidiaba pensar si era eso mismo lo que estaba haciendo Sora conmigo: procurar que me sintiera a gusto porque me veía como un cervatillo herido más al que cuidar. Un proyecto. Nada personal.

—La conoces desde hace mucho, ¿verdad? —pregunté.

Y tal como lo dije, me arrepentí de hacerlo. No obstante, Sora no me había mencionado a David en ningún momento, así que tal vez suponía mi única oportunidad de indagar algo sobre ellos dos.

David me miró de reojo un segundo más de lo necesario.

—Sí —respondió despacio—. Lo suficiente como para saber que es difícil no mirarla.

El aire se espesó entre nosotros. ¿Se habría dado cuenta? ¿Se lo diría a Sora?

Otra canción irrumpió por los altavoces y el grito colectivo estalló como si la hubieran estado esperando toda la noche. No tenía ni idea de cuál era, pero Cris y Sora ya estaban en el centro de la pista, con sus tutús salpicando destellos de luz. Poco a poco, el corro se fue agrandando por cuerpos que saltaban y se movían sin orden.

Me quedé perplejo, con la mirada fija en ella sin poder evitarlo. La había visto en vídeos, pero en directo era totalmente distinto. Estaba más feliz, más relajada, más guapa. No se trataba solo del disfraz ni la forma en que se movía, como si la música le saliera de dentro. Era ella, toda ella, la que me estaba empezando a descolocar de manera peligrosa.

David tenía razón: resultaba imposible no fijarse en ella.

Sora miró en nuestra dirección. De pronto, en medio del bullicio alegre, el tiempo se ralentizó. Todo el ruido se alejó, amortiguado, como si el universo entero hubiera bajado el volumen solo para que yo pudiera observarla con plena atención. Entonces levantó la mano e hizo un gesto breve, claro y directo: «Ven».

Noté cómo mi cuerpo respondía antes que mi cabeza y estuve a punto de levantarme. Levantarme y bailar de verdad, aunque llevaba

meses sin hacerlo, aunque eso supusiera apartar el dolor por unos instantes.

Pero David se puso de pie antes que yo.

—Sora me llama —declaró—. ¿Te quedas aquí? ¿No quieres bailar?

Sus palabras me cayeron encima como un cubo de agua fría. El gesto había sido tan rápido que pensé…

Alcé la vista hacia su cara. Tenía una sonrisa tan retorcida que me daban ganas de darle un puñetazo, y eso que no me consideraba una persona violenta.

—Bueno, tú te lo pierdes —dijo David, al ver que no contestaba—. Me voy, que a Sora le gusta que bailen con ella. No quiero que me regañe.

Soltó una risa suave, como si compartiéramos una complicidad que no existía.

—Sora no parece necesitar a nadie para bailar —escupí, cuando logré reaccionar.

Pero David ya no me estaba escuchando. Se abrió paso entre la gente con una facilidad que se sintió como un insulto silencioso. Una especie de recordatorio de que ese espacio, esa noche y esa chica le pertenecían por derecho propio. Más que a mí, desde luego.

Cuando llegó hasta ella, le rodeó la cintura con familiaridad mientras danzaban saltando y riendo. Ella no se apartó, ni siquiera titubeó, y eso me apretó el pecho con fuerza. Después él le susurró algo al oído y Sora rio. Siguieron bailando juntos, envueltos en la multitud.

Pronto los perdí entre los cuerpos, entre los gritos, entre la música. Al cabo de un rato, ya no estaban. Simplemente desaparecieron.

Las canciones siguieron cayendo una tras otra. La pista se llenó de nuevo, se vació, se llenó a medias. La gente empezó a despedirse con abrazos cansados. Hasta Álvaro se marchó antes que yo. Me quedé hasta el final, solo, con un vaso de cartón chuchurrido en la mano y la garganta seca como papel de lija.

Solo cuando el padre Mateo apagó las últimas luces, acepté que Sora no había cumplido su promesa.

19

SORA

—Vamos, todos para acá —gritaron por la megafonía.

El campo de fútbol se había transformado en un mar de barro. El albero, ya de por sí traicionero, se había mezclado con el agua que habíamos echado a conciencia, como quien prepara una poción perfecta. Salir de allí limpio era, sencillamente, una fantasía inalcanzable.

Aunque, para ser justos, ninguno de los que llegaba al campo lo hacía impoluto: venían de una salvaje gincana, yendo de un lado para otro, realizando pruebas y acumulando manchas como medallas. Pintura en los antebrazos, hierba pegada a las rodillas, barro en los calcetines… y muchas risas compartidas.

Cris y yo habíamos llevado una de las pruebas más divertidas y crueles, la de la harina. Los participantes tenían que meter la cara en un barreño blanco como la nieve y rebuscar con la lengua hasta encontrar un caramelo. Era un espectáculo porque salían tosiendo, con las pestañas empolvadas, la nariz perdida y una dignidad que se evaporaba en cuanto abrían la boca para reírse.

Y, por supuesto, no siempre éramos simples espectadoras. Entre empujones accidentales, abrazos de celebración y algún que otro ataque de risa demasiado cerca del barreño, también nosotras

habíamos acabado marcadas. Cris lucía las puntas del pelo blancas, y yo tenía los *leggings* y las zapatillas cubiertos de manchas imposibles de salvar. Estaba claro que esa tarde me esperaba una sesión intensiva de limpieza.

Ahora, después de toda la mañana, quedaba la última prueba.

Nos juntamos en el centro del campo de fútbol para explicar Caballería, un juego salvaje y caótico en el que competías solo, pero los puntos se conseguían para el equipo. Lo mejor era que acababa en una batalla de pintura; tenías que marcar a los demás y, una vez manchado, te unías a la persecución. La última persona limpia daba diez puntos a su equipo.

—¡Vamos allá, equipo morado! —gritó Juan, dando una palmada y agrupándonos a todos.

Me giré instintivamente para buscar las caras de mi grupo y me dio un vuelco el corazón al comprobar que todos se lo estaban pasando de maravilla. Se los veía embarrados, sudados y despeinados, pero con una sonrisa amplia en el rostro.

Me alegré de que, al menos por un rato, hubiéramos conseguido que el mundo pesara menos. Sin duda, había sido una semana retadora a muchos niveles. Físicamente, porque los días empezaban muy pronto y terminaban demasiado tarde, con el cuerpo agotado y la sensación constante de no llegar a todo. Mentalmente, porque convivir tan de cerca con el dolor ajeno te obligaba a salir de tu propia burbuja y a enfrentarte a realidades que muchas veces preferías no mirar.

Por eso los ratos de mesa compartida se habían vuelto imprescindibles. Allí hablábamos del día, soltábamos lo que se nos

había quedado dentro y, entre dudas, confesiones sinceras y alguna lágrima, íbamos digiriendo lo vivido.

Pero también hacían falta otros espacios para reírnos, bailar, hacer el tonto, vestirnos raro por una noche y competir en juegos absurdos. El fin de semana importaba justo porque nos ayudaba a respirar, a recargar pilas y a recordar que la alegría también podía curar.

Algo que me encantaría que Iker aprendiese.

Para mi sorpresa, había participado en la gincana, lo que consideraba un pasito adelante. Sin embargo, llevaba la mañana entera con expresión de pocos amigos. Parecíamos haber retrocedido a la versión de Iker del primer día: enfadado con todo y con todos, en especial conmigo. Y eso me crispaba más de lo que quería admitir.

Quizá porque, desde nuestra conversación en el almacén, había llegado a pensar que algo entre nosotros se había aflojado. Que detrás de aquella muralla de ironía y malas contestaciones había una persona a quien empezaba a entender un poco. Alguien que, por algún motivo, se me había colado más veces de la cuenta en la cabeza.

Pero ahora, cada vez que nuestras miradas se cruzaban, parecía estar perdonándome la vida. El mismo muro que creí agrietado volvía a alzarse entre los dos, duro y frío, y ni siquiera sabía bien por qué.

—¡Monitores, por aquí! —nos indicó David, que había tomado la voz cantante con el micrófono—. ¡Participantes, a las porterías!

Los participantes se agruparon gritando y empujándose con esa emoción previa a la carrera. La mejor amiga de Min-ji, María, se

ofreció a empezar. Dio un paso al frente y se plantó en medio del campo, con las manos empapadas en pintura roja, dispuesta a manchar a otros sin piedad.

—Recordad: si os marcan con pintura, empezáis a pillar. Solo puede quedar uno.

David estaba especialmente alegre ese día. Cada vez que me buscaba con la mirada, me regalaba una sonrisa, y cada vez que pasaba a mi lado, sus dedos me rozaban la cintura con intención. Mi corazón respondía con dos saltos contradictorios: uno de calidez y otro de confusión.

Si alguien nos hubiera espiado la noche anterior, habría jurado que éramos la pareja perfecta. Nos escapamos del baile y, casi sin darnos cuenta, terminamos en nuestra mesa de siempre, hablando y riendo hasta que el tiempo dejó de importar. Durante un rato fue como volver a ser aquellos Sora y David de dieciséis años, en un mundo ligero y sin heridas abiertas.

Y cuando estábamos así, de noche, todo parecía más fácil de creer. La oscuridad suavizaba las grietas, volvía bonito lo que dolía y conseguía convencerme de que no podría tener nada tan mágico con otra persona; que nadie me querría como David lo hacía. Pero luego amanecía. Y con la luz, todas las manchas volvían a verse. Las dudas regresaban a su sitio y me carcomían el pecho con más fuerza que nunca.

Los gritos me sacaron de mis pensamientos y, de golpe, los participantes echaron a correr. La cantidad de gente que se movía y el barro del suelo fueron los responsables de algunos resbalones y encontronazos fortuitos, que eran respondidos con risas. Algunos cayeron en la primera ronda, marcados casi sin haber entendido

bien las reglas, mientras que nosotros, los monitores, comentábamos la jugada desde un sitio lo suficientemente alejado para no mancharnos.

—Iker compite como si esto fueran las Olimpiadas —dijo Cris, arqueando una ceja.

Fingí que le buscaba con la mirada, pero la realidad es que había estado observándolo todo el rato. Corría con los dientes apretados y esquivaba cuerpos con una tensión que parecía más de ejército militar que de inocente campamento. Se le notaba terriblemente enfadado con algo… o con alguien.

Y tenía la incómoda sensación de que ese alguien era yo.

El juego terminó con un estallido de gritos y barro. El grupo dos se llevó la victoria y David lo anunció por megafonía mientras todos aplaudíamos entre risas y resoplidos. Diego se abrió paso a trompicones hasta donde estaba David, le arrebató el micrófono con una rapidez impresionante y, sin pensárselo dos veces, gritó:

—¡A por los monitores, que están muy limpios!

Se hizo un segundo de silencio.

«Oh, no».

Una oleada de cuerpos se abalanzó sobre nosotros como zombis salvajes. Algunos se resignaron y se quedaron inmóviles, recibiendo el impacto de pintura de todos los colores. Yo, en cambio, giré sobre mis talones y salí corriendo a toda velocidad.

Odiaba mancharme con esa pintura. Sabía por experiencia lo traicionera que era, especialmente en el pelo. Daba igual el champú o la voluntad, quedaban restos pegados durante días.

Escuché pasos detrás de mí y alguna risa jadeante. Varios intentaron alcanzarme, pero mi agilidad y mi resistencia de bailarina

jugaron a mi favor. Poco a poco fueron desistiendo, rendidos, doblados sobre sí mismos, demasiado cansados para seguir persiguiéndome.

Corrí sin mirar atrás hasta el final del campamento, donde empezaban las cabañas, con el corazón desbocado y la sensación infantil de estar huyendo de algo tan absurdo como inevitable.

—Quizá me he pasado —pronuncié en alto, riéndome, cuando me paré por fin y apoyé las manos en las rodillas para recuperar un poco el aire.

—¡No lo suficiente! —dijo una voz a unos metros de mí.

Levanté la cabeza y me encontré a Iker. Tenía barro en los bajos del pantalón y pintura de colores por todos los lados: la camiseta, los antebrazos, el cuello, el pelo…

Me puse instintivamente en guardia, dispuesta a volver a correr en cualquier momento, aunque una media sonrisa se escapó de mi rostro. En su expresión había una mezcla extraña de enfado, diversión… y algo más.

—No sabía que eras tan rápido —comenté.

—Lo suficiente para alcanzarte.

Ladeó la cabeza.

—Por un momento pensé que no vendrías a por mí.

La frase salió con más intención de la que pretendía, como si lo estuviera retando o comprobando algo. Iker apretó la mandíbula y su mirada se me clavó.

—Relájate —soltó—. No todo gira alrededor de ti.

El golpe de su tono me descolocó. Demasiado brusco para tratarse de una broma.

—¿Por qué estás hoy de mal humor conmigo? —pregunté, intentando que sonara ligero—. Pensaba que habíamos empezado de nuevo.

—No estoy de mal humor.

—Venga ya, Iker —me reí, señalándole con un gesto—. Tienes cara de haberte comido un limón.

Alzó una ceja, casi divertido por primera vez en todo el día.

—¿No te gusta mi cara?

Sentí un ligero calor en las mejillas. A decir verdad, sí que me gustaba. De hecho, cada día que pasaba me daba más cuenta de lo tremendamente guapo que era Iker. Y en ese momento, su piel tostada resaltaba aún más entre tantas manchas desordenadas de pintura.

Pero no quería ceder espacio a ese pensamiento.

Hizo un amago de acercarse y retrocedí dos pasos. Debía evitar a toda costa que esas manos manchadas de pintura fresca acabasen en mi cuerpo.

—Te prometo que, si me dejas ir limpia, te friego los platos durante todo el día —dije medio en broma, medio en serio.

Iker hizo una mueca que no supe interpretar mientras avanzaba otro paso hacia mí.

—Ya me has demostrado que no cumples tus promesas.

—¿Qué?

Pestañeé, descolocada, como si de repente me hubiera hablado en otro idioma. No sabía si seguíamos jugando o si acabábamos de entrar en el terreno peligroso de los reproches sin sentido.

Le vi morderse el labio, como esforzándose por retener las palabras.

—La culpa es mía por haber esperado algo de ti —sacudió la cabeza.

—Si te ha molestado algo, prefiero que me lo digas —respondí con seriedad—. No soy adivina.

Él me observó en silencio y por un segundo imaginé que iba a volver a aislarse tras su muro. Sin embargo, algo cruzó por sus ojos y finalmente añadió:

—Pensaba que querías bailar conmigo.

«Oh, no».

Durante un instante, todo se recolocó en mi cabeza. Recordé la celebración del centenario y la broma sobre bailar juntos. Le había prometido sacarlo a la pista, pero solo fue un comentario amable lanzado al aire, sin mayor importancia.

Luego pensé en la verbena. Iker había estado toda la noche con los chicos. Aunque en varios momentos quise acercarme a charlar con él, parecía distraído, casi inaccesible. Más tarde lo vi hablando con David y eso me incomodó enormemente.

Y después llegó el estallido del baile con la canción de Aitana. Y yo, eufórica, llamando a todos entre risas para que se unieran. David se levantó enseguida, pero Iker no. Entendí que continuaba encerrado en esa actitud de no querer formar parte de nada y decidí respetarlo.

Así que no, no había bailado con Iker. Y estaba claro que aquel juego ya no iba solo de mancharme de pintura.

—Iker, de verdad pensaba que no querías bailar.

—Y no quería —se defendió.

Pero sus ojos decían lo contrario.

«Iker estaba esperándome».

Tal vez no como cualquiera habría esperado, con sonrisas abiertas y actitud activa. Iker me había esperado a su manera, quieto y distante, envuelto en esa coraza de indiferencia que cada vez me costaba más creerme.

Y yo, en cambio, me había ido con David delante de sus narices.

Apreté los labios. Tenía miedo de que volviera a cerrarse por completo y nos devolviera a la casilla de salida, a ese punto frío y remoto donde todo había empezado.

—Lo siento —me disculpé.

De verdad sentía haberle fallado. Pero había algo más debajo que me daba miedo nombrar: la sensación de haber dejado pasar una posibilidad. El arrepentimiento de haber elegido, una vez más, lo conocido. Porque yo sí había bailado precisamente la coreografía que sabía que no me hacía bien.

¿Y si, en vez de David, hubiera bailado con Iker? ¿Cómo habría sido mi noche?

—La próxima vez iré a buscarte —le dije.

No era solo una promesa para él —que esta vez pensaba cumplir —, sino que se convertía también en un recordatorio para mí misma.

Él infló el pecho y dio dos pasos más hacia mí, acortando la distancia.

—Pues hoy me toca a mí buscarte.

Entonces Iker se abalanzó sin previo aviso y yo eché a correr con el corazón en la garganta.

Al principio lo hice seria, confundida, sin saber si aquello era un juego o una forma torpe de seguir enfadado. Dimos vueltas alrededor del viejo olivo, resbalando en la tierra seca, esquivándonos casi por instinto.

Iker corría con el cuerpo tenso, como si todavía llevara encima todo lo que no había sabido decirme. Pero, poco a poco, la persecución dejó de parecer una pelea; sus pasos se volvieron menos bruscos y los míos, menos nerviosos.

Y entonces se me escapó una risa, pequeña e involuntaria. Quizá por lo ridículos que debíamos de estar dando vueltas alrededor de un olivo como dos críos. Quizá porque, por primera vez en toda la mañana, ya no parecía que pretendiéramos hacernos daño.

Iker me miró un segundo, desconcertado. Frunció todavía más el ceño, intentando resistirse, pero fracasó. Una risa ronca se le escapó entre los labios.

Las carcajadas se mezclaron, igual que en el suelo del almacén. De pronto, la verbena, David y las promesas incumplidas se disolvieron en medio de aquella risa absurda. El ridículo juego de perseguirnos había conseguido reparar cualquier rencor entre nosotros.

—¿Ya me has perdonado? —pregunté, jadeando ligeramente.

—No hasta que estés llena de pintura —respondió entre risas, acelerando el paso.

Volví a echar a correr, pero consiguió rozarme y, en ese instante de distracción, tropecé con una piedra.

Iker volvió a estar ahí justo a tiempo, sujetándome antes de que cayera. No me consideraba una persona torpe, pero empezaba a sospechar que Dios tenía un curioso sentido del humor… ¿Pretendía que acabara a sus pies?

Esta vez no caímos.

Iker me agarró de la cintura y me atrajo hacia él mientras yo intentaba recuperar el equilibrio. Noté enseguida las manchas de

pintura que ya me estaba dejando solamente su contacto.

—¿Puedes parar de tropezar? —murmuró—. No puedo estar rescatándote siempre.

—¡Suéltame! —me reí intentando escabullirme para no acabar más manchada.

Pero él levantó la mano antes de que pudiera apartarme y me dibujó despacio las líneas de la cara con pintura morada. Lo hizo con una delicadeza inesperada, casi íntima, tan despacio que el roce de sus dedos me recorrió la piel como una descarga eléctrica.

—Por favor —me quejé, más por orgullo que por otra cosa.

Cerré los ojos, resignada a las manchas y esperando a que terminara de dibujar los trazos en mi piel. Agucé mis sentidos y noté su mano en mi cintura, pero eso ya no parecía parte del juego. No sabía cómo debía sentirme al respecto, pero no me desagradaba.

—No te quejes —dijo Iker con una voz mucho más suave—, al menos es de tu color favorito.

—¿Cómo sabes cuál es mi color favorito? —pregunté abriendo los ojos, sorprendida.

Él me miraba con una expresión amable; mucho más que durante todo el día.

—Hasta un ciego lo sabría, Sora.

Mi cuerpo se relajó y dejé de forcejear, pero él no me soltó y yo tampoco volví a pedírselo. Apoyé las manos en sus antebrazos, apenas rozándolo.

—Eres como un libro abierto. Llevas todo morado. Tu pulsera, tus zapatillas de deporte, tu libreta, hasta la tinta del bolígrafo que usas para escribir…

Noté que el calor volvía a mis mejillas. ¿Me había estado observando con detenimiento todo este tiempo mientras fingía que me ignoraba?

—Y tú eres un libro cerrado —repliqué con una mueca—. Siento que apenas te conozco.

Él fijó sus ojos en los míos y me di cuenta de que estábamos muy cerca, casi más que aquella mañana en el almacén.

Casi podía percibir su aliento rozándome la nariz, aunque mantenía una distancia prudente de mi boca; parecía saber exactamente hasta dónde podía llegar. Y es que a Iker le habría bastado inclinarse solo un poco para que nuestros labios se rozaran.

«Pero no sé por qué estoy pensando eso».

Entonces fui consciente de que mi corazón latía a mil por hora, tan fuerte que me asustó. Intenté convencerme de que era por la carrera, por el esfuerzo, por la adrenalina todavía recorriéndome el cuerpo. Y recé para que, si Iker llegaba a notarlo, pensara lo mismo.

«Claro que no es por él».

—Mi color favorito es el azul —dijo con media sonrisa.

Me soltó la cintura, aunque no se apartó del todo. Seguía cerca, lo justo para que aquella confesión sencilla sonara a algo más íntimo.

Había olvidado por completo de qué estábamos hablando. Me había quedado simplemente inmóvil, mirándolo. Carraspeé para volver a mí misma.

—Espero que ahora sí estés feliz —dije, señalándome entera, cubierta de morado.

Iker me recorrió de arriba abajo con la mirada, tomándose más tiempo del necesario. Luego esbozó una sonrisa que le llegó a los ojos.

—Un poco, sí.

Me reí bajito, sacudiendo la cabeza, procurando romper algo que se me había quedado demasiado enquistado dentro.

—Debería volver —murmuré, mirando para otro lado. Como si ahora la incomodidad se hubiera hecho presente de nuevo—. Nos estarán buscando.

Él asintió lentamente.

Entonces eché a andar, alejándome con la sensación extraña de haber cruzado un umbral invisible. Pensando que me encaminaba hacia algo para lo que no sabía si estaba preparada.

TERCERA PARTE

Compás

20

IKER

Di tal respingo en la cama que estuve a punto de pegarme contra la litera de arriba.

En algún momento tendría que explicarles que despertarse entre canciones desentonadas y golpes de cacerola no resultaba divertido. Era más bien un cóctel exprés de adrenalina, taquicardia y posible visita a Urgencias, pero ellos parecían divertirse de manera irremediable.

No me hizo falta abrir los ojos para saber que la cabaña se había llenado de monitores y que Sora estaba entre ellos. Aun así, entorné los párpados y me la encontré en el centro de la estancia, mirando en mi dirección. Con un acto reflejo, me tapé con el saco prestado hasta la cabeza. Seguro que tenía legañas, ojos pegados, pelo revuelto y mal aliento. De repente, me importó demasiado que me viera así.

—¡Hoy va a ser un gran día! —canturreó Cris, otra voz que reconocí al instante.

Esperé unos segundos, aguzando el oído, hasta cerciorarme de que los monitores se habían alejado en busca de sus siguientes víctimas. Salí del escondite y me quedé mirando al techo mientras en el resto de las literas se oía el trajín de cuerpos medio dormidos.

Tenía el corazón en un puño y no sabía si era por el susto al despertar… o porque, por alguna extraña razón, llevaba todo el maldito fin de semana sin sacármela de la cabeza.

Algo en mi cerebro no estaba funcionando bien. A lo mejor se debía al albero, ese polvillo que se me metía en los calcetines, en el pelo y hasta en la nariz. Igual por eso todo el mundo decía que aquel lugar tenía algo mágico. Tal vez es que llevábamos días inhalando una sustancia sospechosa que alteraba la percepción de la realidad.

—¿Despierto? —La voz de Álvaro se coló por el hueco de la cama. Me asomé por la escalera de metal para encontrarlo con las ojeras marcadas y la cara deshecha de sueño.

La noche anterior había sido la primera en la que me uní al momento menta poleo con el resto del grupo, una tradición no escrita del campamento que consistía en sentarse a charlar con una infusión entre las manos hasta una hora que todos lamentarían a la mañana siguiente. En aquel rato, pude descubrir algunas cosas interesantes, como que a Marta le gustaba leer, igual que a mí. O que Ángela se estaba planteando estudiar Fisioterapia. E incluso averigüé que Rocío volvía a dirigirme la palabra, después de nuestro encontronazo en el almacén de la semana anterior.

Y casi sin darme cuenta, ya los llamaba por su nombre a todos.

Aun así, me fastidió que Sora apenas se quedara un rato. David apareció, intercambió un par de frases con el grupo y luego le hizo un gesto sutil para que se levantara. Ella obedeció sin rechistar, más como una rehén educada que como una muchacha enamorada. Pero tampoco debería hacerme mucho caso; quizá estaba esforzándome por interpretar la escena como más me convenía.

El caso es que, por más que intenté ignorar su ausencia, me pasé un buen rato dándole vueltas: preguntándome qué estaría haciendo con aquel idiota. Y, lo peor de todo, preguntándome por qué me importaba tanto.

—¿Has dormido? ¿O has estado toda la noche persiguiendo estrellas? —pregunté a mi amigo.

Yo me había acostado cerca de la una, pero Álvaro se había quedado.

—Me vas a matar —musitó.

—¿Qué has hecho? —pregunté frunciendo el ceño.

Se sentó en la cama, sacó sus gafas de algún lugar y se las colocó.

—Técnicamente hablando, no he hecho nada —susurró para que el resto no pudiera oírlo—. Pero me quedé hasta las cuatro de la mañana charlando con Cris.

Parpadeé dos veces y tuve que reprimir una sonrisa traviesa.

—¿De qué cojones se habla durante tanto rato? —quise saber, planteándome si yo sería capaz de conversar durante tanto rato con una chica.

La expresión de agobio de Álvaro fue aumentando, como si al despertar le volviera toda la película a la cabeza.

—Yo qué sé, tío —dijo—. Al poco de irte tú, varios nos quedamos a ver las estrellas. Cris también estaba. Luego quedaban vasos por llevar a la cocina, así que la acompañé y… Pues eso.

Se encogió de hombros, medio derrotado.

—Nos sentamos en un banco y se nos fue la hora. —Se empujó las gafas y me miró—. Uno no es infiel por hablar, ¿verdad?

No pude evitar pensar que Álvaro era un buenazo. Probablemente otro chico ni se lo hubiera planteado.

—No, no eres infiel por hablar —afirmé, contundente.

Suspiró, como si acabaran de devolverle el oxígeno.

—Solo sería un problema si te hubiera gustado *mucho* hablar —añadí con media sonrisa.

Me miró con cara de cordero degollado, y aquello me bastó como respuesta. No, no le había gustado mucho. Le había encantado.

En realidad, no podía culparle. Con Valeria tenía que ir siempre con pies de plomo. Cualquier cosa —un comentario, un gesto, incluso no hacer nada— podía convertirse en una bomba que le estallara en la cara. Con Cris, en cambio, todo resultaba mucho más ligero. Ella era todo sonrisas, positividad y energía. Además, sabía que Álvaro tenía ciertas dudas con respecto a su relación. Y aunque no había entrado demasiado en detalle, me había fijado en que solo la había llamado una vez desde que habíamos llegado al campamento.

—Desconozco en qué punto estás con Valeria ahora mismo. Pero hasta donde sé, todavía es tu novia —apunté—. No somos esa clase de tíos, Álvaro. Recuérdalo.

Mi amigo clavó la vista en las sábanas y se recolocó las gafas, aunque no se le habían movido.

—Creo que voy a llamarla —anunció tras unos segundos—. Voy a pedirle a Sora el teléfono.

— ¿No crees que es un poco temprano? —pregunté.

Musitó un «da igual» con la mirada perdida y se levantó. Por su expresión —esa que ya le conocía de memoria— supe que Álvaro se había ido a ese lugar de su cabeza donde necesitaba darle vueltas a

las cosas a solas. Y cuando entraba ahí, no había mucho que hacer, así que decidí concederle su espacio.

Me puse en marcha para empezar la mañana: lavarme la cara, cepillarme los dientes, peinarme. Incluso un poco de colonia. Parecían tonterías, pero para mí eran un avance. Hacía meses que vivía al revés, arrastrándome de una hora a otra, sin importarme mi aspecto. Allí, en cambio, la rutina comenzaba a devolverme la sensación extraña de ser una persona normal.

Al terminar de asearme, vi a lo lejos a Sora caminando con Álvaro y supuse que iban hacia la casa, para que mi amigo pudiera tomar su teléfono.

Eso me hizo acordarme del mío, que llevaba en el bolsillo, aunque no tuviera cobertura en el campamento. Sin saber por qué, abrí la conversación con Javier. El día anterior me había avisado de que estarían unos días en el campo con varias actividades, pero me propuso fijar un día y una hora para llamarnos. Como regalo, me mandó una foto en la que salía preciosa. También intentó preguntarme por el campamento, pero a ese mensaje no le respondí. Lo único que me importaba era que, si todo iba bien, el miércoles podría hablar con ella por fin.

Como cada mañana, la oración discurrió con normalidad, solo que esta vez Álvaro me había dejado solo. Eso me hacía sentir un poco vulnerable frente a los demás, y aunque dudé en quedarme escondido en la cabaña, algo tiró de mí hacia la capilla.

Me senté en mi sitio de siempre, atrás, lo más invisible posible. Me sorprendió que Charlie, Juan y Ángela decidieran sentarse conmigo. No les dije nada, pero el corazón me dio un saltito extraño, cálido. La hermana Teresa nos repartió las letras de las canciones y, por

primera vez, accedí a tomar un papel. No para cantar, ni mucho menos. Pero al menos para seguir la envolvente voz de Marta, que decía:

Basta de preguntarse por la vida,
Basta de quererla comprender,
Tan solo has de meterte en ella y descubrirte
En la grandeza de su sencillez.

Solté una pequeña exhalación por la nariz.

Basta de compararse con el otro,
Basta de no amarse en el caer,
Tan solo has de ser tú y, si me dejas,
Me volverás a ver.

Pasé el pulgar por el borde arrugado de la hoja, sin apartar los ojos de la letra.

Sal de ti, que todo te afecte.
Llora, quiere, grita, calla.
No te das cuenta, la vida pasa.

Sin darme cuenta, el pie empezó a marcar el ritmo contra el suelo. A mi alrededor, la capilla entera acompañaba con palmas y el eco llenaba el espacio de una energía inesperada para ser lunes por la mañana.

Entonces la miré.

Sora cantaba con los ojos cerrados y una amplia sonrisa, completamente metida de lleno en la canción. Ella era el ejemplo perfecto de vivir cada momento con una intensidad que yo solo podía admirar desde fuera.

No luché contra la sonrisa que se dibujó en mis labios. Me permití sentirla, igual que me permití mirar a Sora un poco más durante el resto de la oración.

Un rato más tarde, el comedor me recibió con un olor a tostadas que agradecí con un rugido de tripas. Álvaro ya estaba sentado en nuestra mesa, con el móvil en la mano y la mirada aún perdida.

—¿Todo bien? —pregunté, tomando asiento a su lado.

—Sigue dormida, creo.

Se encogió de hombros y se pasó las manos por el pelo. La culpabilidad que sentía me parecía desproporcionada para lo que me había contado. Así que, o había metido la pata de verdad, cosa que me extrañaba, o realmente se estaban despertando sentimientos extraños por Cris.

La mañana siguió el guion de los últimos días. El grupo fue ocupando los sitios de siempre, como si ya nos pertenecieran. Sora y Cris llegaron un poco después, riéndose de algo que no alcancé a escuchar. El padre Mateo dio la bendición mientras todos cantaban y aporreaban la mesa. Nerea sirvió el café. Diego protestó, como cada mañana, porque no había colacao.

Lo único nuevo fue que Cris buscó a Álvaro con la mirada y este la evitó por completo. Me sentí culpable al tener que reprimir una sonrisa divertida.

Aquella rutina me hacía sentir bien, excepto por la última parte, cuando David aparecía, cada maldita mañana, con un café con hielo

para Sora.

Sin poder evitarlo, el viernes volvió de golpe a mi cabeza: las guirnaldas meciéndose en el techo, la música latiendo fuerte, Sora moviéndose con ligereza dentro de su tutú blanco mientras se reía. Las manos de David en su cintura. Y yo como un tonto esperando a que viniera a buscarme.

Partí el pan despacio y mastiqué pesadamente, incapaz de apartar la vista de ellos. Observé a David rozar sus hombros, inclinarse y besar su mejilla. Sora no se apartó y a mí se me cerró el estómago de repente. Pero en cuanto David se alejó, ella levantó la vista. Directa hacia mí. Nuestros ojos se encontraron durante un par de segundos, hasta que parpadeó y volvió a su tostada, como si no hubiera pasado nada.

Me quedé completamente inmóvil. Quise convencerme de que había sido casualidad, de esas ironías de la vida sin importancia. Como también había sido casualidad la cercanía en el almacén. O el pique durante la gincana. O todas esas miradas durante el fin de semana que, incluso entre el ruido y la gente, parecían encontrarse sin remedio.

Me obligué a tragar el bocado que se me había atascado en la boca, pensando que aquel lugar me estaba haciendo delirar por completo.

—Nueva semana —anunció Sora al cabo de un rato—. ¿Estáis preparados?

Hubo algunos vítores desordenados, cucharas chocando con platos y palabras ininteligibles brotando de bocas llenas. La segunda semana empezaba con fuerza.

Yo no sabía muy bien qué era lo que sentía, pero al menos ya no tenía esas ganas inhumanas de salir corriendo y mandar a todos a la mierda, lo cual me parecía un logro.

—Hoy comenzamos la misión en el Centro de Acogida Buen Pastor —continuó explicando—. Es una casa para personas con algún tipo de adicción. Viven allí durante un tiempo, hasta que se encuentran mejor y pueden reubicarlos. Nuestra labor consistirá en acompañar en los talleres que tienen por las mañanas. Baile, cocina, huerto… Podéis apuntaros al que queráis.

—Obviamente, Sora y yo llevaremos el de baile —añadió Cris con una risa—. Pero sois bienvenidos si queréis pasaros.

El murmullo creció enseguida, entre comentarios, debates y decisiones. Juan y Ángela se decantaron por el cinefórum. Marta y Rocío optaron por el taller de cerámica. Álvaro prefirió la cocina y, tras insistirle un poco, arrastró a Diego con él, que protestó lo justo antes de rendirse.

Quedábamos Charlie —que dijo que iría donde más le necesitaran — y yo. Sentí la mirada de Sora sobre mí.

—Yo… puedo colaborar en el huerto. —No sabía gran cosa, pero mis manos recordaban las tardes ayudando a mamá en el jardín de casa. Aquello debería bastar.

—Estupendo —dijo, dedicándome una gran sonrisa. Como si hubiera contestado una pregunta dificilísima en un examen—. Charlie, ¿te apuntas con Iker?

—Con mi *bro*, siempre.

Alzó la mano para chocar los cinco. No sabía desde cuándo me había convertido en su *bro* y me daba algo de vergüenza eso de chocar la mano, pero le correspondí con un intento de sonrisa.

—Normas básicas —intervino Cris—. No hacemos preguntas personales. No damos consejos. Seguimos siempre las indicaciones de los trabajadores sociales, ¿vale?

—Y recordad nuestro lema: pequeños gestos de amor —puntualizó Sora.

El desayuno se fue disolviendo poco a poco. Obediente, tomé mis cosas y las llevé a las pilas para fregar, mientras que Álvaro se quedaba rezagado hablando con Rocío. Abrí el grifo y agradecí el agua fresquita.

Entonces alguien se colocó a mi lado.

—Gracias por ofrecerte con lo del huerto.

Sora apareció con más utensilios de los que había usado. Los platos comunes, las jarras de agua, los termos de café; todo lo que siempre acababa olvidado en la mesa pero alguien tenía que recoger.

—¿Tanto te sorprende? —pregunté, dedicándole al plato una atención ridículamente intensa para tratar de no sonreír.

—Sorprenderse no tiene por qué ser algo malo, ¿no?

La miré de reojo y vi que ella sí sonreía.

Deslizó la mano por delante de mí para alcanzar el friegaplatos que estaba a mi lado. Entonces lo vi. En la base de su muñeca, la piel estaba enrojecida, irregular, como una media luna mal dibujada.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté, señalando.

Sora se miró la mano, como si acabara de acordarse de que la tenía herida. Aunque la marca aún se veía reciente; la piel estaba enrojecida y ligeramente brillante.

—Ah, esto. Nada, nada —le restó importancia—. Estuve ayudando con el desayuno y me he quemado con la cafetera. A veces soy un

poco torpe, ya sabes.

El almacén. La gincana. Ahora el café.

¿La torpeza llegaba cuando yo estaba presente? ¿O era simple casualidad?

—Anda, déjame ver.

Aunque le tomé la mano con cuidado, despacio, la pillé un poco por sorpresa. Noté el pequeño sobresalto en sus dedos antes de que soltara el estropajo y me dejara hacer.

Quemadura. Superficial, pero mal aspecto. La piel aún estaba caliente y el centro más oscuro prometía ampolla.

—Estoy bien, no me duele —comentó ella.

—¿La has enfriado, al menos? —dije pasándole el dedo alrededor de la marca, apenas rozándola. Su piel estaba más suave de lo que esperaba.

—Sí…

—Échate crema. Deberían tener en la enfermería.

Alcé la vista y la encontré mirándome fijamente durante unos segundos. Un mechón se le había escapado junto a la sien, rebelde, y le rozaba la mejilla. El resto del pelo quedaba recogido bajo un pañuelo anudado a modo de bandana, en tonos cálidos.

—¿Eres médico? —preguntó.

—Casi —respondí con una mueca.

—Eso sí que es otra sorpresa.

No dije nada, solo me limité a apretar los labios. El ruido del campamento seguía alrededor, pero ahí, en ese espacio mínimo entre el fregadero y su muñeca, todo parecía más lento.

—No la dejes al aire —añadí, intentando rellenar el silencio—. Tápala un poco, ¿vale?

—Vale —respondió con voz suave, casi íntima.

Seguíamos con la mirada clavada el uno en el otro. Ninguno se mostraba dispuesto a apartarla primero.

—Todos los fregaderos ocupados, ¿me hacéis un hueco? —dijo entonces Álvaro, apareciendo de repente y dejando caer un montón de utensilios.

En ese mismo instante, solté la muñeca de Sora como si me hubiera quemado yo. Ella carraspeó algo nerviosa y continuó fregando el plato que había dejado a medias. Sentí un calor incomprensible en la cara mientras Álvaro me miraba de reojo, con una sonrisa traviesa.

—¿Y luego me la lías a mí? —susurró.

—No sé de qué hablas —respondí con la vista al frente.

No, no sabía de qué me hablaba. No quería saberlo.

Yo solo esperaba que Sora se echara la maldita crema.

21

SORA

La quemadura escocía un poco bajo la venda.

Y no sabía por qué, pero mientras mis compañeros bajaban de la furgoneta, me había quedado mirando un buen rato la herida con una sonrisa un poco ridícula, hasta que Cris me dio unos golpecitos en la ventanilla que me devolvieron a la realidad.

Tras diez minutos de trayecto, habíamos llegado a un barrio residencial a las afueras de Cádiz, donde nos esperaba la casa de acogida. Era un antiguo palacio algo deteriorado por los años, con la pintura cuarteada y algunas grietas. Dos palmeras altas nos daban la bienvenida a un enorme jardín lleno de diversas plantas; incluso contaba con una pileta que hacía de piscina. Había gente al sol, leyendo o hablando en pequeños corros, mientras que un par de enfermeros cruzaban el patio con prisas. También hubo quien nos dedicó alguna que otra mirada curiosa.

Avanzamos en grupo por un pasillo natural de buganvillas que se enredaban sobre nuestras cabezas. El olor dulce me golpeó de lleno y, sin querer, me devolvió a otro verano, a otro cuerpo, a otra Sora. Muy diferente a quien era en ese momento.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Me agarré el colgante mientras continuábamos el camino. A lo lejos, vislumbré a dos personas conocidas, que nos saludaban enérgicamente con las manos. Iván, el director del centro, un hombre alto, calvo del todo y con un polo gris que parecía no cambiar nunca. A su lado, con sonrisa mellada, estaba Loli, que vestía el uniforme de cocinera con gran orgullo. Se adelantó hacia mí y me estrechó entre sus brazos.

—¡Mi Lucerillo! —exclamó, usando el mote que me había puesto hacía cinco años.

—¡Mi Loli!

Me aferré a ella y noté su cuerpo huesudo, frágil y firme al mismo tiempo. Olía a tabaco y a rosas, una mezcla imposible que, con los años, había comenzado a resultarme incluso agradable.

—Oye, me mola tu pelo —comentó Cris, señalando el nuevo color antes de darle otro abrazo sincero—. Ese marrón cobrizo te queda genial.

Sonrió con amplitud, aceptando el cumplido. Después abrazó al resto del grupo, uno a uno, como si los conociese de toda la vida. Loli tenía esa forma de querer: total, sin matices, sin distancias. Siempre decía que la mejor revolución de nuestro tiempo era amar a todos. Incluso a quienes no conocía.

Mientras abrazaba a Iker, pensé, durante un segundo demasiado largo, en cómo sería estar yo en ese lugar. No por error, como en el almacén, o jugueteando, como en la gincana. Sino, más bien, abrazarlo con intención y decisión. Pero aparté la mirada antes de darle más importancia.

—Hola, chicas —nos saludó alegremente Iván, sacándome de mis pensamientos, gracias a Dios—. Me alegra mucho veros un año más.

Y hola a todos. Bienvenidos. Yo soy Iván, el director del centro, y ella es nuestra cocinera, Dolores.

—Loli para los amigos —puntualizó con una sonrisa.

—¿No deberías estar trabajando? —le susurré bajito, pues la tenía enganchada a mi brazo.

—Me he pedido un rato para veros —explicó, orgullosa—. Por cierto, hoy voy a hacer croquetas, que sé que te encantan.

Me guiñó un ojo y yo sonreí complacida.

—Queríamos daros las gracias por venir a nuestra casa —continuó Iván—. Aquí hay gente que necesita mucha ayuda. A veces la ayuda es simplemente quedarse. Tomar la mano y estar. Con eso podemos hacer más de lo que imaginamos, ¿verdad, Loli?

Iván hizo un asentimiento hacia su dirección y yo, sin querer, miré a Iker. Ojalá él también pudiera creerse aquello. Que no siempre hacía falta cargar solo con todo, que a veces bastaba con dejar que alguien se quedara cerca. «En aquello que sea que estés pasando y no me cuentas».

—En mi caso, la mala vida y las malas decisiones me llevaron a la calle. Al alcohol y a las drogas. Esta casa me salvó la vida. Y personas como mi Lucerillo —Loli me señaló sin soltarme— hicieron que yo quisiera cambiar de verdad. Estaré agradecida a Sora eternamente.

—Y yo a ti, ya lo sabes —murmuré, algo emocionada.

Aunque intenté contenerme durante unos segundos, no pude evitar mirar a Iker, que ya me observaba. Me daba un poco de vergüenza destapar aunque fuera una parcela mínima de mi pasado. Pero, por otro lado, la parte más insensata e indomable de mí

deseaba poder compartirlo con él. ¿Qué pensaría Iker de una historia como la mía?

—Y mira… —continuó—, ahora estoy aquí, cocinando. Con mi contrato fijo. Y muy feliz.

—Y nuestra Loli es la que manda aquí, ya lo veréis —bromeó Iván.

—Eso es verdad —asintió ella, soltando una risilla entre los dientes.

—Queda un rato aún. Venid, os enseñaré la casa —dijo Iván, guiándonos al que sería nuestro nuevo hogar durante aquella semana.

La casa estaba tal y como la recordaba del verano pasado, pero completamente diferente a como la había encontrado la primera vez que la pisé, hacía cinco años. Entonces me había parecido demasiado oscura, sombría y tétrica. Pero supongo que sería por los ojos con los que miraba.

Ahora era capaz de fijarme en los detalles. Como que, a pesar del estado desgastado de sus paredes y muebles, siempre había flores frescas, olor a bizcocho recién hecho y una música suave que llegaba desde alguna de las habitaciones.

El grupo se adelantó, y yo me quedé un poco más rezagada con Loli, que seguía sin soltarme del brazo.

—Qué me alegra verte, mi niña —comentó—. ¿Cómo están todos? ¿Y tus padres? ¿Y tu hermana?

—¡Mi hermana está participando en el campamento! —le conté, entusiasmada—. Creo que le toca venir la semana que viene. Tengo ganas de que la conozcas.

—¡No me digas! —exclamó—. Qué mayor… Si hace nada me contabas anécdotas de cuando hacías de niñera…

—Ahora se cuida sola, sí.

Y eso dolía un poquito. Porque en el fondo seguía siendo mi niña pequeña.

—¿Y David? —preguntó, con una mueca divertida—. Dime que seguís juntos. No he visto una pareja más bonita que la vuestra, te lo digo de corazón.

Tomé aire. Sabía que Loli lo decía desde el recuerdo de aquel primer campamento. Le tenía el mismo cariño a David que a mí. Los dos habíamos estado aquella noche en el lugar en que su vida —y la nuestra— había cambiado para siempre. Un vínculo que nos ataba a Loli; un vínculo irrompible.

—Estamos en un periodo extraño —contesté, sin saber explicarme mejor.

—Lo siento, mi Lucerillo —se disculpó, deteniéndose para mirarme con pesar—. Espero que podáis arreglarlo pronto. No os entiendo por separado.

Y quizá ese era justo el problema. De tanto mezclarnos, habíamos dejado de distinguir dónde empezaba uno y terminaba el otro. Le sonreí lo más ampliamente que pude para dejarla tranquila.

Pero sin saber por qué, bajé la vista a mi mano vendada. Ahí donde él había acariciado mi piel.

Minutos más tarde, Iván había terminado el tour y explicado algunas normas. La mayoría del grupo ya estaba ubicado en las diferentes salas de los talleres. Quedaban Iker y Charlie, así que nos dirigimos a la zona exterior, donde se encontraba un pequeño huerto.

—¿Así que huerto? —comencé la conversación, casi sin pensarlo —. ¿Sabéis algo del tema?

—En absoluto —dijo Charlie, tan despreocupado como siempre.

Vi a Iker debatiéndose sobre si hablar o no, pero finalmente dijo:

—Mi madre tenía un pequeño huerto en casa. La ayudaba de vez en cuando.

Madre. Huerto. Ayuda. Tres palabras que me hacían conocer a Iker un poquito más. Porque, en realidad, si me ponía a pensarlo, sabía muy poco de él.

Sabía que venía de Madrid. Que era *casi* médico. Su color favorito: el azul. Que le gustaba el café; era el primero en servirse por las mañanas. Que odiaba el tomate crudo, porque siempre lo apartaba del plato. Que cuando algo lo exasperaba, tomaba aire lentamente. Y que le gustaba leer; más de una tarde me lo había encontrado caminando hacia algún lugar con un libro debajo del brazo.

—¡Vaya! —exclamó Iván—. Para tener un huerto hay que disponer de espacio. Mi mujer quería poner uno, pero vivimos en cincuenta metros cuadrados. ¡Y con dos niños! Imposible. La terraza está llena de juguetes.

Iker hizo una mueca a modo sonrisa, pero no continuó hablando. Al menos ya no se quedaba rezagado, ni miraba las musarañas, ni soltaba una bordería de tanto en tanto. Parecía un Iker totalmente diferente al del primer día. Incluso hoy…

Frené en seco y clavé los ojos de nuevo en la venda de mi mano.

Por primera vez, el hielo de Iker no me dejó helada, sino que me dio un calor reconfortante.

—¿Qué tal va eso?

La voz de Iker me sorprendió agradablemente.

La mañana se había ido entre presentaciones, talleres y esa mezcla de cansancio y novedad que siempre traía el inicio de una nueva semana.

Iker se había acercado hasta el fondo del comedor, donde yo me encontraba pasando un trapo por la mesa en la que acabábamos de comer, solo para hablar conmigo. Sin embargo, cuando alcé la vista hacia él, no me miraba a los ojos. Tenía la atención clavada en la venda de mi mano, enormemente manchada de haber estado trajinando todo el día.

—Mejor —contesté—. Aunque creo que debería ponerme una nueva cuando llegue.

Asintió, pero no añadió nada. Se quedó casi inmóvil, como si quisiera decir algo más y no encontrara por dónde empezar. Ni siquiera me miraba a los ojos.

—¿Cómo ha ido el día? —me adelanté yo, apoyándome en la mesa con la mejor postura que encontré.

—Bien —respondió—. Creo que bien.

Se mordió el labio, puede que intentando convencerse a sí mismo de aquellas palabras. Yo esperé unos segundos, por si me contaba algo más, pensando con resignación que Iker no era una persona especialmente charlatana.

—Por fin me voy adaptando un poco —reconoció al cabo de unos segundos, mientras buscaba mi mirada.

—Sabía que lo harías —le dije, de forma sincera. Y un poco orgullosa también, ¿por qué no?

Sus ojos mostraron cierta duda. En ese momento, me fijé que tenía la cara algo enrojecida por el sol de la mañana.

—Mañana échate crema, por favor —le advertí, con una risa suave.

—¿Qué? —parpadeó, llevándose la mano a la cara.

—Al parecer no soy la única que se quema. —Me acerqué un paso, inclinando la cabeza como si lo evaluara con seriedad, y reí—. Tranquilo, no es grave. Además, pienso que las marcas de sol dan un aspecto más… interesante.

Quería decir «atractivo», pero no me atreví.

Él ladeó la cabeza, sorprendido, pero la voz de Cris, que reunía al grupo, rebotó en el comedor y nos obligó a apartar la mirada y caminar a su encuentro. Y lo agradecí, porque no tenía ni idea de en qué momento se me había ocurrido decir eso.

Ignorando el repentino calor que estaba sintiendo, me obligué a volver a modo coordinadora para organizar los turnos de la noche. El grupo se sentó espontáneamente en algunas de las mesas para escuchar, con rostros cansados pero felices.

—¿Qué se hace exactamente durante las noches? —preguntó Nerea, con las gafas manchadas.

—Es una especie de guardia —respondí—. Acompañamos a quien lo necesite.

—De todos modos, Diego y Nerea —añadió Cris—, al ser menores, no podéis participar. Lo sentimos.

Le hice una mueca a Cris que solo ella entendía y luego escuché a Diego suspirar aliviado, como si le hubiéramos quitado un examen importante. Nerea, en cambio, se cruzó de brazos, visiblemente molesta.

—¿Hay alguien más que no se vea haciéndolo? —pregunté—. Es una tarea de carácter voluntario.

La mirada se me fue hacia Iker sin poder remediarlo. Estaba preparada para que dijera que no. Al fin y al cabo, ya había cumplido sus horas de voluntariado y las noches no eran obligatorias.

Pero no dijo nada, lo cual me alegró sutilmente el corazón.

—Yo… preferiría no hacerlo —intervino Rocío con voz entrecortada —. No me veo preparada, la verdad.

—Tranquila, Rocío, no pasa nada —le dije con el tono más suave que encontré.

—¿Y cómo hacemos los turnos? —quiso saber Charlie, que tenía la camiseta manchada de barro y de pintura al mismo tiempo.

—Se recomienda que sean siempre chico con chica —explicó Cris — y, si es posible, con uno que haya vivido la experiencia. De aquí…

Juan, Cris, Marta y yo levantamos la mano.

—Juan y Ángela pueden ir juntos —propuso Cris, con toda la lógica del mundo.

—Por supuesto —accedió Juan, pasándole una mano por el hombro a su novia—. Podemos empezar con el turno de mañana, si va bien.

Hice un gesto afirmativo y comencé a apuntar en las notas del móvil para recordar los turnos.

—Yo puedo ir con… ¡Charlie! —dijo Marta, girándose hacia él, que estaba justo a su lado.

Él le chocó los cinco, encantado.

—Equipo Superpower —comentó—. ¿Nos encargamos del turno del viernes?

—¿Por qué el viernes? —preguntó Marta, extrañada.

—Porque no me importa perderme la verbena, y quizá a otro le apetezca más. —Se encogió de hombros—. No os ofendáis.

Marta hizo un gesto de aprobación; tampoco le entusiasmaba eso de disfrazarse. Yo solté una risa ligera ante tanta sinceridad.

Aunque, en ese momento, llegó lo complicado: solo quedaban Álvaro e Iker.

Sabía que entre Cris y Álvaro había buen rollo, así que no me extrañaría que quisieran ir juntos. Por otro lado, la idea de pasar una noche entera a solas con Iker me atraía más de lo razonable.

Pero si levantaba la mano para elegir a Iker, me exponía demasiado ante él y los demás. Si optaba por Álvaro, quizá mi amiga lo sentiría como una traición.

Lo que más miedo me daba, sin embargo, no era la decisión en sí, sino lo que sentía. No tenía ningún derecho a pensar en Iker de esa manera. Se suponía que estaba intentando arreglar las cosas con David, que esa era mi prioridad… Pero mi corazón parecía empeñado en ir por libre.

Así que ahí estaba, atrapada entre lo que debía querer y lo que, muy a mi pesar, empezaba a querer de verdad.

«Por el amor de Dios, que hable alguien».

Pasaron unos segundos que se me hicieron eternos, como si se hubiera congelado el tiempo. Nadie habló. Ni Iker para ofrecerse, ni Cris para escoger a Álvaro, ni Álvaro para elegir a Cris.

O alguien decía algo ya, o tendríamos que empezar a rezar por una intervención divina, porque aquello comenzaba a resultar incómodo.

—¡Por orden alfabético! —sugirió Charlie—. A, be, ce… Álvaro y Cris juntos.

Vi a mi amiga intentando no alterar ni un ápice su expresión, aunque el leve movimiento de su garganta al tragar saliva la delató.

Nada comparado con la cara de Álvaro, que tenía pinta de estar a dos segundos de desmayarse.

—Sí, está bien —asintió Cris, con tono desenfadado—, podemos hacer la noche del miércoles.

A Iker se le escapó una sonrisa entre los labios. Pero no sabía si era por ellos o por lo que venía a continuación.

—Y, Sora, tú con Iker —continuó Charlie, de repente asumiendo el rol de coordinador.

Al final, no hizo falta que ningún milagro. Bastó con él.

«Sora, tranquila».

—¡Estupendo! —canturreó Cris mirándome con expresión inescrutable—. ¿Jueves, entonces?

—Vale —respondí sin poner pegas.

En ese momento, Iker y yo volvimos a mirarnos y, esta vez, nos sonreímos tímidamente.

De repente, con el corazón acelerado, recé para que el jueves no tardase mucho en llegar.

22

IKER

El huerto me gustó mucho más de lo que esperaba.

Había algo en ese trabajo tan mecánico y repetitivo que me había conseguido bajar las revoluciones del cuerpo, trayéndome una calma inesperada y apagándome la cabeza durante un rato.

El día anterior había recolectado algunas lechugas y tomates, arrancado malas hierbas y revisado qué plantas necesitaban más agua, mientras que ese día habíamos estado trabajando con las lavandas, que también crecían por toda la finca. Había podado ligeramente las flores secas, colocado tutores en las ramas vencidas y recolectado flores para secarlas y hacer saquitos.

Y, contra todo pronóstico, me sorprendí al ver que no se me daba tan mal. Sabía qué hacer casi sin explicaciones. Incluso di un par de indicaciones al grupo, repitiendo frases y consejos que le había oído decir a mi madre o a mi abuela. Como si todo ese conocimiento hubiera estado guardado en alguna parte, esperando el momento oportuno para salir.

Lo que sí me costaba era lo otro: hablar.

Los residentes se conocían entre ellos y, aunque sonara a cliché, parecían una gran familia: funcional y extraña, pero real. Menos mal

que Charlie estaba conmigo, pues él era capaz de sostener cualquier charla sin esfuerzo.

Tras un par de días juntos, las conversaciones se habían vuelto más crudas y profundas. De pronto, estábamos en una especie de rueda improvisada en la que cada uno se presentaba y contaba su historia más dura. Jorge fumaba como un carretero y había perdido la custodia de sus hijas tras una recaída. Youssef, de dieciocho años, luchaba contra una adicción al cannabis. Noelia vivía en la casa con sus hijos —que correteaban mientras tanto por el jardín— por falta de recursos. Sheila se recuperaba de una anorexia brutal que casi le había costado la vida. Incluso Charlie contó que había crecido siendo la figura paterna de su casa, lo que le había producido muchos dilemas mentales.

—No me ha pasado nada interesante, lo siento —dije cuando me tocó el turno.

Había tan buen ambiente que todos rieron. Nadie pensó que yo fuera una persona terrible o que podría estar mintiendo descaradamente.

Pero lo que más me descolocaba era que, a pesar de todo, no dejaban de sonreír. Le quitaban hierro al asunto y se aferraban a lo poco bueno que les quedaba. Y una y otra vez, soltaban un «gracias a Dios» con la misma naturalidad que respirar.

Yo no podía evitar preguntarme qué clase de Dios suponía ese para ellos. Porque no entendía cómo se podía creer en alguien que permitía tanto sufrimiento y, encima, darle las gracias por las migajas con las que se conformaban después. Me parecían unas matemáticas imposibles.

Pero entonces me golpeaban las palabras de don Manuel: «Tienes el dolor mal colocado», «muerto en vida».

Aquellas personas habían sufrido tanto o más que yo, pero parecían haber encontrado un sitio donde colocar su dolor para que no les aplastara. Yo no sabía cómo se hacía eso porque nadie me había enseñado. La vida —o precisamente la muerte— no llegaban con manual de instrucciones.

—Creo que hemos terminado por hoy —comentó el trabajador social, un chico de unos treinta años con los ojos azules y la ropa totalmente cubierta de tierra—. Y el calor está empezando a ser criminal.

En eso tenía razón. La camiseta sudada se me pegaba a la espalda y estaba deseando darme una ducha. No obstante, aquel día me había protegido un poco mejor del sol. Juan me había prestado una gorra y Sora había aparecido esa mañana con un bote de crema solar.

«Las marcas de sol dan un aspecto más interesante».

Sentí algo raro en el estómago y quise pensar que era hambre.

—Podéis iros a descansar, la comida será en media horita —nos indicó el trabajador social.

El grupo comenzó a dispersarse, pero Charlie me miró y dijo:

—Voy a aprovechar para pasarme por el taller de cerámica —comentó. Tenía tierra hasta en las orejas—, que lo mismo me da tiempo a hacer algo. ¿Te apuntas?

—Ahora voy, si eso. Gracias.

No di más explicación y Charlie no la necesitó para salir andando en dirección a la casa. Eché un último vistazo a la cesta con las

flores de lavanda que había recolectado. Y, por algún motivo, me reconocí un poco en ellas.

Mi abuela me había contado una vez que las lavandas tenían raíces finas y frágiles, de esas que exigían paciencia. Al trasplantarlas en primavera, primero perdían las flores y se quedaban mustias, como si protestaran por el cambio. Pero, si les dabas tiempo, terminaban agarrándose a la tierra nueva y volvían a florecer. Ahora, en pleno verano, lucían preciosas.

El campamento estaba haciendo algo extraño en mí. Intentaba convencerme de que solo me estaba adaptando por pura supervivencia. O porque sentía que tenía una deuda con Álvaro; al final, había acabado allí por mi culpa y no podía abandonarlo. Pero había momentos —pequeños, casi ridículos— en los que sentía que algo dentro de mí dejaba de estar tan seco. Como si, después de mucho tiempo, estuviera aferrándome otra vez a algún sitio.

Aunque existía una posibilidad que me asustaba aún más. Que el corazón —ese idiota romántico e ingobernable— estuviera ganando una partida que yo no había pedido jugar. Sora empezaba a ocupar una parte preocupante de mis pensamientos.

No la conocía. En absoluto. Encima, intuía que su corazón le pertenecía a otro. Y, para rematar, tenía esa facilidad absurda para descolocarme. Con su orden desmedido, su manera de tenerlo todo bajo control y esa manía suya de parecer siempre tan jodidamente perfecta.

Nunca me habían gustado las chicas así. Además, vivíamos en mundos muy distintos. El suyo olía a café recién hecho y a listas y orden; el mío, a frenazos y a noches sin dormir. Lo sensato habría

sido mantener las distancias y tratarla como lo que era: una coordinadora con la que me tocaba coincidir a ratos.

Pero a ver cómo se le explica eso a un corazón que no entiende de razones.

Resoplé mientras cruzaba el umbral de la casa. El olor a carne asada me llenó los pulmones y el estómago rugió; esta vez de verdad de hambre. Estaba comiendo tan bien que me daba miedo pensar en lo que sería de mi nutrición cuando volviera a Madrid.

Algunos residentes, a quienes ya les sonaba mi cara, me saludaron al cruzar el pasillo, y yo les devolví la sonrisa. El Iker del primer día había llegado convencido de que aquello estaría lleno de bichos raros. Ahora me daba hasta vergüenza recordarlo. No eran raros, sino personas con historias.

Como yo.

Me pregunté, por un segundo, si Sora intuía la mochila que cargaba. Me imaginé, también, qué pensaría si se lo contara todo. ¿Se horrorizaría? ¿Huiría despavorida ante tanto dolor? Bueno, conociéndola, probablemente intentaría arreglarlo con esa fe suya en que, con amor, todo puede mejorar. Ella era luz —el Lucerillo— y me daba miedo ser capaz de apagarla.

El sonido de música y una voz familiar me llegaron amortiguados por los pasillos. Seguí el rastro hasta el ala derecha de la casa y acabé en un patio interior. Allí había una pequeña casita de madera con grandes ventanales. Sobre la puerta, pintado a mano, se leía: PSICOMOTRICIDAD. Cerca se amontonaban cestas con balones, aros y otros materiales coloridos.

Me asomé con disimulo para que no me vieran y descubrí una sala cubierta de espejos, que me recordó a esos vídeos que Cris subía a

redes, en los que bailaban en un estudio.

«Quizá los he visto demasiadas veces».

Sonaba una canción lenta que parecía de ballet. Cris entró en mi campo de visión y, a su lado, Sora. Llevaban ropa de entrenamiento —conjuntos cuidados que parecían uniformes— y estaban delante del todo, de cara al espejo. Detrás, un grupo pequeño de hombres y mujeres de distintas edades se colocaba en filas imperfectas, con mallas y camisetas deportivas, procurando seguirles el ritmo.

—Cerramos los ojos y estiramos… —dijo Sora, que levantaba los brazos hacia arriba mientras la imitaban, algunos torpes, otros concentrados—. Imagina que empujas el aire. Que lo empujas hacia arriba… y creces. Nota cómo se alarga la espalda. Los hombros. El cuello. Suelta la tensión. Inhala… Exhala… Respira…

Y, sin saber muy bien por qué, yo también me dejé llevar. Respiré con ella, muy hondo, mientras no podía apartar la mirada. Sora parecía tan cómoda dentro de su propio cuerpo, tan segura en cada movimiento, tan en paz… que resultaba hipnótico observarla. ¿Estaba mal mirarla tanto?

—Muchacho, necesito eso.

Di un respingo y me encontré a Loli a mi lado.

—¿Q-qué?

Ella se rio levemente. Llevaba la fregona en una mano y señalaba con el mango hacia el grifo exterior junto al que me había colocado.

—Ah. Perdona.

Me aparté de inmediato, con el corazón acelerado, y tragué saliva.

Ojalá no pensara que había estado ahí, medio escondido, mirándolas. O, peor aún, que se lo comentara a ellas. El simple

pensamiento hizo que quisiera que la tierra me tragase en aquel instante.

—Eres voluntario, ¿no? —preguntó—. ¿Te llamabas…?

Dejó el cubo en el suelo y lo colocó bajo el grifo. El agua empezó a caer en un hilo débil e irregular, así que aquello iba a tardar un poco.

—Iker. Me llamo Iker.

Loli metió la mano en el bolsillo izquierdo, sacó un cigarro y me lo ofreció.

—¿Fumas?

—No, gracias —decliné la oferta.

Valoraba bastante mis pulmones y nunca había entendido por qué no todo el mundo hacía lo mismo.

Mientras se encendía el cigarrillo, la miré detenidamente. No debía de tener más de cuarenta y pocos años, pero el cuerpo parecía empeñado en sumar algunos más. Piel foto-envejecida. Dedos teñidos de la nicotina. Arrugas prematuras alrededor de la boca. Delgadez por desgaste. Todo en ella gritaba que su vida no había sido fácil.

—Yo lo intenté una vez —comentó Loli mientras se encendía el cigarrillo—. Lo de bailar.

Soltó una risilla entre dientes y supe que me había pillado mirando.

—Pero soy un pato mareado —dijo, expulsando el humo despacio —. Y eso que ellas son las mejores profesoras del mundo, ¿eh? Pero conmigo no hay nada que hacer.

Reprimí una mueca cuando el olor del tabaco me llegó de lleno.

Loli se asomó por completo a la ventana, como si estuviéramos en un balcón, y saludó efusivamente con la mano, llamando la atención de las chicas. Dudé durante un segundo si agacharme, pero decidí que eso sería todavía peor. Así que me limité a mantener mi mejor cara de circunstancias mientras miraba hacia dentro.

Sora seguía estirando, pero sus ojos se posaron en mí y casi pude verla reprimiendo una sonrisa. Sentí el calor subiéndoseme a las mejillas y recé para que luego no se le ocurriera preguntarme qué demonios hacía allí, plantado junto a la ventana. Tendría que pensar una excusa decente.

Loli devolvió su atención a mí.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —dijo, mirándome con expresión curiosa. Al ver mi cara extrañada, añadió—: Del sur.

—Ah no —respondí, intentando ocultar mi nerviosismo repentino —. Vivo en Madrid.

—Igual que las chicas. ¿Las conocías de antes? —preguntó mientras le daba otra calada al cigarro.

Mis ojos siguieron, casi por inercia, el recorrido de sus dedos: nicotina, saliva, poyete, mechero. Esperé, por el bien de todos, que se lavara las manos antes de volver a la cocina.

—Las he conocido aquí.

—Son maravillosas —afirmó—. Sora me manda un regalo cada Navidad, ¿sabes? Mira, este año me regaló esto.

Se sacó una medallita de plata que llevaba colgada. Se trataba de una cruz pequeña, con una paloma en el centro.

—Es preciosa, ¿verdad? —Besó la medalla y se la guardó—. Así me recuerda que Dios siempre está conmigo.

—¿También crees en Dios?

En cuanto lo pregunté, me di cuenta de lo absurdo que sonaba. Claro que creía. Trabajaba en una casa de acogida religiosa y llevaba una cruz colgada.

—Él siempre creyó en mí —me respondió, expulsando el humo.

Aquellas palabras me sorprendieron. Yo ni siquiera tenía claro que Dios existiera y, si lo hacía, habría preferido que alguien de carne y hueso creyera en mí, no un ser invisible y lejano. Pero pensé que cada uno elegía su anestesia favorita para sobrevivir a esta vida.

—Y me lo recordó a través de Sora y David —añadió, con la mirada perdida, como recordando algo extremadamente íntimo.

El nombre de David me rajó por dentro, más aún pronunciado junto al nombre de ella. Sora y David. David y Sora. Ni siquiera sonaban bien juntos.

—Se nota que le tienes cariño a Sora —comenté para animarla a seguir.

¿Qué había pasado en aquella casa con Sora y David para que Loli no dejara de hablar de ellos? ¿Había sido allí donde todo comenzó? ¿Se habían enamorado entre aquellas paredes, donde yo mismo me encontraba?

—La quiero como a una hija —sentenció, muy seria—. Me ayudó tanto… Por eso estoy tan orgullosa de lo que ha creado.

—¿Creado? —pregunté, algo perdido.

—Sí, el programa ese para los de servicios sociales —dijo, sin más —. Siempre se me olvida el nombre. Len, Les…

—Programa Lev —terminé por ella, sintiendo un escalofrío.

Loli se acercó un poco más, como si fuera a contarme un secreto:

—Ya sé que tienen que ser anónimos…, pero yo a esa chica la tengo calada. —Hizo memoria, frunciendo el ceño—. ¿Cómo se

llama? ¿Rocío? Tiene cara de haberse metido en más de un lío.

Se encogió de hombros, práctica y sin dramatismo.

—Pero si esto le está sirviendo, bendito sea. Que mi Lucerillo ha trabajado mucho para que el programa salga adelante.

Se me arremolinaron las preguntas de golpe y hasta dudé si la había oído bien.

En el almacén, le había confesado a Sora que era del programa. Habría sido el momento perfecto para contarme que ella se encontraba detrás de eso, pero no lo hizo. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué decidió ocultarlo?

—En fin, esto ya está —dijo apagando el cigarro—. Me voy, que todavía me queda faena.

Se me había olvidado por completo que el cubo de la fregona continuaba bajo el grifo hasta que Loli lo agarró, me lanzó un beso con descaro y me dejó allí, con la mente hecha un completo amasijo de hilos.

—La próxima vez, entra. Que desde fuera pareces un acosador bastante *creepy*.

Cris se asomó a la ventana con gesto divertido, sin darme tiempo a seguir dándole vueltas a la cabeza, aunque consiguió acelerarme todavía más el corazón. Miré detrás de ella por si Sora había oído semejante tontería, pero ella aún se estaba acercando, con la sala vacía. El taller ya había concluido.

—Solo venía a avisaros de que ya es la hora de comer —me defendí, usando la mejor excusa que pude encontrar.

—Tenemos reloj. —Cris me sacó la lengua.

En ese momento, Sora se acercó a la ventana con una sonrisa. Llevaba el pelo suelto, algo enmarañado, y la cara enrojecida por el

calor.

—Ey, ¿ya has terminado el taller? —me saludó con una sonrisa.

En ese momento, fui consciente de sus ojeras. Parecía más cansada que de costumbre, como si hubiera pasado toda la noche despierta. David no le había acercado el café aquella mañana —y sí, por desgracia, yo llevaba la cuenta de esos detalles—, así que no pude evitar preguntarme si todo iba bien entre ellos.

—Recogemos y vamos —dijo Sora—. Nos vemos ahora en el comedor.

Dudé unos segundos. Me apetecía quedarme solo, ordenar un poco todo lo que Loli acababa de soltarme. Pero también tenía un pequeño impulso que me invitaba a entrar, ayudar y hacerlo bien.

El problema era que ahora ya no sabía de dónde nacía.

¿Quería hacerlo porque era lo correcto? ¿Porque, por una vez, no me estaba apeteciendo salir corriendo? ¿O porque, después de lo que Loli me había contado, acababa de entender que quizá Sora tenía algo que ver con mi necesitado certificado de horas?

Tras pasarme la mano por el pelo, acabé entrando tras ellas para ayudarlas a recoger.

Y aquella duda, pequeña y molesta, se me quedó enganchada en el pecho mientras trabajaba en silencio.

23

SORA

—Maaartes —pronunció mi amiga mientras se dejaba caer en el banco del comedor, con una taza de té entre las manos—. Nueve días.

—¿Los estás contando? —me reí, tomando asiento enfrente—. ¿Tan mal vas?

Como si fuera una costumbre no escrita, cada tarde terminábamos encontrando un hueco para estar solas y comentar el día. Los demás, por suerte, parecían respetar ese instante como si intuyeran que lo necesitábamos para sobrevivir.

—*Honey*, tu café está más negro que mis ojeras. —Señaló mi vaso —. Creo que ambas estamos reventadas.

No podía negarlo. Era mi tercer café del día y el cansancio empezaba a golpear justo ahora, cuando la tarde bajaba un poco el ritmo. Las mañanas suponían una carrera en las misiones, las noches se nos iban entre charlas y preparativos; apenas me quedaban seis horas para dormir. Además, cuando no estaba fuera, me tocaba reunirme con Mateo y Teresa para revisar turnos, incidencias y esos temas que parecían pequeños hasta que había que resolverlos.

—Es diferente cuando eres coordinadora, ¿a que sí? —comentó Cris, subiendo las piernas al banco y cerrando los ojos por un momento.

—Ajá —asentí—. Por cierto, ¿dónde estabas? Te he llamado por el *walkie* y no contestabas.

—Abajo, en la capilla —respondió casi sin pensar, agarrando la taza—. Necesitaba hablar con el Jefe un rato. Modo desconexión.

—¿De verdad? —Arqueé una ceja, con sonrisa pícara—. ¿No andabas con Álvaro?

Abrió exageradamente los ojos, como si estuviera diciendo una locura. Demasiado exageradamente.

—¿Con Álvaro? ¿Por qué iba a andar con Álvaro?

—Bueno, siempre que te pierdo, te encuentro con él. Pero como no me cuentas nada…

Y era raro, porque la dinámica de Cris solía ser otra: se pillaba platónicamente de alguien, provocaba interacciones que organizaba durante días enteros y luego me lo contaba con pelos y señales. Sin dramas y con muchas carcajadas.

Pero Álvaro… De él apenas me hablaba, así que intuía que había algo más serio.

—No hay nada que contar —respondió con una ligereza casi ensayada—. Es majo y de charla fácil. Punto.

—¿Sabes si tiene novia? —pregunté, curiosa.

Cris me fulminó con la mirada.

—No lo sé. ¿Por qué tendría que saberlo? —Hizo una mueca—. Además, no me importa. En absoluto.

—¿Cómo puede ser que habléis tanto y eso no lo sepas? —pregunté mientras contenía una risa.

—Bueno, todavía no hemos llegado a ese nivel de conversación. —Se pasó las manos por la cara, algo nerviosa—. Vamos, que tampoco sé si quiero llegar ahí. Que no me gusta ni nada.

La miré en silencio. Cris podía engañar a medio campamento; a sí misma si hacía falta, pero a mí no. No cuando empezaba a hablar demasiado rápido o cuando evitaba mirarme. Y, desde luego, no cuando decía que no le gustaba alguien con esa cara.

Dejé escapar una risa sincera. Cris estaba demasiado adorable.

—Deberías preguntarle —le aconsejé.

Ella apretó los dientes y jugueteó algo nerviosa con su taza, con la vista clavada en el líquido amarillo.

—No pienso hacer eso —dijo—. Además, lleva desde ayer evitándome y no sé por qué, así que da igual. Estábamos bien y de repente, pum, ni me mira apenas. Por eso, olvídate. No hay nada.

Ahí estaba. No era que Álvaro le diera igual, sino que le importaba lo suficiente como para asustarla.

—¿Y eso te molesta? —pregunté, suave.

—No —dijo demasiado rápido. Luego noté que respiraba hondo—. O sea…, no sé. Es que no sé qué le pasa.

—Cris…

Me mordí el labio y la miré con una sonrisa.

—Si pretendes que te diga que estoy pilladísima por Álvaro, lo siento. No va a ocurrir.

—¿Ya te has olvidado de Mateo? —bromeé para aligerar el ambiente—. ¡Qué traidora!

—Mateo siempre tuvo el corazón ocupado.

Tomé un sorbo de café mientras sacudía la cabeza.

—Ahora que lo dices, ayer Álvaro vino a buscarme para pedirme su teléfono —comenté, sin darle más importancia—. Quería llamar a una tal Valeria. Me sorprendió porque era bastante temprano e incluso se saltó la oración.

—¿Valeria? —preguntó Cris—. ¿Y no te dijo quién era?

—No, pero parecía preocupado.

Cris tardó apenas unos segundos en entenderlo. Primero frunció el ceño, confundida; luego abrió un poco los ojos, como si las piezas acabaran de encajarle de golpe. La incredulidad le cruzó la cara antes de convertirse en un enfado muy poco disimulado.

—Menudo idiota —escupió, dejando caer la frente sobre la mesa con todo el dramatismo del mundo.

—¿Me he perdido algo?

—Seguro que Valeria es su novia, y la llamó porque se sentía culpable después de lo que pasó el domingo —murmuró.

Dejé el vaso de café en la mesa, la agarré del hombro y la volví a levantar para que me mirase directamente.

—¿Perdona? ¿Qué pasó el domingo? —inquirí.

—Nada, nada —negó liberándose de mis manos—. Solo nos quedamos hasta las cuatro de la mañana o así. A solas. Hablando.

De verdad que no podía creerme que, de todos los chicos del campamento, Cris se hubiera pillado tantísimo del amigo de Iker.

—¿Y cómo no me lo cuentas? —pregunté, ofendida. Normalmente tardábamos lo mínimo indispensable en contarnos cualquier novedad en nuestra vida.

«Normalmente». Lo de David empezaba a quemarme en la lengua.

—Es que no pasó nada —se defendió—. No le di más importancia. Y sí, te dije que me acosté tarde porque el menta poleo se alargó. Además, lo sabrías si te quedases. Pero estás demasiado ocupada intentando salvar el Titanic emocional de David. ¡Hasta Iker se está quedando más rato que tú!

Me mordí el interior del labio. Las últimas noches habían seguido el mismo patrón: risas en grupo, una señal de David y luego los dos solos, en nuestro banco o caminando por la playa. Veladas ideales, excepto la de anoche. Pero aquello tendría que esperar porque andábamos ocupadas con el drama de Cris.

—*Oh God. Oh my God*. Vale, claro. Seguro que por eso me está ignorando. Porque de repente ha recordado que tiene novia. Fantástico. Increíble timing, Álvaro, de verdad —empezó a soltar Cris, cada vez más rápido, hablando ya prácticamente sola—. Madre mía. ¿Y si ahora se siente obligado a hacer el turno conmigo en la casa de acogida? ¿Y si en realidad no quiere estar conmigo y solo le da pena decirlo? ¿Y si piensa que estoy pilladísima por él? Porque no lo estoy. ¡Solo hablábamos! Hablábamos como personas que somos. Como seres humanos con capacidad lingüística. Qué horror. Ahora vengo, voy a tirarme por un barranco.

Hizo el amago dramático de levantarse, pero la agarré del brazo antes de que pudiera escapar, conteniendo la risa.

—Cris, relájate —la tranquilicé—. A lo mejor Valeria es su hermana. No parece el típico chico infiel, de verdad.

—Eso no explica por qué me está ignorando, ¿a que no? —soltó, sin disimular su enfado.

Nos quedamos en silencio y le recoloqué un mechón de pelo con cariño. Cris se movía como pez en el agua en los enamoramientos

ligeros: bromear con que estaba «pillada», coquetear un poco, reírse después… Pero le costaba implicarse de verdad, porque eso significaba darle a alguien la posibilidad de marcharse. Y eso levantaba alguna que otra herida.

—Cámbiame el turno —me suplicó de repente—. Yo voy con Iker y tú con Álvaro. Nos inventamos una excusa.

—No —dije demasiado deprisa.

Ella entrecerró los ojos al instante.

—Sora Alcázar. Eres una amiga terrible.

—Es mejor que lo mantengamos así —me apresuré a decir—. Por mi investigación…

Me llevé la mano de manera inconsciente a la venda que cubría mi quemadura. Por supuesto que no quería cambiar el turno. Precisamente estaba contando las horas para que llegase el jueves por la noche. Desde que había sabido que Iker y yo iríamos juntos, tenía un pensamiento absurdo instalado en el pecho, aunque intentaba convencerme de que era pura curiosidad.

—Álvaro también forma parte del programa —señaló Cris, recuperando su energía—. Búscate otra excusa, *honey*.

—Si te cambio el turno, no vas a aclarar nada con Álvaro —continué, ignorándola—. Y tú siempre vas de frente con estas cosas. No huyas.

Apreté los labios, esperando haberla convencido.

—Claro —asintió despacio—. Y esto no tiene absolutamente nada que ver con que te guste Iker.

—¡No! —protesté demasiado deprisa—. ¿Por qué dices eso?

Cris sonrió de oreja a oreja. El sol le iluminaba las pecas y los ojos verdes le brillaban con una diversión peligrosa. De repente, parecía

muchísimo más interesada en mi problema que en el suyo.

—Sora, cariño, no eres nada sutil cuando aparece Iker. Ni él tampoco, vamos a ser justos.

Quise reírme y quitarle importancia, pero una parte de mí recordó demasiado rápido todas las veces que había buscado a Iker con la mirada sin darme cuenta. Y, peor aún, todas las veces que lo había encontrado observándome también.

Tomé aire y me obligué mentalmente a trabajar muchísimo mejor el arte del disimulo. No necesitaba que la gente empezara a hacerse ideas raras.

—Pero, bueno, si estoy equivocada, cámbiame el turno —insistió con sonrisa malvada.

—Está bien, tú ganas —me rendí, resoplando—. Prefiero hacer el turno con Iker. ¿Contenta?

—Contentísima, de hecho.

—Pero no saques conclusiones raras.

Cris me miró como si acabara de servirle las conclusiones en bandeja.

—Estoy feliz porque ojalá puedas dejar de mirar la vida desde el prisma de David.

Suspiré. Mi amiga tenía razón. Llevaba años observando la vida a través de un prisma que me hacía ver —sin cuestionarlo demasiado — que David era el novio ideal: guapo, con futuro, con una familia bonita, con amigos, con esa fe visible y ordenada que encajaba en todos los posibles escenarios que me habían enseñado a desear desde pequeña.

—Estoy segura de que hay chicos espectaculares esperándote ahí afuera —insistió—. Quién sabe, Iker puede ser uno de ellos. ¡Deja

que Dios te sorprenda!

Tomé otro sorbo de café, de repente nerviosa. Iker ni siquiera cumplía un ítem de mi lista imaginaria. Por el amor de Dios, ni siquiera era creyente. O al menos eso pensaba. No le había oído decir un amén desde que llegó. ¿De verdad Dios quería sorprenderme a través de Iker?

—Ayer David y yo nos peleamos —solté, sin poder guardarlo por más tiempo.

Cris puso los ojos en blanco incluso antes de que terminara la frase, como si pudiera oler el drama acercándose.

—Te lo cuento, pero necesito algo de misericordia por tu parte.

Ella se incorporó un poco en el banco y asintió, muy seria.

—Se enteró de que me iba.

Sus manos volaron hacia su boca, con expresión horrorizada, mientras le relataba con pelos y señales nuestra fatídica velada.

David había venido a buscarme como cada noche, pero en vez de ir a nuestro banco de siempre, decidimos dar una vuelta alrededor de Cala Blanca, por los caminos polvorientos. La arena crujía bajo nuestras zapatillas, olía a mar y David alumbraba el camino con la linterna del móvil. Habló del resto del verano, de sus planes con su familia, del máster que quería hacer, de su vida… Y yo caminaba a su lado, como siempre, intentando encontrar un hueco para mí en todo aquello.

Entonces soltó tan tranquilo: «Menos mal que al final rechazaste la beca de Corea, Pajarito. No me imagino un año sin ti».

Algo debió de cruzar mi expresión porque, con tan solo mirarme, lo entendió.

A partir de ahí, todo cambió. La voz de David se enfrió de golpe y empezó a clavarme reproches uno tras otro: que le había mentido, que nunca lo priorizaba, que siempre quedaba en segundo lugar. Las explicaciones que yo intentaba darle parecían no importar. Para él, irme significaba romper todo lo que teníamos. Porque, claro, el desastre en que nos habíamos convertido nunca parecía argumento suficiente.

Al final, levantamos la voz más de lo que me habría gustado. David volvió al campamento dando zancadas y yo tuve que regresar sola, a oscuras, porque ni siquiera había llevado el móvil. Entre las lágrimas y la noche cerrada, no entendía ni cómo había conseguido llegar. Me metí directa en la cama para que nadie me viera, con la incómoda sensación de haber cruzado una línea. Sin saber si aún se podía volver atrás o si aquello acababa de empujarnos, finalmente, hacia el desastre definitivo.

Y desde anoche, David me había evitado por completo. Ni café ni miradas; como si no existiera.

—*Oh, Lord* —dijo Cris, después de tomar otro sorbo de té—. Lo siento.

—¿Solo vas a decirme eso? —pregunté, anonadada.

—Estoy intentando ser misericordiosa, como me has pedido. —Se encogió de hombros—. Pero si quieres que no tenga piedad, dímelo. Estaré encantada de decirte lo que pienso de David.

Meneé la cabeza rápidamente. No hacía falta; sabía a la perfección lo que opinaba.

—Solo diré que, por primera vez, me alegro muchísimo de que las dos nos vayamos este año.

Rodé los ojos. Cada vez que recordábamos que Cris estaría en Milán y yo en Corea, ambas cursando nuestro último año de universidad, acabábamos de forma dramática al borde del llanto.

—Quizá poner distancia sea justo lo que necesitas —añadió, más suave—. Para darte cuenta de que puedes ser Sora… sin David. Que quizá incluso llegues a ser una mejor versión de ti misma.

Pasé el dedo por el borde de mi vaso, algo distraída. Había ido decenas de veces a Corea con mis padres a ver a toda mi familia. Pero nunca lo había hecho sola, dispuesta a integrarme en mi otra cultura, a hacer nuevos amigos o a hablar mi lengua materna durante todo el día.

A ser Sora… sin todo lo que pensaba que me definía.

—Espero que esto no te quite las ganas, Sori —dijo Cris, intentando suavizar el tono.

—No, si me prometes que vendrás a verme.

—Cada dos meses —afirmó con seguridad.

—No tienes tanto dinero.

—Atracaré un banco si hace falta.

Nos reímos a carcajadas. Y, aun así, una punzada me atravesó el pecho al pensar en separarme de ella tanto tiempo. Cris tomó mis manos y me miró fijamente.

—Sé que piensas que David es tu baile perfecto. Y que crees que estabas destinada a casarte con él y todas esas bobadas de peli Disney que nos inculcan desde niñas. —Hizo una pausa—. Pero, Sora…, Dios no te quiere bailando algo que te rompe. Dios te quiere feliz. A lo mejor solo te está enseñando que también puedes moverte a otro ritmo.

Nos quedamos en silencio, dejando reposar sus palabras. Su mirada entonces se posó por encima de mi hombro y yo ladeé la cabeza. Un grupito diverso se amontonaba en la puerta de la cocina, con bañadores, toallas de playa, alguna sombrilla. La hermana Pilar les entregaba varias neveras y unas cuantas bolsas llenas de comida.

—Qué pasa, chavalas —saludó Charlie, acercándose a nuestra mesa—. Vamos a bajar a merendar a la playa y a darnos un chapuzón. ¿Os apuntáis?

—¿Quiénes vais? —quiso saber Cris.

—Los que veis —dijo señalando a la gente. Reconocí a Marta y algunos de otros grupos, incluida Camila—. Ah, y David también. Se está poniendo el bañador.

Cris buscó mi mirada y yo dudé unos segundos.

—¿Tú qué vas a hacer? —le pregunté a ella, sabiendo por su vestimenta que tenía otros planes.

—Puedo ir a correr un rato y luego os busco —me informó—, pero ¿estás segura de querer ir?

No, no estaba segura. Pero necesitaba quitarme de encima la incomodidad que David me había dejado clavada en el pecho. Tal vez todavía pudiera encontrar un momento para hablar con él y arreglar las cosas. O terminar de romperlas de una vez. Porque no aguantaba más aquel punto intermedio; iba a acabar conmigo.

—Sí, nos vemos luego allí —contesté. Luego miré a Charlie—. Tengo que cambiarme de ropa, ¿me esperáis?

Al cabo de un rato, ya estaba con mi biquini, mis chanclas y mi vestido amarillo andando hacia la playa. Sin embargo, aquella vez no pude disfrutar del paseo, como hacía siempre. Porque yo, que

conocía aquel lugar como la palma de mi mano, noté que el aire estaba denso, inquieto.

Como cuando el cielo contiene la respiración antes de una tormenta.

24

IKER

—Hola, Iki —me saludó, con el nombre que me puso cuando era más pequeña.

Su voz era el sonido que más me reconfortaba del planeta Tierra.

—Hola, cielo —dije a la cámara.

Mi hermana sonrió en la pantalla del teléfono. Llevaba dos trenzas hechas con mimo, pero su pelo indomable se escapaba por todas partes. Pensé que cada vez que la veía estaba más mayor. Y que el tiempo pasara sin mí me mataba un poquito más día a día.

—Mira lo que estamos haciendo.

Giró el teléfono y la cámara barrió una mesa larga de mármol gris. Sobre la superficie, se amontonaban cajitas abiertas, abalorios de colores e hilos enredados. Mis primos estaban sentados alrededor y me saludaron con entusiasmo.

—Estamos haciendo pulseras de la amistad —me explicó mi hermana—. ¿Dónde estás tú? ¿Cuándo vienes?

—Estoy en un sitio… ayudando a la gente —dije.

—Ayudando a la gente… ¿Dónde?

—Estoy un poco lejos de ti, princesa. Estoy cerca del mar.

—¿Y has hecho amigos? —me preguntó mientras observaba fijamente la pantalla.

Dudé unos segundos. ¿Había hecho amigos?

—S-sí… —balbuceé, sin estar demasiado seguro—, he hecho amigos.

—¿Cómo se llaman?

—Pues está aquí Álvaro, ¿te acuerdas de él? —expliqué—. Y tengo un amigo nuevo que se llama Charlie. Y Juan… Y hay dos chicas que se llaman Cris y Sora.

—¿Y son guapas? —quiso saber, abriendo los ojos.

Me sonrojé de repente.

—Sí, aunque no tanto como tú.

Ella sonrió, pero unos murmullos al fondo la distrajeron. Mi hermana se giró hacia nuestra prima para decirle algo mientras el teléfono se agitaba sin parar.

—Lucía, no te veo, cariño.

Entonces alguien apareció en pantalla: mi tío Javier, con su pelo canoso y su mirada seria.

—¿Qué tal, Iker? —me saludó con voz calmada—. Es que están ahí haciendo pulseritas muy entretenidos. ¿Cómo va todo por el campamento?

—Pónmela otra vez, por favor.

Él me observó a través de la cámara, pero yo aparté la mirada. Hasta mirarle me dolía.

—¿Cuándo vuelves a Madrid? —continuó, ignorando mi petición.

—No lo sé —mentí.

—Me gustaría que nos viéramos —explicó, sin sobresaltarse demasiado—. Tengo que bajar en algún momento a cerrar un contrato y quiero hablar contigo en persona.

—Pásame a mi hermana, por favor.

Mi tío suspiró, exasperado. Lejos quedaban aquellas tardes en las que me recogía para ir en bici, al cine o incluso al McDonald's, sin que mamá se enterase.

—No sé por qué lo complicas todo tanto —masculló con cierta tristeza.

«Porque tú me jodiste la vida cuando ya la vida me había jodido demasiado a mí».

Pero preferí no decirlo en voz alta, por si Lucía estaba aún escuchando. El teléfono se volvió a mover y mi hermana apareció en pantalla, pero lejos, lo que significaba que Javier aún sostenía el móvil.

—Iki, te estoy haciendo una pulsera azul —dijo mi hermana—. ¿Cuándo vas a venir?

La pregunta del millón. La que siempre me hacía en cada videollamada, a pesar de verla feliz. Tenía que agarrarme a la certeza de que Lucía me echaba de menos para así seguir luchando. Ella sabía que le faltaba algo, como a mí me faltaba ella.

—Pronto, cielo. Te lo prometo —dije—. Iki está trabajando para traerte de vuelta a casa, ¿vale?

Aguanté la respiración mientras pasaba el dedo por la pantalla, como si así pudiera tenerla más cerca de mí. Había heredado los ojos de papá, pero la nariz era sin duda de mamá.

—Vale. —Me sonrió—. Voy a terminar tu pulsera. Te quiero.

El teléfono se movió y la cara de Javier apareció de nuevo.

—Iker…

Colgué la llamada y casi me dieron ganas de estampar el aparato contra el muro.

Cuando no podía hablar con mi hermana, la rabia y el dolor me devoraban por dentro. Pero cuando lo conseguía, era casi peor: todo dolía el doble.

El aire comenzó a faltarme y las lágrimas empañaron mis ojos. Apreté los labios para evitar montar un espectáculo. Había un par de personas alrededor captando alguna raya de cobertura que me lanzaron miradas de curiosidad, así que me alejé un poco y me senté en un pequeño bloque de cemento del camino.

Necesitaba tranquilizarme antes de volver a caer en un agujero negro. Probé con la técnica que aquella psicóloga del hospital me había enseñado: mano derecha en el pecho, mano izquierda en la barriga. Inspira, espira… Inspira, espira. Al cabo de unos minutos, empecé a calmarme un poco.

Cuando por fin pude respirar mejor, me encontraba derrotado. Hundí la cabeza entre las rodillas, sintiéndome de nuevo un muerto en vida. Tal vez el campamento no era más que una ilusión, una manera de enterrar la mierda debajo de una alfombra. Pero explotaría nada más volver.

Volvería a mis ruinas. A las noches sin dormir. A los juicios, las visitas de la trabajadora social, los papeles que no entendía. A estar lejos de lo único que me quedaba. A esa soledad que me devoraba como un lobo.

—Iker, ¿estás bien?

Parpadeé. La voz de Cris me aterrizó de golpe.

—Sí, hola —respondí, algo avergonzado, intentando recomponerme.

Me incorporé y me sacudí los pantalones, ya condenados por el albero.

—Siempre estás por aquí —rio—. ¿Alguien importante al otro lado del teléfono?

—Sí. —Y al ver su expresión de picardía, continué—: Pero no *ese* tipo de alguien.

Cris hizo una mueca divertida y observó su teléfono mientras tecleaba algo y consultaba su Apple Watch. Me fijé en que llevaba un conjunto color burdeos y zapatillas de running.

—Voy a bajar a Aldira a hacer una pequeña ruta —me comentó—. Son solo tres kilómetros. Algo sencillito, que estoy con la regla. ¿Te apuntas?

Esta chica nunca se andaba con filtros innecesarios.

—¿Cómo sabes que me gusta correr? —pregunté con recelo.

—Me lo dijo Álvaro —reconoció con una sonrisa despreocupada.

Cómo no. Seguro que en alguna de sus conversaciones hasta las cuatro de la mañana, que pretendía no juzgar.

—Bueno, ¿te vienes entonces? —Me miró de arriba abajo—. Vas perfecto para la ocasión.

Me observé a mí mismo y caí en la cuenta de lo que decía. Justo aquel día me había puesto las zapatillas de correr; al fin y al cabo, eran las más cómodas para las tareas en el huerto.

Dudé unos segundos, sopesando mis dos opciones. Por un lado, podía quedarme allí, ahogándome en mi propia cabeza. O podía irme con Cris y disfrutar de un poco de brisa fresca. Y quién sabe, quizá podría preguntarle un par de cosas…

—Está bien. Sí, ¿por qué no? —dije finalmente—, pero te lo advierto, tengo la rodilla un poco chunga.

Podría hacer tres kilómetros, ¿verdad? Recé porque así fuera. No quería quedar fatal delante de Cris y que luego fuera con el chisme a

Sora. Tenían pinta de contarse absolutamente todo.

—Vamos, abuelita —me animó Cris—. Tendré piedad.

La ruta resultó ser más bonita de lo que había esperado. Un sendero de madera discurría entre la playa y el bosque, con una pasarela pegada a la arena. De vez en cuando, el camino se ensanchaba en pequeños miradores, con bancos donde sentarse a respirar y mirar el mar.

Empecé el primer kilómetro a tan buen ritmo que me sorprendí. Las piernas respondían, la cabeza iba más ligera y, mientras corría con la brisa del mar en la cara, algo se calmaba por dentro. Sin embargo, en el segundo kilómetro, el cuerpo me recordó quién mandaba. Al principio fue solo una molestia, un aviso pequeño, pero después llegó el pinchazo en la rodilla, seco e insistente, como una aguja clavándose cada vez que apoyaba el pie.

Apreté la mandíbula y seguí, intentando que no se notara. Cambié un poco la zancada y fingí que estaba regulando el aire, cualquier cosa con tal de no admitir que andaba algo escacharrado. Cris tuvo que darse cuenta de alguna forma, porque bajó el ritmo sin decir nada, lo justo para quedarse a mi lado.

—Vale, creo que aquí abandono —asumí, en cuanto llegamos a uno de los miradores—. Sigue tú.

Frené y ella también lo hizo.

—Nunca se abandona a un soldado caído —respondió con una sonrisa.

Cris respiraba tranquila y yo jadeaba; aun así, fui capaz de dedicarle una sonrisa agradecida. Pensé que Cris era una de esas

amigas leales que querrías tener a tu lado siempre.

—Pero deberías ir a que te miren esa rodilla —añadió—. Mi hermana tiene una clínica de fisioterapia. Te puedo pasar su teléfono para que te eche un vistazo.

—Ya me han echado muchos —respondí, riéndome—. Clavo endomedular femoral.

Ella abrió los ojos con sorpresa, pero también confusión.

—Tuve un accidente hace unos meses y aún me estoy recuperando.

Me sorprendió la ligereza con la que lo dije. Tal vez hablar de ello como si le hubiera pasado a otro era un mecanismo de defensa.

—Pero gracias por invitarme a correr.

Ella asintió con una alegría sencilla, sin hacer más preguntas, y lo agradecí.

—Está bien, ha sido un placer. —Me dio un par de golpecitos en el hombro.

Nos sentamos en uno de los bancos con vistas a la playa. Mientras recuperábamos el aliento, nos dedicamos a observar el trajín de personas que iban y venían por el paseo. Cris comentó que, aunque disfrutaba de Aldira, ella se consideraba mucho más cosmopolita: le gustaban las ciudades grandes, los restaurantes distintos, las cafeterías abiertas hasta tarde y poder improvisar cualquier plan despreocupada por el horario del último autobús. Yo defendí que no había nada comparable al mar, al silencio y a respirar sin sentir que el mundo iba demasiado rápido.

Mientras discutíamos con intensidad sobre si era mejor vivir rodeados de árboles o de cafeterías modernas, pensé que aquello

era lo más parecido a sentirme con un amigo desde hacía mucho tiempo. Quitando a Álvaro, claro.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —solté al cabo de un rato.

Cris, que estaba sentada con los codos apoyados en las rodillas, giró la cara hacia mí. Aún tenía las mejillas ligeramente encendidas por la carrera.

—Depende de si es muy difícil de responder —comentó con expresión de sospecha—. O pone a alguien en serio peligro.

Tomé aire lentamente, dudando unos instantes. ¿Sería capaz de guardarme Cris el secreto? ¿O iría corriendo a contarle a Sora todo lo que habíamos hablado?

—¿Puede ser esto un círculo de confianza? —pregunté, mirándola —. Como un…

—Secreto de confesión —terminó ella por mí, poniendo la mano en alto—. No le diré nada a nadie. Pero esto me está creando mucho *hype*.

A pesar de la brisa del mar, de repente empecé a notar calor.

—Sé que tú sabes que soy del programa —dije, intentando usar el singular para no involucrar a Sora.

—Sí, ¿y qué?

Cris intentó sonar casual, pero algo en sus ojos me decía que habrían hablado del tema más de una vez.

—¿Te lo contó Sora? —quise saber.

—A ver…, estábamos seguras en un alto porcentaje —respondió, usando el plural—. Y sí, cuando se lo dijiste a Sora, ella me lo contó. Y entonces le pregunté a Álvaro…

«Oh, mierda».

—¿Qué te contó Álvaro? —quise saber.

Cris tardó un segundo en responder. Uno solo. Pero suficiente para que me diera cuenta de que ya le debía cierta lealtad.

—Solo que hiciste algo… porque estabas mal —dijo, bajando un poco la voz—. Y que él no hizo nada, pero decidió acompañarte en esto.

Aparté la mirada hacia el mar. Escucharlo en boca de otra persona suponía que lo de Álvaro pesara más. Se había metido en mi incendio sin tener por qué.

—Me aseguró que no eras un asesino ni nada supergrave —añadió con una risa fugaz.

Ladeé la cabeza para mirarla, con el ceño fruncido.

—Pero no sé por qué estás aquí. Y tampoco me interesa saberlo —prosiguió, rápidamente—. Va en contra de los principios del programa. Sora me mataría si me interesase, créeme.

—Porque Sora está detrás de todo el programa, ¿verdad?

Cris se quedó en silencio, intentando poner cara de circunstancias, pero los ojos se le abrieron tanto que la traicionaron al instante.

—¿Te lo ha dicho ella? —preguntó con cautela.

—No. Me lo ha contado Loli.

—¿Loli? —Puso los ojos en blanco—. *Oh, Lord*.

—Ella cree que Rocío es la que está cumpliendo los servicios —expliqué—. Supongo que Álvaro y yo no tenemos mucha pinta de serlo. Así que me lo dijo con toda la tranquilidad del mundo.

Me apoyé mejor contra el banco, intentando fingir que aquello no me importaba tanto.

—Pero no entiendo por qué Sora no me lo ha contado a mí… —añadí.

Cris me observó con una media sonrisa. Parecía estar entendiendo algo que ni siquiera yo entendía.

—Bueno, hasta hace tres días no os aguantabais. Y Sora no quiere que te sientas juzgado o cohibido.

—Ya, pero quizá si lo hubiera sabido… —murmuré, casi sin pensar.

—¿Te habrías comportado diferente desde el principio? ¿Menos… capullo?

Definitivamente habían hablado de mí. Las palabrotas en labios de Sora quedaban divertidas, pero en labios de Cris sonaban mucho más naturales.

—Es probable —reconocí.

—¿Crees que eso es lo que piensa Sora de ti? ¿Que eres un capullo?

—Bueno, ella misma me lo dijo —recordé, haciendo una mueca—. Literalmente.

Me recorrió un pequeño escalofrío en la espalda al recordar el día del almacén. Cómo me había llamado capullo unas veinte veces y cómo, aun así, desde nuestra caída algo había cambiado entre nosotros. Y eso que ni siquiera había pasado una semana, aunque se sentía una eternidad desde entonces.

—Una cosa es decirlo cuando la estás poniendo de los nervios… Y créeme, la estabas poniendo de los nervios, eso sí es cierto. —Cris, como siempre, fue sincera sin ningún pudor—. Y otra cosa distinta es pensarlo de corazón.

—En realidad, no tengo ni idea de lo que piensa —mascullé, más para mí que para Cris.

Ojalá pudiera colarme unos segundos en sus pensamientos. Verme a través de sus ojos. Descubrir si pensaba que era un roto

que arreglar o una persona que merecía la pena conocer. Saber cuáles eran sus sueños, sus miedos, sus deseos profundos. Si llevaba alguna mochila a la espalda, como yo. Si estaba de verdad enamorada de David…

—Pero te importa.

No fue una pregunta.

—Cris, no…

—Yo solo digo que ayudaría mucho si te quitas un poco la armadura con ella.

Cris alzó las cejas en una expresión confidente mientras yo pensaba que no tenía ni idea de cómo se hacía eso de quitarme la armadura, ni si era buena idea.

Entonces un sonido agudo llegó desde su bolsillo.

—¡Mira por dónde! —dijo antes incluso de sacar el teléfono y comprobar la pantalla.

Leyó algo durante unos segundos. Luego deslizó el dedo y grabó una nota de voz.

—*Okey makey*, vamos para allá.

Me miró con expresión traviesa y volvió a deslizar el dedo para mandar otro audio.

—Por cierto, estoy con Iker.

Me guiñó un ojo y yo puse los ojos en blanco.

—Sora y algunos más han bajado a la playa a merendar —me informó, guardando su teléfono—. Álvaro también está. ¿Te apuntas?

Dudé por unos segundos, buscando una excusa lo suficientemente convincente para no ir. Pero, en realidad, me moría de ganas de

verla. Así que echamos a andar por el paseo hacia la dirección que Sora había mandado.

—Ahora que hemos hecho este pacto de silencio… —comenzó Cris —. Y no voy a decirle a nadie que te mola Sora…

—¡No he dicho eso en ningún momento! —protesté.

—Ahora tengo una pregunta yo —dijo, ignorándome.

La miré, bastante asustado. El estómago se me cerró por un instante.

—Por favor, que sea fácil —supliqué.

Ella se pasó una mano por la nuca, visiblemente nerviosa.

—¿Quién es Valeria?

25

SOTA

El pueblo costero de Aldira era uno de los más bonitos del mundo.

Parecía sacado de una película de verano, de esas en que todo el mundo lleva lino blanco, suena música de fondo y, en cualquier momento, alguien podría ponerse a cantar. Sus calles empedradas y sus casas blancas le daban un aire de postal perfecta. Un aire que, además, olía a sal, algas y brasas.

Sonreí cuando la arena blanca tocó mis dedos descalzos y, por unos momentos, olvidé todo lo que me preocupaba.

Hicimos un corro desordenado con toallas, alguna que otra sombrilla y las neveras en medio. Como corría algo de brisa, decidí sentarme en una de las toallas y mantener el vestido puesto. La mayoría salió escopetada hacia el agua, incluido David, que ya se estaba quitando la ropa.

Durante el camino hacia la playa, me había colocado a su altura, buscando ese hueco mínimo entre los dos.

—No me apetece hablar ahora. Si eso, luego —me había dicho.

Estaba empezando a pensar que hablábamos cuando a él le apetecía, pero nunca cuando yo lo necesitaba. Siempre era yo quien se adaptaba a su ritmo y aguantaba sus silencios, que dolían más que una discusión.

Lo observé desde mi sitio, intentando captar su atención, aunque solo fuera un segundo, pero estaba demasiado entretenido hablando con Camila mientras se dirigían a la orilla.

Me pregunté entonces si había tomado una buena decisión bajando a la playa. Barajé la opción de levantarme e irme, pero no quería que David ganase la batalla. Además, Cris me había dicho que se pasaría luego, así que decidí escribirle para que ese «luego» se convirtiera en «pronto». Con ella a mi lado, me sentiría un poquito más segura.

—Ey, hola, Sora —saludó Álvaro, que se sentó a mi lado.

Nos lo habíamos encontrado saliendo de Cala Blanca y también se había apuntado sin pensarlo, aunque no llevase el bañador puesto. En ese momento, agradecí tenerle cerca.

—¿Y tu otra mitad? —me preguntó—. ¿Dónde te la has dejado?

Tardé unos segundos en procesar a qué se refería.

—Ah, Cris se fue a correr un rato. Ahora viene —le comenté, sacando mi teléfono—. Le iba a escribir para mandarle ubicación.

Desbloqueé la pantalla y busqué la conversación con mi amiga, que estaba fijada de las primeras.

—¿Y *tu* mitad? —pregunté a Álvaro, divertida, sonriendo mientras tecleaba el mensaje.

—Ni idea, Iker desaparece cuando quiere —contestó, riendo.

A los pocos segundos, sonó una notificación. Reproduje los audios de Cris, que nos avisaba que tanto ella como Iker estaban en camino. Algo que me sorprendió, aunque por la expresión de Álvaro, no fui la única.

—¿Cómo que… están juntos? —Frunció el ceño un segundo—. ¿Se ha ido a correr con Cris?

Lo miré alzando las cejas. Yo tampoco entendía en qué momento espaciotemporal se habían juntado.

—Bueno, me alegra que se haya dado una vuelta —añadió enseguida Álvaro—. Lleva unos meses complicados. Y supongo que está bien que no dependa siempre de mí.

Asentí despacio. Sabía que Iker no estaba pasando por un buen momento, pero escucharlo de su amigo del alma me enterneció… y, al mismo tiempo, me despertó una curiosidad incómoda.

Abrí la boca para preguntar algo más, pero Álvaro me interrumpió.

—¡Galletas de dinosaurios! —exclamó, alcanzando una bolsa y sacando un paquete como si fuera un tesoro—. No te creo… Iker y yo las comíamos de niños, a escondidas, mientras jugábamos a la Play. En más de una ocasión nos pusimos malos de la barriga. Éramos unos brutos.

La imaginación me hizo sonreír. Dibujé a un Iker pequeño, tirado en el suelo, mando en mano, compitiendo con Álvaro frente a la pantalla. Con un bol enorme de leche y galletas entre los dos, mojándolas hasta que se rompían y se hundían en el fondo.

—¿Por qué a escondidas? —pregunté mientras él me ofrecía una galleta.

—Ah. —Sacudió la cabeza—. Nuestras madres eran rollo *healthy* y esas cosas. Nos hacían bizcocho de plátano. Con suerte, te caía algún trozo de chocolate negro del noventa por ciento.

—Me encargaré de meteros un par de cajas en las maletas, entonces —comenté riendo a la vez que daba un bocado a mi tiranosaurio.

Acabamos hablando de padres, de infancia, de esas cosas que solo cuentas cuando te relajas. Y en unos minutos, sentí que había

conocido más de Álvaro que de Iker en días. Curioso, eso sí, que de la tal Valeria no obtuve absolutamente ninguna información.

—Ahí están —dijo Álvaro al cabo de un rato.

Cris e Iker venían andando por la arena, ambos con ropa de deporte. Los dos miraron en nuestra dirección; Cris saludó alegremente con la mano. Iker solo se limitó a mirarme, pero me puse un tanto nerviosa.

«Y no entiendo por qué, porque a mí no me gusta Iker».

—*Hello, my loves* —saludó mi amiga al grupo, pero enseguida se vino directa hacia mí y me envolvió en un abrazo.

—¿Qué tal el *running*? —pregunté, intentando sonar casual.

—Puf, regular —respondió—. Este señor de aquí es una abuelita.

Señaló a Iker, que me sonrió. Con el pelo húmedo cayéndole sobre la frente y una expresión mucho más relajada que el primer día, costaba ignorar lo atractivo que era.

Cris se sentó en una toalla libre, lo bastante cerca para hablar con nosotros, pero lo suficientemente lejos de Álvaro. Contaba los minutos para poder preguntarle qué información había obtenido aquella tarde.

Antes de acomodarse, mi amiga le hizo una seña sutil a Iker que no me pasó desapercibida.

—¿Hay alguien? —preguntó él, señalando el hueco que había a mi lado.

Negué con la cabeza, de repente tensa. Se acomodó a mi lado, con una distancia prudente entre los dos. Aun así, nuestras piernas se rozaron ligeramente, y se me olvidó respirar.

—¿Te has ido a correr con Cris? —le preguntó Álvaro a mi espalda, pues estaba sentada justo en medio de los dos.

—He hecho el intento.

Iker se inclinó hacia mí, lo que me hizo girar la cabeza y encontrármelo muy cerca.

—Tengo la rodilla un poco mal —me explicó, aunque no le había preguntado nada.

Su voz sonaba demasiado cerca y, de pronto, parecía que toda la playa se había reducido al espacio mínimo entre los dos.

«Sora, ¿qué te pasa?».

—¿Por dónde habéis ido? —siguió preguntando Álvaro, que parecía querer saber por qué razón se habían ido Cris y él solitos.

Desde el otro lado, mi amiga me realizó un gesto para que mirase el teléfono.

Álvaro tiene novia

OMG. En serio?

Sí ☺

Lo siento. Podemos cambiar el turno. No quiero que estés incómoda…

Me sacrifico. Prefiero que lo hagas con Iker 😉

—¿No podéis estar dos minutos sin hablar? —rio Iker.

Me puse roja como un tomate. ¿Habría leído la conversación? Me mordí el labio y me guardé el teléfono, sin saber qué responder.

En ese momento, las risas de David y Camila fueron tan exageradas que nos hicieron mirar. Ella le dio un pequeño empujoncito, él la atrapó por la cintura un segundo y Camila soltó un

grito entre carcajadas. David parecía empeñado en demostrar que nuestra discusión no le importaba.

O, quizá, que la que no le importaba era yo.

Acabó mirándome, casi satisfecho de haber llamado mi atención, y después sus ojos se posaron en Iker. Sentí arder el lugar donde nuestras piernas se rozaban.

—Oye, ¿esta semana no os toca estar en la casa de acogida? —preguntó Camila, envolviéndose en la toalla antes de sentarse justo enfrente de nosotros.

Unos segundos después, David se dejó caer a su lado, bastante más cerca de ella de lo que Iker estaba de mí.

—Sí —respondió Marta, que se había puesto a la sombra junto a Cris—. Esta semana nos toca a nosotros.

—Nosotros estamos en la residencia —explicó Ana, una chica de pelo corto con las orejas llenas de pendientes.

—Deberías mandarle saludos a don Manuel —murmuré volviéndome hacia Iker.

Él soltó un bufido, sin apartar los ojos de mí.

—David me estaba contando que tenéis turnos por la noche —comentó Ana, que era su primer campamento—. ¿Os ha tocado ya a alguno? ¿En qué consisten?

—Han empezado hoy —aclaró Cris.

Cris comenzó a explicar al detalle qué se hacía en la casa de acogida, pero Iker, en ese momento, se echó ligeramente hacia atrás, casi sin darse cuenta, lo justo para que su hombro quedara a un suspiro del mío.

Me puse tan nerviosa que dejé de escuchar a los demás. Lo primero que se me ocurrió fue alargar la mano hacia la bolsa donde

estaba la munición.

—Creo que te va a gustar —le dije a Iker, girándome un poco para tenderle el paquete de galletas de dinosaurios.

Sus ojos se iluminaron al instante, como si tuviera cinco años de nuevo.

—¿Cómo sabes que…?

—Álvaro me cuenta más cosas que tú —musité.

Por unos segundos, pensé que añadiría algo más, pero la voz de Álvaro se coló en medio:

—Pareja de chico y chica, no de novios. Por aclarar…

Lo dijo tan alto que nos arrastró de vuelta a la conversación. Al parecer, estaban hablando de cómo organizaban las parejas para los turnos en la casa de acogida.

—Bueno, hoy sí que hay novios —se rio Charlie—. Ángela y Juan.

—¿Y a ti, Sora? ¿Cuándo te toca? —intervino David, de repente, después de pasarse todo el día sin dirigirme la palabra—. No me has dicho nada.

—No me has preguntado —respondí, seca.

El silencio cayó entre todos durante un segundo.

—A Sora le toca el jueves —soltó Charlie, completamente ajeno a la tensión, antes de tomar un sorbo de su batido de chocolate.

En ese momento, me planteé si Iker se estaría preguntando qué pasaba con David; incluso, si Iker había caído en la cuenta de que David existía.

—¿Vas con Charlie? —insistió David, mirándome solo a mí, ignorando la presencia del resto.

—No, yo voy con Marta —contestó Charlie con ligereza—. Sora va con Iker.

—Ah. Con Iker.

David alzó las cejas, sonriendo con ironía. Luego posó los ojos en Iker y lo escrutó con la mirada.

—Bueno es saberlo —añadió.

—Ni que tuviera que pedirte permiso —escupió Cris, lo suficientemente alto para que todos los escucharan.

Al parecer, no solo yo estaba empezando a hartarme.

—Eso debería decirlo Sora, ¿no? —replicó David, sin dejar de mirarme.

—Puedo decirlo también —intervine, aguantándole la mirada mientras apretaba los puños—. No tengo que pedirte permiso.

Algunos del grupo soltaron silbidos ahogados y bufidos de anticipación, sospechando que algo estaba a punto de estallar.

—No discutáis, que dejamos de creer en el amor —protestó Marta.

Se escaparon un par de risas suaves, pero a mí no se me movió ni la comisura de los labios. Empezaba a cansarme de esa versión idílica que todo el mundo parecía tener de nosotros.

Entonces sentí la mirada de Iker clavada en mí.

—¿Os habéis dado cuenta —dijo Charlie, que ignoró la tensión y cambió de tema— de que aquí el tiempo no pasa igual?

—Estoy de acuerdo —añadió Camila, con el codo apoyado en la rodilla de David. Parecía estar incluso disfrutando del ambiente enrarecido—. Aquí todo se intensifica. Especialmente los amores.

—También hay algo curioso de este campamento —añadió David mientras abría una lata de Coca-Cola—. Hay gente que repite patrones sin poder evitarlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ana, divertida.

—A que hay gente que se empeña en arreglar a los pajaritos rotos que llegan. —Me miró mientras daba un buche a su bebida.

Tragué saliva y clavé la mirada en el suelo. «Pajarito». El mote que me había puesto en el primer campamento y que durante años había sonado a protección. Ahora empezaba a resultarme sofocante. Pajarito, porque era débil. Pajarito, porque estaba mejor en una jaula. Pajarito, porque podía apretarme con las manos hasta dejarme sin respiración.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

—Tío, hablando de pájaros…

Charlie se lanzó a contar no sé qué, cambiando por completo el tono de la conversación. Pero yo apenas lo escuchaba. Tenía la garganta cerrada y el corazón latiéndome demasiado rápido.

—Sora…

Iker pronunció mi nombre en voz baja, como una caricia. Pero en ese momento no quería hablar con nadie, solo desaparecer un rato. Me levanté despacio, aprovechando que el resto estaba ocupado charlando.

—Voy a dar un paseo —anuncié en voz baja.

Busqué a Cris y, con la mirada, le pedí que me dejase sola. Aunque asintió sutilmente, apretó los labios, tragándose las mil cosas que seguro habría querido pronunciar a viva voz.

Caminé hasta la orilla abrazándome a mí misma; trataba de contener todo lo que estaba a punto de desbordarse.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Pero fue nada más pisar el agua helada del Atlántico cuando todo se vino abajo.

Llegaron los recuerdos. Nuestro primer beso. David entrelazando sus dedos con los míos en el cine. Las fotos con temporizador. Las noches en su sofá bajo aquella manta de cuadros, riéndonos de películas malas. Sus besos lentos en la puerta de casa. Y también Cádiz, y David jurando que me propondría matrimonio al finalizar la universidad. La casa pequeña frente al mar que queríamos comprar. Los cinco hijos y nuestro perro, al que llamaríamos Elías.

Pero también las discusiones que empezaban por nada y terminaban siendo gigantes. El «no es para tanto, Sora» repetido demasiadas veces. Todo lo que me tragué para no perderlo otra vez. Cris abrazándome mientras yo le empapaba la sudadera de lágrimas y mocos. Y yo convenciéndome de que todas las parejas discutían, de que David acabaría cambiando. Que el amor tenía que aguantar y sufrir todo.

Siempre había creído que David era mi oxígeno. Pero allí, junto al mar, sentí un cansancio tan hondo que ya no quería seguir suplicándole al aire que me llenara los pulmones. Solo quería empezar a respirar por mí misma.

—Sora —me llamó David a mis espaldas.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Me giré despacio y lo vi acercándose con decisión y enfado. Unos metros más atrás, distinguí a Cris. Se mantuvo a una distancia prudente: lo bastante lejos para no interrumpir, pero lo bastante cerca para no dejarme sola si aquello se torcía.

—¿Ahora sí quieres hablar? —pregunté con dureza.

Algo dentro de mí empezó a apartar a la Sora buena, dulce y paciente.

—¿Cuándo pensabas contarme lo de Iker?

—¿Por qué tenía que contarte lo de Iker? —repliqué, sin disimular mi crispación—. Sabes perfectamente cómo funcionan los turnos de noche.

—¿Y no podías ir con Charlie o Juan? ¿O con ese tal Álvaro?

—¿Ellos no te molestan, pero Iker sí?

David bufó, como si fuera una tonta que no entendía nada.

—¡He visto cómo te mira, Sora! —exclamó, meneando la cabeza —. Estás ciega.

No. Iker no me miraba de ninguna forma. ¿O sí?

La duda apareció tan rápido que me dio rabia. Primero Cris. Ahora David. Y, de repente, una parte incómoda de mí empezó a preguntarse si todo el mundo estaba percibiendo algo que yo todavía no había sido capaz de nombrar.

—Además, Iker es…

Dudó unos momentos, pero yo supe lo que estaba pensando.

—Un pajarito roto —terminé por él—. Como yo, ¿verdad?

—Como tú hace cinco años, sí —contestó—. Sé reconocerlo. Te recuerdo que fui el único que se quedó a tu lado.

Sacudí la cabeza con una sonrisa rota. Durante mucho tiempo me había creído esa mentira, pero no era verdad. Cris estuvo ahí. Teresa, Mateo, mi familia… Mucha gente se quedó cuando yo estaba rota, no solo él. Pero David había sabido colocarse siempre en el centro de mi rescate. Como si quererme hubiera sido una hazaña. Como si tuviera que agradecerle hasta la eternidad que no se fuera.

—¿No lo ves, Sora? —continuó, con la voz más cortante de lo habitual—. Estás repitiendo el mismo patrón.

—¿Y cuál es tu teoría exactamente? —pregunté, con la voz algo temblorosa—. ¿Que me voy a enamorar de él porque está roto?

¿Que tú te enamoraste de mí por lo mismo?

—No pongas esa cara, sabes que no va por ahí.

—Va justo por ahí —respondí—. Ahora empiezo a entenderlo.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

La sola idea de que en realidad David no me había querido, sino que me necesitaba débil, hizo que el suelo se volviese inestable bajo mis pies.

—David, no puedo más.

Clavé la mirada en sus ojos y me obligué a pronunciar las palabras, aunque la voz me temblaba.

—Llevo meses aferrándome a lo que fuimos. A cómo me mirabas antes. A lo que este lugar significaba para nosotros.

Las lágrimas amenazaron con desbordarse, pero luché por mantenerlas a raya. Al menos por el momento, porque no pensaba darle esa satisfacción.

—Sigue siendo nuestro lugar —replicó David con la dureza de quien dicta una ley inquebrantable.

—No. —Sonreí de manera triste—. Ya no lo es. Ya no quiero que lo sea.

David apretó la mandíbula y dio un paso hacia mí, pero yo retrocedí.

—Te he justificado constantemente —continué, ignorándolo—. Incluso cuando no lo merecías. Me he dejado la piel por mantener esto. Y tú ¿qué has hecho?

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

—¿Ahora la culpa es mía? —rio él, irónico, negando con la cabeza —. He procurado estar de buenas contigo. He intentado cuidarte

desde que llegué. Y encima me encuentro con que me has mentido y has tomado la decisión de irte a otro país sin contar conmigo.

—¡Traerme café por las mañanas no es cuidarme! —dije, más alto de lo que pretendía—. Cuidarme es que hagas el esfuerzo por comprenderme. Por entender por qué necesito irme.

—Si de verdad me quisieras, no te irías —bufó él—. ¿Qué clase de novia quiere estar lejos de su pareja?

—¡Necesito encontrarme! Necesito saber quién soy. Si de verdad me quisieras, apostarías por mí, no tratarías de encerrarme en una jaula.

«Pajarito».

Me llevé la mano al colgante. Ya no era un pajarito roto y no necesitaba a alguien que volviera a cortarme las alas. Necesitaba a alguien dispuesto a volar alto conmigo.

—David, se acabó.

Puede que fuera por el tono en que lo dije, pero se quedó completamente inmóvil.

—De verdad que se acabó.

Los ojos se me humedecieron y tuve que parpadear varias veces, sosteniendo el caudal que llevaba dentro.

«Aguanta, Sora».

Eché a andar, pero me interceptó en el camino. Me agarró el brazo lo suficientemente fuerte como para sentirme intimidada, algo que nunca me había ocurrido con él.

—Suéltame.

En sus ojos había una desesperación que jamás había visto, pero me obligué a mantener la calma.

—Sora, escúchame —suplicó—. Lo siento, lo siento. Sabes que te quiero. Joder, Sora, te quiero.

Aquellas palabras me atravesaron justo donde siempre lo hacían: en la parte de mí que todavía quería creerle. La que temía que nadie más volviera a decirme «te quiero».

—No, no me quieres —respondí, con el labio tembloroso—. Ya no. Nos hemos acostumbrado a fingir que sí. Suéltame, por favor.

Algo se rompió en sus ojos, pero al final me dejó ir.

—Sora, por favor, no te vayas… —suplicó con una voz que me destrozó el corazón.

No quería hacerle daño a David por nada del mundo, pero no podía seguir aguantando que me lo hiciera a mí. Dios me quería feliz.

«Dios me quiere feliz».

Volví a tocar mi colgante y me obligué a seguir caminando. Si me quedaba unos segundos de más, la jaula me atraparía de nuevo. Tenía que marcharme de verdad, con el cuerpo y con el alma.

—Sora… —volvió a llamarme.

Cerré los ojos y continué caminando, sin darme cuenta de que había empezado a temblar.

—Sora, si sigues andando, acabamos de verdad. Luego no me vengas llorando, porque no pienso hacerte caso.

Alcé la vista y encontré a Cris cada vez más cerca. Me esperaba a unos metros, con los brazos abiertos y los ojos brillantes, como si estuviera aguantando las lágrimas por mí.

«Dios me quiere feliz. Dios me quiere feliz».

Seguí avanzando sin mirar atrás. Ella dio el último paso por mí; hundí la cara en su hombro y solo entonces me permití romperme.

Lloré soltando todo lo que llevaba demasiado tiempo guardando: culpa, frustración, pérdida, miedo… Pero también lloré con alivio. Aquellas serían de las últimas lágrimas que pensaba regalarle.

Por fin, aquel había sido nuestro último compás.

26

IKER

Eran cerca de las nueve, la hora a la que nos habían citado para comenzar el turno de noche en la casa de acogida.

A esas horas, el hogar parecía otro completamente distinto. Por la mañana rebosaba luz, colores vivos, pasos apresurados, conversaciones y risas que rebotaban por los pasillos. Al anochecer, los sonidos eran más suaves y apagados. Solo se escuchaban algún que otro murmullo y el zumbido lejano de un televisor.

Iván nos recibió en el hall con una sonrisa agotada. Llevaba la misma camiseta gris y los vaqueros desgastados de por la mañana, lo que me hizo preguntarme si realmente alguna vez se iba de allí. Empezó a recitarnos una lista de instrucciones y normas para la noche, mirándome a mí, porque, por supuesto, Sora no las necesitaba.

—Normalmente, las guardias se hacen aquí.

Empujó la puerta doble de cristal junto a recepción. La estancia era una salita mínima, con un sofá verde musgo —del mismo tono que las cortinas— que, con solo echarle un vistazo, ya anunciaba dolor de espalda. En una esquina, una mesa de cristal con dos jarras metálicas, una cesta con dulces y varias bolsas de té desperdigadas.

—Siempre dejamos la puerta abierta —prosiguió—. Este es vuestro campamento base. Ellos saben que estáis aquí, así que si necesitan algo, vendrán. Y bueno, os podéis turnar para dormir un rato. Lo que consideréis mejor.

Encendió una lámpara de pie, que nos regaló una luz un poco más cálida y amable.

—Ahí podéis escribir el registro —continuó explicando Iván mientras señalaba una libreta roja—. Cualquier cosa, por pequeña que os parezca, nos sirve después a nosotros para continuar con el trabajo.

Nos miró, esta vez a ambos.

—Las noches son impredecibles. Hay veces que todo está tranquilo y otras en que te toca lidiar con ansiedad, síndrome de abstinencia… —Se llevó un dedo a la sien. Parecía extremadamente cansado—. La noche de ayer fue un poco complicada, aunque supongo que algo os habrán dicho Álvaro y Cris.

Lo habían contado a mediodía, después de pasarse ambos toda la mañana durmiendo. Uno de los más jóvenes de la casa había sufrido un fuerte ataque de pánico y habían tenido que llamar a Iván. Tan solo después de dos horas, mucha conversación y mucha tila, habían conseguido que se fuera a dormir.

—Si os sentís superados, me avisáis —señaló su teléfono móvil con una media sonrisa—. Siempre está encendido y con sonido.

—Descuida, Iván —le tranquilizó Sora—. Vete a descansar. Estaremos bien.

Asintió y se despidió de nosotros, dando un abrazo rápido a Sora. A veces me seguía sorprendiendo esa familiaridad con la que todos la trataban aquí. Sin embargo, ya no me costaba entenderlo.

Entonces nos quedamos solos, y yo me dediqué a observar la habitación durante unos instantes. Nos esperaba una noche, cuanto menos, interesante. Y mentiría si dijera que no había estado aguardando ese momento con una mezcla de inquietud y ganas.

—Pues vamos allá —dijo Sora, con la atención puesta en mí y con una sonrisa—. ¿Preparado?

Llevaba ropa cómoda y el pelo suelto. Tenía las ojeras más marcadas que de costumbre y, aunque me moría por hacerlo, no me atrevía a preguntarle cómo estaba.

El martes, la merienda idílica en la playa terminó convirtiéndose en una escena cargada de tensión. David hizo algunos comentarios poco afortunados que debieron de herir profundamente a Sora, porque salió corriendo sola hacia la orilla. Al poco rato, los vi hablando y gesticulando, y lo siguiente que observé fue a Sora, sollozando, en brazos de Cris, que la abrazó con fuerza antes de que ambas desaparecieran en dirección a Cala Blanca.

Lo que más me molestó fue que David regresó adonde estábamos y actuó como si no hubiera sucedido nada. Pero era evidente que sí había pasado, porque, desde ese día, Sora parecía mucho más apagada.

Claro que me moría por saber qué había ocurrido entre ellos, pero evité incluso preguntarle a la persona que podría tener información al respecto: mi amigo Álvaro. Solo habíamos hablado una vez de Sora; me había escrutado con la mirada y me había preguntado con una sonrisa traviesa si me gustaba.

Le contesté que no. Porque no era nada de eso. «No puede ser eso».

—No sé si estoy preparado —respondí—. Pero estando tú aquí, me quedo tranquilo. Siempre sabes qué hacer.

No lo dije a modo reproche, sino como algo que estaba empezando a valorar. A ella se le escapó una risa suave.

—¡Qué va! —exclamó—, aunque se me da bien improvisar. A veces la vida es un…

Pensó en algo durante unos segundos.

—Hay que seguir nadando. Aunque todo te agobie.

—*Buscando a Nemo* —afirmé, dibujando una sonrisa sincera en mi cara.

—¿Te gusta Disney? —Alzó las cejas, gratamente sorprendida.

—Tengo una hermana pequeña —solté.

«Quítate la armadura», me había dicho Cris. Incluso Sora me había acusado de que Álvaro le contaba más cosas que yo, con eso de las galletas. Así que reconocer que tenía una hermana se sentía como un pequeño paso.

—¿De verdad? —preguntó ella, entusiasmada—. ¿Cuántos años tiene? ¿Cómo se llama?

No sabía si el entusiasmo era porque le gustaban los niños o porque podía conocer un poco más sobre mí. Ambas me parecían buenas opciones.

—Se llama Lucía —contesté—. Tiene cinco años.

Dudé unos segundos, pero saqué el teléfono de mi bolsillo. Deslicé el dedo por la pantalla hasta que encontré mi foto favorita con ella. La había tomado papá, durante las últimas vacaciones en San Sebastián, en un prado increíblemente verde. Yo salía sentado en una roca y Lucía me abrazaba por detrás, con un chubasquero amarillo.

Le pasé el teléfono a Sora, que observó la foto con una sonrisa cálida.

—Se nota que la quieres un montón —comentó—. Y ella a ti.

Miré al suelo, algo avergonzado. Si supiera por todo lo que estaba pasando para recuperarla…

—Sí —contesté a media voz—. Siempre digo que es la mujer de mi vida.

—Uf —suspiró mientras me devolvía el móvil—. Contra eso no se puede competir.

El comentario hizo que me diera un vuelco el corazón, pero ella se dirigió a la mesa, como si no hubiera dicho nada del otro mundo.

—¿Te apetece un café? —me preguntó.

Yo deslicé los ojos hacia la cafetera que nos habían dejado. Después de dos semanas, me había acostumbrado al de supermercado.

—Sí, ¿por qué no?

—Sé que te gusta el café frío —dijo ella—. Si quieres, puedo intentar robar algunos hielos de la cocina.

Reprimí una sonrisa al darme cuenta de que se había fijado en eso.

—No te preocupes —contesté agradecido—. Así está bien.

Colocó dos tazas perfectamente alineadas y tomó el termo de café para llenarlas.

—Espero que la noche sea más tranquila que la que tuvieron Cris y Álvaro —comentó.

Pero también hizo una mueca extraña, como sabiendo un secreto del que no iba a hacerme partícipe.

—Álvaro no ha querido contarme mucho —reconocí—. Lo cual me parece todavía más extraño. ¿Sabes algo que yo no sepa?

—Sé muchas cosas —rio—. Pero debería contártelas tu amigo. Solo te diré que, entre otros temas, hablaron largo y tendido de quién es Valeria.

Resoplé e incluso me sentí mal por ambos. ¿Persona correcta, momento incorrecto? Eso debía de doler bastante.

—Álvaro tiene que gestionar algunos asuntos —respondí rápidamente con una mueca en los labios—. Lo siento por Cris. No debería pagar las consecuencias de ese desorden.

—Así que eres un tío legal —observó Sora—. Pensaba que de esos ya no quedaban.

Se acercó despacio y me ofreció la taza de café. Al tomarla, rocé sus dedos. Solo un instante, apenas una leve caricia. Pero fue suficiente para que el calor de la taza se me subiera al pecho.

—Entonces ¿crees que nos iremos de boda? —preguntó ella, divertida.

—No me importaría. Cris me cae bien. Y te prometo que Álvaro es un buen chico.

«Y además, así tendría una excusa para verte en Madrid».

—Me alegro de que pudieran hablar y aclarar algunas cosas —dijo Sora—. Las noches aquí dan para mucho.

—Eso suena peligroso —musité, sin filtros.

Y lo era. Porque cada vez que Sora me miraba, me sonreía o me rozaba, se me olvidaban todos los muros que había construido para protegerme.

—Un poco —me dijo con una media sonrisa—. Depende.

Tragué saliva mientras me sostenía la mirada unos segundos. Al final, bajó la vista con lentitud y dejó su taza en la mesita.

Después se inclinó hacia el bolso de tela que había traído, lo abrió sin prisa y empezó a sacar las cosas una a una. Un cuaderno lila, un estuche bordado con unos caracteres coreanos y una botella de acero. Cuando terminó, se acomodó en el sofá y volvió a mirarme.

—¿Vas a quedarte ahí observándome toda la noche?

Se me secó la boca al darme cuenta de que llevaba los últimos minutos parado, de pie, contemplando todos sus movimientos. Entonces me adelanté y tomé asiento en el sofá. Lo suficientemente lejos de ella para que no se sintiera incómoda. En realidad, no sabía si le apetecía pasar aquella noche conmigo o no. O todo había sido producto del azar; de un azar llamado Charlie. Tal vez hubiera preferido estar aquí con él, ya que lo conocía del año pasado.

O con Álvaro, con el que parecía llevarse bien.

O con David. Sobre todo con David. Me pregunté si les bastaría una noche a solas para arreglar lo que sea que se hubiera roto en esa playa.

—Vienes preparadísima —comenté, señalando su libreta.

—Te recomendé traerte un libro, ¿recuerdas? —contestó riendo.

—Lo tengo en la mochila. —Le guiñé un ojo, con un atrevimiento que no era propio en mí—. ¿Y tú? ¿No lees?

«Ojalá te guste leer también».

Sora sonrió, se descalzó y se hizo un ovillo en el sofá. Me fijé en que llevaba unos calcetines de corazones algo infantiles, que me parecieron adorables.

—Soy más de escribir.

—¿Y qué escribes?

Se incorporó un segundo para tomar el cuaderno y me lo mostró. Entonces me fijé que ponía un THANKS en grande.

—Se llama *journaling*. O, bueno… —Sonrió—. Yo lo llamo mi cuaderno de todo. Aquí escribo lo que sea que lleve dentro. Una reflexión, una pregunta, una oración…

Me entró la estúpida curiosidad de si mi nombre también estaba escrito ahí dentro. Y me dio más miedo la respuesta que la duda.

—¿Y te ayuda? —quise saber.

—Mucho —afirmó rotunda—. Cada noche, anoto todo lo bueno que ha pasado en el día. A veces crees que el día ha sido un desastre, pero luego te das cuenta de la cantidad de cosas bonitas que ha tenido.

La escuché con atención. ¿Sería yo capaz de hacer eso?

—Empecé hace cinco años, después de mi primer campamento —explicó, con la mirada un tanto perdida, como rebuscando en sus recuerdos—. Me lo recomendó Teresa. Yo… no estaba demasiado bien por aquel entonces.

Medité aquellas palabras. Sora volvió la vista hacia mí, y probablemente tuvo que ver alguna expresión extraña, porque me preguntó:

—¿Qué pasa?

—No, nada —me disculpé, carraspeando para intentar recomponerme—. Es solo que me cuesta imaginarte… mal.

—¿Por qué?

—Siempre estás riendo. —Me encogí de hombros—. Siempre feliz. Parece que nada te afecta demasiado.

«Excepto David, por lo visto».

Se hizo un breve silencio mientras ella jugueteaba con su taza.

—La alegría es una decisión —dijo finalmente.

—¿De verdad crees eso?

Me costaba pensar que resultara tan sencillo. Tan simple como decidir estar contento. Y, aunque durante aquella semana había conocido a personas con historias durísimas que estaban alegres, seguía preguntándome cómo era posible hallar la felicidad cuando te encontrabas atravesando un huracán.

—Hace cinco años estuve aquí. En esta misma sala —comenzó—. Era mi primer campamento. También para… David.

Intenté que mi cuerpo no reaccionase ante ese nombre que me causaba tanta incomodidad. Me limité a observarla con cuidado por si su expresión corporal me daba más información. ¿Lo del martes habría sido una discusión sin más o el punto de no retorno?

—Todo fue bien durante casi toda la noche —explicó. Luego tomé un sorbo de café, como para ganar tiempo—. Pero a eso de las tres de la mañana, Loli quiso entrar en la casa.

Asentí, invitándola a continuar.

—Ella estaba lidiando con muchos problemas en su vida —me relató, con la mirada perdida—. Desde la casa comenzaron a acompañarla y venía a dormir de vez en cuando. Aquí hay una norma: solo puedes entrar a dormir si vienes sobrio. Si no, te toca dormir en la calle.

Tomó aire. Parecía que aquellos recuerdos la removían.

—Loli llegó a las tantas, completamente drogada y borracha —explicó—. Imagínate. David y yo éramos menores de edad en ese momento…

—¿Por eso ahora no pueden quedarse los menores? —pregunté.

Murmuró en señal de afirmación.

—El caso es que me dio tanta pena… —suspiró— que decidimos dormir con ella.

—¿En la calle?

—Sí —contestó, con una mueca—. En un cajero automático, que era donde Loli solía dormir. David la estuvo tranquilizando toda la noche, hasta que se quedó dormida. Y después me tranquilizó a mí, que estaba demasiado alterada y asustada. No dormimos nada.

Me tomé unos segundos para asimilar todo aquello. Intenté imaginar la escena: una Sora joven entre cartones, inquieta, incómoda por el duro suelo. Y un David amable, cuidándola de verdad, muy diferente al chico que había conocido en ese campamento.

—Al día siguiente nos cayó una buena bronca. —Esta vez lo dijo con media sonrisa—. Pero a mí esa noche me cambió la vida. Ver a Loli de esa manera nos recordó que la vida podía doler muchísimo, pero que siempre existen motivos por los que luchar. O por los que dar gracias.

Se quedó en silencio. Intuí que había mucho más que no me estaba contando. Y me pregunté si llegaría el día en el que podríamos ser sinceros el uno con el otro, sin reservas de ningún tipo.

—¿Y fue ese verano cuando conociste a David?

La pregunta salió antes de que pudiera pensarla demasiado. Me sentí estúpido al instante. Ella alzó la mirada, intentando descubrir algo en mi expresión, y yo me esforcé por mantener el rostro neutro, como si solo estuviera siguiendo el hilo natural de la conversación.

—Sí. —Hizo una pausa—. No eran mis mejores momentos. Estaba pasando por una situación difícil. David…

Se mordió el labio antes de continuar.

—David hizo que me sintiera vista por primera vez.

«Sería imposible no verte, Sora».

Pero no comenté nada. Tan solo me limité a apretar la mandíbula.

—Entiendo —dije—. Y desde entonces estáis juntos…

Aguardé su respuesta conteniendo la respiración, aunque procuré disimularlo. Quizá estaba cruzando una línea. Sora se abrazó las rodillas, apoyó la barbilla sobre ellas y se quedó escrutándome en silencio, como tratando de leerme la mente.

—Sí, pero lo hemos dejado muchas veces —musitó—. La última fue hace unos meses.

Intuí que su relación había sido complicada. En su rostro se marcaba un cansancio que iba mucho más allá de lo físico.

—Ya no estamos juntos —sentenció, encogiéndose de hombros—. Definitivamente.

Intenté rebuscar entre mi torpe repertorio de palabras alguna que la hiciera sentirse mejor, pero no encontré ninguna que estuviera a la altura.

«Idiota, di algo». ¿Pero qué se decía en esos casos?

—Lo siento —susurré.

«Eres imbécil».

Ella me miró con una ternura casi divertida.

—¿Y tú? —preguntó.

—¿Yo?

—Sí, tú. —Se acomodó mejor, todavía abrazada a sus rodillas—. ¿Algún drama amoroso que contar?

Bufé por la nariz y aparté la vista.

—Dramas, muchos —contesté—. Amor, bastante menos.

—Qué forma tan elegante de esquivar la pregunta.

Me humedecí los labios, intentando no sonreír, pero volví a mirarla a los ojos.

—No tengo novia, si eso es lo que preguntas.

Sora no respondió enseguida; parecía calmada.

—Preguntaba si hay alguien especial.

Durante un segundo, pensé en que el planteamiento resultaba ridículo. ¿Cómo iba a haber alguien especial si en los últimos meses mi único objetivo había sido sobrevivir? Por supuesto que no.

Y, sin embargo…

«¿La tengo delante?».

—No —respondí.

Sora me sostuvo la mirada mientras intentaba contener una pequeña curva en los labios.

—Vale —dijo.

—Vale —contesté.

Nos quedamos ahí, con una media sonrisa tonta instalada en la cara, como si ambos supiéramos que aquella conversación había significado más de lo que estábamos dispuestos a admitir.

27

SORA

El reloj marcaba las once de la noche cuando Marcos llamó a la puerta.

Después de hablar de nuestros respectivos no romances, la conversación se cortó de golpe; a ninguno de los dos se le ocurría qué más decir. Nos quedamos envueltos en un silencio extraño, de esos que no sabría si clasificar como incómodo, tranquilo o ambos a la vez.

Iker se había hundido en su libro. Las páginas pasaban despacio bajo sus dedos, y cada tanto fruncía un poco el ceño, como si estuviera resolviendo algo dentro de la historia. Me habría gustado seguir hablando con él —preguntarle cualquier cosa, aunque fuera tonta—, pero no encontraba nada digno de compartir en alto.

Y yo me había dedicado a escribir en mi cuaderno, aunque de vez en cuando le espiaba fugazmente. Había rellenado más de diez páginas en veinticuatro horas. Era la única forma que tenía de sacar todo lo que me bullía dentro tras la ruptura con David, pero no solo eso. También estaba plasmando mis miedos sobre el nuevo año, mis cansancios sobre ser coordinadora y, para qué mentirme a mí misma, la extraña sensación que me invadía estando cerca de Iker.

Porque, además, ahora sabía que ni tenía novia ni nadie especial esperándolo en casa. Y descubrirlo me dejó una sensación extraña en el pecho, incómoda y peligrosamente cercana a la esperanza.

—Hola, Marcos —saludé con amabilidad.

—Quiero salir a fumar, ¿me abrís?

Me levanté enseguida para atenderlo. Al volver, aproveché para estirar un poco el cuerpo. Llevaba dos horas clavada en la misma postura y ya tenía los hombros tensos, las lumbares quejumbrosas y el cuello rígido. Me incliné hacia delante, despacio, arqueando la espalda hasta tocarme la punta de los pies con los dedos.

—Bueno, Marcos suele salir a fumar cinco veces —le comenté a Iker mientras continuaba con la cabeza pegada a las rodillas—, ya solo quedan cuatro.

Al alzarme, me encontré con los ojos de Iker posados en mí. Tenía una media sonrisa que resaltaba su atractivo y no paraba de pensar que quería seguir hablando con él, no volver a sumirme en un silencio largo.

—¿Te gustan los dulces?

«Sora, ¿qué clase de pregunta es esa?».

—Me refiero a que —proseguí de inmediato, caminando hacia la mesa— Loli nos ha dejado bizcocho. ¿Te apetece?

—No tengo demasiada hambre —contestó Iker, levantándose del sofá—. Pero vale, probaré un trozo.

Se acercó a la mesa y, como la salita era tan diminuta, su brazo tocó el mío. Fue solo un instante, un roce leve de manga contra manga, pero bastó para que una electricidad extraña me recorriera la piel.

Tosí levemente, nerviosa, y me llevé un trozo de bizcocho a la boca.

—Mmm… —murmuré, saboreándolo un segundo más—. Es de pistacho. Mi favorito.

—Loli te cuida como una madre —comentó Iker y dio un bocado al suyo—. Está bastante rico, sí.

Lo observé mientras comía. El peso en el pecho que cargaba desde el martes empezaba a aliviarse, aunque ahora lo sustituía ese pellizco extraño y nuevo en el estómago.

—Sí, desde aquel día, dice que soy su ángel. Su Lucerillo.

—Lucerillo —musitó Iker—. Porque eres luz.

Alcé los ojos, algo avergonzada.

—Sora… —Los ojos de Iker vacilaron unos segundos—. Loli me dijo que estás detrás del programa Lev.

Tardé un segundo en reaccionar, con el corazón desbocado. Decidí meterme el último trocito de bizcocho en la boca, ganando así un tiempo valioso para pensar mi respuesta.

—Lo siento, Iker —fue lo primero que me salió—. No pretendía ocultarte nada, de verdad. Es solo que…

—Lo sé, tranquila.

Rozó mi brazo con suavidad en un intento de tranquilizarme. Me recordó fugazmente a aquella primera mañana de campamento, cuando yo había hecho lo mismo, pero él se había tensado. Me alegró pensar que aquellas dos personas no tenían nada que ver con lo que éramos en ese momento. Me estaba encantando esta nueva versión de ambos.

—No te lo decía porque me debas ninguna explicación. Entiendo por qué no querías contármelo.

Dio otro bocado al bizcocho y se fue hasta el sofá para sentarse de nuevo. Yo me quedé observándolo, un poco paralizada. ¿Se habría enfadado? ¿Se habría sentido observado, juzgado por mí? ¿Cambiaba eso algo entre nosotros?

—Aunque, para serte sincero, tengo curiosidad —dijo, en un tono calmado—. Y quería saber si te gustaría contarme un poco más. Por qué empezaste, cómo se te ocurrió… Y si alguna vez pensaste que llegaría un desastre como yo.

Me miró con una sonrisa divertida. Eso me dibujó otra en mí y por fin relajé los hombros.

«Quiere conocerme».

O, al menos, quería saber más sobre el programa; pero eso suponía una parte de mí, así que me era suficiente. Me senté a su lado, un poco más cerca que antes, esperando que no se sintiera incómodo.

Jugueteé con mi colgante mientras Iker me observaba con una atención tranquila, de esas que no interrumpen ni empujan. Entonces le conté cómo había surgido todo: aquella cena con Mateo, la propuesta a mi profesor, las tardes eternas ajustando el proyecto y, finalmente, la financiación. Intenté escoger bien cada palabra; sabía que Iker formaba parte del programa, pero no por qué estaba allí y no quería tocar sin querer una herida.

Él me escuchó sin prisa. De vez en cuando hacía alguna pregunta breve, solo para entender mejor, y asentía como si aquello le importara de verdad. Incluso en algunos momentos me avergoncé de tanta intensidad como estaba mostrando. No quería ser demasiado yo.

—Este sitio me cambió tanto que pensé que podía hacer lo mismo por otras personas —concluí—. Creo que siempre hay posibilidad de volver a empezar, no importa lo perdido que estés.

Me dio miedo sonar ingenua. Demasiado idealista, quizá. Pero Iker no se burló ni apartó la mirada.

—¿Y estás contenta? —preguntó con curiosidad sincera.

—Depende —suspiré con una media sonrisa—. Te preguntaré a ti si estás contento a final de mes. Si te ha servido y si te encuentras…

—¿Menos perdido?

Hice una mueca y miré hacia otro lado. Lo último que quería es que sintiera que lo estaba juzgando o estudiando como si fuera un proyecto. En ese momento, la puerta chirrió y Marcos entró de nuevo en la casa. Asomó la cabeza y nos dijo un simple «buenas noches» antes de marcharse.

—No sé por qué estás aquí, Iker. Intento no pensarlo —retomé la conversación, acurrucándome un poco en el sofá—. Aunque, por supuesto, me produce curiosidad, no voy a mentirte.

—Estampé mi coche contra un restaurante de lujo —dijo de repente—. No fue aposta.

Llenó los pulmones con una respiración lenta mientras yo abría los ojos como platos.

—Iba bastante bebido. Y bastante enfadado —continuó—. Aparqué en una cuesta y olvidé poner el freno de mano.

Me mordí el labio para no reírme. De todas las cosas que habría pensado sobre Iker, aquello no era una de ellas. Pero mi expresión me delató, porque me miró perplejo.

—¿Por qué te ríes?

—Perdón, perdón —dije sacudiendo la cabeza y dejando escapar una sonrisa—. Es solo que… me esperaba otra cosa.

—¿Qué esperabas? —preguntó, frunciendo el ceño, ofendido—. ¿Tan mala pinta tengo?

—No, no —contesté—. En realidad, me desconcertabas un poco. No se me ocurría nada lo suficientemente creíble como para que un chico como tú hubiera terminado aquí.

—Estoy aquí porque fui un idiota ese día —confesó, resoplando—. Era la primera vez que conducía bebido, te lo prometo. Ni siquiera me gusta el alcohol. Me encontraba mal y fui en busca de Álvaro, con la mala suerte de que vive en una maldita cuesta.

Ya no pude contener la risa imaginando la escena. Conociendo ya a Álvaro y sabiendo un poco más de Iker, la escena se dibujó sola en mi cabeza y resultó mucho más cómica de lo que debería. Finalmente, su expresión se relajó y acabó riendo también conmigo.

Esperé unos segundos, por si me contaba un poco más de lo que le había llevado a aquella situación, mientras en mi cabeza se montaban diferentes escenarios. ¿Una discusión con sus padres? ¿Una mala nota en el examen? ¿Una ruptura dolorosa?

Pero no añadió nada más, y como yo le había contado a medias lo de David, me pareció justo.

—Bueno, pues ya lo sabes. —Se encogió de hombros.

—Gracias por contármelo. —Sonreí.

—Y sí, deberías estar contenta —dijo—. La experiencia no te deja indiferente. Pero no quiero que me trates como un estudio clínico para tu informe. Por favor.

—¿Ni un poquito? —le piqué.

Puso los ojos en blanco, pero luego me miró. Primero a los ojos, pero un segundo después bajó a mis labios, lo que paralizó un poco los latidos de mi corazón.

—Tienes… —dijo, alzando un dedo con cierta indecisión.

—¿Qué…?

Me llevé una mano a la boca.

—Espera.

Se inclinó hacia delante. Me acarició la barbilla, demasiado cerca de la boca. Su tacto me dejó completamente helada y me pregunté si lo que estaba sintiendo tenía algún sentido. ¿Cómo me iba a estar colando por un chico como Iker?

—Tenías un poco de bizcocho. Perdón.

Me costó tragar y apreté los labios en una fina línea, evitando sonreír o hacer cualquier gesto que me delatara.

«Normalidad, Sora. Solo te ha quitado una miga de bizcocho».

Fingí un bostezo, como si no le hubiera dado importancia. Iker se levantó un momento para beber agua, lo que me dio unos segundos para tranquilizar mi desbocado corazón.

—¿Tienes sueño? —me preguntó, sonando totalmente casual.

«No ha pasado nada».

—En el campamento, siempre estoy cansada.

Y aquello era verdad. Estaba todo el día con una energía por las nubes; mitad adrenalina, mitad responsabilidad. Pero, en cuanto frenaba un poco, el cansancio me arrastraba a un agujero profundo. Desde la escenita de la playa, además, me costaba todavía más pegar ojo.

Y aunque aquel sofá no era demasiado cómodo y me había tomado un café, mi cuerpo se estaba relajando. La presencia de Iker

no me incomodaba como antes, ni tampoco me ponía en guardia. Me hacía sentir otras cosas más suaves y cálidas.

—Duerme un rato —me propuso Iker, sentándose de nuevo, ahora mucho más cerca—. Yo haré guardia.

Le miré fijamente.

—Estás siempre cuidando a todos —insistió—. Pero ¿quién te cuida a ti?

Iker se dio unas palmadas en su hombro, a modo invitación.

Dudé durante unos segundos. Sin poder evitarlo, pensé en David, porque, aunque ya no éramos nada, seguía sintiendo que le debía algo. Tal vez se había convertido en una vieja costumbre de la que tardaría tiempo en deshacerme.

Pero es que sentir el cuerpo de Iker más cerca era una invitación que me cosquilleaba el alma.

—No voy a dormirme —anuncié con convicción—. Solo me relajaré un poco.

Me acerqué a él y apoyé la cabeza en su hombro, tímida y progresivamente, hasta dejar caer todo el peso.

—Madre mía, te pesa un montón —bromeó.

Yo me incorporé de golpe y lo miré con la boca abierta, pero Iker se estaba riendo. Me gustaba ese lado divertido y relajado.

«Y otra vez estamos muy cerca».

—Tranquila, haré el esfuerzo. —Volvió a tocarse el hombro—. Pequeños gestos de amor. De eso hablas constantemente, ¿no?

Me acurruqué de nuevo y dejé que su aroma —una mezcla a madera y bosque— me reconfortase.

—Estás empezando a formar parte de la revolución —musité mientras cerraba los ojos.

—¿La revolución? —preguntó con suavidad.

—La revolución del amor —expliqué—. ¿No crees que hoy en día no hay nada más revolucionario que atreverse a amar a los demás? Eso dice siempre Loli.

Sentí un leve movimiento de su cabeza, como si asintiera.

—Suena grande —dijo.

—En realidad, empieza siendo muy pequeño. Tan pequeño como un granito de mostaza.

Guardó silencio e intuí que debía continuar ahora que se había abierto una grieta de escucha.

—Consiste en una rebeldía buena y sencilla. Elegir siempre el amor, por encima de todo —continué—. Elegir amar cuando sería más fácil no hacerlo. Elegir amar incluso en los gestos más diminutos, esos que quizá nadie más llegue a ver.

Él soltó el aire lentamente.

—Interesante.

—Por ejemplo…, quedarte cuando podrías irte. Escuchar, aunque estés cansado. Comprender antes de juzgar. Perdonar incluso cuando todavía duele…

Noté que se movía un poco, como acomodándose para atender mejor.

—Y ahí es donde empieza la revolución —continué—. Donde empiezas a bailar al son del Amor, como me gusta decir.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino de esos en los que algo está encontrando su sitio.

—Buscar el amor en todo lo que haces —murmuró finalmente, casi como si estuviera probando la frase en su boca.

—¿Cuántos gestos de amor con otros he tenido hoy? Me lo pregunto todos los días. Es algo que escribo en mi libreta, por ejemplo.

—Siendo honesto, me encantaría leer algo de esa libreta.

Su comentario me hizo abrir los ojos, y me ardieron las mejillas.

—Quizá algún día —susurré—. Solo si te portas bien.

—¿Portarme bien, en tu milicia, es amar mucho?

Yo susurré un leve sí.

—Me portaré bien, entonces. —Por su tono, supe que sonreía—. Intentaré hacer eso que dices. Lo de amar mucho.

—Puedes empezar con quienes tienes alrededor —continué—. Tienes a Álvaro. Al grupo entero…

—¿A ti? —preguntó.

Se me cortó la respiración durante una milésima de segundo.

—Ya lo haces —musité, intentando sonar ligera—. Cuidándome la quemadura, salvándome cada vez que tropiezo. O dejándome descansar en tu hombro.

Él respondió con un murmullo distraído, como si estuviera encajando las piezas. Luego nos sumimos en un silencio tranquilo y me permití cerrar los ojos de nuevo. Al principio había sentido el corazón desbocado, pero con el paso de los minutos, incluso nuestras respiraciones se habían acompasado.

Por un momento, pensé en que quedaban diecisiete días para que el campamento terminase. Y, de repente, me supo a insuficiente.

—Para ti es fácil, eres bailarina —comentó al cabo de un rato—. Sabes cómo hacerlo.

Pero ambos éramos conscientes de que no solo se refería al baile.

—A bailar se aprende bailando, Iker.

No sé en qué momento el cansancio me ganó sin darme cuenta. Mis pensamientos se fueron apagando uno a uno, sin ruido ni preguntas. Pero, antes de dormirme, tuve la certeza —simple y extraña a la vez— de que aquella noche no debía sostener nada, ni resolver, ni cuidar.

Porque Iker, a su manera, estaba decidiendo amar; estaba decidiendo amarme.

Y no, no hubiera querido estar con ninguna otra persona allí que no fuese él.

28

IKER

El campamento estaba superdespierto cuando aparcamos la vieja furgoneta frente a la puerta a las ocho de la mañana. Algo que contrastaba enormemente con la sensación que el cuerpo retenía tras una noche mal dormida en un sofá incomodísimo. Debíamos de tener un aspecto lamentable.

Nuestro grupo nos recibió con vítores y aplausos después de una guardia nocturna superada. Sora contó por encima que todo había ido bien, sin incidentes. Y mientras, no pude evitar fijarme en que Cris nos observaba con las manos apoyadas en la barbilla y una sonrisa pícara.

—¿Y habéis podido dormir algo? —nos preguntó.

—Un poco —respondió Sora, que me miró de soslayo.

Me sonrojé sin remedio.

Sora había dormido casi toda la noche. Y yo, en algún momento, también había caído rendido entre cabezada y cabezada. Me había despertado como a las seis de la mañana por una presión suave en mi cuerpo.

Al abrir los ojos, todavía medio dormido, lo primero que vi fue su pelo. Tenía la cabeza apoyada justo sobre mi pecho, siguiendo el ritmo de mi propia respiración. Su mano descansaba en mi hombro,

con los dedos cerrados de forma inconsciente; parecía haberse agarrado a la tela de mi camiseta en mitad de la noche sin darse cuenta.

Pero lo peor es que nos encontrábamos más acurrucados de lo que recordaba y que mi brazo se hallaba alrededor de ella. No rozándola con vergüenza. Tampoco por mero accidente. Estaba rodeándola. Mi cuerpo había decidido por mí que era ese exactamente el lugar donde tenía que estar.

Durante un buen rato —más largo de lo que me atrevería a confesar—, no me aparté. Me quedé ahí, inmóvil, conteniendo la respiración, sin querer romper aquel escenario improvisado. Y dándole vueltas a muchas muchas cosas.

Entonces Sora se removió y abrió los ojos despacio. Al reparar en nuestro abrazo, se incorporó de golpe. Su cara se tiñó de rojo en cuestión de segundos, como si hubiera estado haciendo algo prohibido y no simplemente dormir. Me había pedido perdón más de diez veces durante el camino.

—Vamos a dormir, que lo necesitamos —anunció Sora tras un rato charlando—. ¿Todo controlado?

El grupo asintió, en especial Cris. Pusimos rumbo a las cabañas, aunque dudé si podría quedarme dormido: tenía el corazón y los pensamientos demasiado acelerados.

—Buenas noches, Iker —dijo Sora, cuando llegó a la puerta de su cabaña—. Espero que puedas descansar. Que creo que no te he dejado mucho.

Seguía teniendo cara de cansada, pero se la notaba bastante más relajada. Me pregunté si yo había influido a hacerla sentir mejor.

—Descansa —le dije, dedicándole una sonrisa sincera.

Me sonrió durante algunos segundos de más y se metió en su cabaña. Yo me quedé allí, en mitad de la plaza de albero, pensando en qué hacer. No tenía ganas de dormir, pero tomarme un café a esas horas sería terrible para mi corazón. Tampoco me apetecía hablar con nadie, así que decidí buscar un refugio para estar en silencio con mis pensamientos.

Y aunque podría haberme dirigido hacia cualquier otro sitio —la mesa de siempre, por ejemplo—, algo tiró de mí hacia la capilla, que estaba completamente vacía. Siempre que la pisaba imaginaba que a mi madre le habría encantado. A pesar de que no era nada religiosa, le fascinaba cualquier lugar que le aportara calma y paz. Debía admitir que aquel era uno de esos lugares.

Por primera vez, elegí sentarme en uno de los bancos delanteros.

Apreté los labios, un tanto incómodo, sin saber qué hacer con mi cuerpo o mis pensamientos. ¿Me sentaba? ¿Me arrodillaba? ¿Miraba al frente? ¿Al cielo? ¿Cerraba los ojos? ¿Se suponía que tenía que pensar en algo concreto o, precisamente, dejar la mente en blanco? Hasta en la capilla había unas normas no escritas que el resto parecía conocer y yo no.

Intenté recordar lo que había visto esos días, y si había algo que todos hacían, era cantar. A mi lado descansaba un cancionero con unas letras de goma eva en la portada que decían MARTA. Seguro que a mi compañera de grupo no le importaría que le tomara el librito prestado. Quizá entre esas páginas encontraría alguna pista.

Abrí una al azar y leí las estrofas:

Reviento de amor, estoy temblando de gozo
Te como con la mirada, estás aquí y no estás solo.

Me removí incómodo en el banco. No sabía si me desconcertaba más ese reventar de amor o que alguien me dijera que no estaba solo en este mundo. Porque la soledad era la mochila más pesada con la que cargaba.

Cada lágrima, cada risa, en mi memoria se han grabado.

Intenté imaginar a alguien fijándose en todo eso. En cada gesto. En cada detalle de otro. Y me di cuenta de que ya empezaba a hacerlo con Sora de forma inconsciente.

Quiero entrar, hacerte mío, curar tu herida si me la das.
Si por un segundo vieras cómo te miro
No querrías ver nada más.

Levanté la vista del papel un segundo. Aquellas palabras me resultaban demasiado grandes, casi exageradas. Aquel amor del que hablaba la canción —y del que tantas veces hablaba Sora— me parecía imposible.

Cerré el cancionero y suspiré. Recorrí la vista por la capilla hasta que observé un cuadro gigante que se apoyaba en un árbol. El hombre de la imagen tenía pelo largo y barba poblada, con la frente surcada por finos hilos de sangre. Los labios estaban relajados, y una de las comisuras se elevaba ligeramente, mientras que una lágrima le recorría la mejilla.

Sin embargo, lo que más me inquietaron fueron sus ojos —de un color extraño, entre el verde y el marrón— que conservaban una amabilidad desconcertante. No parecía juzgar o exigir nada; miraba

más bien como quien entiende sin necesidad de explicaciones. Como si, de hecho, hubiera memorizado cada lágrima y cada risa, y aun así hubiera decidido quedarse. Como si quisiera curar mi herida para siempre.

Pensé que, si Dios existía de verdad —y no creía que existiera, que conste—, quizá no se parecía a esa especie de hada mágica que yo solía imaginar de pequeño. Tampoco a un Zeus enfurecido con un rayo en la mano esperando el momento perfecto para castigar a alguien. Puede que se aproximara más a aquello: una mirada cálida, cansada y extrañamente serena, incluso con una herida abierta en la frente.

Hundí la cara entre las manos.

«Muerto en vida. Dolor mal colocado. Sigue bailando, aunque duela. Él cree en ti. La revolución del amor».

Todas las palabras que se me habían clavado desde que llegué se arremolinaban en mí. El dolor que traje el primer día no había desaparecido por completo; Madrid seguía esperando mi vuelta, junto con todos los problemas que no parecían tener solución. Mis padres no habían vuelto de entre los muertos. Lucía seguía sin estar conmigo. Mi batalla legal con Javier continuaba.

Y, sin embargo, ya no quería morirme. Lo cual veía como un avance considerable.

Estaba incluso disfrutando del campamento. Bueno, no sabía si «disfrutar» era la palabra correcta, pero sí que me levantaba con un propósito. Y Sora tenía mucho que ver, aunque me empeñase en negarlo de forma categórica.

Cerré los ojos. No para rezar —ni mucho menos—, sino para descansar un segundo. Para dejarme llevar por su sonrisa, por su

voz, incluso por ese olor suyo que ya empezaba a reconocer.

Porque, sin buscarlo y mucho menos desearlo, Sora me había atravesado por completo.

Sora era luz de madrugada. Esa claridad fina que se cuela por la rendija de la persiana cuando, después de demasiadas noches malas, por fin consigues dormir unas horas seguidas. Primero molesta. Te obliga a entrecerrar los ojos, a girarte, a protestar. Pero luego notas el calor tibio sobre la cara y recuerdas algo importante: afuera sigue existiendo el mundo.

Yo llevaba demasiado tiempo acostumbrado a la oscuridad. A sobrevivir más que a vivir. La tristeza, cuando se instala mucho tiempo, termina pareciéndose peligrosamente a una casa. Al principio quise apartar su luz. Ignorarla; incluso apagarla. La vida a oscuras tenía algo perverso: todo duele más. Aunque el desastre se esconde mejor.

Pero la luz no está hecha para ser ocultada o guardada en un cajón. La luz no pide permiso para alumbrar, sino que busca cualquier grieta para colarse. Y Sora se me había colado justo por ahí.

Cuando ella estaba cerca, el mundo volvía a parecer habitable, incluso bonito. Poco a poco, me estaba acostumbrando otra vez al sol. Pero eso daba más miedo que toda la desesperanza que había sentido hasta ese momento.

¿Podía ser tan sencillo? ¿Podía una chica, con su risa fácil y su manera de mirarte como si de verdad importaras, devolverte las ganas de seguir viviendo? ¿O solo estaba confundiendo la luz con un incendio que acabaría devorándome para luego apagarse?

Un ruido me sacó de mis pensamientos. El padre Mateo entraba por la puerta de la capilla con una caja en las manos y no pareció notar mi presencia hasta estar dentro.

—Uy, lo siento —se disculpó al verme—. No quería interrumpir. Vuelvo después.

—No, no te preocupes —dije rápidamente mientras me ponía de pie—. Ya me iba.

—¿Cómo estás? —preguntó, caminando hacia el altar y dejando la caja en el suelo—. Has tenido turno de noche con Sora, ¿no?

—Sí —asentí—. Hemos llegado hace un rato.

—¿Y qué tal ha ido?

Se agachó en el suelo y, mientras abría la caja, me miró aguardando respuesta.

—La noche ha sido tranquila. Todo bien.

—¿Y qué tal Sora? —quiso saber—. Espero que haya podido descansar un poco. La pobre debe de estar agotada.

Tragué saliva, absurdamente nervioso. Sí, Sora había dormido. Pero tuve que recordarme que el padre Mateo no tenía por qué saber que habíamos acabado durmiendo abrazados. Además, había sido sin querer. No había pasado nada más, nada de nada.

—Sí, ha echado alguna cabezada —terminé por decir—. Ahora está durmiendo.

El padre Mateo asintió mientras empezaba a desmontar la decoración del altar.

—¿Y tú? ¿No duermes? —preguntó con una Biblia en la mano.

—Estoy demasiado activo. —Me froté la nuca.

—Suele pasar —rio—. Demasiadas emociones. ¿Quieres ayudarme?

Dudé unos instantes. El padre Mateo había intentado acercarse a mí en varias ocasiones durante el campamento, pero siempre le había ignorado o evitado. Era la primera vez que su presencia no me molestaba o incomodaba, así que me aproximé a él.

—Me gusta cambiar la decoración del altar de vez en cuando —comentó Mateo—. Así se mantiene la emoción. Estos jóvenes de hoy en día necesitan estímulos constantes. Si hasta para rezar hay que competir con TikTok.

Le sonreí en respuesta. Parecía mayor que nosotros, pero no tan viejo como yo había imaginado que sería un sacerdote.

—¿Y qué tal lo demás? ¿Te está gustando el campamento? —quiso saber mientras me pasaba algunas cosas para guardar en la caja.

—Digamos que me costó adaptarme. —No iba a hacer el menor esfuerzo por ocultarle lo evidente. Ya me habían repetido muchas veces que, en los primeros días, el malestar se me notaba en la cara —. Yo… no estaba demasiado bien.

Se instaló un silencio entre nosotros. El padre Mateo esperó pacientemente a que prosiguiese, como si algo le dijera que yo quería continuar hablando.

—He pasado un año un poco complicado —expliqué bajando la voz, como si me diera miedo que los pájaros me escucharan.

—Entiendo —dijo, sacando una tela bordada con dibujos bolivianos—. A veces uno no puede evitar la tempestad, pero sí puede hacer dos cosas. Lo primero, buscar refugio.

—¿Refugio?

—Buscar refugio es… —Desenvolvió la tela—. Es buscar tu paraguas. Tus botas de agua. Probablemente no te mantendrán seco todo el día, pero al menos te evitarán una pulmonía.

Yo le escuchaba con atención, intentando entender algo de sus palabras. Mateo podía ser un cura con alma de poeta, un romántico incurable o, tal vez, otra prueba de que en aquel campamento nadie sabía contestar sin convertirlo todo en metáfora.

—Y lo segundo, encontrarle un sentido.

Vacilé unos segundos. Así, de primeras, el único refugio en el que se me ocurría pensar era Álvaro. Y ahora también Sora, sería estúpido negarlo. Pero sobre el sentido… Todo lo que había pasado en mi vida era un absoluto caos terrible; ningún Dios podría hacérmelo entender de otra forma, si era eso a lo que el cura se refería.

—Supongo que aún ando en búsqueda de todo eso —me limité a decir, sin ganas de entrar en detalles.

—Mírale un segundo —me pidió, señalando el cuadro del hombre que había observado—. ¿Sabes que Él también tuvo sus momentos de duda? También quiso que dejase de llover. Y en medio de la lluvia, se sintió solo y abandonado.

—No estamos hablando de lluvia, ¿verdad?

El padre Mateo hizo una mueca divertida y yo observé de nuevo el cuadro. Sus ojos no se parecían en nada a los míos, que una vez habían estado llenos de rabia y desesperación. Eran unos ojos llenos de amor.

—Pero luego vino el arcoíris —continuó, ensimismado en su metáfora—. Y gracias a esa lluvia, la tierra germinó y dio mucho fruto. Fruto que se mantiene hasta hoy.

—¿Eso no pasaba con el arca de Noé?

Una risa sincera salió de él. Había que decir en su favor que sabía aceptar una broma.

—El dolor de la lluvia nadie se lo evitó. De hecho, muchos te dirán que fue un completo sinsentido, algo innecesario. Pero esto no va de justicia o no. Esto va de bailar bajo esa lluvia de la mejor forma que sepamos.

—¿Por qué todos habláis tanto de baile? —pregunté, permitiendo que una ligera sonrisa asomara en mi cara.

—Sora nos tiene mal influenciados —contestó con un suspiro—. Pero ¿sabes qué? Lo mejor es tener la seguridad de que, por mucha tormenta que haya, si escuchas con atención siempre puedes oír un breve susurro que te recuerda que no estás solo.

Me observó con detenimiento.

—A veces es algo pequeño. Casi imperceptible, incluso ridículo…, pero que lo cambia todo.

Entonces los recuerdos llegaron sin pedir permiso. Mis manos apretando una barandilla fría. El metal clavándose en la piel. La noche cerrada de Madrid. Todo demasiado quieto abajo, como si me estuviera esperando. Un pensamiento ahogado recorriéndome entero: «Si doy un paso más, todo estará bien».

Y después, la brisa leve. El sonido mínimo del carrillón. No una voz reconocible, ni un milagro extraordinario. Solo una presencia suave, pero real.

—Como un soplo de vida —musité, sin controlar mis palabras.

—¡Exacto! ¡Eso es!

El padre Mateo me dedicó una sonrisa amable.

—Iker, por lo que sea que estés pasando… Busca ese soplo de vida.

Llevaba un buen rato sentado a cierta distancia, observando a Sora desde fuera de la capilla.

Me había despertado en mitad de la noche, con el sueño completamente desordenado, y al volver del baño la vi. O más bien la escuché.

Casi todo el campamento dormía ya, agotado después de la verbena del Oeste. Sora apenas se había disfrazado —un pañuelo al cuello y poco más— y tampoco había bailado demasiado. Estaba mejor que el martes, pero seguía en tensión. Lo noté porque pasó la noche esquivando a David mientras él tonteaba descaradamente con aquella rubia de bote.

Y eso me hizo sentir como un idiota. Porque me recordaba que yo no tenía nada que hacer ahí. Que, por mucho que lo suyo se hubiera roto, seguía sin poder competir con todo lo que Sora había sentido —o seguía sintiendo— por él.

El orgullo me tentó a volver a la cama y fingir que no había visto nada, pero entonces la escuché sollozar. Me quedé en el muro, a la intemperie, sin saber si acercarme o dejarla en paz. Quizá quería estar sola. Puede que lo último que necesitara fuera verme a mí. Pero cada sollozo suyo me retenía todavía más.

Al cabo de un tiempo que no fui capaz de determinar, Sora salió de la capilla en plena oscuridad. Pensé en escabullirme, pero ya era tarde: me había visto entre las sombras.

«A la mierda».

Me levanté con paso decidido y me dirigí hacia ella. Gracias a la luz tenue de la luna llena, pude ver con claridad que tenía la cara roja de haber estado llorando.

—Iker —dijo, sorprendida—. ¿Qué haces despierto?

Su voz sonaba débil, como si aún estuviera intentando recomponerse.

—Yo… —dudé, pero las palabras de Cris, «quítate la armadura», resonaron en mi cabeza otra vez—. Lo siento. Estaba preocupado por ti.

Parpadeó, sorprendida, y luego me dedicó una sonrisa sincera.

—No podía verte llorar y no hacer nada —continué, más envalentonado de la cuenta—. Pero si prefieres estar sola, lo entiendo perfectamente.

Sus ojos vacilaron unos instantes, que se me hicieron eternos.

—No me apetece mucho hablar —dijo—. Pero agradecería tu compañía.

Caminamos en silencio hasta una especie de pequeño anfiteatro de piedra y nos sentamos en el primer escalón. Esta vez, dejamos que nuestros hombros se rozaran. Yo quería abrazarla, tomarla de la mano, acercarme más, pero prefería ser prudente. No sabía a qué distancia estaba todavía su corazón. Ni siquiera tenía claro dónde situar el mío.

—Iker… —dijo Sora al cabo de unos minutos, con un hilito de voz.

—No tienes que contarme nada —la interrumpí con suavidad—. Está bien si solo nos quedamos así, en silencio.

—Debería cuidarte yo a ti, no al revés —respondió. Parecía un poco más animada—. Soy tu coordinadora.

Ladeé la cabeza para mirarla de nuevo. Estaba guapísima con los ojos brillantes, el pelo revuelto y esa fragilidad desarmada que la volvía aún más real.

—Pero yo soy mayor —repliqué—. Y ya sabemos que, a veces, te conviertes en una damisela en apuros.

Bromeé, dándole un leve empujón con el hombro. No sabía si era el momento, pero necesitaba arrancarle una sonrisa. Ella bufó y apenas levantó una comisura. Me bastaba por el momento.

Volvimos a quedarnos en silencio, ambos mirando las estrellas. Jamás había visto un cielo tan lleno; incluso se distinguía la franja lechosa de la Vía Láctea. Ojalá hubiera recordado alguna de las clases que Álvaro me había dado —muy a mi pesar— para distraerla, pero temía hacer el ridículo, así que me mantuve callado.

—¿No tienes sueño? —me preguntó en voz baja.

—Me quedaré hasta que te sientas mejor —dije a modo respuesta.

Sin esperarlo, Sora se acurrucó en mi hombro, tal y como había hecho la noche anterior. Solo que ahora parecía más una decisión que consecuencia del cansancio. Tuve que tragar saliva por los nervios, pero su contacto me reconfortó.

—Me siento mejor —afirmó—, pero no te vayas aún, porfa.

Aquello me hizo sonreír irremediablemente. No pude evitarlo más y dejé caer una mano sobre su muslo, con extremada cautela, dándole el tiempo suficiente para apartarse si aquel gesto la incomodaba. Pero no lo hizo, sino que se acurrucó un poco más contra mí.

Y allí, bajo el cielo estrellado y con nuestras respiraciones acompasándose de nuevo, sentí que algo en mi interior cedía. Como si alguien hubiera soplado despacio dentro de mi pecho y, después de mucho tiempo, mis pulmones recordaran cómo se hacía aquello de respirar sin dolor.

Tal vez Sora era ese pequeño soplo de vida.

29

SORA

—Menudo *plot twist* de tu verano, Sori —bromeó Cris—. *Unbelievable!*

Cris, Teresa y yo nos habíamos bajado a la piscina un poco antes de comer, aprovechando que era sábado y podíamos relajarnos un poco. Como había torneo de fútbol, casi todo el campamento se encontraba viéndolo y nosotras estábamos solas, con los pies metidos en el agua fría. Cris, con un bañador asimétrico de color esmeralda. Teresa, con un pantalón remangado y una camiseta graciosísima en la que se leía: I DRINK WINE WITH JESUS.

Por supuesto, ya les había contado todo lo que había pasado con Iker, con pelos y señales; porque, aunque trataba de no precipitarme, guardar silencio con ellas se sentía como alta traición.

—¿Quién te iba a decir que por fin ibas a mandar a David a freír espárragos y te ibas a pillar del chico rebelde del programa?

—¡Yo no he dicho que esté pillada! —protesté—. Solo he contado los hechos. Objetivamente.

Cris soltó una carcajada tan fuerte que hasta Teresa negó con la cabeza, divertida.

«No estoy pillada. No puedo estar pillada ya».

—Me parece adorable que Iker te esperase fuera de la capilla —apuntó Teresa, removiendo el agua con los pies.

—Mira ella… Eres una romántica —comentó Cris, riendo—. ¿Ya has abandonado el barco de David?

—Ahora soy Team Iker. —Sonrió Teresa—. O como digáis los de vuestra generación.

—La verdad es que es otro Iker —admitió Cris—. El programa está funcionando, deberías estar contentísima.

Bajé la vista al agua con una amplia sonrisa. Por supuesto que estaba orgullosa de cómo estaba yendo todo, pero especialmente del cambio de Iker.

Empezaba a mostrar una parte de sí mismo que, quizá, ni él sabía que tenía. Una versión de un chico amable, atento, de esos que cuidan sin hacer ruido. Y yo empezaba a acostumbrarme a que me cuidara; me sentía demasiado bien cuando lo hacía.

—¿Cómo te encuentras hoy? —me preguntó Teresa, esta vez más suave.

La pregunta me dejó en silencio unos segundos.

Anoche había llorado durante horas. Por David. Por el proyecto de relación que por fin se rompía del todo. Por mí. Por la versión de mí misma que ya no iba a volver. Lloré por Corea, por el miedo a equivocarme otra vez, por ese sentimiento nuevo que empezaba a aflorar con Iker y que me daba un vértigo tremendo.

—Me siento más ligera —admití.

Como llegar a casa después de un día eterno y quitarte unos vaqueros demasiado apretados. O como tirarte de cabeza a la piscina después de horas de calor.

—Chicas, hoy tenemos que celebrar —dijo Cris, chasqueando la lengua—. ¿Vamos al karaoke esta noche?

—¡Me apunto! —exclamó Teresa levantando la mano—. Esta noche cocina la hermana Pilar, así que puedo escabullirme.

—¿Y qué celebramos exactamente? —pregunté.

—Tu ruptura definitiva, nuestra paciencia contigo todos estos años, que el campamento está yendo bien… —enumeró Cris, contando con los dedos— y que claramente se está escribiendo una nueva historia de amor.

Le salpiqué agua sin pensarlo. Cris gritó con dramatismo, como si la hubiera intentado ahogar, mientras Teresa soltaba una carcajada.

—Celebremos el amor —declaró ella, señalando al cielo con expresión mística—. Pero el de verdad.

—Venga, es tradición ir al karaoke al menos una noche —insistió Cris, mirándome.

Y en eso tenía razón. Tres años antes habíamos salido a pasear por la costa de Cádiz y, sin saber muy bien cómo, terminamos metidos en un antro sorprendentemente animado, lleno de gente de todo tipo, con un escenario al fondo y las letras de las canciones desfilando por una pantalla. Y desde entonces habíamos vuelto cada verano.

—Vaaale —me rendí—. ¿A quién se lo decimos?

—Solo a nuestro grupo —sentenció Cris—. Iker y Álvaro incluidos.

—¿Y la invitación es por mí o por ti?

—Por ti, por supuesto —respondió rápido, quitándole importancia —. Álvaro y yo solo somos amigos.

—Amigos que se aman en secreto —canturreé.

—¡Que tiene novia! —protestó Cris, salpicándonos agua como defensa.

—Pues precisamente por eso, muestren un poco de piedad con el muchacho —intervino Teresa—. Bastante cacao tendrá ya en la cabeza, el pobre.

—Eso. Exacto. Gracias, hermana —asintió Cris—. Por fin alguien que comprende mi sufrimiento.

Teresa sonrió divertida.

—No he dicho que fueras la víctima, Cristina Bay.

Ella le dio un pequeño empujón y acabamos a carcajadas.

Desde aquella noche en la casa de acogida, algo entre Cris y Álvaro había cambiado. Seguían igual en apariencia: la misma forma ligera de tratarse, las mismas conversaciones, la misma facilidad para encontrarse en cualquier sitio. Pero ahora había una conciencia nueva debajo de todo aquello y una decisión entre ambos de no traspasar ninguna línea.

Y aunque Cris seguía fingiendo que no le importaba, yo la conocía demasiado bien. Y tenía la sospecha de que ambos estaban esperando justo lo mismo: descubrir qué quedaría de todo aquello cuando el verano terminara.

Tras reírnos un rato, dimos por hecho que aquella noche saldríamos y empezamos con el asunto verdaderamente importante: los outfits. Cris defendía que debíamos quitarnos la ropa deportiva y vernos es-pec-ta-cu-la-res, en sus palabras. Así que durante los siguientes veinte minutos, debatimos sobre vestidos, vaqueros, pendientes y zapatos, como si nos fuera la vida en ello, mientras Teresa nos escuchaba y se reía.

—Miren, pueden preguntar qué van a llevar ellos, así van a juego —comentó Teresa, sonriendo.

No supe a qué se refería hasta que seguí su mirada y vi a Álvaro e Iker bajando por el camino de tierra, toalla al hombro. De repente, sentí las mejillas ardiendo y no precisamente por el sol.

—Mejor las dejo solitas, que esto tiene pinta de escena romántica y no quiero salir de extra —murmuró Teresa, poniéndose de pie—. Hala, pórtense bien.

Yo aguanté la respiración. Durante todo el día apenas había cruzado alguna mirada breve con Iker. Parecía que ninguno de los dos sabía muy bien cómo actuar después de lo que había pasado la noche anterior. La intimidad que habíamos compartido, ambos sentados bajo las estrellas, con su mano en mi pierna y mi cabeza en su hombro…

¿Estaba exagerando? ¿Y si lo había entendido todo mal? ¿Y si solo había sido un gesto amable, una cercanía momentánea? ¿Y si para él yo seguía siendo tan solo la chica atrapada en una historia que todavía no había terminado del todo? ¿Y si Iker solo buscaba un rollo fugaz de verano?

Los pensamientos empezaron a girar unos sobre otros dentro de mi cabeza, cada vez más rápido, hasta marearme. Llegó la inseguridad, violenta y arrasadora, junto con el miedo de no ser suficiente para que se quedase conmigo. Y no se me ocurrió hacer otra cosa que meterme en la piscina, zambullirme hasta el cuello y darles la espalda, en un intento de fingir que no estaban allí.

—¿Qué haces? —preguntó Cris con la voz en un tono más bajo.

—Haz como que me hablas —pedí.

—Te estoy hablando —rio—. ¿Ahora te da vergüenza estar con Iker? Anoche, mientras te abrazaba, no te daba tanto palo…

Me giré un momento para lanzarle una mirada fulminante, pero ella aprovechó para tirarme besitos al aire.

—¡Hola, chicos! —llamó ella, vengativa, sin dejar de mirarme.

—Cris, te voy a matar —mascullé.

—Aprovecha —susurró mi amiga rápido, en los pocos segundos que nos quedaban hasta que nos alcanzaran.

—Precisamente tú no me des lecciones —la regañé.

—Yo tengo excusa —puntualizó—. Tú no.

Me guiñó un ojo y la conversación murió en el acto, porque los chicos acababan de entrar en mi campo de visión. Nuestros ojos se encontraron e Iker me dedicó una sonrisa pequeña, casi avergonzada, y a mí se me removió todo por dentro.

—*Hey, what's up*? —saludó Cris.

—Hace un calor horrible hoy, ¿no? —respondió Álvaro.

El silencio que siguió fue breve, pero lo bastante incómodo como para que me entraran ganas de hundirme un poco más en el agua. Yo no tenía ni idea de qué decir. Y, por la expresión de Iker, diría que él tampoco lo sabía.

—El agua está fresquita —comentó Cris entonces, con esa sonrisita traidora que ya le conocía demasiado bien.

—Yo soy más de secano —contestó Álvaro. Se sentó con naturalidad junto a mi amiga y metió los pies en el agua.

—¿Y tú, Iker? —preguntó Cris, con tono divertido—. ¿No te apetece un baño?

Quería ahogar a mi amiga.

Él se lo pensó unos segundos sin desviar la mirada de mí, como si esperara que yo dijera algo, pero no lo hice. Entonces se quitó la camiseta y la que pensó que se ahogaba fui yo.

Se lanzó a la piscina de cabeza. Álvaro protestó al instante, quejándose de que le había empapado las gafas. Yo estaba demasiado inmóvil como para inmutarme.

Iker sacó la cabeza del agua, se frotó los ojos y me sonrió. Luego comenzó a nadar tranquilamente hacia mí mientras yo intentaba actuar con normalidad. Pero es que estaba tan irresistiblemente guapo con el pelo mojado que mi cerebro había olvidado cómo funcionar.

—Creo que es la primera vez que te veo bañarte —comenté.

Sin darme cuenta, fui echándome hacia atrás hasta que la espalda me rozó el bordillo, algo apartada de Álvaro y Cris, que ya se habían enzarzado en una conversación sobre el torneo de fútbol al que no habíamos asistido. Por un momento tuve la impresión de que el mundo se había estrechado hasta dejarnos solo a Iker y a mí.

—Han cambiado muchas cosas en estas dos semanas —dijo al ponerse de pie, el agua bajándole lentamente hasta la cintura.

Se apartó el pelo mojado de la frente con ambas manos y buscó mi mirada. Yo intenté quedarme ahí, sin descender hacia las líneas que se dibujaban en su torso.

—No te he visto apenas en todo el día —solté, sin pensar demasiado.

Él desvió la vista un instante, removiendo el agua con la mano.

—He estado ocupado ayudando al padre Mateo —dijo—. Pero, aparte de eso… He tenido un ligero contratiempo.

Volvió a mirarme, con expresión divertida.

—¿Ah, sí?

—Se llama Cris. No te deja sola ni un minuto.

—No muerde, ¿eh? —comenté con un bufido, aunque me había sonrojado ligeramente—. Bueno, casi nunca.

Él soltó una pequeña risa.

—Ha sido difícil encontrar el momento para hablar contigo —musitó, encogiéndose de hombros.

—Pues ya lo has encontrado —respondí alzando las cejas—. Así que no tienes excusa, ¿no?

Apreté el labio inferior entre los dientes mientras le observaba. Llevaba años sin ejercitar el arte del tonteo, así que no recordaba para nada cómo se hacía. Menos aún con alguien que no fuera David.

—Ahora mismo ya no me acuerdo de lo que quería hablar contigo —bromeó, cruzándose de brazos—. La próxima vez sacaré cita con antelación.

—¿El médico tiene pérdidas de memoria?

Le lancé un pequeño chapoteo con la mano, apenas un abanico de agua que le salpicó el pecho. Iker abrió la boca de forma desmedida.

—¿Ah, sí? ¿Conque esas tenemos? —soltó entre risas, y yo solo pude pensar en lo maravillosamente relajado que se le veía.

Se inclinó hacia delante y respondió con un chapoteo mucho más grande, que levantó una ola corta que me dio de lleno en la cara. El agua me entró en los ojos.

—¡Iker!

Parpadeé rápido y le devolví el ataque empujando el agua hacia él con ambas manos, una y otra vez, sin darle tregua. Escuché que carcajeaba y avanzó hacia mí a grandes zancadas dentro de la

piscina, levantando pequeñas olas que fueron a estrellarse contra todo mi cuerpo. Intenté seguir salpicándole, pero me atrapó por la cintura. Forcejeamos un momento, más jugando que peleando, hasta que consiguió inmovilizarme frente a él.

—No conocía esta parte violenta de ti —bromeó.

No aparté la mirada, aunque tenía la respiración totalmente acelerada. Por enésima vez, demasiado cerca.

—Hay mucho que no conoces de mí todavía… —contesté.

—Estoy deseando hacerlo —respondió, con la vista clavada en mí, como si de repente hubiéramos dejado de jugar.

Tuve que reprimir una sonrisa mientras sentía que el corazón se me salía del pecho. A pesar de que el agua estaba congelada, el calor me subía por cada parte de mi ser. Aprovechando que aflojó los brazos, me zafé de él y comencé a nadar hacia la parte profunda de la piscina.

«Claro que quiero que me conozcas. Y no solo que me conozcas. Por alguna extraña y sorpresiva razón, también quiero…».

—¡No huyas! —protestó él, divertido.

Segundos después, oí el chapoteo detrás de mí. Iker no tardó en alcanzarme, así que me sumergí para esquivarlo. De pronto los dos estábamos jugando bajo el agua; nos empujábamos, nos hacíamos pequeñas ahogadillas y salíamos a la superficie entre risas como niños despreocupados.

Por su altura, Iker hacía más pie que yo, así que, derrotada, terminé apoyada en su espalda. El contacto de su piel desnuda me produjo escalofríos.

—*Oh, shiiiiit!*

El grito de Cris nos devolvió de golpe al mundo real. Nos separamos y nadamos hacia ella y Álvaro, que llevaban un buen rato ignorándonos. No sabía si por delicadeza o porque ellos también se hallaban demasiado entretenidos en lo suyo.

—Nos tocaba poner las mesas —me recordó mi amiga, que ya se había levantado y se estaba terminando de colocar la camiseta con el *walkie* en la mano—. Mateo me estaba preguntando que dónde estamos. Es tardísimo.

—Ay, no —me lamenté—. Lo siento, se me ha ido la hora. Esperad, salgo.

—Tranquilos. Vais a tardar en secaros. Me subo con Cris y vamos empezando —dijo rápidamente Álvaro.

Sin más, nuestros amigos salieron disparados hacia el comedor, dejándonos atrás. Y, aunque me pesaba en el alma, no nos quedó otra que volver a la realidad y salir del agua. Iker se adelantó y, cuando llegué a la escalera, ya estaba allí, esperándome con mi toalla en las manos. Me la colocó sobre los hombros y me envolvió con cuidado.

Pero cuando me quise dar cuenta, no era solo la toalla lo que me rodeaba.

No supe muy bien quién dio el primer paso —si fue él o fui yo—, pero de pronto estábamos abrazados. Mis brazos alrededor de su cintura y los suyos rodeándome por encima de la toalla.

—Ya me he acordado de qué quería decirte —dijo bajito, sin soltarme.

—Ah, ¿sí?

—Quería saber cómo estabas —prosiguió mientras me acariciaba tímidamente el hombro—. Pero no pretendía agobiarte ni nada de

eso. Ni que pensaras que soy un pesado.

—Nunca pensaría eso de ti —respondí antes de poder frenarme—. De hecho, estaba deseando que vinieras. Yo también quería decirte algo.

Mi corazón comenzó a galopar con fuerza. Tanto que pensé que no sería nada sano.

—Ah, ¿sí? —repitió él. Y aunque no le veía la cara, aposté a que estaba sonriendo.

—Gracias por quedarte conmigo anoche —susurré.

Me acurruqué un poco más en su pecho. Estar entre sus brazos era demasiado fácil, natural, cálido. Como si aquel lugar hubiese estado esperándome desde siempre. Y lo único que deseaba era permanecer allí, quieta, sin pensar en nada más, durante horas.

—No, gracias a ti —respondió él—. Al fin y al cabo, tú te quedaste primero. Cuando era un capullo y no entendías nada.

—Me alegra que ya no seas un capullo. Me gusta más esta versión.

Él dejó escapar una risa breve y me apretó aún más. Sentí cómo inclinaba apenas la cabeza y, con una lentitud casi reverente, apoyaba los labios en mi sien. No fue un beso, pero sí el roce cálido de su boca, que permaneció allí, inmóvil.

—Sora…

Su voz sonaba increíblemente frágil, y nunca le había escuchado ese color.

—Desde el primer día has dicho que en el campamento todo es muy intenso —musitó—. Que las emociones afloran y que a veces se confunden. Y eso… me da miedo.

Cerré los ojos.

—Yo también tengo miedo —murmuré.

Tomó aire despacio y se apartó lo justo para mirarme.

De nuevo estaba tan cerca que podía sentir su respiración en mi cara. Como aquel día en la gincana, cuando sus manos me rodearon por primera vez y algo dentro de mí comenzó a desordenarse, sin ser consciente. O como aquella noche en la casa de acogida, cuando amanecimos más abrazados de lo que habíamos planeado… y fingí seguir dormida solo para quedarme un poco más, disfrutando de su calor.

No sabía qué éramos ni a dónde nos llevaría todo esto. No tenía claro cuáles eran mis sentimientos ni, mucho menos, lo que Iker sentía por mí. Pero en medio de toda esa incertidumbre, encontraba una única certeza: no quería que ese momento terminase.

Pero lo hizo. El silbato del campamento sonó a lo lejos, anunciando la comida, y nos separó de golpe.

—Bueno, ¿no vas a invitarme esta noche? —me preguntó mientras se colocaba la camiseta—. He escuchado a Álvaro y a Cris decir no sé qué de un… ¿karaoke?

Sentía el corazón en la garganta después de haberle tenido tan cerca; aun así, me obligué a responder mientras yo también me vestía.

—Sí, vamos todos los años, al menos una vez.

—¿Quieres que vaya? —preguntó, observándome—. Aunque te aviso que canto fatal.

—Claro que quiero que vengas —dije, como si fuera lo más obvio del mundo. De hecho, la duda ofendía—. Si te apetece a ti, claro.

—Me apetece. —Sonrió.

Mi corazón dio un saltito ridículo y caminamos juntos hacia el comedor. Antes de entrar, reuní el valor justo para mirarlo.

—Prometo bailar contigo esta noche. Te lo debo.

30

IKER

—¿Cómo estoy? —preguntó Álvaro, abriendo los brazos para mostrarme su aspecto.

Observé su conjunto de vaqueros y camisa rosa mientras alzaba una ceja.

—Demasiado guapo para alguien a quien no le interesa ninguna chica.

—Le dijo la sartén al cazo —gruñó.

Efectivamente, había dejado de lado mis camisetas básicas y arrugadas y mis pantalones de chándal y me había vestido con un pantalón blanco y una camisa verde que me había prestado mi amigo. No había encontrado nada en mi maleta que fuera lo suficientemente digno de una noche fuera. Mucho menos para superar el filtro de Cris, que nos había insistido, con solemnidad militar, que aquella noche había que arreglarse.

—Sora no se va a resistir a tu belleza hoy —concluyó mientras salíamos por la puerta de la cabaña.

—Cris tampoco a la tuya —apostillé.

—No seas pesado. Solo somos amigos —contestó con pesadez, aunque había repetido esa frase tantas veces ya que parecía un papagayo—. No puedes decir lo mismo de ti y de Sora.

Tomé aire despacio. Hasta Álvaro se había coscado ya, y eso que no era precisamente de los que señalaban esas cosas en voz alta.

—Sora no se merece a un desastre como yo —murmuré.

—Hace dos semanas te hubiera dado la razón —dijo, midiendo bien sus palabras—. Pero reconoce que no eres el mismo Iker que llegó aquí.

Bueno, eso era verdad. Aunque, aun así, ¿sería suficiente para ella? ¿Para los dos?

—Tío, te he observado hoy en la piscina —comentó mientras comenzábamos a subir el camino morado—. No te veía reír así desde…

Se detuvo unos segundos para meditarlo.

—Bueno, desde hace mucho. —Se encogió de hombros—. Se te cambia la cara cuando estás con ella. Te lo digo en serio.

Sacudí la cabeza. Sí, Sora me hacía sentir un cosquilleo extraño en el estómago, pero no paraba de darle vueltas a lo que ella repetía de que «en Cala Blanca las emociones se intensificaban». No quería confundir lo que estaba experimentando ni tampoco dejarme llevar por el paréntesis, el bonito sueño del cual me iba a despertar.

—Ni siquiera sé si ha superado lo de David —musité en voz baja.

Tenía la viva imagen en mi cabeza de Sora llorando en la capilla, en plena oscuridad y silencio.

«Uno no llora por algo que no le importa, ¿verdad?».

¿Y si yo era solo el clavo que sacaba otro clavo? ¿Y si me había convertido en la distracción que Sora buscaba para olvidarse de su ex? ¿Y si de regreso a Madrid, a la vida real, volvían a estar juntos?

—Eso estaba podrido desde hace mucho tiempo —dijo Álvaro—. Sora no sabía cómo salir de ahí y este verano por fin ha tenido el

valor de hacerlo. Ahora necesita que la cuiden.

Frené en seco y me lo quedé mirando.

—¿Te ha poseído Cris?

Suspiró exasperado.

—Demasiadas conversaciones con ella —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Desde luego.

Continuamos caminando hacia la entrada de la Cala Blanca, donde habíamos quedado para irnos juntos al karaoke, cuando nos encontramos a David y a Camila bajando por el camino. Iban charlando animadamente.

Deseé que pasaran de largo y nos ignorasen, pero Dios tenía la manía de nunca cumplir mis deseos.

—Vaya, qué arreglados, chicos —soltó Camila, con una media sonrisa.

—Vamos a Cádiz, a dar una vuelta —respondió Álvaro, tranquilo—. A un karaoke.

Sentí el impulso de darle un codazo a Álvaro para que no diera más detalles. Lo último que quería es que David se apuntara a la excursión.

—Típico plan de Sora. —David soltó un bufido mientras se cruzaba de brazos—. Qué predecible.

El cuerpo se me tensó. Quería gritarle que dejase de hablar de ella; no merecía pronunciar ni su nombre.

—Si quieres, puedo decirte cómo va a acabar la noche —añadió, mirándome fijamente—. La conozco bien.

Si estaba marcando territorio como un perro rabioso, no pensaba caer en su juego.

—No, gracias —respondí, con una calma que no sentía—. Prefiero conocerla por mí mismo.

Aguanté el pulso de su mirada un segundo más. Luego le hice un gesto a Álvaro para continuar caminando.

—Claro —soltó, con esa seguridad que odié al instante—. Disfruta mientras te dure. Luego todo vuelve a su sitio.

Tragué saliva a la vez que aceleraba la marcha.

—Un poco imbécil, ¿no? —comentó Álvaro—. Ni te rayes, tío. Tendrá el ego herido.

Pero yo ya iba rayado y David no había hecho más que rematarlo.

«Luego todo vuelve a su sitio».

La frase se me quedó enganchada por dentro. Porque, al final, todo terminaba retornando a su lugar. Para Sora, pero también para mí. Tal vez las cosas acabarían recolocándose donde siempre habían estado. Y en ese escenario previsible, ella y yo no teníamos futuro.

—¿Estamos todos? —preguntó Marta.

En la puerta de la Cala Blanca, la hermana Teresa nos esperaba junto a la furgoneta abierta. Algunos ya se habían acomodado en sus asientos y otros charlaban apoyados en la carrocería. Tenía algo divertido, y a la vez extraño, vernos a todos tan arreglados. Durante dos semanas, nos habíamos acostumbrado al uniforme no escrito del campamento: camisetas anchas, pantalones cortos, sudaderas prestadas y el pelo intentando sobrevivir al calor. Aquella noche, en cambio, parecía que alguien nos había cambiado de escenario; incluso olía a colonia más que de costumbre.

—Por ahí vienen las que faltan —dijo Ángela, asomando la cabeza por la ventana.

Álvaro tosió nervioso al verlas antes de que yo me girase. Y cuando lo hice, apreté los labios.

—No nos dejes caer en tentación —bromeé, dándole una palmadita en la espalda a mi amigo, que se obligó a retirar la vista.

Pero yo no tenía por qué hacerlo, así que me limité a observarla con detenimiento.

Sora estaba preciosa. Su ropa de deporte también había sido sustituida por unos pantalones blancos, un top marrón que dejaba al aire los hombros y un pañuelo de colores a modo de coleta. Tampoco llevaba sus zapatillas gastadas, sino unas sandalias de cuero.

Las chicas saludaron con entusiasmo a todos, pero Sora me dedicó una mirada especial a mí. Cada vez que me miraba o me sonreía, cualquier duda de futuro se desvanecía, aunque fuera durante unos segundos.

No podía comentar que estaba guapa delante de tanta gente y pensé que ojalá lo leyera en mis ojos. Y ojalá la noche me dejara un hueco para decírselo sin testigos.

El paseo al atardecer en el puerto de Cádiz fue de una preciosidad incomparable. La luz anaranjada se mezclaba con el agua, tiñéndolo todo de una calma que sanaba el alma.

Paseé todo el tiempo al lado de Sora y, aunque no estuvimos solos, no me hizo falta. Me bastó con su conversación y presencia cercana; a veces incluso me rozaba el hombro o me tocaba

sutilmente el brazo. Fuimos a cenar a un mexicano y terminamos riéndonos sin control cuando Juan se equivocó al pedir y el picante lo tuvo un buen rato estornudando y con los ojos llorosos.

Por unas horas, no fui el que cargaba con lo que había perdido ni el que llevaba demasiado tiempo sobreviviendo a base de aguantar. Solo fui un chico de veintitrés años paseando al atardecer, que cenaba con amigos y se reía hasta que le dolía la barriga. Por una vez, solo fui un chico de veintitrés años a quien le gustaba la vida.

—¿Preparados para darlo todo? —preguntó la hermana Teresa antes de abrir las puertas de un lugar en cuya entrada se leía EL DESAFINAO, un nombre muy elocuente.

No sabía qué esperaba encontrar aquella noche, pero, sin duda, no se trataba de aquello: un antro oscuro, estrecho, que olía a alcohol y con una clientela de mediana edad que tenía más energía que yo. Era cutre, sí, pero, contra todo pronóstico, el sitio resultaba algo acogedor.

Pedimos algunas bebidas y, al cabo de un rato, el grupo se dispersó, muchos de ellos para darlo todo en el escenario, bailando, saltando y cantando a viva voz. Álvaro, la hermana Teresa y yo habíamos preferido empezar despacio, al lado de la barra, donde terminábamos nuestras bebidas.

—¿Y las monjas bebéis alcohol? —preguntó Álvaro mientras tomaba un sorbo de su whisky solo.

Me había parecido demasiado ostentoso pedir eso cuando los demás iban a ron con Coca-Cola, especialmente porque nadie sabía que veníamos del barrio más rico de Madrid. Pero preferí guardarme el comentario.

La hermana Teresa aparentaba estar totalmente cómoda en el ambiente. Llevaba un rato respondiendo con muchísima paciencia —y sobre todo risas— las preguntas absurdas de Álvaro. Entre ellas, si se quitaban el hábito para ducharse o tenían una especie de burkini para eso.

—Ustedes son la mar de graciosos —respondió la hermana Teresa sacudiendo la cabeza—. Puedo beber, pero prefiero una tónica fresquita. O un buen vino. A las monjas nos encanta el vino.

Rio escandalosamente —juraría que no había escuchado a nadie reírse de esa forma— y levantó su vaso para brindar con nosotros.

—Me alegra que hayan venido, chicos.

Le dediqué una media sonrisa, que, para todo lo que la había evitado hasta entonces, ya suponía bastante. Pero lo cierto era que me caía bien. Además, una parte de mí empezaba a sentir curiosidad por ese lado de la vida de Sora: por la gente que la rodeaba, por las personas con las que encajaba, por quienes la sostenían antes de que yo llegara. Y después de hablar un poco más con la hermana Teresa, entendí mejor por qué eran amigas.

De pronto, unos gritos estallaron en el local, mezclándose con los primeros compases de una canción que, por lo visto, todo el mundo conocía. Alcé la vista y no me costó encontrarlas: Sora y Cris ya estaban gritando también, dando pequeños saltos de pura emoción, como si llevasen toda la noche esperando justo ese momento.

En cuestión de segundos, el sitio entero enloqueció. Las luces parpadeaban sin descanso, la gente saltaba, cantaba y se empujaba entre risas, hasta el punto de que casi acabo aplastado entre la masa. La canción mezclaba inglés y coreano, y el estribillo sonaba a algo como *apachá*, *apachá*.

La hermana Teresa no tardó en unirse al grupo, saltando con una alegría contagiosa. Álvaro, a mi lado, intentaba seguir el ritmo moviendo las caderas con una torpeza considerable e incluso, en algún momento, soltó un «temazo» totalmente convencido.

Al parecer, yo era la única persona allí que no conocía aquella canción, pero no me importó, porque mientras todos estaban ocupados cantando y bailando, yo podía observar a Sora.

—Las reinas de la pista —comentó Álvaro, con una sonrisa reprimida, antes de beber un buen trago de su bebida.

Sora buscó mi mirada entre la multitud, tal y como hizo en la verbena aquel día. Se la sostuve con intención. Quería transmitirle que la observaba y que me gustaba hacerlo. Que estaba ahí, esperándola.

Entonces bajó de la tarima y empezó a abrirse paso entre la gente con una sonrisa que me desarmó por dentro. Yo seguía apoyado en la barra, medio sentado en un taburete, viendo cómo se iba aproximando mientras el gentío la empujaba de un lado a otro. Cuando por fin llegó hasta mí, el movimiento de la gente hizo que chocara con suavidad contra mi cuerpo. La sujeté por instinto, rodeándole la espalda con un brazo para evitar que perdiera el equilibrio.

—No necesitas seguir cayéndote para llamar mi atención —susurré, casi sin medir las consecuencias.

Me sentía extrañamente más valiente. Tal vez era el estruendo del local, que convertía todo en algo más íntimo. Tal vez era ella, lo preciosa que iba esa noche.

—Baila conmigo —me pidió.

Eché la cabeza hacia atrás, riendo.

—No sé bailar.

No sabía, eso era cierto. Pero también ignoraba si podía. No lo había hecho desde que mis padres se marcharon.

Ella hizo unos pucheros exagerados que me derritieron el corazón.

—Pero gracias por venir a buscarme —le dije, intentando compensarlo y atrayéndola hacia mí.

Ella no opuso resistencia, sino que pasó las manos por mis hombros hasta llegar a mi cuello.

—Vale, ya me voy —escuchamos decir a Álvaro.

Ni siquiera le miramos. Estábamos totalmente en nuestro mundo, con la música atronadora que parecía retumbarnos por dentro. La observé con detenimiento, como si quisiera memorizarla. Sus ojos oscuros, que resaltaban aún más con la sombra de ojos que se había puesto. Sus labios, con un rosado que invitaban a perderse en ellos. Su pequeño colgante con una concha marina de oro, con tonos sutiles en morado.

¿Cómo una chica como ella había acabado en mi vida? ¿Y lo peor de todo… en mi corazón?

—¿Te he dicho que esta noche estás preciosa?

Se sonrojó y miró hacia otro lado unos instantes.

—¿Es el alcohol o eres un nuevo Iker? —preguntó.

Le señalé mi vaso con una sonrisa traviesa.

—Agua con gas —le susurré al oído, riéndome. Mi nariz tocó su oreja y sentí que se estremecía.

—¿Quién bebe agua con gas a esta edad? —rio, nerviosa—. Señor mayor…

Bajo las manos a mi pecho. Y con la camisa que llevaba, casi me rozaba la piel, lo que me estaba produciendo palpitaciones

preocupantes.

—Un chico aburrido. —Levanté los hombros mientras buscaba su mirada.

Estaba demasiado cerca, como en tantas ocasiones que empezaban a parecer costumbre. Alcé una mano hasta su mejilla y le aparté el pelo detrás de la oreja con una suavidad que ni yo mismo entendí. Mis dedos descendieron apenas por su cuello, rozando el colgante durante un segundo de más.

—Me gusta verte feliz —dije.

—A mí me gusta verte feliz también —me contestó, sin pensarlo—. ¿Estás feliz?

Felicidad. Una palabra que me quedaba lejana la mayoría del tiempo. Excepto cuando ella estaba a mi alrededor. Entonces sentía cada una de las letras.

—Ahora, más.

Me miró la boca y yo la suya.

¿Los dos queríamos? ¿Era el momento? ¿O solo era la confusión de emociones, entre el ruido y el desenfreno? ¿Estaba ella lista para dar ese paso conmigo? ¿Se arrepentiría después y volvería a los brazos de David?

Quería besarla. Muchísimo. El problema era que, si la besaba, ya no podría alejarme de ella. Ya no podría fingir que aquel campamento no había pasado. Ya no podría arrancármela de debajo de la piel. Y entonces, si algún día decidía irse, no podría soportarlo. O peor todavía: que se quedara y yo no fuera capaz de sostener algo tan grande sin romperlo. Ni en cien mil vidas me perdonaría hacerle daño.

Solté el aire despacio mientras me perdía en sus ojos.

No quería huir, como hacía siempre. Tampoco deseaba ignorar la bocanada de esperanza que ella traía a mi vida cada vez que estaba cerca.

Así que, en lugar de encontrar su boca, busqué otra forma de quedarme esa noche.

Entrelacé mis dedos con los suyos por primera vez.

Sora me miró sorprendida, pero no los soltó, sino que los apretó también. Luego me incliné y le besé la frente con todo el cuidado que fui capaz de reunir, como si en ese gesto, pequeño y casi frágil, pudiera decirle algo de todo lo que no sabía cómo poner en palabras.

Y, por su mirada, supe que lo había sentido.

Las luces seguían parpadeando, la música no cesaba, la gente se movía a nuestro alrededor… Pero el mundo se redujo a eso: a nuestras manos entrelazadas.

A la posibilidad esperanzada de un nuevo comienzo.

CUARTA PARTE

Armonía

31

SORA

—Arriba, dormilona.

Posé una mano cariñosa sobre el hombro de Cris, minutos después de que tuviera que apagar su propio despertador. Empezaba la tercera semana del campamento y cada día nos costaba más levantarnos.

—Voy a presentar una queja para modificar el horario —balbuceó Cris mientras se desperezaba.

—Algo de culpa tenemos —reí mientras me cambiaba con agilidad —. Nos estamos acostando demasiado tarde.

El momento menta poleo se estaba empezando a alargar más de la cuenta. Y anoche, precisamente, nos habíamos quedado los cuatro —Álvaro, Cris, Iker y yo— echando una partida absurda al parchís, riéndonos de todo y de nada.

—Estos chicos son una mala influencia —soltó ella.

Me vestí con prontitud. Algo en la boca del estómago me mantenía despierta, una especie de sensación de urgencia y ganas. No podía esperar a verlo de nuevo.

«Y eso que lo he visto hace tan solo unas horas».

La oración de los monitores había empezado a retrasarse con nosotros, como si ella también entendiese el cansancio acumulado

de los días que no perdonaban.

Aun así, llegamos irresponsablemente tarde y nos deslizamos como sombras hasta el último banco. Teresa nos dedicó un gesto casi imperceptible, una media sonrisa indulgente, a la par que continuaba leyendo el pasaje de la Biblia con voz serena.

Respiré hondo, dejando que el aire fresco de la mañana me llenara, y lo solté muy despacio. Ese era siempre mi primer paso: cerrar los ojos y buscar en mí las emociones, los pensamientos o los miedos para poder presentarnos en oración.

Sin embargo, aquel día solo había una palabra tintineando en mi mente: gracias.

Dentro de mí se había instalado una calma cálida y dulce. Una sensación parecida a oler el aroma de la lavanda recién cortada o al tacto de la arena blanca deslizándose entre los dedos de los pies, con el sonido del mar de fondo.

Estaba feliz. Realmente feliz.

Abrí los ojos despacio. No podía creer que siguiera en Aldira. El mismo albero, la misma luz cálida de la mañana, el mismo olor a lavanda. Y, sin embargo, yo ya no era la misma que había llegado allí dos semanas antes. No era la misma Sora que había puesto un pie en aquel lugar cargada de miedos, de ideas y de certezas que, poco a poco, empezaban a venirse abajo por sí solos.

El verano se estaba convirtiendo en una transformación silenciosa y profunda, no exactamente como la había soñado, pero sí en una pequeña y preciosa revolución interior que me estaba cambiando desde la raíz.

Aunque me resistía a pensar que Iker tuviera algo que ver. Pero ¿a quién pretendía engañar? Por primera vez en mucho tiempo, sentía

ese cosquilleo bueno en el estómago de alguien que no fuera David, y eso había variado las reglas del juego. Iker era una bocanada de aire fresco en mi vida que ni siquiera sabía que necesitaba.

Me mordí el labio para contener una sonrisa tonta al recordar cualquier interacción del fin de semana, y es que algo había cambiado desde la noche del karaoke. Se notaba en las sonrisas nerviosas y también en la comodidad nueva que se abría entre nosotros, como si estar lejos empezara a resultarnos muy difícil.

Pero todavía no me había besado.

Y sí, una parte de mí empezaba a impacientarse, aunque otra agradecía que fuera despacio. Quería construir la casa sobre roca, cuidar los cimientos, hacer las cosas bien. Y para eso necesitaba conocerlo más. Sentía que en Iker había un mundo entero oculto bajo las respuestas cortas, las medias sonrisas y esa costumbre suya de esquivar cualquier pregunta demasiado personal. Intuía que algo en él le hacía temer que me asomara demasiado adentro.

Y esa reserva solo avivaba mi curiosidad, mezclada con un torbellino de miedos que no sabía controlar. Porque Madrid estaba a la vuelta de la esquina: la vida real, la rutina… y Corea, en septiembre. Algo que, además, no le había contado —y había obligado a Cris a guardar en secreto— porque, después de la reacción de David, me aterraba que Iker también lo tomara como una excusa para alejarse.

Mi amiga me dio un codazo que me sacó de mis pensamientos. La oración ya había concluido y no me había dado ni cuenta. Mateo estaba hablando en un tono más relajado.

—Está haciendo un resumen de todo —me informó en un susurro.

Carraspeé, intentando volver a mí.

—… tenemos que estar contentos con el resultado que está dando el programa —estaba diciendo Mateo—. He podido ir hablando con cada uno de ellos y diría que todos se han adaptado bien. ¿Tenéis esa sensación?

Los monitores fueron interviniendo uno tras otro. Muchos ya sabían quiénes formaban parte del programa, pero lo que realmente me tranquilizó fue escuchar que, en casi todos los casos, habían sido los propios participantes quienes lo habían compartido en voz alta. Eso significaba que el campamento se había convertido en un espacio seguro para ellos.

—¿Y tú, Sora? —preguntó David, desde tres bancos más adelante —. Quizá deberíamos escucharte. ¿Estás contenta? ¿Has localizado a alguien del programa en vuestro grupo?

Me sostuvo la mirada desde la distancia, con el rostro endurecido. Por mucho que hubiéramos intentado mantener el anonimato dentro de los grupos, los rumores habían corrido como la pólvora. Estaba claro que a David le había llegado la información sobre Iker.

—Todo bien por nuestro grupo —respondí, mirando a Mateo—. Creo que hemos hecho un buen trabajo.

Teresa se mordió los labios para reprimir una risa y Mateo asintió, feliz.

—Gracias, Sora, por lo que has creado —me felicitó—. Seguro que este será el primero de muchos campamentos en los que recibamos a personas del programa. Enhorabuena.

La gente se arrancó en un tímido aplauso y Cris me dio varias palmaditas en la espalda mientras yo me permitía sonreír, orgullosa.

—Nos quedan todavía bastantes días. Y aunque el cansancio se va notando…, ¡a por ello! —culminó su intervención Mateo.

Sus palabras resonaron unos segundos más en la capilla antes de que empezáramos a salir de forma escalonada. David vino a buscarme y me tocó la espalda. El chispazo de electricidad que me produjo no tuvo nada que ver con la calidez ni con la atracción.

—¿Tienes un momento?

Me tensé. No quería tenerlo para él. Cris me agarró la mano con firmeza y David alzó los hombros, resignado.

—Solo quería decirte que esta semana me toca estar en la casa de acogida —comentó.

Me escrutó en silencio, reparando de inmediato en la sudadera verde agua que llevaba puesta y que sabía perfectamente que no era mía.

—Que vaya todo genial —le respondí, apresurada, aunque de la manera más cordial que pude—. Dale saludos a Loli, estaba deseando verte.

Quise girarme y seguir andando, pero me tocó el brazo para detenerme. Igual que había hecho en la playa, pero esta vez sin brusquedad, casi con delicadeza.

—Espera, yo… —me susurró muy bajo para que solo yo lo oyese —. Quería decirte que voy a estar pensando en ti todo el rato. Es nuestro sitio especial.

Tardé unos segundos en responder. En ese silencio sostenido, me cruzaron la mente algunas imágenes de la casa de acogida con David, rápidas, casi borrosas. Pero la que de verdad se había instalado en mi corazón era otra: Iker abrazándome en mitad de la noche, preocupado por si estaba descansando bien.

Sin darme cuenta, mi corazón estaba decidiendo con qué quedarse… y qué empezar a soltar.

—Lo era, David —le observé con una tristeza serena—. Pero ya no.

Y aun así, al darme la vuelta, sentí un tirón leve en el pecho. Porque dejar atrás a alguien no siempre duele por el presente, sino por todo lo que algún día fue y ya no será.

Como cada mañana, habíamos ido cabaña por cabaña despertando a la gente, pero a Iker últimamente nunca lo encontraba en la cama. Empezaba a sospechar que se ponía el despertador antes que nadie, solo para evitar que lo sacaran de golpe entre voces y golpes en la puerta.

El corazón me dio un vuelco cuando lo vi aparecer por el sendero, al cabo de un rato. Llevaba el pelo todavía algo húmedo, recién peinado, y el neceser en la mano, caminando junto a Charlie y Juan. Se inclinaba hacia ellos al hablar y, de vez en cuando, sonreía, más relajado de lo habitual. Me quedé mirándolo un instante, pensando en que, durante los primeros días, ni siquiera habría iniciado una conversación con ellos.

Cuando me vio, se le dibujó una sonrisa al instante en el rostro, y a mí el corazón se me aceleró de golpe. Al llegar a mi altura, Charlie y Juan siguieron de largo, aunque no sin antes soltarle a Iker un codazo cargado de intención. Era imposible que no se hubieran dado cuenta de lo que estaba pasando.

Él se detuvo frente a mí. Vaciló apenas un segundo, como si no terminara de decidirse, pero al final me buscó la mano y la acarició fugazmente, casi a escondidas.

—Buenos días —susurró Iker, y su voz me erizó la piel.

—¿Has dormido bien? —le pregunté, mirándolo. Tenía las ojeras un poco marcadas.

—Me costó dormirme, pero sí. —Se pasó la mano por el pelo, algo nervioso—. Te queda bien mi sudadera, por cierto.

Me mordí el labio, avergonzada. La noche anterior había decidido de forma deliberada no llevar ninguna sudadera de mi maleta para que así Iker pudiera dejarme la suya. Un plan sencillo —casi de manual—, pero bastante efectivo.

Y es que había algo íntimo en el gesto de ponerse la ropa de otra persona. Su olor seguía ahí, sutil pero inconfundible, envolviéndome cada vez que me movía. Era una tontería, lo sabía. Pero también suponía una forma de sentirlo cerca en las poquísimas horas del día que no lo tenía a mi lado.

—Es calentita —dije, abrazándome a mí misma—. ¿La quieres de vuelta?

Él negó muy levemente, sin apartar los ojos de mí. Y salté de alegría por dentro, porque me daban igual los cuarenta grados que me esperaban en Cádiz; no pensaba quitármela.

—Para nada, quédatela —contestó con calma—. Además, me gusta verte con ella.

—¿Ah, sí? —quise saber, sin medir lo que salía por mi boca—. ¿Y eso?

—No lo sé —esbozó una media sonrisa—. ¿Tú por qué crees?

Por el amor de Dios, el corazón me iba a explotar allí mismo.

—¿Porque estoy increíblemente guapa con este color? —bromeé, aunque estaba hecha un manojo de nervios.

«Sora, tranquilízate».

Iker reprimió una sonrisa y me subió un poco la sudadera por los hombros, entreteniéndose en un gesto que no necesitaba en absoluto.

—Estarías guapa hasta con una bolsa de basura —respondió—. Supongo que me gusta verte con algo mío, no sé…

«¿Porque es como si fuera un poquito tuya?».

Pero supongo que Iker no iba a decir nada de eso todavía. Obviamente.

—Pero si tienes frío, me lo dices y te la doy —insistí con la boca pequeña.

—Tranquila. Si tengo frío… —dudó unos instantes—, podrías darme un abrazo.

Nada más decirlo, se quedó quieto una fracción de segundo. Después apartó la mirada hacia el ir y venir de la gente, fingiendo un desinterés que no se creía ni él.

—Si quieres un abrazo, no hace falta que lo pidas —murmuré—. Basta con que me lo des.

«Por Dios, Sora».

—¿Así de fácil? —preguntó, volviendo sus ojos a mí.

—Hay cosas que no deberían ser tan complicadas…

Hubo un silencio. Durante un segundo, pensé que no iba a hacer nada y ya me estaba doliendo en lo más profundo de mi ser.

Sin embargo, se acercó. Me rodeó con el brazo, en una mezcla extraña de timidez y decisión, como si también él estuviera cruzando una línea importante. Me atrajo hacia su pecho y todo en mí se encendió de golpe: la piel, la respiración, el pulso.

Me dejé abrazar. Y aunque ya nos habíamos abrazado antes, aquello era distinto. En la piscina había sido torpe, improvisado,

escondido entre toallas y excusas. Ahora no había accidente posible. Era Iker acercándome a él porque quería hacerlo.

La sudadera ya era un refugio perfecto, pero no tenía nada que ver con estar ahí, encajada entre sus brazos, notando el calor real de todo su cuerpo. Sentía que el mundo se había detenido solo para nosotros. Incluso dejó de importarme la gente que iba y venía entre las cabañas, las miradas curiosas y los rumores que seguramente empezarían sin remedio. En ese instante, nada más existía. Solo él y yo, su aliento rozando mi cabello.

Eso no fue todo. No sé de dónde saqué la valentía, pero me puse ligeramente de puntillas para darle un beso suave en la mejilla. Él me apretó con intención entre sus brazos y se inclinó hacia mi oído, encendiendo cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

—Vale… —susurró—. Ahora sí son buenos días.

32

IKER

Si alguien me hubiera dicho que habría llegado a la tercera semana del campamento y que encima no estaría enfurruñado todo el rato, me habría reído a carcajadas sin dar crédito.

El padre Mateo nos estaba acercando a nuestro próximo destino, más lejos de lo habitual, y el murmullo del motor escacharrado de la antigua furgoneta se mezclaba con la conversación —nada sutil ni silenciosa— de las chicas de nuestro grupo. Todavía me preguntaba cómo eran capaces de sonar como si llevaran un altavoz en la garganta.

Yo iba en la última fila y desde allí observaba a Sora, que se sentaba en el asiento del copiloto. Estaba dada la vuelta y charlaba animadamente de un supuesto *crush* de Marta que habían conocido el año anterior, justo en la escuela a donde nos dirigíamos.

Y, por supuesto, no me interesaba lo más mínimo la conversación —bastante tenía ya con mi propio *crush*—, pero sí me apasionaba el ejercicio de observarla. Cómo se reía. Cómo se movía. Cómo parecía olvidarse de todo cuando estaba entre amigas.

Se me escapó una sonrisa.

«Idiota».

Aparté la mirada y me acomodé mejor en el asiento, hundiéndome un poco más en la soledad del fondo de la furgoneta. Si algo había descubierto esos días sobre mí mismo, era que necesitaba encontrar momentos de calma para poder zambullirme en mis pensamientos. Momentos en los que nadie me hablara y pudiera limitarme a escuchar el ruido confuso de mi propia cabeza hasta ponerlo en orden.

Pero el único pensamiento que me rondaba el corazón aquel día era: «¿Qué demonios me había hecho esa chica para tenerme así?».

Todavía sentía en la piel el abrazo de Sora de esta mañana. También sus labios en mi mejilla, sus dedos entrelazándose con los míos. Y no solo eso. Estaban todos los roces de estos días, los que parecían casuales y los que no lo eran en absoluto. Como anoche, bajo la mesa, cuando apoyé la mano sobre su pierna mientras fingíamos estar concentrados en la partida de parchís. Pero disimular no se nos daba especialmente bien. A esas alturas, ya resultaba evidente para todos. Especialmente para Álvaro y Cris, que parecían habernos convertido en su entretenimiento favorito, intercambiando miradas divertidas y comentarios cargados de pullas cada vez que nos tenían cerca.

Álvaro, en especial, había adoptado el papel de una especie de vendedor insistente, con Sora como producto estrella del mes y yo como cliente indeciso. No paraba de sacarme a relucir sus virtudes como si yo no las viera ya. Que si era increíblemente amable con la gente, que si tenía una belleza especial, que si me hacía ser mejor persona… Y entre broma y broma, siempre acababa en lo mismo: que dejara de darle vueltas y me lanzara de una vez. Aunque, conociendo la situación de Álvaro, también sospechaba que no todo

era altruismo. Si yo acababa saliendo con Sora, él se aseguraba una excusa bastante sólida para seguir quedando con Cris después del campamento.

Expulsé el aire despacio y saqué el teléfono. Abrí la galería y accedí a la carpeta de favoritos. Me quedé mirando la pantalla unos segundos, con el dedo suspendido. No sabía muy bien qué estaba haciendo. O sí. Autosabotaje, probablemente.

Una parte de mí se aferraba al dolor. Lo necesitaba ahí, como una constante, como un marcador clínico de que la herida seguía abierta. Porque, de alguna forma retorcida, si dejaba de doler, sentía que los estaba traicionando. Y al lado de Sora las cosas que dolían parecían menos nítidas y ruidosas. Pero no quería engañarme ni anestesiarme con su luz y equivocarme al pensar que la tormenta ya había pasado. La tormenta me esperaba más viva que nunca en Madrid.

Abrí una de las imágenes. Era el último cumpleaños de papá que celebramos. Estábamos los cuatro en la piscina, apretados para entrar en el encuadre de la selfi. Mamá había preparado tarta de limón, como siempre. No había venido nadie más porque papá siempre decía que le bastaba con nosotros.

Me quedé unos segundos mirando la foto hasta que apareció un pensamiento inesperado, travieso y doloroso.

«¿Y si Sora estuviera ahí?».

Me la imaginé entrando por la puerta de casa para conocerlos por primera vez, con un vestido lila y el pelo negro totalmente suelto. Mamá saldría enseguida con una jarra de limonada recién hecha y empezaría a lanzarle preguntas sin filtro, como era habitual en ella cuando alguien le caía bien. Sora se reiría, respondiendo con calma. Papá sostendría una bandeja de *pintxos* caseros para que eligiera su

favorito. Y Lucía… Lucía no tardaría ni cinco minutos en tomarla de la mano para llevársela a la piscina, acaparándola solo para ella como hacía con todo lo que quería.

La vi encajar. Demasiado bien. Moverse por la casa como si siempre hubiera sido su sitio. Sentarse en nuestra mesa. Reírse con ellos. Abrazar a mi hermana. Mirarme… Justo como me miraba ahora. O incluso más intensamente. La mirada de alguien que ya ha decidido quedarse. La mirada de alguien que ya me quiere, por encima de todo.

En ese momento, un mensaje de mi tío Javier apareció en la parte superior de la pantalla y la fantasía se deshizo al instante, sustituida por la única verdad que seguía ahí, inmóvil: aquella vida idílica ya no existía.

Ya no había familia. Ni limonada casera. Ni cumpleaños de mi padre. Ni domingos al sol. Todo eso se había acabado y yo no tenía nada parecido que ofrecerle a Sora. Ni un hogar así. Ni una versión de mí capaz de sostenerla y darle lo que seguramente merecía.

Apreté los labios y abrí el wasap.

Buenos días, Iker. Necesito llamarte luego. Podríamos hablar?

Suspiré despacio. Ya habíamos hablado el día anterior. Bueno…, no exactamente. Había conseguido hablar con mi hermana. Para mi sorpresa, estaba algo más charlatana, si es que eso era posible. El sol se le había pegado a la piel y le habían salido unas pecas nuevas, graciosísimas, y no paraba de enseñarme cosas y contarme tonterías. Como siempre, al final de la llamada, Javier había

intentado entablar conversación conmigo. Y como siempre, yo busqué una excusa para no hacerlo.

Releí el mensaje, mordiéndome el labio. No quería pensar en lo que fuera que tuviéramos que hablar, porque seguro que no serían buenas noticias. Nunca lo eran en boca de Javier.

Busqué a Sora de nuevo, que se estaba recogiendo el pelo en una trenza mientras continuaba mirando hacia atrás. En ese momento, miró en mi dirección y me sonrió de una forma que estuvo a punto de derretirme.

¿Y si me permitía quedarme ahí un poco más? Sin pensar en lo que vendría después. Quedarme en su mirada, en su sonrisa. Quedarme, aunque fuera por unos pocos días, en esta especie de paréntesis extraño en el que estaba viviendo. En el que podía permitirme estar —ridículamente— pillado por una chica como Sora. Una chica que, cada vez que posaba sus ojos en mí, conseguía que la vida me regresara de golpe.

Me sentía más vivo de lo que me había sentido en meses y no quería despedirme de esa sensación.

Bloqueé el teléfono y volví a guardarlo. Los problemas seguirían en Madrid, esperándome, pero al menos había decidido que no me alcanzarían todavía.

Al cabo de unos minutos, la furgoneta dio un traqueteo y se salió de la carretera secundaria para adentrarse en un lugar que parecía existir al margen de todo lo demás.

Aunque Sora nos había preparado bien —como cada semana—, al ver todo aquello pensé que las descripciones se habían quedado cortas esa vez. Nada de lo que nos había dicho hacía justicia a lo que estaba viendo.

Dejamos atrás las tiendas, las aceras y los semáforos y avanzamos por la única calle asfaltada que cruzaba el barrio mientras observábamos en silencio las casas que aparecían a nuestro alrededor, sin orden establecido. Algunas eran de chapa y otras, de bloques mal encajados; unas cuantas aparentaban estar a punto de derrumbarse con el más mínimo soplo. Algunas personas se cruzaban en el camino, mirándonos con una mezcla de curiosidad y desconfianza. También habitaban allí varios perros, gatos y gallos —«¿quién tiene un gallo como mascota?»—, que paseaban a sus anchas.

El padre Mateo aparcó al final de la calle, donde parecía terminar el barrio, en una especie de plaza con coches mal estacionados. Al bajar, el aire me golpeó de lleno, aunque no fui el único. Álvaro resopló por lo bajo: olía a neumático quemado, a tierra seca y a basura acumulada durante meses.

Sin embargo, al mirar hacia mi izquierda, quedé gratamente sorprendido. La fachada del colegio contrastaba con todo lo demás. Estaba pintada con colores alegres y repleta de dibujos de niños sonrientes y flores enormes, como si alguien hubiera intentado plantar un trozo de esperanza en mitad de aquel gris. De hecho, ahora entendía el nombre de la escuela, que se leía en grande: MARÍA DE LA ESPERANZA.

Una mujer de mejillas regordetas y pelo azulado salió a nuestro encuentro. No parecía tener muchos más años que nosotros, pero, por cómo se movía en el espacio, supe que llevaba ya un tiempo trabajando allí.

—¡Bienvenidos a nuestra escuela! —exclamó con alegría—. Los niños están deseando conoceros.

Suspiré, mentalizándome. Seguro que aquella iba a ser la semana que más me costaría de todas. Estar rodeado de niños de la edad de mi hermana no resultaría fácil, y ya notaba cómo se me colaba la culpa interior por estar entregando tiempo, ganas y energía a niños que no eran ella. No porque yo lo hubiera elegido, sino porque un sistema podrido lo había decidido por mí. Eso… y un hombre cruel llamado Javier.

—¿Vas a estar bien? —me susurró Álvaro, que parecía estar leyéndome el pensamiento.

—Tengo que intentarlo.

El grupo empezó a adentrarse en el colegio y sentí el contraste con los otros lugares en los que habíamos estado de manera inmediata. El ruido, los gritos, la agitación…, todo sonaba demasiado alto para el silencio al que me había acostumbrado en los últimos meses. Además, decenas de miradas curiosas nos recibieron en la cocina, donde un grupo de niños de diferentes edades estaban acabando de desayunar.

Un crío de piel morena, tan pequeño que apenas levantaba un palmo del suelo, se acercó danzando hacia nosotros.

—*Hoa* —nos dijo, en una especie de saludo.

Álvaro se agachó con una sonrisa. Siempre se le habían dado bien los niños y le fastidiaba enormemente no haber tenido nunca hermanos. Adoraba a Lucía; incluso una tarde terminó disfrazado de princesa, sentado en el suelo con ella y fingiendo tomar el té con una seriedad admirable, una imagen imposible de olvidar.

—Hola, campeón —saludó.

—¡Hombre, Kevin! —exclamó Cris, que estaba pululando alrededor —. Qué mayor estás. ¿Te acuerdas de mí?

El pequeño la miró, pero no había ni rastro de reconocimiento en su expresión.

—*¿Poh qué tieneh er peio roho?* —dijo, señalando el cabello de Cris, que lo llevaba suelto.

—¿Mi pelo? Pues… —dudó unos momentos—. ¡Porque me caí en un barril de salsa de tomate! ¿Te gusta?

—*Ehtá feo.*

—¡Oye, eso no se dice! —le regañó Álvaro, poniéndose de pie.

Pero a Kevin no le importó lo más mínimo su opinión. Se limitó a sacarnos la lengua y a salir corriendo.

—No sabe lo que dice —se apresuró a corregir mi amigo, mirando a Cris—. A mí me parece muy bonito.

En cuanto lo dijo, su rostro se puso tan rojo como el pelo de Cris. Ella le dio una palmadita amistosa en el hombro, ocultando una sonrisa.

—Gracias por defenderme, Álvaro. Me había dolido mucho el comentario de un niño de cuatro años —rio y continuó la marcha mientras el grupo salía del comedor y mi amigo me miraba perplejo.

—¿He dicho algo malo?

No pude evitar reírme. Definitivamente, aquellas semanas me estaba riendo más que en toda mi vida.

Después de enseñarnos las instalaciones, la chica del pelo azul —que, según nos había contado, se llamaba Alma y había conseguido salir del barrio y estudiar Magisterio— se detuvo en el patio para darnos las últimas instrucciones.

Sora, que solía liderar el grupo y colocarse siempre al frente, apareció justo a mi lado. Me dedicó una sonrisa y, con sutileza, rozó mis dedos hasta que terminé entrelazando mi mano con la suya.

—¿Listo para otra semana? —me susurró.

No, no lo estaba. Pero en ese momento solo podía concentrarme en cómo su pulgar recorría mi piel lentamente.

—Si estás conmigo, seguro que sí.

No sabía qué clase de magia era aquella, pero con su mano en la mía, me sentía completamente invencible.

La semana pasó volando y, cuando me quise dar cuenta, ya era jueves.

La rutina de la escuela de verano resultaba mucho más agotadora que cualquier otra cosa que hubiera hecho antes. Nos pasábamos el día entero corriendo de un lado a otro: desayunos caóticos con más de cien niños, colacaos derramados, galletas convertidas en migajas, mochilas tiradas por el suelo. Limpiar, servir y volver a empezar sin descanso. Luego venían los ratos en las aulas, con puzles a medio terminar, plastilina pegada por todas partes y dibujos que los niños nos mostraban como auténticas obras de arte. A media mañana el patio se convertía en un campo de batalla de gritos, carreras y motos de juguete deslizándose a toda velocidad mientras sacábamos las mangueras para combatir el calor asfixiante.

Mi momento favorito llegaba siempre al final del día, cuando proyectábamos una película y la sala se llenaba de cojines tirados por el suelo. En la luz tenue, conseguía sentarme justo detrás de Sora, rodearla por la cintura con los brazos y atraerla suavemente contra mi pecho. Ella se dejaba hacer sin decir nada, relajando su cuerpo contra el mío; me gustaba cuando lograba bajar revoluciones cerca de mí. Entonces fingíamos mirar la pantalla, pero los dos

sabíamos que la verdadera película era la que sucedía entre nosotros.

En el campamento tampoco nos separábamos y resultaba tan evidente que las bromas del resto del grupo empezaban a hacerse en voz alta. Y es que nos sentábamos juntos en el comedor, compartíamos banco en las oraciones y cada mañana me buscaba para recibirme con un abrazo largo y silencioso que me dejaba el corazón latiendo desbocado.

Una tarde la llevé a la mesa de madera donde solía refugiarme, pero se echó a reír nada más verla. Me contó que aquel había sido el sitio de David y suyo —incluso tenían sus nombres escritos en la madera—, así que fue motivo suficiente para no volver. Al día siguiente, Sora me llevó a otro rincón detrás de la capilla, bajo un limonero, y dijo que aquel podía ser nuestro lugar. Y eso bastó para que empezara a gustarme el sitio.

Aunque daba igual donde estuviera, cada vez que me abrazaba, deseaba con todas mis fuerzas que el verano no encontrara nunca la forma de acabarse.

Pero no la había besado. Y no porque no me muriera de ganas.

Era más bien la certeza incómoda de saber que, si cruzaba esa línea, ya no podría fingir que aquello era solo una tregua de verano. Un beso lo volvería todo real. Nos obligaría a mirarnos de frente, a ponerle nombre, a hacernos preguntas para las que yo no tenía respuestas. ¿Qué éramos? ¿Qué esperaba ella de mí? ¿Qué iba a pasar después?

Y fuera cual fuera su respuesta, sabía que iba a dolerme. Si Sora solo quería un romance bonito antes de volver a Madrid, me rompería. Y si quería algo más, algo de verdad, quizá resultaría

todavía peor. Porque entonces tendría que admitir que no sabía si era capaz de ofrecérselo sin arrastrarla al pozo conmigo.

Además, aún no había reunido el valor suficiente para contarle mi historia. Cada vez que me disponía a hacerlo, el miedo me cerraba la garganta. Y cuanto más tiempo pasaba, más difícil resultaba decirlo sin sentir que ya le había mentido.

Así que me quedaba en esa frontera invisible: cerca, demasiado cerca, pero sin atreverme a dar el paso que lo cambiaría todo. Aunque sabía que, en algún momento, ocurriría lo inevitable.

—No te lo he dicho en toda la semana —dijo Sora, con una sonrisa—, pero se te dan fenomenal los niños.

Era la hora de los talleres en el interior. Se le había ocurrido una actividad con acuarelas sobre el verano. Pidió a los niños que pintaran algo bonito que representara cómo estaba siendo el suyo mientras nosotros vigilábamos que los vasos de agua no acabaran volcados o los críos, embadurnados de pintura.

—¿Tú crees? —pregunté, torciendo el gesto, pero sin levantar la vista del trazo lila que estaba realizando.

Durante muchos años, mis padres me apuntaron a talleres de pintura, así que aún conservaba parte de lo aprendido. Igual que, poco a poco, iba recuperando la soltura con los niños. Sin duda, la presencia de Sora era lo que estaba taponando la herida.

El móvil me vibró en el bolsillo del pantalón, pero decidí ignorarlo.

—Se nota que tienes a tu hermana en casa —continuó ella.

Una punzada de culpa volvió a atravesarme, pero forcé una expresión natural.

—Seguro que os llevaríais bien —musité, porque de verdad lo creía—. Tenéis la misma energía.

Lucía era puro nervio: creativa, salvaje, libre. Un poco como Sora. Y, por supuesto, mi cabeza ya había dibujado más de una escena con las dos juntas.

—Quizá algún día…

Levanté la mirada hacia Sora, alertado por algo en el tono de su voz. Había dejado de pintar y me miraba fijamente.

El móvil vibró de nuevo.

—Me gustaría conocerla —dijo con suavidad—. Cuando volvamos a Madrid. Si tú quieres, claro.

Ahí estaba. El inicio de las conversaciones incómodas.

«Cuando volvamos a Madrid».

Ni siquiera sabía la vida que me esperaba en Madrid. Ni siquiera mi hermana estaba en Madrid. Y, sin embargo, mi corazón dio un pequeño salto. ¿Significaba eso que lo nuestro no iba a quedarse enterrado entre arena blanca y lavanda del sur? ¿Significaba eso que Sora esperaba un futuro conmigo?

La palabra «futuro» me quedaba enorme.

—¿Qué? —preguntó Sora con una sonrisa tímida—. No estarás planeando olvidarte de mí cuando termine el campamento, ¿verdad?

Bajó la mirada hacia un niño de pelo rapado que la reclamaba y, con paciencia, le ayudó a secar el pincel.

«Creo que no podría olvidarte ni aunque lo intentara».

—Tú eres la que no para de repetir que en Cala Blanca todo se vive con mayor intensidad —respondí, con una pequeña mueca—. Y que a veces es fácil confundir las cosas.

Y sinceramente, no lo decía por mí.

—Pues estoy intentando *desconfundirme* —dijo, mirándome de nuevo.

Alcé las cejas, divertido.

—Creo que esa palabra no existe.

—Puede ser. —Se encogió de hombros—. Aunque sabes perfectamente lo que quiero decir.

Nos sostuvimos la mirada, pero el móvil volvió a vibrar por enésima vez y ya empecé a inquietarme. Lo saqué rápido del bolsillo y comprobé que tenía tres llamadas perdidas y diez wasaps de Javier. Me preocupé al instante, por si había pasado algo con Lucía.

—Perdona, Sora —dije, cambiando mi expresión de repente—. Necesito atender esta llamada, es importante.

Ella asintió y los dos parecimos entender que aquella conversación tendría que retomarse en otro momento. Salí enseguida hacia el patio, llevándome el dibujo conmigo. Estaba casi terminado, pero aún no quería que ella lo viera.

Marqué deprisa y mi tío me respondió al primer toque.

—Hola, Iker —dijo con voz calmada, lo que me tranquilizó ligeramente—. Siento haber insistido, pero es el único momento que podía llamarte entre reunión y reunión.

—¿Lucía está bien? —quise asegurarme lo primero.

—¿Qué? ¿Lucía? —preguntó, desconcertado—. Sí, sí. Está bien. Solo te llamaba para hablar contigo. Te he mandado varios mensajes, pero no me has contestado.

Tomé aire aliviado y me senté en un escalón a la sombra.

—¿Qué tal? ¿Cómo va todo? —preguntó—. ¿Qué tal el campamento?

Odiaba cuando se ponía paternalista fingiendo que le importaba.

—Todo bien.

Bajé la mirada al dibujo que había estado haciendo. No estaba mal para llevar años sin usar un pincel. Un par de siluetas, el mar al fondo, tonos morados. Sentía que aquellos trazos contenían todo mi verano de verdad.

Me pregunté qué diría Sora si estuviera escuchando la conversación con Javier en esos momentos. Ella siempre hacía lo correcto, incluso cuando costaba. Ya me lo había explicado aquella noche: la revolución del amor. Esa idea a veces provocaba en mí una sensación incómoda, pues era una especie de espejo cuyo reflejo no me gustaba demasiado. Pero también me impulsaba a intentar hacer las cosas bien.

—Esta semana colaboramos en una escuela de verano con niños —añadí, con un gran esfuerzo.

—Vaya —dijo, sorprendido. No estaba acostumbrado a que formulase frases de más de dos palabras con él—. Gracias por decírmelo. Supongo que se te hará un poco cuesta arriba. Te acordarás mucho de tu hermana.

—Claro que me acuerdo de ella. Todos los días.

«Imbécil», quise decir. Pero me contuve.

—Iker, escucha… —comenzó. Se notaba que lo que iba a decirme no era agradable, pero no sabía si para él o para mí—. El lunes que viene tenemos que vernos en Madrid.

—No puedo —informé rápidamente—. Seguiré en el campamento.

No pensaba perderme los pocos días que me quedasen en el oasis llamado Sora.

—Lo sé, lo sé —respondió—. Pero te harán un permiso especial y podrás recuperar las horas que te falten en otros proyectos de Madrid.

—Pero es que quiero terminarlas aquí —repliqué.

Se escuchó un suspiró.

—Verás, te va a llegar una citación para una comparecencia judicial. Es algo rutinario.

—¿Una comparecencia sobre qué?

Dudó unos segundos.

—El juzgado ha resuelto mantener la medida de guarda provisional de Lucía con nosotros —dijo al fin—. Ha ratificado la situación actual.

Me levanté deprisa y el dibujo se deslizó al suelo. El corazón se me puso a mil por hora, como si me hubieran dado una descarga de desfibrilador.

—¡Eso no puede ser! —exclamé—. El recurso está presentado. Lola me dijo que, mientras estuviera en trámite, no se tomarían decisiones.

—La jueza ha considerado que, en este momento, no procede el retorno contigo —continuó explicando—. Menos aún cuando tienes antecedentes y estás cumpliendo horas de servicios sociales.

Tragué saliva para reprimir las lágrimas que empezaban a brotar de mis ojos. Agradecí estar solo en el patio del colegio.

—La comparecencia es para notificarte la resolución, pero debes firmar de manera presencial —añadió—. Allí te explicarán los próximos pasos.

Mi cuerpo empezó a temblar de pura rabia.

—Entonces ¿qué? —escupí—. ¿Ahora solo tengo que esperar a que se acostumbre a vivir sin mí?

—Nadie quiere que Lucía viva sin ti, Iker.

—¿Y por eso te la llevas a Navarra? —le pregunté bruscamente.

Él no contestó porque, por supuesto, no tenía excusa alguna.

—Javier, por favor, no me hagas esto —le rogué. A esas alturas, sentía que rogar era el último recurso que me quedaba.

—Soy tu tío, no Javier —me dijo de forma tajante.

Apreté el teléfono con fuerza, sintiendo como una oleada de conocida oscuridad me invadía de nuevo. Las mismas ganas de hace meses, después de aquella otra llamada con él. Lanzar el teléfono contra la pared, beber hasta borrar el mundo y subirme al coche sin importarme nada.

Al otro lado, Javier soltó un suspiro sonoro.

—Me gustaría que nos viésemos en Madrid —dijo con un tono que intentaba ser persuasivo—. Desayunemos juntos. Charlemos de todo esto. Somos familia, Iker. No sé por qué te empeñas en olvidarlo.

—Porque me has quitado la única cosa que me importa —respondí con voz helada.

Colgué sin esperar respuesta. Me quedé allí, inmóvil, con el pecho hundiéndose lentamente mientras observaba el dibujo que le había hecho a Sora.

Apenas unos minutos antes, me había parecido bonito. Ahora solo veía una mentira, porque aquella versión de nosotros no existía. Esa pareja del papel no cargaba con muertos, culpa ni ansiedad. No tenía ataques de madrugada ni pensamientos que daban miedo pronunciar siquiera en voz alta.

Y, de pronto, una certeza aún más horrible se me instaló en el pecho.

Sora podía hacerme sentir vivo durante unas horas, como un oasis. Podía distraerme, conseguir que me riera, incluso devolverme las ganas de respirar. Pero no podía salvarme de mí mismo.

Porque la oscuridad siempre iba a seguir ahí, esperándome pacientemente.

Entonces comprendí que nada iba a estar bien. Ni mañana ni en unos días. Nunca. No del todo.

33

SORA

Iker había desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra.

Después de marcharse para atender una supuesta llamada, no había regresado. Pasó cerca de media hora antes de que saliera a buscarlo por el patio, pensando que quizá solo necesitaba tomar el aire o se había entretenido hablando con alguien. Luego lo busqué por el resto de las instalaciones: no había ni rastro de él y nadie lo había visto.

La ansiedad no tardó en dispararse, y todos los escenarios catastróficos posibles empezaron a pasar por mi cabeza. Pero nada lo intensificó tanto como ver a Álvaro visiblemente preocupado también cuando le conté que no le encontraba.

—Mi teléfono está en el campamento —me dijo, fastidiado—. Si volvemos, puedo tratar de localizarlo.

No entendía nada, pero ya estaba corriendo detrás de la única pista que tenía. Tomamos un Uber y, en cuanto llegamos, Álvaro intentó llamarlo varias veces, sin éxito. Después, por algún extraño motivo, llamó a su madre, que le explicó algo al otro lado de la línea. Por la expresión de su cara, entendí que, de pronto, todo cobraba sentido para él, aunque no me dio demasiadas explicaciones.

—Creo que ahora mismo necesita un poco de espacio —me dijo.

Las horas se me hicieron eternas. Procuré seguir con lo que tocaba en el campamento, pero no conseguía quedarme quieta; daba mil vueltas por Cala Blanca y chequeaba la hora cada dos minutos. A cada rato, buscaba a Álvaro para saber si Iker le había escrito. A cada rato, levantaba la cabeza al oír cualquier ruido, esperando verlo aparecer por la puerta.

Alrededor de las siete de la tarde, Álvaro se acordó de que compartían ubicación en el iPhone. Vimos que Iker estaba caminando por el pueblo y, al menos, eso me tranquilizó un poco.

—¿Por qué no vas a buscarlo? —me sugirió entonces.

—¿Estás seguro? —Lo miré desconcertada—. No sé si, en estos casos, es mejor que vaya un amigo.

Álvaro negó despacio con la cabeza.

—Creo que Iker ahora mismo te necesita más a ti.

Después de un buen rato escribiéndome con Álvaro, que me fue guiando paso a paso hasta donde estaba, por fin lo vi. Sentado solo en una pequeña cala de la costa, a la que se llegaba por unas escaleras de piedra desgastadas, con el mar extendiéndose frente a él. Permanecía sobre las rocas tan quieto que por un momento pensé que era una estatua.

—Por favor, ayúdame a encontrar las palabras —susurré mientras miraba al cielo.

Me quité los zapatos y me sumergí en la blanca arena en su dirección. Con el ruido de las olas y la ligera brisa que corría, no se percató de mi presencia hasta que estuve casi sobre él.

—Sora —pronunció, desconcertado—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

Tenía la cara y los ojos tan hinchados que no hacía falta preguntar nada. Llevaba llorando todo el día. Se los frotó con la mano, como si pudiera borrar así el rastro de aquello que le había roto por dentro, y a mí se me encogió el corazón al verlo tan devastado.

—Tienes un gran amigo con el que compartes ubicación —expliqué.

Él parpadeó y luego asintió lentamente.

—Iker, estaba preocupada. Mucho.

Me salió con más dureza de la que habría deseado, pero no pude frenarme. Me había tenido en un sinvivir durante horas. ¿De verdad no había podido mandar un maldito mensaje para avisar de que se encontraba bien?

Apreté la mandíbula. No sabía que la preocupación, una vez disipada, podía transformarse en rabia y frustración.

—Lo siento —musitó Iker, evitando mi mirada y clavándola en el horizonte—. Lo siento de corazón.

Tomé aire y me obligué a calmar mis nervios. Quería sentarme a su lado, acompañarlo y dejar que hablara, si es que deseaba hacerlo. Pero Teresa siempre decía que a la gente había que darle lo que necesitaba, no solo lo que a ti te nacía hacer.

—Solo quería comprobar que estabas bien —dije, algo dolida. No parecía especialmente contento con mi presencia—. Si necesitas estar solo, no pasa nada. Me vuelvo al campamento.

Iker cerró los ojos. Por un momento, pensé que se había olvidado de que me hallaba a su lado. Estaba a punto de darme la vuelta e irme con el orgullo herido cuando él dijo:

—No. Quédate, por favor. Ven.

Dio unas palmaditas a su lado y tomé asiento. Aun así, no me tocó. No hubo roce, ni cercanía, ni uno de esos gestos pequeños y casi automáticos que últimamente aparecían cuando estábamos juntos. Noté la tensión instalarse en mi pecho al instante, intuyendo que algo iba mal de verdad.

—Hay muchas cosas que no te he contado —empezó—. Y sé que lo sabes. Te he estado dando largas.

Bajé la mirada. Le había preguntado varias veces por la universidad, los viajes, su casa o sus amigos. Preguntas simples que solo requerían respuestas simples, pero que, por algún motivo, Iker no estaba dispuesto a dármelas. Sabía también que era esa barrera que él seguía interponiendo entre los dos la que nos impedía avanzar en lo que fuera que estábamos construyendo.

—Puedes contarme lo que sea —le animé, con el tono más cálido que conseguí encontrar—. Creo que no hace falta que te lo diga a estas alturas.

Él guardó silencio durante unos segundos. Parecía estar asimilando algo.

—Normalmente no soy el Iker que ves ahora, Sora. —Se pasó la mano por el pelo—. De hecho, me parezco más al Iker insoportable y malhumorado de los primeros días.

—No —negué con rapidez, frunciendo el ceño—. Puede que ese fuera el Iker que estabas acostumbrado a ser, pero no el que he conocido estas semanas.

Me mordí el labio y un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensar en todas las pequeñas veces que Iker me había cuidado, me había acariciado o, simplemente, se había reído conmigo. Me negaba a pensar que no se tratara del Iker verdadero, aunque había una

malvada vocecita en mi cabeza que no paraba de repetirme que apenas lo conocía y que el campamento era como una burbuja de realidad paralela que explotaría en algún momento.

—El Iker que he conocido es bueno, atento, cariñoso. Y sé que llevas tu mochila, pero no tienes por qué cargarla tú solo.

Echó la cabeza atrás y miró durante unos segundos al cielo mientras tragaba saliva. Yo pensé que ojalá el campamento también le estuviera sirviendo para descubrir que había alguien que sí podía quitarle todas esas cargas. Y no era yo.

De pronto, tras esperarlo durante muchos días, por fin comenzó a abrirse conmigo.

—El diecisiete de noviembre de dos mil veinticuatro hubo un accidente en el puerto de Navacerrada —empezó—. Fue muy sonado porque tardaron horas en llegar hasta los supervivientes y rescatarlos. No sé si te acuerdas, salió en todas las noticias.

Fruncí el ceño, confundida, intentando recordar. No veía mucho las noticias, pero mi padre era de esas pocas personas que todavía leían el periódico en papel durante el desayuno, después de su paseo matutino. Recordaba vagamente una portada con dos imágenes. En una, el amasijo de hierros en el que había quedado el coche. En la otra, un matrimonio que sonreía a la cámara. Se me quedó grabado porque los dos eran tan atractivos que parecían sacados de una película de Hollywood.

—Yo viajaba en ese coche.

Se me cortó la respiración.

—¿Qué?

—Con mis padres y mi hermana.

Me tapé la boca con los dedos y sentí que el cuerpo se me vaciaba de golpe.

—Espera, entonces…

De pronto, aquella noticia dejó de ser una imagen borrosa en un periódico sobre la mesa de mi cocina. Ya no era una tragedia lejana ni una historia triste de gente desconocida. Era él, Iker. Su cuerpo allí dentro, su hermana, sus padres.

—Mi madre adoraba la naturaleza. Cada poco tiempo nos escapábamos. Era su cumpleaños…, así que nos fuimos unos días. —Sonrió, pero con un temblor de labio—. Fue increíble. Hicimos rutas, recogimos piñas, leímos junto a la chimenea… En esos momentos, piensas que eso va a durar toda la vida.

Sin pensarlo mucho, le tomé la mano. Él entrelazó sus dedos en los míos y eso me relajó un poco.

—Íbamos a quedarnos más días, pero mi padre recibió una llamada de mi tío Javier. Ellos… —dudó antes de continuar, como si fuera a contarme un secreto escandaloso— son los dueños de Zeta Capital.

Abrí la boca, de nuevo sorprendida.

Mi mente volvió sin permiso a la primera conversación que había tenido con Iker, cuando me dijo que vivía en Aravaca. Si su padre era el dueño de una de las multinacionales más importante de España, entonces resultaba bastante probable que me hubiera mentido. Y aquello ya no tenía nada que ver con llevar una vida cómoda, sino que estábamos hablando de millones. De casas enormes en urbanizaciones privadas, de varias propiedades repartidas por el país, de chóferes, de gente que te sirve el café sin que tengas que levantarte a por él.

No pude evitar pensar que yo jamás encajaría en un mundo así.

—Se hallaban cerrando algo importante en la empresa, así que mis padres decidieron volver —prosiguió, ajeno a todo lo que se me estaba pasando por la cabeza en aquellos momentos—. Pensaron que si salíamos de noche y mi hermana y yo íbamos dormidos, se nos haría más corto el trayecto.

Tragué saliva, intentando volver a mí y, sobre todo, a la historia que por fin había decidido compartir conmigo.

—Salimos sobre las doce. Lucía iba profundamente dormida. Yo no… —Bajó la mirada—. Me quedé despierto. Como si…, no sé…, como si algo en mí supiera que aquellos serían los últimos momentos con ellos.

El viento sopló más fuerte, pero yo apenas respiraba.

—Nos sorprendió una tormenta —continuó—. Lo último que escuché fue un frenazo. Luego un grito ahogado de mi madre. Y un gran estruendo metálico. Después…, solo oscuridad y silencio.

Le vi pestañear rápidamente y desviar la mirada hacia arriba, pero, aun así, una lágrima empezó a deslizarse por su mejilla.

—Mis padres no se movían, y entonces lo supe. —Su voz sonaba rota—. Pero tenía las piernas atrapadas debajo de mi hermana…

Apretó la mandíbula.

—La notaba respirar —continuó—. Así que me obligué a estar despierto en todo momento. Siete horas, me dijeron. Aunque yo perdí la noción del tiempo.

Sin permiso, mi imaginación hizo lo que no debía y dibujó aquella escena con un realismo cruel. Fue suficiente para sentir cómo algo dentro de mí se hacía añicos.

—Me dejé ir cuando escuché las sirenas y pensé que, al menos, Lucía iba a salvarse.

En ese momento, percibí algo salado en mi boca y supe que estaba llorando yo también. Iker se dio cuenta y, triste, me sonrió y me secó las lágrimas con dulzura.

—No quería hacerte llorar —murmuró.

—Lo-lo siento —balbuceé—. Debería estar consolándote yo a ti… Perdón.

Me acarició la mejilla una vez más, y ese gesto pequeño, casi frágil, me hizo pensar que, a pesar de todo, entre nosotros seguía habiendo algo intacto. O quizá solo quería creerlo.

—Desperté un mes después en el hospital —continuó—. Había estado en coma inducido.

Me acurruqué en su hombro, como si estar cerca pudiera reparar algo de todo aquel dolor. Aunque la verdad era que yo también necesitaba desesperadamente aquel contacto.

—Cuatro operaciones. Politraumatismo…, fractura de pelvis, de fémur, varias costillas, traumatismo craneoencefálico… Me pusieron un clavo endomedular y tornillos para recomponerme por dentro. Después vinieron otros tres meses de hospital para aprender a moverme de nuevo.

—¿Y tu hermana?

Noté que su cuerpo se tensaba un poco.

—Mi tío Javier se quedó con la tutela de Lucía y se la llevó a Pamplona. Se suponía que solo hasta que me recuperara —resopló con fuerza—. Estoy intentando pelear por su custodia, pero mi tío siempre consigue alegar que no me encuentro estable psicológicamente. Aunque luego lo que me vende es que no quiere

hacerme perder la juventud convirtiéndome en padre con veintitrés años.

Sentí cómo sacudía la cabeza, del todo contrariado. Sin embargo, ¿no tenía su tío algo de razón?

—Creí que el accidente era lo peor que me había pasado —confesó—, pero lo más terrible llegó después, al salir del hospital. Ni mi cuerpo ni mi mente respondían. Fui incapaz de retomar los estudios de Medicina. Empecé una batalla legal contra mi tío. Y me convertí en… una persona completamente insoportable.

Tomó aire y seguí acariciándole la mano para que continuara.

—Créeme, si no hubiera sido por Álvaro y su madre… —murmuró —. Me han aguantado más de lo que nadie debería.

Apreté los labios y cerré los ojos un instante, sintiendo cómo todo empezaba a encajar poco a poco dentro de mí. Por eso Álvaro estaba siempre tan pendiente de él y entre los dos había silencios llenos de cosas que yo no alcanzaba a entender. De ahí también el origen del dolor en su rodilla o el peso de esa tristeza que llevaba a todas partes.

Por primera vez, me di cuenta de que empezaba a ver a Iker de verdad, sin tantos muros inquebrantables de por medio.

—En resumen, estos meses han sido… —paró unos segundos para buscar las palabras— una mierda, la verdad. Ansiedad. Insomnio. Y ha habido días en los que me he planteado si merecía la pena… seguir aquí.

Sentí que aquello terminaba de aplastarme el corazón. Me incorporé un poco para mirarlo, buscándolo, pero él continuaba con la vista fija en el horizonte, como si decirlo en voz alta ya hubiera sido suficiente.

—Iker…

Los ojos se me empañaron otra vez de lágrimas y él me miró con ternura.

—Hoy me ha llamado mi tío. Tengo que estar en Madrid el próximo lunes. Han denegado mi recurso sobre la custodia.

—¿El lunes? —pregunté, sin poder contener un tono de decepción. Después de lo que me había contado, me sentía una completa egoísta por lamentarme solo porque tenía que marcharse.

—Tomaré un tren el domingo por la tarde. Así puedo aprovechar todo el tiempo que me queda aquí… Contigo. Bueno, si es que todavía quieres estar cerca de mí después de lo que te he contado.

Sentía demasiadas cosas a la vez: tristeza por él, rabia por todo lo que había tenido que vivir, culpa por no haberlo sabido antes y un miedo enorme a decir algo equivocado y romperlo más.

—Lamento mucho todo lo que me has contado —balbuceé, pero se me quebró la voz—. Yo… ni siquiera sé qué decir… Me gustaría quitar un poco de tu sufrimiento y…

—Ya lo has aliviado, Sora —me interrumpió—. Sin darte cuenta. El día que estrellé mi coche contra aquel restaurante, tan solo pensaba en morirme. Y justo aquella imprudencia me trajo aquí.

Sonrió tristemente.

—Hoy has pedido que pintásemos lo que más nos estaba gustando de este verano.

Se incorporó un poco y sacó un papel mal doblado del bolsillo.

—Tú eres lo mejor de este verano, Sora —dijo—. Vine a este campamento cabreado con el mundo, convencido de que nada podía cambiar, y de alguna manera lo has cambiado todo. Hoy la oscuridad ha vuelto, pero no he deseado morirme. Solo he querido alejarme

un rato… y esperar, como un idiota, a que fueras tú quien viniera a buscarme.

Desdoblé el papel y vi una pareja bailando en la orilla del mar, él haciéndola girar con una mano, como si todo fuera fácil, como si nada pesara. En la esquina derecha había garabateado mi nombre con una concha marina al lado.

—Llevo muchos años sin dibujar —se disculpó—. Y ni siquiera he podido terminarlo, pero esto era lo que estaba haciendo.

Reí ligeramente y saqué otro papel del bolsillo de mi pantalón.

—Yo también quería dibujar algo que te representase, pero sabía tan poco de ti… —dije, avergonzada, tendiéndole el dibujo—. Que esto fue lo único que se me ocurrió.

Él soltó una risa entre dientes al verlo. Era muchísimo más terrible que el de Iker: un termo de café en tonos azules y amarillos, que había bordeado con rotulador negro.

—¿Un café?

—De especialidad —apostillé—. O eso he intentado.

Él lo observó durante unos segundos, con el gesto algo más relajado.

—¿Desde cuándo los cafés tienen caritas sonrientes? —bromeó.

Le di un pequeño empujón con mi hombro que nos cambió el semblante y rebajó la tensión previa. Luego se hizo un silencio entre los dos mientras mirábamos nuestros respectivos dibujos.

La escena que había dibujado Iker aún no había ocurrido —no paraba de repetirme que él no sabía bailar—, pero había algo demasiado tierno en que se hubiera imaginado a mi lado precisamente en algo que a mí me hacía tan feliz.

—Iker, me alegro de que hoy me hayas contado todo esto, pero… —Tragué saliva, algo incómoda—. Hemos tenido muchos momentos a solas. ¿Por qué no antes?

Miró hacia otro lado, algo avergonzado. No quería que sonara a reproche, pero realmente me lo estaba preguntando.

—Si lo hubiera sabido… —Me encogí de hombros, sintiendo la culpa—. Habría tenido más paciencia contigo desde el principio. Te habría dado la maldita clave del wifi. No sé…

Las lágrimas amenazaron con volver y él lo supo, porque alzó el brazo y me rodeó por los hombros, acercándome a él y dejando que nuestras cabezas se rozaran en silencio.

Sin embargo, tardó en responder.

—¿Puedo ser sincero? —preguntó—. De hecho, me gustaría ser sincero, Sora. No quiero más medias verdades contigo.

Aquello me asustó. ¿Todavía quedaba más por descubrir? ¿Había algo peor que todo lo que ya me había dicho?

—Por favor.

—Pensé que no ibas a entenderlo.

—¿Por qué dices eso? —pregunté, incorporándome por la sorpresa.

—Siento que todo está bien a tu alrededor —confesó, encogiéndose de hombros—. Que todo es felicidad. Cuando hablas de tus padres, de tu hermana, de tus amigos, de tu universidad. Cuando hablas de este proyecto. Todo parece que va… bien. Y una parte de mí creía que no ibas a entenderlo.

—¿Piensas que no he pasado por ninguna cruz porque siempre me ves alegre?

—Bueno, dicho así… —suspiró—. No lo sé.

Volvió a abrazarme y, aunque me dejé hacer, seguía bastante confundida.

—Y, por supuesto, tenía miedo de que salieras corriendo al conocer mis mierdas —susurró—. ¿Cómo vas a querer estar con alguien como yo?

Se me paró el corazón y, por lo quieto que se quedó él, imaginé que al suyo le había sucedido algo parecido. Nunca habíamos hablado de nada remotamente cercano al futuro de ese *nosotros*. ¿Quería un futuro con Iker? Mi corazón me decía que sí. ¿Era posible un futuro con él? Quería obviar todos los motivos por los que no: mi viaje a Corea, sus traumas no superados, mis inseguridades, las vidas tan diferentes…

¿Lo volvía todo más difícil después de lo que me había contado? Tal vez. No lo sabía. Pero si era sincera, todo aquello no me alejaba de él. Al contrario, solo hacía que lo quisiera más.

«¿Le quiero?».

—Digo, si es que has pensado en estar con alguien como yo, que no lo sé… —se apresuró a aclarar.

—Bueno, no hemos tenido *la* conversación —dije, riendo un poco para disimular el nerviosismo.

Y es que, aparte de David, yo no había salido nunca con nadie, así que no tenía ni idea de cómo funcionaban esas cosas. ¿Se suponía que tenía que sacar él el tema? ¿O debía hacerlo yo? ¿Simplemente nos besábamos y ya está? ¿Quién se encargaba del primer paso?

—Me daba miedo esta conversación, la verdad. —Buscó otra vez mi mano, como si le hiciera falta sentir que seguía allí—. ¿Y si solo soy el clavo que saca a David? ¿Y si para ti esto era solo un rollo de

verano? O peor casi, ¿y si quisieras algo serio? Mi vida es un desastre, Sora. No sé si puedo cuidar una relación ahora mismo.

Las palabras le salían atropelladas, contenidas durante demasiado tiempo.

—No dejo de repetirme que lo nuestro no tiene futuro, pero contigo todo ha dolido menos, y eso ya ha sido mucho más de lo que esperaba de la vida.

Alcé la vista hacia él y, casi al mismo tiempo, él bajó la suya hacia mí. El aire cambió y, de repente, todo se volvió más lento, como si el mundo entero hubiera decidido contener la respiración. Estábamos cerca, demasiado cerca, como tantas otras veces…, pero no igual. Esta vez había algo distinto, algo que tiraba de mí hacia él sin dejarme pensar.

La garganta se me secó por completo. Estábamos a punto de unir nuestros labios por fin, pero, después de todo lo que había dicho, yo también necesitaba dar un paso al frente en lo emocional antes que en lo físico. Necesitaba que, cuando ese beso llegara, no hubiera nada a medias. Que fuéramos nosotros de verdad, sin escondernos.

—Ven conmigo —susurré—, quiero llevarte a un sitio.

Pero esa noche quería abrirle mi corazón tanto como él me lo había abierto a mí.

34

IKER

No dejé de observarla en todo el trayecto.

La miraba porque todavía me parecía imposible que fuese real, que estuviese a mi lado después de conocer mi miseria. La miraba también porque una parte de mí no dejaba de pensar en cuánto tardaría en irse. O en cuánto tardaría yo, incapaz de sostener algo tan grande. Y quizá por eso sentía la necesidad absurda de memorizarla, como si mirándola lo suficiente pudiera guardármela un poco más.

Ni siquiera sabía adónde íbamos, pero no me importaba. Si era con Sora, habría ido a cualquier parte. Al fin del mundo, si hacía falta.

—Ya estamos llegando —anunció mientras tomaba la última curva.

Sora condujo la furgoneta del padre Mateo con una agilidad asombrosa. Se metió por callejuelas estrechas de urbanizaciones, enlazando curva tras curva, hasta que llegamos a una calle donde parecía terminar todo rastro de civilización, con varios coches aparcados en batería.

—Este es mi sitio especial —me dijo, deteniendo la furgoneta y volviéndose hacia mí.

—¿Un aparcamiento? —bromeé.

Me dedicó una mirada divertida.

—Ten un poco de fe. Lo descubrí hace unos años por casualidad y se ha convertido en uno de mis sitios favoritos. Nunca se lo he enseñado a nadie. Ni siquiera a Cris.

Nos bajamos del coche y la seguí casi con obediencia divina. Saltamos un pequeño muro y aterrizamos sobre la tierra compacta. Fue como si, de repente, hubiéramos cruzado a otro mundo. Todo lo que nos rodeaba era campo, salpicado de árboles preciosos. Ese año había llovido bastante durante el invierno, así que el paisaje se mostraba ante nosotros de un verde insólito para aquella zona del sur.

Echó a andar con determinación hasta el pie de una pequeña colina, lo bastante empinada como para hacerme dudar de si mi rodilla resistiría. Pero Sora, como si ya hubiera aprendido a leerme, me tendió la mano. Se la tomé con una sonrisa, pensando que me estaba acostumbrando demasiado deprisa a la sensación de sus dedos entrelazados con los míos.

Subimos con cuidado y, al llegar arriba, me faltó el aire. No por el esfuerzo de la subida, sino por el paisaje que se mostraba ante mis ojos, tan inesperado como espectacular.

—Dios mío… —susurré.

En lo alto de la colina había una diminuta ermita de cal blanca, coronada con una sencilla cruz de forja. En el interior, tras una ventana, se podía vislumbrar un crucificado rodeado de flores frescas. Pero lo que de verdad imponía era la panorámica. La costa de Cádiz se abría con el mar cubriéndolo todo hasta desaparecer. El sol descendía sin prisa y pintaba el cielo de tonos anaranjados y dorados.

—Lo sé —contestó Sora, que me dio un apretón leve en la mano —. La belleza de la creación.

Sin duda, aquel era uno de esos instantes en los que hasta el más incrédulo podría preguntarse si existía un Ser Creador capaz de imaginar tanta belleza.

Sora me condujo con suavidad hacia un pequeño muro de piedra que parecía hecho a propósito para sentarse. La ayudé a subir y me quedé frente a ella, entre sus rodillas. Podía notar el calor de sus piernas a cada lado, demasiado cerca como para pensar con claridad.

Me moría por besarla. Pero, cuanto más se aproximaba el momento de hacerlo, más miedo me daba.

—Si me miras a mí no vas a ver el atardecer —rio Sora.

Curvé mis labios, pero no pensaba mirar en otra dirección que no fuera ella. Dudé un segundo antes de moverme, pero me atreví a colocar mis manos suavemente en sus caderas.

—El atardecer estará cada día —indiqué.

—Y yo también —me aseguró.

—¿Seguro?

—¿Por qué sigues dudando, Iker?

Apreté los labios en una fina línea mientras observaba sus preciosos ojos.

—Tenemos vidas tan diferentes… —susurré.

—¿Te refieres a que estás tremendamente podrido de dinero y yo vivo en un humilde pisito con mis padres?

Puse los ojos en blanco mientras bufaba. El dinero siempre había sido una circunstancia más en mi vida, un ruido de fondo al que nunca le presté atención. Imaginaba que para Sora era inevitable

verlo como algo extraordinario, como una barrera real entre nosotros. Pero se me ocurrían más de cincuenta razones por las que nuestros mundos eran imposibles… y las malditas clases sociales ni siquiera estaban entre las primeras.

—No me refería a eso —me defendí.

—Ya lo sé.

Subió las manos por mis antebrazos expuestos al sol. Su pulgar trazaba pequeños círculos distraídos, y sentí cómo se me aflojaban los hombros sin darme cuenta.

—Sé que hablas de dolor. De todo lo que has perdido. De lo mucho que cargas. De lo difícil que te resulta creer que alguien pueda quedarse con todo ese caos, ¿verdad?

Mi cabeza terminó de completar aquella lista. Mi depresión, que parecía haber encontrado en mí un lugar fijo. El sentimiento de orfandad, que ya era parte de mi forma de estar en el mundo. La lucha por la custodia de mi hermana, que pendía sobre mí como algo capaz de romperlo todo. Y la incertidumbre del futuro, incluso con el dinero ahí, sosteniendo una vida que por dentro seguía tejida en tonos grises.

—Quería traerte aquí por un motivo —recordó Sora.

El viento movía algunos mechones de su pelo y, con naturalidad, se los aparté de la cara. Me quedé unos segundos de más en su cuello, disfrutando del roce con su piel.

—Me has dicho que te daba miedo que yo no entendiera lo que estabas pasando… o que me asustara tanto dolor. —Sostuve su mirada, intuyendo que estaba a punto de contarme algo importante, y continuó—: Sufro de trastorno de ansiedad generalizada desde hace muchísimos años. Eso significa que…

—Que vives con una activación constante —completé casi sin pensar, en un hilo de voz—. Cuerpo en alerta, pensamientos intrusivos, anticipación… y a veces crisis complejas.

Sora reprimió una sonrisa que llevaba implícita una ligera pizca de orgullo.

—Se me olvidaba que eres médico —rio con suavidad.

—Casi médico —puntualicé, bajando la mirada un segundo—. No sé si algún día terminaré la carrera.

Era automático. Parecía que necesitaba recordarle —o recordarme — todos los motivos por los que yo no suponía una buena opción. Pero ella negó con la cabeza y me ofreció una sonrisa que no tenía nada de lástima.

—Perdona, sigue —pedí.

Sora comenzó a contarme su historia, y supe casi desde la primera frase que no iba a salir de aquella conversación siendo el mismo.

Sus padres —él español, ella coreana— se habían conocido en Nueva York mientras estudiaban. Se casaron jóvenes, formaron una vida allí y nacieron ella y su hermana. Después se mudaron a España, aunque los veranos seguían siendo de Corea del Sur. Una familia entre dos culturas, casi idílica… hasta que siguió hablando.

Me contó lo difícil que había sido crecer de esa forma. Lo decía con su calma habitual, pero sus ojos guardaban huellas imborrables de dolor. Hablaba de burlas, miradas desagradables, insultos e incluso empujones disimulados, que se agravaron aún más durante el instituto.

Se metían con sus rasgos, su forma de hablar, su apellido, todo lo que la hacía distinta. Me dijo que aquello la rompió tanto que comenzó a rechazarse a sí misma y la ansiedad la devoró. Dejó de

dormir bien, de comer, de estudiar o de socializar. Rechazó todo lo que tuviera que ver con Corea —el idioma, cualquier comida y hasta las llamadas con sus abuelos maternos— e incluso también llegó a pensar que su vida no tenía ningún sentido.

Sin poder evitarlo, me imaginé a una Sora más joven tirada en el suelo de su habitación, llorando sin consuelo, lo que me hizo sentir una punzada de culpabilidad —absurda, por supuesto, pero abrasadora—, que me hacía preguntarme por qué no la había conocido antes. Si yo hubiera estado ahí, la habría cuidado. La habría abrazado hasta que por fin entendiera que nunca hubo nada en ella que mereciera ser escondido. Que era absolutamente perfecta así.

Fui entendiendo poco a poco que la Sora que había conocido hasta entonces era solo una parte. Debajo de su serenidad, de su responsabilidad, incluso de esa luz suya, también había heridas. Y, lejos de alejarme, eso me atraía todavía más. Porque ahora la veía de verdad, no solo como la chica perfecta que sostenía a los demás, sino como alguien tan humana como yo.

—Pero el Señor sabe cuándo y cómo hacer las cosas —dijo sonriendo.

Continuó hablándome, esta vez un poco más animada, de cómo sus padres la habían apuntado a baile, casi obligándola a salir de sí misma, y allí había aparecido Cris. Me contó cómo conectaron enseguida, cómo ella también sabía lo que era vivir entre dos mundos, mezclar idiomas, sentirse descolocada a veces, incluso en casa. Se entendían. Y, de pronto, cada gesto que había visto entre ellas se cargaba de significado.

—Entonces llegó mi primer campamento.

Y en mi cabeza traicionera apareció el idiota de David.

—Fue justo lo que necesitaba para empezar a sanar de verdad —dijo, bajando la mirada—. Entonces entendí que mi valor no dependía de ser más o menos guapa, ni de ser más coreana o más española. Comprendí que ya tenía valor, que ya tenía dignidad… simplemente porque había alguien que me amaba sin condiciones. No porque yo me lo hubiera ganado. Sino porque sí.

Luego alzó la vista hacia mí y me miró tan intensamente que creí que se me paraba el corazón.

—Vivimos creyendo que tenemos que merecer que nos quieran. Que hemos de ser suficientes, hacerlo todo bien, encajar, destacar… Algo. Como si el amor siempre hubiera que ganárselo. Pero aquel verano aprendí que no.

—¿Te refieres a David? —solté, sin poder controlarlo.

Ella soltó una risa ligera.

—No, no me estaba refiriendo a ningún chico —confesó, sacudiendo la cabeza—. Aunque, bueno, sí, él también tuvo algo que ver en mi proceso.

Sora hizo una pausa mientras tomaba aire.

—Siempre he creído que David me miró cuando creía imposible que alguien lo hiciera. —Noté que se me tensaba algo en la cara y bajé la vista, incómodo, pero ella me tomó la barbilla y me obligó a mirarla. Sus ojos tenían una dulzura que me dejó sin aliento—. Pero realmente fue Dios quien me salvó. Me reconcilió con todo y volví a ponerme esto.

Sora sacó su colgante, ese que siempre buscaba con los dedos cuando los nervios la traicionaban. Lo tomé con sumo cuidado. Era la primera vez que lo tenía entre las manos y el simple roce me hizo

sentir que ella me estaba confiando algo más que un objeto. Le di la vuelta despacio y descubrí, grabados en el reverso, su nombre y una fecha: 14.08.04.

—Me la regaló mi abuela el día de mi bautizo —explicó—. La concha marina es uno de los símbolos de Jeju, la isla donde vive mi familia materna. Es un lugar precioso… Ojalá algún día pueda llevarte.

Se me escapó una sonrisa. Por supuesto que me encantaría conocer Corea. Y más si era a través de sus ojos. Y más aún si era agarrados de la mano. Pero pensar en el futuro con Sora se sentía como si miles de alfileres aterrizaran directos en mi estómago.

—De hecho… —Sora buscó mis manos y entrelazó sus dedos—. Como has dicho antes, no quiero que tengamos medias verdades. En septiembre me…, me iré a estudiar a Corea durante un año.

Parpadeé una vez. Luego otra. Noté el golpe en el pecho sin anestesia alguna.

Corea. Septiembre. Dos palabras bastaban para poner fecha de caducidad a algo que ni siquiera había empezado. Porque una cosa era tener miedo a besarla, a equivocarme, a no estar a la altura. Y otra muy distinta, hacerlo sabiendo que, en unas semanas, ella se encontraría al otro lado del mundo.

Tragué saliva y aparté la vista un segundo, más herido de lo que tenía derecho a estar. Una parte absurda de mí se preguntó por qué no me lo había contado antes. Otra, más cobarde, pensó que quizá la vida acababa de decidir por mí.

—Necesito… volver a mis orígenes —continuó Sora, intentando justificarse, tal vez al ver mi cara—. Estar sola allí. Empaparme de la cultura. Descubrir quién soy sin lo que me define aquí…

Volví a mirarla. No tenía derecho a enfadarme ni a sentirme frustrado. No era una decisión contra mí, sino por ella. Y, siendo sincero, de mi boca no podía salir nada parecido a un «quédate» cuando ni yo mismo sabía si podría hacerlo.

—Lo siento —murmuró ella, con rostro entristecido—. Quizá tendría que habértelo dicho antes. Lo sabe muy poca gente. No he querido contarlo porque, cuando lo digo en voz alta, se vuelve real y… Tampoco quería estropear esto antes de tiempo…

Alcé la mano y le rocé con suavidad la mejilla. Ella cerró los ojos y, durante unos segundos, entendí con una claridad absurda que iba a echarla de menos. Que yo ya estaba irremediablemente perdido por Sora Alcázar.

—Me alegro de que te vayas, si eso es lo que necesitas. De verdad. Y no es como si no existieran los aviones, ¿no? —solté, sin pararme a pensar en las consecuencias de mis promesas—. Y no es como si no tuviera todo el dinero del mundo para ir a verte cuando quiera.

Eso le arrancó una sonrisa leve, y solo entonces sentí que volvíamos a respirar.

—¿Vendrías a verme?

Con ella mirándome así, una parte de mí quería decir que sí a cualquier futuro que la incluyera. Aunque la palabra futuro siguiera atragantándome por dentro.

—Siempre que tú quieras.

Sora apartó la mirada y reprimió una sonrisa que, aun así, se le dibujó en la comisura de los labios. Yo me quedé observándola un instante, aferrado a esa pequeña luz en su expresión, agradecido de

verla ahí después de lo que acababa de contarme. Entonces, con más cuidado esta vez, volví a hablar:

—¿Y ahora? ¿Cómo llevas la ansiedad?

—Han pasado unos años y estoy bien —dijo—, o al menos mucho mejor. Pero supongo que es como una herida antigua que a veces vuelve a abrirse. Esa sensación de insuficiencia. De pensar que debo ser perfecta para que los demás puedan quererme…

Hice una mueca. No tenía que hacer absolutamente nada más que ser ella para que la quisiera.

—Tengo mis herramientas, ¿sabes? Hablo mucho conmigo misma y escribir me ayuda a soltar.

Alzó los ojos hacia mí, con una chispa suave en la mirada.

—¿Recuerdas la noche en la casa de acogida?

Me mordí el labio, incómodo. Aún sentía ese calor recorriéndome el cuerpo cada vez que evocaba lo cerca que habíamos estado aquella noche.

—¿Cómo voy a olvidarlo?

Se le escapó una risa traviesa y me dio un golpecito en el hombro.

—Te enseñé mi diario de agradecimiento. Hubo una época en la que solo sabía ver lo malo de mí misma y de mi vida. Empecé a escribir las cosas buenas y, poco a poco, dejó de ser solo un ejercicio para convertirse en una forma de vivir: desde el agradecimiento.

«¿Cuándo había sido la última vez que me había sentido agradecido por mi vida?».

—No estoy intentando comparar lo mío con lo tuyo —dijo enseguida, un poco nerviosa—. No puedo imaginarme lo que debe

ser no tener a tus padres y vivir lejos de tu hermana. Pero supongo que… lo que quiero decir es que todos llevamos algo a cuestas.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar. Se notaba que estaba intentando buscar las palabras correctas para no meter el dedo en mi herida.

—Cris también pelea con sus inseguridades —explicó—. David vive con su abuela porque su madre lo abandonó al nacer… Ninguno de nosotros lleva una vida perfecta. Solo que, de algún modo, hemos decidido que eso no tenga la última palabra. Que, a pesar de todo, merece la pena intentar ser felices con lo que nos ha tocado. Que vivir amando es lo único que nadie puede arrebatarnos.

Nos quedamos en silencio unos segundos mientras sus palabras ahondaban aún más en mi interior, removiéndolo todo. Una parte de mí seguía aferrada a la pérdida, al dolor, pero Sora no me estaba hablando de negarlo o fingir que no existía. Me estaba hablando de algo mucho más difícil. De algo que don Manuel había intentado explicarme aquella primera semana y que me había roto por dentro.

Se trataba de colocar el dolor. No para hacerlo desaparecer o restarle peso, sino precisamente para que no lo ocupara todo, para que no se tragara también lo poco bueno que aún pudiera quedar. Para dejar así espacio a otra cosa: el amor.

Sora siempre volvía a esa palabra. Era la que más repetía, la que más le nacía. La revolución del amor, lo había llamado. Amar cuando las cosas se pusieran difíciles. Amar aunque todo pareciera perdido. Amar tu vida tal y como era. Amarte a ti mismo. Amar a los demás. Amar incluso a ese Dios que yo empezaba a sentir muy levemente, casi a mi pesar.

Quería creer que todavía estaba a tiempo de colocar bien el dolor y no dejar que decidiera por mí.

—¡Juguemos a algo! —exclamó de repente—. A ver, dime cosas bonitas que agradezcas del campamento.

La miré con incredulidad, pero era imposible negarse a una sonrisa traviesa de Sora.

—Vale. Pues…, por ejemplo, la comida está rica —dije tras unos segundos, aunque esa era fácil—. El mar, que se ve desde algunas zonas…

—¡Estupendo! —celebró exageradamente—. ¿Algo más?

—El olor a lavanda. Me recuerda a mi madre y a mi abuela.

«Y por alguna razón, ya no me duelen tantísimo los recuerdos».

—Y estar con Álvaro. Sí, estoy agradecido por su amistad —continué mientras Sora me miraba con orgullo—. Y supongo que he conocido a gente bastante maja. Charlie, Juan… Y Cris también me cae muy bien.

—¡Cuántas cosas! ¡Bravo! —aplaudió con efusividad.

—Y… —Volví a acercarme a ella—. Por supuesto, tú.

Pude ver que se le cortaba la respiración.

—En realidad, estás en el primer lugar de cosas que agradezco este año —dije, sin medir mucho las palabras—. O, bueno, casi que de toda mi vida. Tu sola existencia, Sora.

Sus brazos encontraron mi cuello y, sin prisa pero sin titubeos, me acercó más a ella.

—Tú también estás el primero en mi lista de agradecimientos —susurró.

—¿Estoy en esa dichosa libreta?

Sonrió.

—Por supuesto.

Sonreí.

Y nos quedamos ahí unos segundos de más. Incliné la frente y la apoyé en la suya; su respiración chocaba con la mía, irregular, cálida. El trino de los pájaros seguía sonando a nuestro alrededor, pero lejos, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo.

—Hay algo con lo que no estoy de acuerdo de todo lo que has dicho —murmuré, sin poder quitármelo de la cabeza.

Noté que fruncía el ceño antes incluso de que se separara lo justo para mirarme. Sus ojos buscaron los míos, inquietos.

—Has dicho que David te hizo sentir vista cuando pensabas que nadie lo haría.

Se mordió el labio, pero no respondió.

—Sora, es imposible no verte.

El aire entre los dos cambió de golpe.

Ella levantó la mirada y una sonrisa lenta se dibujó en sus labios. No era una sonrisa amplia ni radiante; se trataba de algo más profundo, más íntimo. Como si, en ese preciso instante, hubiera tomado una decisión que llevaba tiempo guardando en silencio.

Luego se inclinó hacia mí sin un ápice de duda.

Sus labios rozaron los míos con una delicadeza que me dejó sin aliento y me aceleró el pulso. Fue un beso suave, casi tímido, casi como una pregunta silenciosa. Durante un mínimo instante, apenas reaccioné. Me quedé quieto, dejándome envolver por su calor, por la sensación imposible de que aquello por fin estuviera pasando de verdad.

«Sora ha elegido besarme».

Entonces reaccioné, y la distancia entre nosotros por fin desapareció.

Con cuidado, deslicé una mano hasta su cintura y la atraje un poco más cerca. La besé despacio, sin ninguna prisa, con el único objetivo de aprenderme cada milímetro de su boca. Había algo casi reverente en la manera en que la besaba, una delicadeza extraña, casi sagrada.

Pero apenas unos segundos después, todo dejó de ser delicado.

Su cuerpo chocó con el mío y la abracé con fuerza, deseando fundirme con ella. El beso se volvió más torpe, más profundo, más urgente. Y, en medio del tamborileo salvaje de mi corazón —tan fuerte que estaba seguro de que ella podía oírlo—, supe que los dos llevábamos días ansiando aquello.

Y ahora que por fin estaba ocurriendo, solo podía preguntarme por qué había sido tan idiota de esperar tanto. Me sentía más vivo que nunca, como si hubiera resucitado.

Mis manos se movieron por su cuenta: subieron por su espalda, se enredaron con delicadeza en su cabello, recorrieron la curva suave de su cuello. Cada roce era una pregunta y una respuesta al mismo tiempo. Sora no se apartó. Al contrario, sus dedos se deslizaron entre mi pelo, tirando de mí con una dulzura firme que me hizo perder el poco control que me quedaba.

Sus piernas se cerraron alrededor de mi cintura, sujetándome cerca de ella, como si necesitara asegurarse de que no iba a desaparecer —yo tampoco quería irme a ninguna parte—, todo lo demás dejó de existir. Ni el pasado, ni el futuro, ni Corea, ni los juicios. Solo Sora y la forma en que mi corazón parecía haber encontrado por fin su lugar en el mundo.

Aquello no era un beso cualquiera. Y Sora Alcázar tampoco era una chica cualquiera.

Ni en mil malditas vidas iba a conseguir olvidarla.

—Mira, Iker… —susurró, separándose pero sin soltarme del todo —. ¡El atardecer!

Giré la cabeza lo justo para comprobar que el cielo se teñía de un naranja intenso, aunque apenas le presté atención. El mundo podía arder si quería, pero en ese momento no había nada más importante que Sora.

Volví a besarla casi al instante.

—Tú también has dicho algo con lo que no estoy de acuerdo, ¿sabes? —añadió Sora, apartándose levemente y dándome un beso suave en la mejilla.

—¿Ah, sí?

Cerré los ojos un segundo. Inhalé su aroma despacio, como si pudiera guardarlo dentro.

—Esa tontería de que no tenemos futuro…

Negó con la cabeza, casi con incredulidad. Y antes de que pudiera responder, me atrajo de nuevo. Sus besos me encontraron sin aviso, sin poder reaccionar. Pero en mi mente algo martilleaba.

«Futuro. Futuro. Futuro».

Sora me besaba como si me estuviera eligiendo de verdad, como si no tuviera miedo de quedarse ahí conmigo. Y yo, durante unos segundos, la creí.

Creí que podía hacerlo. Que podía ser ese chico para ella. Uno que besaba a la chica perfecta en mitad de un campamento y después no salía corriendo. Uno que no llevaba una vida rota en los bolsillos. Uno capaz de prometer algo sin sentir que estaba mintiendo.

«Porque ella ahora está viendo mi mejor versión».

Pero si ella me elegía, tarde o temprano tendría que verme entero. No al Iker que la cuidaba ni al que podía comprar billetes a Corea como quien compra café. A mí. Con mi tío Javier, con mi hermana, con las noches oscuras, con las cajas de comida acumuladas, con Medicina pudriéndose en un cajón y esa culpa pegada al cuerpo que no sabía quitarme.

«Te mereces mucho más».

«No puedo arrastrarte a esto».

«En el fondo, siempre seré un muerto en vida».

Noté que los pulmones se me cerraban de golpe. El pecho. La garganta.

—Sora, espera… —murmuré, cortando el beso, con la voz más baja de lo que pretendía—. Yo…

Di apenas un paso atrás, pero suficiente para que el espacio entre los dos se sintiera enorme y Sora me mirase desconcertada. Pasé una mano por mi pelo, desordenándolo aún más, y evité mirarla durante un segundo.

Intenté respirar. Inhalar. Exhalar. Nada funcionaba.

Cuando por fin levanté la vista, ella seguía ahí, mirándome pacientemente.

Sora era lo más increíble que me había pasado en mucho tiempo y yo estaba a punto de cargármelo todo. Pero la quería. La quería más de lo que jamás había querido a alguien. Más de lo que podía soportar.

Y si de verdad la quería, no podía retenerla conmigo ni arrastrarla a todo el caos que yo era.

Tal vez la revolución del amor también consistía en dejar ir, por mucho que me destrozase por dentro.

—Lo siento… —Mi voz se quebró—. No…, no puedo.

35

SORA

«Capullo».

«Capullo».

«Capullo».

Sin lugar a dudas, Iker había vuelto a despertar esa rabia poco común en mí, pero esta vez era mucho más salvaje y difícil de contener.

Después de nuestro primer beso —un beso imposible, mágico, dolorosamente perfecto— había tenido la desfachatez de apartarse y decir: «No puedo».

«¿No puedes qué, capullo?».

Intenté preguntarle, por supuesto, pero Iker se había cerrado en banda, como si de pronto hubiéramos viajado en el tiempo hasta el primer día del campamento. Como si nada de lo que habíamos vivido, hablado o sentido hubiera calado de verdad en su corazón. ¡No había servido de nada abrirme en canal!

El trayecto de vuelta al campamento fue insoportable. El silencio era tan intenso que podía oír el sonido acelerado de nuestras respiraciones por encima del motor. Además, me había agarrado tan fuerte al volante para no llorar delante de él que cualquier

sentimiento de tristeza había quedado sustituido por un enfado monumental.

Al llegar, me deseó buenas noches con total normalidad y se bajó del coche el primero. Así, sin más, dejándome sola con las preguntas sin respuesta, la vergüenza que me corroía por dentro y la esperanza destruida que no sabía dónde meter.

Me quedé inmóvil durante un rato y después me permití gritar, dar varios golpes al volante y maldecir sin ningún pudor. Y, por pedir, deseé con todas mis fuerzas que Dios mismo bajase a aclararme cuál era la maravillosa lección detrás de aquella horrible experiencia.

Y aunque me habría gustado quedarme encerrada en la furgoneta el resto de mi vida, el campamento continuó, y yo con él. El viernes por la mañana volvimos a la escuela de verano. Cris rehízo los grupos sin preguntar —algo que le agradecí— y me dejó libre, así que me pasé la mañana limpiando un aula, quitando hasta la última mota de polvo de los pupitres sin que nadie me lo hubiera pedido. Por la tarde, incluso salí a correr con ella, en un intento de quedarme sin aire para ver si así podía arrastrar todo lo que llevaba dentro. En la verbena me alivió no ver a Iker, así que bailé como una loca, salté y giré sin parar, hasta que el cuerpo me dolió lo suficiente como para no pensar.

Y aun así, no funcionó para acallar del todo lo que sentía. Iker me estaba evitando y eso me cabreaba todavía más. Ni siquiera había tenido la decencia de hablar conmigo o de mirarme, aunque yo no dejaba de buscarlo con la vista, dispuesta a enfrentarme a él en cuanto me diera la más mínima oportunidad. A veces incluso me lo encontraba en una de las mesas del camino, leyendo. Pero ¿cómo

podía concentrarse en un libro cuando yo ni siquiera era capaz de rezar el padrenuestro sin perderme a la mitad?

Y sí, también había hecho el ejercicio de intentar entenderle. De comprender su dolor y todo lo que arrastraba. Había tratado de mirar más allá de mi propia frustración —en parte, animada por Teresa, que me estaba aguantando con mucha paciencia— para no convertirlo en el villano de una historia que, seguramente, también le estaba rompiendo a él.

Pero una cosa eran las dudas y otra muy distinta lo que había pasado.

Porque, si habíamos esperado tanto para besarnos y al final lo habíamos hecho… ¿Por qué? ¿Por qué dar ese paso si no íbamos a ser capaz de sostenerlo? Él podía decir «no puedo» y marcharse tan tranquilo, pero ¿y yo qué? ¿Cómo se suponía que se seguía adelante después de que el maldito Iker Zuloaga me hubiera besado así, como si de verdad estuviera loco por mí?

Que sí, que técnicamente había dado yo el primer paso —una sorpresa incluso para mí, aún no me lo explicaba—, pero él me había respondido. ¡Vaya que si me había respondido!

—La maleta no tiene culpa de que Iker sea un poco imbécil —comentó Cris, a mi lado.

Estábamos en la cabaña, y era posible que yo hubiera lanzado mi pijama con más ímpetu del necesario. Levanté la vista hacia mi amiga, que ya estaba vestida con un conjunto de pantalón verde y camiseta deportiva blanca, rematado con una gorra a juego.

El penúltimo sábado del campamento siempre tenía algo distinto. Dejábamos atrás Cala Blanca y nos adentrábamos en la montaña para hacer una ruta entre la naturaleza durante toda la jornada.

Caminábamos a lo largo de varias horas bajo el sol, perdiendo la noción del tiempo entre senderos de tierra y piedra. A mitad de camino parábamos a comer juntos, tumbados a la sombra de algún árbol, y después nos refrescábamos en pequeños baños naturales. Siempre volvíamos absolutamente exhaustos, pero era un día que se disfrutaba muchísimo.

«Mañana, Sora. Solo tienes que aguantar hasta mañana».

Al día siguiente, Iker volvería a Madrid. Eso me permitiría empezar a olvidar. O, mejor dicho, empezar a fingir tan exageradamente que Iker nunca había existido que acabaría deshaciéndose en mi memoria como un mal sueño. Había un «¿y si…?» que no lograba quitarme, pero me negaba a vivir en una duda permanente.

—¿De verdad que no puedo quedarme aquí? —pregunté mientras me abrochaba los pantalones de senderismo.

—Claaaro —respondió Cris, silbando por lo bajo—. Buenísima idea. Te dejamos aquí sola, con tu crisis emocional y cero supervisión adulta.

Resoplé y me senté en la cama para ponerme las zapatillas. ¿Cómo había conseguido meter tanto drama en tres semanas? Había llegado al campamento soltera, me había reencontrado con mi ex, había *casi* vuelto con él, me había pillado de otro chico y, para rematar, me habían dejado plantada. Aquel campamento era un desestabilizador emocional.

Tras preparar las mochilas con todo lo necesario, salimos a la plaza, que estaba animada y llena de gente. Oteé en busca de Iker, pero solo vi a Álvaro atándose los cordones en la puerta de su cabaña.

Me recogí el pelo con una pinza; aquel día, el sol apretaba más de la cuenta. Así que volví al modo coordinadora y me recordé a mí misma que debía estar atenta para que nadie sufriera una insolación. Y eso empezaba por mi hermana, que pasaba justo por delante de nosotras.

—¿Y tu gorra? —pregunté, dando una zancada larga para cortarle el paso.

Min-ji frenó en seco y resopló, echándose el pelo hacia atrás con un gesto impaciente.

—En la mochila.

—Póntela, anda —dije—. Hoy hace un calor terrible.

—Sí, mamá —se burló, sacudiendo la cabeza mientras la sacaba de la mochila.

Se la encajó sin ganas y levantó los brazos en un gesto de obediencia exagerada.

—¿Y te has echado crema? ¿Llevas agua? —seguí.

—Síííí, pesada.

Le sostuve la mirada un segundo más de la cuenta y ella frunció el ceño.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Estás rara. Más que de costumbre.

Parpadeé. Mi hermana nunca me preguntaba si estaba bien. Era demasiado… adolescente como para preocuparse por esas cosas. ¿Significaba que el campamento estaba ablandando un poco ese corazoncito de piedra que a veces tenía?

—¿Por qué lo preguntas?

—Que conste que paso de tus movidas amorosas —comentó, eligiendo cuidadosamente sus palabras y sin mirarme—, pero no se habla de otra cosa en el campamento.

Me crucé de brazos y ladeé la cabeza, con curiosidad salvaje.

—Está claro que algo sucede —soltó—. David ya no se te acerca. Todo el mundo dice que te has liado con el tal Iker ese, que además ha estado en la cárcel. María dice que…

—¡Iker no ha estado en la cárcel! —exclamé, quizá más fuerte de la cuenta.

Un par de personas se giraron a mirarnos. Min-ji alzó las cejas, sorprendida.

—Y dile a todo el mundo que se busque algo mejor de lo que hablar —añadí, con la voz aún tensa—. Mi vida amorosa no es un tema público.

—¡Serás tonta! —exclamó enfadada—. Encima que pregunto. ¡Pues me da igual si estás bien o no!

Me quedé clavada en el sitio con los puños apretados mientras ella se alejaba sin girarse. No sabía qué me enfadaba más: que hablaran de mí a mis espaldas, que todo el mundo pensara que Iker era un criminal… o esa necesidad absurda de salir en su defensa cuando estaba claro que yo no le importaba lo más mínimo.

—Sora…

—¿Qué? —solté bruscamente.

Me giré y me encontré frente a Cris y Álvaro. Durante un instante se me aceleró la respiración, pero Iker no estaba con ellos y eso tampoco me hizo sentir mejor.

—Ah, Álvaro, hola.

Mi supuesta pelea con Iker —si es que aquello podía considerarse una pelea— también los había salpicado a ellos. Ya no pasábamos tiempo los cuatro juntos. Cris estaba más pendiente de mí, Álvaro de

él, y entre todos habíamos aceptado, sin decirlo, que algo se había roto.

—Buenos días —dijo Álvaro, colocándose las gafas—. ¿Qué tal? ¿Cómo vas?

—Bien, todo bien —mentí.

—Mentira, está en la mierda —intervino mi amiga, que se cruzó de brazos.

—¡Cris! —protesté, fulminándola con la mirada—. Perdona si no me apetece que el mejor amigo de ese capullo sepa que estoy hecha una mierda.

«Capullo. Capullo. Capullo».

Álvaro suspiró. Entonces me fijé en su camiseta. Ni siquiera reconocía la marca, pero tenía pinta de costar lo mismo que el sueldo mensual de mi madre como profesora. Y, por supuesto, llevaba un reloj más grande que mi cabeza. Parecía como si me hubieran quitado una venda de los ojos y ahora viera el puzle completo. Y eso me hacía sentir engañada y estúpidamente ingenua.

—No hace falta que me lo digas —respondió Álvaro—. Se te nota a kilómetros.

—¿Gracias por tu amabilidad?

Cris le dio un codazo a Álvaro mientras rodaba los ojos.

—Solo venía a decirte que… —Álvaro dudó y vi como Cris lo observaba de reojo—. A Iker le importas. Mucho. Pero tiene tal caos en Madrid que estoy seguro de que no quiere complicarte la vida. Hay que tener paciencia…

Según lo que Cris me había contado, Iker no le había relatado con gran detalle a Álvaro lo sucedido aquella noche, aunque ya se había encargado ella de completar los huecos. Y ambos podían tener toda

la buena intención del mundo, pero no pensaba dejar que justificaran la actitud de Iker una vez más. Ya no me quedaba más paciencia con él.

Así que, si pretendía olvidarlo a partir del domingo, tal vez debería empezar a practicar sin perder ni un segundo. Sonreí falsamente y dije:

—No sé quién es Iker.

El sendero serpenteaba entre encinas bajas que abrían sus ramas y dejaban caer alguna sombra fresca a ratos. El calor seco se mezclaba con el olor a tierra suelta, tomillo pisado y piedra templada por el sol. Entre los matorrales, de vez en cuando, se intuía algo de movimiento y algún batir de alas repentino nos acompañaba unos metros.

El grupo avanzaba entre risas, canciones y conversaciones que iban cambiando de un lado a otro del camino. La guitarra pasaba de mano en mano y las voces se elevaban en el aire caliente, algunas desafinadas y otras sorprendentemente bonitas.

Habría sido un deleite para los sentidos, como cada verano, de no haberme pasado todo el camino pendiente de él, a pesar de que no paraba de recordarme a mí misma que necesitaba olvidar que existía. Pero mis ojos lo encontraban entre las mochilas, las camisetas pegadas por el sudor y las siluetas que avanzaban levantando polvo. Sin querer, iba midiendo la distancia que nos separaba: si caminaba por delante, si se quedaba atrás o si se paraba a hablar con alguien, porque, de repente, Iker se había convertido en la persona más sociable del maldito universo.

Aunque nada fue tan cruel como la parada junto al lago. Verlo allí en bañador, charlando tranquilamente con los demás mientras competían por saltar desde las rocas, fue más de lo que podía soportar, así que me quedé bajo la sombra de un árbol, junto a las mochilas, aprovechando una ligera molestia en el tobillo. El sol le arrancaba destellos en la piel mojada, y yo tuve que apretar la mandíbula, furiosa conmigo misma por seguir mirándolo, cuando lo que de verdad quería era empujarlo al fondo del lago y dejarlo allí unos minutos, solo para que aprendiera a explicarse.

—¿Qué tal? ¿Cómo vas?

No me hizo falta mirar para saber quién era. Y por eso mismo suspiré pesadamente, jurando que no me quedaba ni una mísera gota de paciencia para aguantar a nadie más.

David tomó asiento a mi lado, como si ese sitio siguiera siendo suyo. Yo mantuve la vista al frente, sin tan siquiera girarme hacia él.

—¿Qué quieres? —gruñí.

—¿No puedo preguntarte cómo estás?

—¿Sabes que existe como un código no escrito cuando dos personas dejan una relación? —dije, irónica, cansada de ser mi versión dulcificada de fresas y arcoíris—. Lo de no intentar ser amigos.

—Eso será para las parejas normales —respondió con calma—. Tú y yo nunca lo hemos sido.

Negué con la cabeza mientras bufaba. Otra mentira que ya no pensaba comprarle.

—Además, ¿quién ha dicho que pretenda ser tu amigo?

Se hizo un silencio entre nosotros. A lo lejos, vi que Iker salía del lago y se envolvía en su toalla. Me obligué a bajar la vista; lo último

que quería es que me pillara mirándolo.

—¿Qué tal con Iker? —preguntó de pronto. Al parecer, David sí me había pillado—. Sois la noticia del campamento.

Tomé aire despacio. Dios estaba probando mi paciencia de una manera asombrosa.

—No metas a Iker en esto, por favor.

Otra vez defendiéndolo.

«Maldita sea, Sora».

—No lo meto —replicó, tranquilo—. Ya está metido. Lo has metido tú solita.

Levanté la vista de nuevo, pero esta vez para buscar a Cris. La encontré enseguida, sentada en unas rocas riéndose de forma escandalosa con Álvaro, felizmente inconsciente de que yo estaba atrapada con mi exnovio. ¿Es que no se iba a dar cuenta de que necesitaba ser rescatada de manera urgente?

—Lo nuestro se rompió mucho antes de que Iker apareciera —aclaré—. Pero si necesitas un culpable, adelante. Todo tuyo.

—Solo digo que has pasado página muy rápido. —Hizo una pausa —. Aunque, bueno…, no parece que Iker te esté haciendo mucho caso.

Tensé la mandíbula y esa vez sí que me giré para mirarlo. Tenía los mismos ojos, la misma boca, el mismo pelo alborotado. Era el mismo David. Y, sin embargo, ya no le reconocía. Ya no quedaba nada en mí que quisiera quedarse a su lado.

—Vamos, Sora —insistió bajando la voz—. Los dos sabemos cómo va a acabar esto. Solo intento ahorrarte el golpe.

—¿Cómo va a acabar?

Él soltó un bufido seco y bajó la voz hasta convertirla en un susurro áspero.

—Iker va a pasar de ti. Te irás a Corea con el corazón roto… y entonces…

Se quedó a medias, pero no porque no supiera qué decir, sino porque Iker se acercaba. Venía con la toalla al hombro y el pelo aún húmedo. Se agachó a nuestro lado como si no hubiera nada raro en la escena, como si solo estuviera de paso. Abrió su mochila con calma, sacó la cantimplora y bebió sin prisa.

David soltó el aire por la nariz.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día?

Manteniendo la calma, Iker cerró la cantimplora lentamente, volvió a guardarla en su mochila y se sentó en el suelo.

—Depende —dijo, apoyando los antebrazos en las rodillas—. Si vais a seguir hablando de mí, sí.

No alzó la voz. Ni siquiera miró a David de frente, pero el aire se volvió sumamente denso.

—No, la conversación ha terminado —resolví, mirando a David—. Puedes irte.

Él se limitó a observarme, sin moverse.

—Y tú, Iker —añadí, lo que hizo que me mirase a los ojos. El corazón se me encogió de golpe porque era la primera vez que lo hacía desde el beso—. No te he pedido que me rescates.

Algo imperceptible pasó por sus ojos, pero no respondió, así que me levanté sacudiéndome el polvo de las piernas, sin tener claro hacia dónde iba. Menos mal que, justo en ese momento, Mateo decidió hacer uso de su megáfono.

—¡Atención, pequeñuelos! Espero que hayáis podido descansar y divertiros después de comer.

Un improvisado coro de vítores respondió. Algunos seguían medio tumbados en el suelo, con esa modorra pegajosa que deja el calor después de comer. Otros salían todavía del lago, con el agua escurriéndose de los brazos y en busca de las toallas.

—Ahora vamos a comenzar la última parte de la ruta —explicó Mateo, emocionado—. Volveremos a los autobuses por grupos y lo haremos estilo supervivencia: solo con un mapa y unas pistas que os daremos. Vuestros monitores tienen todo el material. ¡Es hora de poner a prueba vuestro sentido de la orientación! Nada de teléfonos, ¿vale?

—Pero ¡si no hay cobertura! —se quejó alguien.

«Ya queda menos para el domingo. Y para volver a casa y olvidarme de esta terrible pesadilla», pensé yo.

Media hora más tarde, habíamos comenzado a andar; los grupos salieron con diez minutos de diferencia entre ellos. Aquella sensación de ir «solos» siempre me había gustado, pero ese día solo quería desaparecer. Que me tragara el monte.

Con la excusa de controlar, le dije a Cris que cerraría el grupo. Ella asintió sin discutir, así que acabé la última, lo que me permitió ir sola con mis pensamientos. El sol de la tarde caía en diagonal y el grupo avanzaba entre risas; comentaban el baño y se pasaban la cantimplora de mano en mano.

Yo no escuchaba nada. Iba demasiado metida en mis pensamientos, con la rabia dando vueltas en bucle. El tobillo ya venía avisándome desde hacía un rato, pero seguí andando sin prestarle atención. Di otro paso más fuerte de lo necesario y

entonces apoyé mal. Sentí cómo el pie se me iba hacia fuera, sin poder remediarlo.

Lancé un grito de dolor.

36

IKER

El grito de Sora me atravesó como un latigazo.

No pensé ni medí. Tan solo corrí hacia ella lo más rápido que pude, ignorando la queja de mi propia rodilla. La encontré a unos metros, de lado en el suelo, con una pierna clavada en tierra y el gesto torcido de dolor.

—Espera —solté al llegar, dejándome caer a su lado—. No te muevas.

—Estoy bien —se apresuró a decir.

Intentó incorporarse, pero en cuanto apoyó el pie de nuevo, el gesto se le rompió. Le sujeté el brazo antes de que cargara todo el peso. Se tensó al instante y se zafó rápidamente de mí.

—Ni se te ocurra levantarte —le advertí—. Siéntate un momento.

Cris, que iba en cabeza del grupo, llegó jadeando detrás de mí.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—El tobillo, lo de siempre… —murmuró Sora, con un tono entre fastidio y resignación.

Entonces entendí que Sora debía de ser de esas bailarinas que aprendían a seguir incluso lesionadas, aunque nunca me lo hubiera contado. Y pensé en todo lo que aún no sabía de ella. En todo lo que, quizá, ya nunca sabría.

—Déjame ver —dije, ya llevando las manos a su zapatilla.

—No hace falta —protestó, tratando de apartarse—. De verdad, puedo seguir. Dadme unos segundos y estaré bien.

Nuestras miradas se encontraron y sentí un puñetazo en la boca del estómago.

Mi cuerpo recordó demasiado rápido su tacto, su olor, la forma en que sus brazos se habían cerrado alrededor de mi cuello aquella tarde en la ermita. Pero también recordé el instante exacto en que me aparté de ella. Su cara. El desconcierto. El daño que no pudo ocultar cuando le dije que no podía.

Desde entonces había evitado hasta hacer contacto visual con ella. Porque Sora tenía algo peligroso: conseguía que olvidara todas las razones por las que aquello era una mala idea. Y yo no podía permitirme ese lujo.

—Voy a ver ese tobillo —le indiqué, intentando anclarme al motivo por el cual volvíamos a estar cerca.

Trató de resistir un poco más, pero al final bajó los ojos y me lo tomé como una respuesta afirmativa. Le quité suavemente la zapatilla y deslicé despacio el calcetín. El tobillo estaba inflamado y pasé los dedos con suavidad, palpando, lo que le provocó un gemido de dolor inmediato.

—Te lleva molestando un rato, ¿verdad? —pregunté—. Está demasiado inflamado para que haya sido de ahora.

La miré de reojo y noté cómo apretaba la mandíbula sin decir nada.

—No entiendo por qué no has venido a buscarme para que te mirase esto antes.

El tono me salió mucho más cercano al de un novio desesperado que al de un médico, aunque no pude evitarlo. Sabía que Sora estaba enfadada conmigo, pero se me hacía insoportable pensar que no hubiera acudido a mí para pedirme ayuda. Como si nuestro enfado, la distancia o todas las grietas entre nosotros pesaran más que la necesidad de estar ahí el uno para el otro. Como si pudiera existir algo en este mundo lo bastante grande como para impedirme cuidarla si ella me necesitaba.

Esperé a que respondiese algo, pero no lo hizo. Por lo visto, tampoco me merecía sus palabras, y ¿quién podía culparla después de haber salido despavorido tras besarla de la forma más intensa en que he besado a alguien alguna vez?

—¿Puedes moverlo? —pregunté.

—Sí —respondió, sin ni siquiera intentarlo.

Solté aire por la nariz, ladeando la cabeza para volver a mirarla.

—Eres una paciente terrible.

—Y tú eres una persona terrible.

«Me lo merezco».

Sacudí la cabeza, sujeté el tobillo de Sora… y lo moví ligeramente.

—¡Iker! ¡Me cago en todo!

Se dejó caer hacia atrás con un gemido, tumbándose sobre la tierra. Volvía a decir palabrotas, lo que me recordaba que tenía un enfado monumental.

—Voy a hacerte un vendaje provisional —expliqué, apoyando el pie sobre mi rodilla—. En cuanto lleguemos, reposo y hielo. Y si en unos días no mejoras, vamos al hospital.

—¿Vamos? —ironizó ella—. Ni siquiera vas a estar aquí.

La miré, pero Sora dirigía la mirada hacia el cielo.

—No lo digas como si tuviera elección… —murmuré en tono bajo.

—Bueno, tuviste elección el jueves por la noche.

Su tono seguía siendo igual de alto, como si quisiera que todo el mundo —incluidos los pájaros, las piedras y el monte— se enterase de que había sido un capullo con ella. De nuevo, me lo merecía.

—Sora…

Pronuncié su nombre y, sin darme cuenta, estaba acariciándole el tobillo con delicadeza y no precisamente como médico. Ella se mordió el labio, pero no se apartó.

—¿Alguien me pasa el botiquín para que Iker pueda vendarme el pie? —pidió con expresión incómoda, mirando más allá de mí—. Así acabamos ya con esto.

Juan se agachó y me tendió el maletín de primeros auxilios. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que todos habían formado un corrillo a nuestro alrededor. Nos observaban con una curiosidad descarada, como si asistieran en primera fila a una telenovela.

—¿Podéis darnos un poco de espacio? —pregunté intentando poner una sonrisa amable.

—¡Tienes razón! —exclamó Charlie—. Estamos agobiando. Vamos a alejarnos un poco.

Empecé a abrir el botiquín mientras las pisadas se alejaban, aunque Cris y Álvaro seguían allí. Hacía mucho que no vendaba un tobillo, así que me obligué a concentrarme en cada gesto. De pronto, hacerlo bien me importaba más de la cuenta.

—¿Ya está, no? ¿Terminado? —preguntó, enfurruñada, cuando coloqué la última tira de sujeción—. Gracias.

Se incorporó para ponerse el calcetín y la zapatilla por su cuenta. La observé sin intervenir. Cris la ayudó a levantarse, pero apenas

podía apoyar el pie y acabó sosteniéndose a la pata coja.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Cris, mirándonos a todos con cara de pánico—. Aquí no entran los coches. No pueden recogernos. ¿Serás capaz de andar?

—Podrá andar, pero muy muy despacio —expliqué yo, levantándome también—. Y con un apoyo constante.

—Puedo andar rápido —replicó Sora.

Solté un suspiro. «Qué chica tan cabezona».

Entonces Álvaro, que había llevado el mapa en la mano durante todo el camino, miró la ruta marcada con gesto crítico y sentenció:

—Según mis cálculos…, si vamos a la velocidad de Sora, se nos hará de noche. Vamos, que nos daría tiempo a envejecer y a tener hijos en el camino.

Alzó la vista hacia Cris y matizó con rapidez:

—Es un decir, claro. No es que vayamos a tener hijos entre nosotros.

Sacudí la cabeza. Álvaro se volvía inexplicablemente raro cada vez que intentaba impresionar a Cris.

—¡Que puedo caminar rápido! —insistió Sora.

Y, para demostrarlo, intentó echar a andar, pero al segundo paso se tambaleó y tuve que sostenerla. No era la primera vez que lo hacía, aunque esta vez se tensó como si mi contacto la electrocutara.

—Y, por supuesto, no hay cobertura —se quejó Cris, con el móvil en alto—. ¿A quién se le ocurrió esta prueba maravillosa?

Nos miramos entre los cuatro mientras pensábamos en posibles soluciones. La verdad es que estaba jodido.

—¿Y si te dejamos aquí y vamos a buscar ayuda? —sugirió Cris.

—Claro, Cris —soltó Sora, con retintín—. Que me coman los jabalíes y así mañana salgo en las noticias. ¡Maravillosa idea!

Reprimí una pequeña sonrisa. Sinceramente, Sora tenía un punto muy gracioso cuando estaba enfadada.

—¿Alguna idea más? —preguntó Sora.

—Puedo llevarte en brazos —me ofrecí.

—¿Alguna idea útil? —volvió a preguntar, ignorando mi comentario.

Sora hubiese preferido que la tocase un erizo antes que yo.

—Bueno…, yo sí tengo una idea —dijo Álvaro.

Todos lo miramos. Él bajó la vista al mapa de nuevo, se ajustó las gafas y carraspeó.

—A ver… —Señaló con el dedo—. Si seguimos todos juntos por la ruta azul, llegaremos al punto de encuentro donde nos esperan los autobuses. Pero la ruta amarilla es más corta en kilómetros. Bastante más. Y baja hasta el pueblo, donde podríamos llamar para que nos recojan.

—No quiero que todos se fastidien por mí —se quejó Sora—. Yo puedo tirar por la ruta amarilla y vosotros vivís la experiencia por la ruta azul.

—¿Sola? —dijo Cris—. *You're crazy, dear.*

—Pues ven conmigo.

De repente, se hizo un silencio y las dos se miraron. Daba la impresión de que se estaban comunicando por telepatía para que los demás no nos enteráramos de nada.

—Ni de coña —dijo Sora, de repente, cruzándose de brazos.

—Es el que mejor puede ayudarte si el tobillo empeora —insistió Cris.

Y en ese momento supe que estaban hablando de mí. Con el desenlace más positivo para el tobillo de Sora, pero el más peligroso para nuestra estabilidad emocional.

—Maravilloso. Un plan precioso. Idílico. Me parto.

—No te partas nada más, por favor —musité, sin poder evitarlo.

—¿Ahora de repente eres humorista? —escupió Sora—. ¡Qué bien! Cada día una versión nueva de Iker. Avísame cuando decidas cuál es la de verdad.

Clavé la vista en el suelo, con una mueca. Me merecía todos los dardos que quisiera lanzarme, pero también me pregunté si algún día sería capaz de perdonarme.

Se hizo un silencio ligeramente incómodo.

—No quiero romper este momento mágico de cuatro amigos contemplando la montaña, pero deberíamos decidir qué hacer —comentó Álvaro.

—Iker irá con Sora —anunció Cris, decidida.

—¡Me niego! —se quejó ella.

Pero Cris ya se estaba agachando para recoger el maletín de primeros auxilios.

—Venga, Sori, no pongas esa cara —dijo—. Quién sabe si esto es lo que necesitáis para tener una conversación de verdad. Os reconciliáis, os casáis y dentro de diez años les contáis a vuestros hijos que todo se arregló gracias a un tobillo torcido.

Boda. Hijos. Con Sora. ¿Era eso una posibilidad? Me mareé solo de pensarlo. En mi mente, el futuro nunca había llegado tan lejos.

—De una historia complicada puede salir una gran historia de amor —continuó diciendo Cris—. Recordad: el sendero amarillo, como en *El mago de Oz*.

Cris me cedió un mapa y después, con toda naturalidad, tomó a Álvaro de la mano para tirar de él. Mi amigo se puso rojo al instante, pero no se apartó.

—¡Precisamente tú me vas a dar lecciones! —gritó Sora, enfadada —. Para historias complicadas ya estáis vosotros dos.

Uf. Justo en el clavo. Seguro que todo el grupo lo había escuchado.

Lejos de ofenderse, Cris le sacó la lengua a su amiga, sin dar la menor importancia al comentario, y siguió alejándose marcha atrás. A Álvaro, en cambio, le vi hacer una ligera mueca, como si una parte de él pensara que Sora no iba tan desencaminada.

—*Jinjja…*

Sora comenzó a escupir palabras ininteligibles en lo que supuse que era coreano, apretando cada sílaba como si le molestara incluso pronunciarlas.

—No sé lo que significa eso, pero…

—Significa que no me puedo creer que esté aquí contigo de manera obligada. ¡La vida me odia!

Sacudió la cabeza y yo suspiré, observándola.

—Entiendo que no quieras ni verme, pero ¿tan horrible te resulta mi presencia? —pregunté, exasperado—. Solo intento ayudarte.

—Es tan horrible que hubiera preferido quedarme con David. O con Camila. ¡O con los dos a la vez!

Eso me dolió, pero intenté no darle demasiada importancia. Quería recordar que era su enfado el que hablaba, no ella. No podía decir aquello en serio, ¿verdad?

Intentó echar a andar como si nada y apoyó el pie con una determinación absurda. Yo me crucé de brazos y la observé en

silencio, esperando con paciencia el desenlace inevitable.

Duró justo dos segundos antes de quejarse y detenerse de golpe.

—Ódiame todo lo que quieras —dije—. Grítame, si te hace sentir mejor. Pero ahora necesitas mi ayuda.

Di un par de pasos hacia ella y, sin darle tiempo a protestar, la agarré con firmeza de la cintura. Intentó zafarse durante una milésima de segundo, pero luego comprendió que no tenía más remedio que dejarse ayudar.

—Llegaremos al pueblo, llamaremos al padre Mateo, volveremos al campamento y…

—Y mañana te irás —me cortó.

Mi cuerpo se tensó de repente.

—Sora… —balbuceé.

Alzó la mirada hacia mí. En sus ojos, vi que aquello no era solo rabia, sino dolor. Le había hecho daño de una forma que jamás me perdonaría. Pero quedarme la habría roto más despacio y durante más tiempo.

—Escucha, yo…

—No —añadió rápido, levantando una mano como si quisiera frenarme. También apartó la vista—. No quiero hablar contigo de lo que ha pasado. Y menos ahora, atrapados aquí los dos.

Su voz temblaba, y eso me hizo entender que Sora haría todo lo posible por mantener su enfado. Porque, de lo contrario, probablemente empezaría a romperse delante de mí.

—Porque entonces sabré que lo estás forzando. Que solo es porque nos hemos quedado solos. Porque no te queda otra. Si no me hubiera pasado esto, habrías seguido ignorándome y actuando

como si no hubiera pasado nada. Como si yo no hubiera… —se interrumpió un instante—. Como si nada de esto hubiera importado.

Tragué saliva.

Sí, me habría ido a Madrid sin despedirme. Sí, habría seguido ignorándola. Pero no porque no me importara, sino precisamente porque me importaba demasiado. Tenerla cerca no hacía más que enredarlo todo y llenarme la cabeza de dudas. Sora se equivocaba al pensar que no significaba nada para mí. Y, aun así, deseaba que lo creyera. Porque quizá, si pensaba eso, le resultaría más fácil pasar página.

—Vayamos al maldito pueblo —añadió, más bajo, echando a andar —. Y ojalá el día de mañana llegue cuanto antes, porque no quiero volver a verte nunca más.

Las palabras de Sora me retumbaron profundamente durante todo el camino.

No nos dijimos nada más, tal y como ella había pedido. El silencio se extendía entre nosotros, metiéndose en cada paso y en cada respiración, y lo volvía todo más lento, más denso, más difícil de soportar. Aun así, me quedaban pocos momentos a su lado y me permití sentirla. El calor de su cuerpo me llegaba nítido bajo la mano apoyada en su cintura. La sostenía con firmeza, pero de vez en cuando, casi sin darme cuenta, mis dedos se deslizaban apenas sobre su ropa, en una caricia mínima, furtiva, que tal vez ella ni siquiera percibía, pero yo sí.

Incluso me sorprendí a mí mismo dando las gracias a ese cielo que siempre parecía hacerme la puñeta. Aquello era como una

segunda oportunidad con Sora, quizá no para arreglar nada —no había solución alguna al caos que era mi vida—, pero al menos para despedirme de ella, sabiendo que en cuanto llegásemos al pueblo y nos recogieran no volvería a tocarla así.

Después de una buena caminata, con un par de descansos por el camino, el pueblo asomó entre los árboles justo cuando el terreno comenzaba a descender.

—¿Eso es humo? —dijo Sora de repente.

Levanté la vista. Al principio no vi nada, solo paisaje. Hasta que distinguí una columna fina, casi transparente, alzándose detrás de una de las colinas, como una grieta abierta en el horizonte.

—Será una hoguera o algo así —murmuré.

Observé a Sora, que apretó los labios, preocupada.

—Vamos, ya queda poco —la animé—. Seguro que recuperamos la cobertura en unos momentos.

Bajamos hasta la entrada del pueblo y la senté con cuidado sobre un muro bajo, evitando que cargara el tobillo. Cuando por fin la solté, el cansancio me atravesó de golpe, como si el cuerpo hubiera estado aguantando solo por ella. Me incliné ligeramente, permitiéndome respirar hondo, con la rodilla ardiendo. No quería quejarme y menos delante de ella.

Saqué el móvil del bolsillo, pero la cobertura apenas llegaba. Sora hizo ademán de tenderme la mano, queriendo llamar ella misma, pero negué con la cabeza. La dejé sentada un momento y me aparté unos pasos, móvil en alto, buscando con insistencia alguna raya más.

Cuando por fin la encontré, marqué el número del padre Mateo, que me respondió al primer tono.

—¿Diga?

—Hola, padre. Soy Iker.

Nunca sabía si llamarle padre o Mateo. Me resultaba un tanto extraño cualquiera de las opciones.

—Iker, ah, bendito sea Dios —sonó preocupado—. Escucha, Cris y el resto acaban de llegar y me han contado todo. Pero hay un problema…

Giré la cabeza hacia Sora, que seguía sentada en el muro, esperándome.

—Ha habido un incendio bastante serio por la zona del campamento —explicó al otro lado, con una voz que intentaba sonar tranquila y no lo conseguía del todo—. El problema es que muchas carreteras están cortadas. De puro milagro nos han dejado pasar a recoger a los grupos, pero no podemos acceder a donde estáis.

Noté cómo se me helaba el cuerpo.

—Vais a tener que pasar la noche ahí —continuó—. Intentaremos ir mañana por la mañana, pero depende de cómo evolucione el incendio.

—Pero ¿estáis todos bien? —pregunté rápidamente.

—Sí, gracias a Dios. Todos seguíamos en la ruta —contestó—. Y han evacuado rápido a las hermanas. Estamos en la zona de autobuses esperando al último grupo. Luego dormiremos en algunas parroquias de la ciudad.

—¿Y el campamento?

Se hizo un silencio que me cortó la respiración.

—No quiero pensarlo —murmuró—. Pero me temo lo peor. Por favor, no le digas nada a Sora. No quiero que pase un mal rato. Ella adora Cala Blanca…

Apreté los labios.

—¿Qué tal su tobillo? ¿Podréis aguantar una noche? —preguntó—. Hay un pequeño hostal en el pueblo, seguro que tienen sitio.

—Sí, podremos aguantar. Sora solo necesita un poco de hielo y, sobre todo, reposo —contesté—. Podemos esperar a mañana.

—Perfecto —respondió. Y, antes de colgar, añadió—: Gracias, Iker. Cuidaos. Cuídala.

«Cuídala».

La palabra me cayó encima de golpe. Me quedé quieto unos segundos, con el móvil en la mano y la vista perdida, intentando poner orden en todo lo que me preocupaba.

Primero, cómo contarle lo que había pasado sin asustarla más de la cuenta.

Segundo, lo que de verdad me ponía nervioso: tener que decirle que íbamos a pasar otra noche juntos, sin escapatoria posible.

Y tercero, y no menos importante, resistir la tentación y mantener la cabeza fría. No podía permitirme dudar de la decisión de haberme alejado, pero cada instante junto a ella me hacía preguntarme si estaba luchando la batalla correcta.

—¿Todo bien? —gritó Sora—. ¿Vienen ya?

Empecé a notar el calor subiéndome por el cuerpo y sacudí la cabeza para intentar centrarme. Me acerqué a ella, que me esperaba con rostro confundido.

—Tengo una mala noticia y una terrible —dije—. ¿Por cuál quieres empezar?

37

SORA

Primero, me centré en la mala noticia.

Y a pesar de que Iker hizo un gran esfuerzo por no preocuparme de más, no me quedé tranquila hasta que conseguí hablar por teléfono con Cris, con Teresa, con mi madre y con mi hermana. Con el único objetivo de contrastar versiones y comprobar que en realidad todo estaba bien, tal y como Iker me había dicho.

Una vez que me tranquilicé ligeramente, procedí a asimilar la terrible noticia: me esperaba otra noche con Iker. Así que mi brillante plan de fingir que no existía hasta que dejara de sentir cosas por él debía esperar unas horas más. Porque tenerle tan cerca empeoraba toda la fachada de rabia y enfado que me había montado para no sentir dolor. Cada paso con su cuerpo pegado al mío había ido deshaciendo los motivos para estar enfadada. En vez de eso, ahora sentía unas enormes ganas de gritar, exigir explicaciones y pedirle que se quedara, que me quisiera sin reservas.

«Pero no pienso ceder».

La pensión se encontraba en la plaza del pueblo, en un edificio con encanto, pequeño, de fachada blanca y ventanas con rejas de hierro forjado de las que caían geranios en cascada. Sobre la puerta,

un azulejo con detalles verdes y azules atrapaba la luz y anunciaba el nombre del lugar: EL PATIO DE LOS SUSPIROS.

«Suspiros estoy dando yo por Iker».

Nos adentramos en la pensión mientras rezaba al cielo para que la vida no fuera tan cruel e irónica como para que solo quedase una habitación y tuviéramos que compartir. Porque, si no, hubiera preferido quedarme a esperar con los jabalíes.

Nos atendió una mujer de pelo canoso, sonrisa amable y preguntas indiscretas que, al ver a Iker sujetándome la cintura, pensó que éramos pareja. Tuvimos que convencerla de dos cosas. La primera, que no lo éramos y que, por tanto, reservaríamos habitaciones individuales. Y la segunda, que yo no necesitaba un médico, aunque Iker se aseguró de la hora de cierre de la farmacia.

Por suerte —gracias, Dios— habitaciones no faltaban. Y, después de contarle el motivo por el cual estábamos allí, se apiadó tanto de nosotros que quiso darnos la única suite de la pensión, que Iker me cedió al instante y sin reparos.

La suite era acogedora, con muebles de madera antigua, tejidos claros, una lámpara de mimbre y pequeños detalles que parecían escogidos con cariño. Lo mejor, sin embargo, estaba fuera: un patio bastante amplio, decorado con guirnaldas de luces, plantas por todas partes y unas vistas espectaculares de la montaña. Habría sido una noche de lo más romántica si no fuera por la situación tan complicada en la que nos encontrábamos.

—Gracias, ya me apaño sola —dije, liberando un suspiro en cuanto por fin noté el colchón bajo el cuerpo.

Pero Iker ni siquiera contestó. Dejó también su mochila en mi habitación y se encaminó directamente al baño. Un segundo

después, lo único que se escuchó fue el estruendo del agua cayendo con fuerza.

—¿Iker? —lo llamé.

«¿Se ha arrepentido de cederme la suite y ahora quiere dormir conmigo?».

Sentí vértigo solo de pensarlo. Probé un par de veces más a llamarle, pero no obtuve respuesta. Así que no me quedó otra que levantarme y llegar cojeando hasta la puerta del baño.

—¿Qué haces? —pregunté.

El baño sí que era digno de revista. Azulejos verdes, estilo mudéjar, y una luz cálida que lo envolvía todo con un aura más íntima de lo que debía. En el centro, una bañera de hidromasaje espectacularmente grande. Iker estaba sentado en el borde, con una mano bajo el grifo, comprobando la temperatura del agua.

Me crucé de brazos, apoyándome en la pierna buena.

—Si crees que voy a darme un baño romántico contigo, ni lo sueñes —solté bruscamente, tratando de mantener mi pose de persona enfadada.

A Iker se le escapó una risa leve, entre dientes.

—Es un baño terapéutico —dijo sin mirarme siquiera—. Has pasado calor todo el día y hay que bajar la inflamación del tobillo. Es agua fría…, aunque, si quieres que sea romántico, puedo encenderte unas velas.

—No hace falta —refunfuñé.

Pero la verdad era que el plan no sonaba nada mal. Me dolía la cabeza por el calor acumulado y el tobillo empezaba a latirme otra vez. Así que di media vuelta, fui hasta la maleta y saqué la muda limpia que no había usado en el lago. Al volver, Iker estaba echando

un poco de gel y algo parecido a unas sales de baño. Pulsó un botón y la bañera comenzó a burbujear.

—Tómate tu tiempo —añadió, acercándose a mí—. Mientras, voy a la farmacia y compro algo de comer. Luego te pondré una venda limpia, ¿vale?

—¿Siempre te tomas tan en serio lo de hacer de médico con la gente o es que hoy es un día especial?

Le sostuve la mirada y me dolió no poder tocarla.

—Será más fácil para los dos si fingimos que te estoy cuidando solo porque soy médico.

Hizo una mueca y se marchó tras cerrar la puerta tras de sí, dejándome con el corazón completamente desbocado. Y con unas ganas increíbles de gritar hasta quedarme sin voz.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Suspiré varias veces y conseguí calmarme de nuevo. Y, mientras me desnudaba, pensé que mi plan de fingir que Iker no me importaba se estaba derrumbando por todas partes. Tal vez mi cabeza pudiera convencerse, pero mi corazón jamás iba a aceptar esa mentira.

Con más brusquedad de la necesaria, metí el pie en el agua. El frío me golpeó de lleno y me arrancó un jadeo incontrolable. Me agarré al borde de la bañera, resistiéndome unos segundos. Finalmente, el cuerpo se fue acostumbrando e incluso agradecí el frescor. El agua fría era justo lo que necesitaba para apagar el calor acumulado, pero también el fuego que se me había instalado en el pecho.

«Iker, ¿qué estamos haciendo?».

Me sumergí un poco más. A mi mente llegaron todos los momentos en los que Iker me había cuidado a lo largo de esos días; a veces, con gestos tan imperceptibles que dudaba que él mismo se diera cuenta. Y eso no se podía fingir, ¿verdad?

Como él había dicho, era mucho más fácil pensar que yo no le importaba, porque lo único que eso dejaba en mí era rabia. Y podía soportar la rabia.

Lo que no podía soportar era pensar que se estaba alejando a propósito, aun importándole. Porque eso me hacía sentir que quizá no era suficiente para que se la jugase por mí. Que podía quererme y, aun así, elegir marcharse. Que podía verme, cuidarme, desear quedarse… y que ni siquiera eso bastara.

Sabía que ninguno de los dos tenía un futuro certero ni fácil. Él con sus batallas; yo con las mías. Y un mundo entero de distancia que nos separaría a partir de septiembre. Quizá no se trataba del mejor escenario para empezar una relación, pero ¿resultaba eso motivo suficiente para no intentarlo? ¿De verdad el amor necesitaba certezas para existir o era precisamente lo que daba sentido a todo lo demás?

Cerré los ojos. Aquel pensamiento me atravesó más hondo de lo que esperaba, y toda la rabia y la frustración acumulada cedieron para dejar paso a un dolor sordo, un miedo profundo que me golpeaba las costillas. La única certeza que tenía era que no podría olvidar a Iker en mucho tiempo, pero elegir querernos no solo dependía de mí.

Noté cómo se me humedecían las pestañas. Una lágrima se me escapó, silenciosa, perdiéndose en el agua. ¿Y si Iker realmente no quería intentarlo? ¿Y si esa era su última respuesta? ¿Cómo iba a

recuperarme de eso? No quería fingir que no me importaba. No quería perderlo para siempre. Tan solo deseaba encontrar la forma de convencerlo de que merecía la pena intentarlo.

El tiempo empezó a diluirse y dejé de pelear contra cada pensamiento: solo respiraba, permitiendo que el frío calmara el latido constante del tobillo y del corazón.

Cuando abrí los ojos de nuevo, no supe cuánto tiempo había pasado. Lo único que me devolvió a la realidad fueron mis dedos, completamente arrugados. Me sentía algo más ligera, como si el agua hubiera arrastrado mi malestar, al menos en parte.

Intenté captar algún sonido, pero todo estaba en silencio. Me pregunté si Iker se había cansado de esperarme y se habría ido a dormir a su habitación. Por un segundo, deseé que siguiera ahí, aguardando por mí.

Me puse unos pantalones cortos y una camiseta ligera y salí del baño aún con el pelo mojado. El corazón me dio un vuelco al ver a Iker sentado tan tranquilo en mi cama, también con el pelo húmedo. Me había estado esperando.

Al avanzar unos pasos más, descubrí que tenía algo entre las manos. Suspiré y sentí un ligero cosquilleo en el estómago; definitivamente ya no estaba tan enfadada.

—Lo siento, espero que no te importe que la haya tomado prestada —dijo.

¿Importarme? Lo único que sentía era un absoluto asombro al ver que Iker estaba leyendo la Biblia. *Mi* Biblia. Me mordí el labio para no sonreír.

—No, claro que no —respondí, tragando saliva. Procuraba no pensar en el hecho de que en ella también había subrayados,

anotaciones y pensamientos muy personales—. ¿Qué leías?

—La he abierto al azar —explicó—. Tenías la página marcada. Corintios.

Las mejillas se me calentaron al instante.

—Ah, sí —murmuré, tomando asiento a sus pies—. Me gusta ese pasaje. Siempre he querido leerlo el día de mi boda.

Aquella confesión me salió sin pensar demasiado. Hasta unos días antes, cuando imaginaba mi boda, siempre era David quien me esperaba en el altar.

Lo habíamos hablado tantas veces que suponía que una parte de mí dio por hecho que pasaría. Como si repetirlo mucho pudiera hacerlo real, aunque por debajo todo se estuviera rompiendo. Ahora, en cambio, no tenía ni idea de nada. Ni de si algún día me casaría. Ni de si Iker había pensado alguna vez en algo así.

—¿Por qué te gusta? —preguntó, dejando la Biblia suavemente en la mesita de noche.

Dudé unos segundos. Hasta donde sabía, Iker no tenía ningún interés en la Biblia o en Dios, así que ignoraba hasta cuánto podría explayarme. Pero sentía que no debía desaprovechar esa oportunidad, esa grieta que se nos estaba regalando para poder comunicarnos.

—Porque habla de amar cuando las cosas son difíciles. —Fijé mis ojos en él, que asintió levemente.

—¿Pero no es algo cruel? —replicó al cabo de unos segundos—. Obligar a alguien a esperarte, soportarte… Incluso ¿sufrir?

El hecho de que lo hubiera memorizado un poco hizo saltar mi corazón tontamente.

—Creo que el amor, cuando es verdadero, siempre merece la pena.

«Ojalá lo entendieras».

Pero no respondió, sino que se levantó y agarró una bolsa de la farmacia. Segundos después, antes de que pudiera reaccionar, se arrodilló delante de mí. Volvió a tomarme el tobillo con cuidado, y esta vez, cuando presionó, solo sentí una molestia leve. Abrió un bote de pomada y empezó a extenderla con delicadeza, dejando que sus dedos se movieran despacio por mi piel, mientras aguardábamos ambos en silencio.

Había algo en aquella escena —en el silencio, en su concentración, en la forma en que se inclinaba hacia mí— que me dejó completamente indefensa e hizo que el pulso empezara a dispararse.

—Sora, te mereces a alguien que te ame de esa forma —dijo de repente.

Se me encogió el pecho.

—Y yo no soy esa persona. Yo no sé amar así.

Sus palabras cayeron despacio, pero sus dedos no se detuvieron, aunque la crema ya se había absorbido hacía rato.

Entonces lo miré. Pero no como lo había estado mirando —con rabia, frustración y ganas de mandarlo a tomar viento— desde el jueves por la noche. Lo miré de verdad. Dejando de lado lo que me dolía a mí para ver todo lo que le dolía a él, recordando cada palabra de su historia, la que me había contado en la playa.

Iker era incapaz de mirarse con amor… y por eso no podía reconocer lo que yo veía tan claro latiendo dentro de él.

«Si por un segundo vieras cómo te miro…».

—Ya lo estás haciendo —murmuré con un hilito de voz—, ¿es que no lo ves?

Alzó la vista con los ojos bien abiertos.

—El amor tiene paciencia. Es bueno. No necesita presumir ni competir. No actúa con orgullo. No piensa solo en sí mismo… —intenté decir las palabras despacio—. Es justamente como amas tú.

Iker tragó saliva y tomó un paquete de vendas nuevas, como si anclarse a aquello pudiera darle tiempo para pensar su respuesta.

—No eres incapaz de querer, Iker. Lo que pasa es que te da pánico que alguien te quiera de vuelta.

Durante unos segundos que se me hicieron eternos, se limitó a rasgar lentamente el paquete para sacar las vendas. Las desenvolvió con cuidado.

—Es que no sé si el amor es siempre suficiente —añadió, empezando a vendar el tobillo—. Tengo miedo de que mi oscuridad te acabe arrastrando…

—Todos tenemos luz y oscuridad dentro de nosotros —respondí sin pensar—. Lo que importa es la parte a la que obedecemos.

—¿Eso también viene en la Biblia? —dijo mientras paraba un segundo para volver a mirarme con una ceja levantada.

—No, es una frase que sale en Harry Potter —admití, encogiéndome ligeramente de hombros.

Aquello pareció tomarlo desprevenido, porque una sonrisa rápida le suavizó la expresión. Apenas duró un segundo, pero bastó para rebajar la tensión entre los dos. Yo también acabé sonriendo.

—Aunque podría haberlo dicho Jesús, la verdad —comenté.

Él tomó aire y volvió a concentrarse en el tobillo. No parecía tener demasiadas ganas de hablar o de dejarse convencer, pero yo no

pensaba desperdiciar el poco tiempo que nos quedase a solas. Tal vez solo teníamos hasta que terminase de poner la venda.

—Mañana te irás —sentencié, pero la voz se me quebró. Decirlo en voz alta dolía incluso más—. Así que dime que tienes miedo y que por eso te has alejado de mí. Porque si no hablamos de lo que ha pasado, voy a pensar que has estado jugando conmigo todos estos días…

Tragué saliva.

—Y eso sí que me va a destrozar, ¿sabes? —Apreté los labios. El llanto empezaba a amenazarme—. Así que, por favor…, dime que eres un capullo con miedo. Dímelo. Pero no me hagas creer que eres un capullo por elección.

Él levantó la vista de nuevo hacia mí, con rostro compungido.

—Y si de verdad quieres olvidarme…, si de verdad quieres fingir que aquí no ha pasado nada, vale. Lo haré. —El labio me temblaba sin control—. Pero dímelo a la cara. Atrévete a pedírmelo.

Él bajó la mirada otra vez, incapaz de sostener la mía. Terminó de ajustar la venda con cuidado y se dejó caer al suelo, sentado con los antebrazos apoyados sobre las rodillas. Se quedó ahí, quieto, con los ojos fijos en mí… Tan inmóvil que dudé si iba a decir algo. Aquel silencio se me hizo completamente agónico.

Fue entonces cuando me di cuenta de que veía borroso. Parpadeé una vez, intentando recomponerme, pero las lágrimas ya habían empezado a caer, imposibles de disimular.

—Soy un capullo, sí. —Su voz sonaba a punto de romperse—. Soy un capullo muerto de miedo porque estoy jodidamente enamorado de ti, Sora.

38

IKER

Ya está.

Ya se lo había dicho; ya sí que no había vuelta atrás.

La sensación que me quedó en la garganta se parecía demasiado a la de aquella vez que hice puenting unos años antes: el segundo exacto en que saltas y todavía no sabes si vas a estamparte o a sobrevivir. Vértigo, adrenalina y una estupidez absoluta latiéndote en las venas.

El silencio se suspendió entre los dos, más largo de la cuenta. Pensé que Sora diría algo, cualquier cosa, pero no lo hizo. Se quedó quieta, casi en shock, como si necesitara unos segundos para creer que yo acababa de decir aquello en voz alta. Me miraba con los ojos abiertos, llenos de lágrimas que caían por su rostro. Lágrimas que yo mismo había provocado de una forma u otra.

Cuando me levanté aquella mañana, estaba decidido a alejarme. A hacer lo correcto. A marcharme antes de destrozarla más.

Pero allí, frente a mí, suplicando explicaciones con la voz rota y el corazón en la mano, ¿cómo demonios no iba a querer acercarme? ¿Cómo no iba a querer abrazarla, besarle las lágrimas, prometerle algo aunque ni siquiera sabía si sería capaz de cumplirlo?

Joder, era imposible tener la sangre tan fría.

—Entonces ¿por qué…? —musitó finalmente—. ¿Por qué me estás apartando?

Cerré los ojos. Cada vez que lo hacía, revivía el momento nítido de nuestro primer beso. Recordaba todas y cada una de las sensaciones que había provocado en mí.

—Cuando te besé… —empecé, aunque la voz me salió más baja de lo que esperaba—, fue como si me hubieran puesto una maldita bombona de oxígeno. Se me olvidó el mundo. Pero entonces hablaste de futuro. Y esa palabra…

Abrí los ojos y apreté los labios unos segundos.

—Me trajo todo de golpe. Me bloqueé y no supe qué hacer.

Sora apenas se movía. Solo me miraba fijamente, con la boca un poco entreabierta. Las lágrimas al menos se habían detenido, pero seguía teniendo las mejillas encendidas.

—Antes de conocerte, esa palabra no existía. No veía nada al otro lado, pero al menos tampoco tenía nada más que perder.

Hice una mueca, recordando aquella fatídica noche de mayo donde todo cambió.

—Ahora sí. Ahora el futuro existe. Imagino que estás en él. En las cosas importantes y en las tonterías del día a día. En la rutina, si es que alguna vez vuelvo a tener una. Y por primera vez deseo que exista. Por primera vez quiero llegar a ese maldito futuro… si estás tú.

Me pasé una mano por la cara, agotado de cargar con tanto.

—¿Y si no sale bien? —pregunté—. Sora, no puedo perder a nadie más… De verdad, no podría sobrevivir a eso.

Noté un leve cosquilleo en la mejilla y comprendí que ahora era yo quien empezaba a llorar. Durante una milésima de segundo, pensé

que Sora ya me había visto llorar antes, sí, pero por mi hermana. Esta era la primera vez que lloraba delante de ella… por ella.

Eso me hacía sentir expuesto y vulnerable. Pero al mismo tiempo me trajo una calidez extraña: con Sora ya no tenía que fingir nada.

Entonces se movió de golpe. Se dejó caer de rodillas frente a mí, ignorando por completo el dolor de su tobillo.

—Yo tampoco sé si va a salir bien —confesó en un susurro.

Y en sus ojos pude ver que me estaba diciendo la verdad. No había certezas. Ni promesas falsas. Y eso precisamente me hacía sentir un poco más reconfortado. Porque si hubiera insistido en que todo saldría bien, habría pensado que Sora vivía en un mundo irreal.

—Pero no quiero que el miedo decida por mí.

Le sostuve la mirada unos segundos.

—¿También tienes miedo? —pregunté—. Pensaba que nunca sentías eso…

—¡Soy humana! —exclamó, ofendida—. Claro que estoy muerta de miedo. Me has roto el corazón, ¿sabes? No sé si voy a soportar que me lo rompas de nuevo…

La última frase se le quebró en la garganta. Bajó la vista y sus ojos volvieron a llenarse, brillantes y desbordados. Aquella escena me dolió tanto que no fui capaz de contener el impulso. Me arrodillé también y llevé las manos hasta sus mejillas para secarle las lágrimas.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Ella cerró los ojos y se dejó hacer. Puede que siguiera enfadada conmigo. Puede que aún no lograse comprenderme del todo. Pero, al menos, mi tacto ya no le provocaba rechazo, como había ocurrido durante el camino por el sendero. Eso me alivió.

—Precisamente lo que quiero es cuidar tu corazón —murmuré, sin dejar de acariciarla—. No romperlo en mil pedazos.

—Me lo rompes en mil pedazos cuando me alejas sin apenas intentarlo —respondió—. Y creo que el amor va de quedarse, aunque no tengas todas las respuestas.

Tomé aire mientras la miraba y sentí que mis hombros se iban relajando. Permanecimos tirados en el suelo, estudiándonos en el silencio de la habitación. Se me pasaron por la cabeza todas las razones por las que debería irme de su lado, pero en sus ojos veía que ella ya había decidido quedarse, aunque las apuestas estuvieran totalmente en contra.

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó de repente, secándose las lágrimas al tiempo que se apartaba un poco de mí.

Mis manos cayeron y yo asentí, sin estar muy seguro.

—Baila conmigo.

Parpadeé, descolocado.

—¿Qué?

—Baila conmigo —repitió, más suave.

La vista se me fue a su tobillo.

—No puedes bailar, tienes un esguince… —repliqué—. Además, yo no sé bailar.

—Prometimos hacerlo algún día.

Bufé ligeramente, y aquello me provocó una nostalgia extraña. No podía creer todo lo que había ocurrido desde aquella primera promesa que Sora me había hecho.

—Quizá mañana te vayas y decidas que el miedo es más grande que lo que sientes por mí —continuó, ofreciéndome la mano—. Así que esta puede ser la primera y última vez que podamos bailar.

«Última vez».

¿De verdad iba a ser capaz de aceptar que existiera una última vez con Sora? Si lo único que quería era llenar mi vida de primeras veces con ella.

Insistió con la mano. Vacilé lo justo y finalmente la tomé. Su piel estaba caliente, pero el contacto me recorrió con un escalofrío. Tiró de mí con suavidad, aunque en realidad tuvo que apoyarse en mi antebrazo para no desestabilizarse con el tobillo. No tenía ni idea de cómo pensaba bailar, pero no iba a discutírselo. Me dejé guiar hasta la terraza, pero antes Sora tomó su teléfono móvil de la mochila.

El atardecer nos saludó con una luz cálida, anaranjada. El aire traía un suave olor a jazmín y las guirnaldas encendidas de la terraza terminaban de poner el toque romántico.

—¿Sabes por qué me enamoré del baile? —murmuró, observando el cielo—. Y no me refiero al baile de competición, sino al puro placer de bailar.

A mi cabeza volvieron todas las veces que la había visto bailar. Primero, en los vídeos de Instagram de Cris, donde las coreografías estaban perfectamente coordinadas. Pero también en la verbena, en medio del comedor, cuando sonaba una canción absurda, o cantando en la furgoneta junto a Cris.

—Porque cuando bailo no necesito tenerlo todo previsto —continuó—. A veces me equivoco. A veces pierdo el ritmo, piso mal, improviso fatal… y aun así sigo. Y disfruto de esa imperfección. De no saber qué va a pasar en el siguiente compás.

Se volvió hacia mí. Me había acostumbrado a verla con el pelo mojado y sin maquillar; aun así, cada día que pasaba la encontraba más preciosa.

—Estoy empezando a pensar que la vida no se planea. La vida se baila, Iker.

Entonces Sora desbloqueó su teléfono y tecleó algo. Un segundo después, una música tranquila empezó a llenar el patio.

La miré con una duda leve en los ojos, porque lo último que quería era hacer el ridículo delante de ella. Entonces, de repente, la imagen de mis padres bailando en la cocina se coló sin permiso. Pero esta vez no llegó con amargura, sino con una calidez inesperada.

—Así que… ¿me concedes este baile? —susurró, sonriendo.

Di un suspiro largo y asentí levemente. Como si pudiera negarle algo cuando me miraba así…

No me des la espalda, ven conmigo
A bailar durante esta noche.
Vamos a continuar la vida los dos
Pase lo que pase.

No pude evitar curvar los labios al escuchar la letra de la canción. Di un paso hacia ella y entrelazamos nuestras manos. Sora me observó con detenimiento. Tanto así que parecía estar memorizándome.

—Déjate llevar —me pidió.

Solo sé que no puedo
Imaginar ni un momento…

Sora sonrió con dulzura y colocó mis manos con cuidado en su cintura. Yo me dejé hacer, incluso presioné con delicadeza para aproximarla a mí. Quería sentir su cuerpo lo más cerca posible. Ella me agarró del cuello suavemente y comenzamos a balancearnos con torpeza.

En el que se acabe
Este bendito baile,
Este baile bendito,
Y te vayas.

Se separó lo imprescindible para girar sobre sí misma, y yo la acompañé ofreciendo mi mano como eje. Tuvo que hacerlo a la pata coja, así que, cuando aterrizó en mí de nuevo, ambos soltamos una risa suave.

Dime si es posible
Que me puedas querer sin condiciones,

Deslicé mis manos por su espalda y ella me rodeó, apoyando la cabeza en mi hombro. Por un instante, fue como si volviéramos al jueves por la noche, cuando nada más existía, solo nosotros dos.

Cuando esta canción termine y vuelvas
A ver mis complicaciones.

Tomé aire. La letra de la canción dolía especialmente. Ella pareció notarlo y elevó la mirada… lo justo para que sus labios rozaran mi

clavícula. Sentí el impulso de mandarlo todo a la mierda y volver a besarla. Pero, por el momento, apoyé la cabeza sobre la suya e intenté memorizar el aroma de su pelo, que, por alguna extraña razón, siempre me olía a lavanda.

Solo sé que no puedo
Imaginar ni un momento
En el que se acabe
Este bendito baile,
Este baile bendito,
Y te vayas.

Cerré los ojos durante unos segundos. Claro que no quería que aquel baile terminara. Ni aquella noche, ni al día siguiente ni nunca. Quería quedarme allí, con Sora, en ese instante suspendido en que todo parecía tener sentido. Quería sus días, sus silencios, sus risas inesperadas. Quería estar con ella todo el tiempo que me quedase por vivir.

Pero, sobre todo, quería ser mi mejor versión para ella, una versión que la mereciera.

Bajé los labios a su oreja y me detuve ahí un momento, sabiendo que a ambos se nos estaba erizando la piel. Solté despacio el aire que aún guardaba en el pecho y, casi sin voz, susurré:

—No quiero irme. Te prometo que nunca he querido irme.

Sora levantó la vista y buscó mis ojos, como si necesitara asegurarse de que hablaba en serio, de que aquella confesión no era solo parte de la música.

—Pues no te vayas —me pidió—. Quédate conmigo. En el desastre, en la incertidumbre, en lo que sea que venga.

No me des la espalda, ven conmigo
A bailar durante esta noche.

Deslicé una mano hasta su rostro. Mis dedos se detuvieron en su mejilla, acariciándola despacio. Ya no nos movíamos, pero daba igual. Porque, bajo la mirada de Sora, empezaba a notar que mis propios miedos perdían fuerza. En su mirada, todo lo malo de este mundo perdía fuerza.

Vamos a continuar la vida los dos
Pase lo que pase.

La mano que estaba en su mejilla se ancló con más firmeza. Si la perdía, volvería a ser un muerto en vida. Pero si ni siquiera lo intentaba, si no me concedía a mí mismo la oportunidad de quererla, de quedarme, de permitir que me quisiera…, entonces sí que no volvería a la vida jamás. Vagaría sin rumbo, preguntándome el resto de mis días cómo había dejado pasar la oportunidad de amarla.

—¿Pase lo que pase? —pregunté, buscando una última confirmación.

Me acerqué apenas un centímetro más, hasta dejar nuestros labios a un suspiro de rozarse.

—Pase lo que pase —respondió con firmeza.

Entonces fui yo quien acortó la distancia.

Mis labios encontraron los suyos despacio. Quería hacerle entender a Sora que aquello no era un impulso, sino que nacía de una elección. Fue un beso distinto al primero. Más consciente. Más suave. Con más verdad, en cierto modo. Un beso con sabor a todos los miedos que estábamos derribando. Un beso con sabor a una apuesta incierta de futuro. Pero, sobre todo, un beso con sabor a esperanza.

La esperanza de saber que pasara lo que pasase, el amor siempre merecía la pena.

39

SORA

Tres golpes sordos pegaron a la puerta y el corazón se me aceleró sin remedio. Me miré al espejo una última vez antes de abrir. Iker me esperaba con una sonrisa tímida y unos ojos amables, aunque también soñolientos.

—Buenos días —me saludó con voz suave.

Por un segundo ninguno de los dos supo muy bien qué hacer. La noche anterior había sido demasiado bonita como para encajarla tan rápido en la realidad de la mañana.

—Buenos días —respondí, intentando actuar normal.

—¿Qué tal tu tobillo? —me preguntó, clavando la vista en mi pie. Por su expresión, supe que no era la única que estaba ridículamente nerviosa.

—Mejor, gracias —respondí—. Aunque creo que todavía cojeo un poco.

Al final iba a tener razón Cris: un estúpido tobillo torcido iba a convertirse en el punto de inflexión de nuestra historia.

«Espera, ¿nuestra historia?».

Iker Zuloaga era oficialmente mi… ¿novio? Por el amor de Dios, ¿de verdad era mi novio? Nos habíamos besado hasta las tantas de

la madrugada, pero a ninguno de los dos se le había ocurrido hablar de etiquetas.

¿Podíamos hablar ya de etiquetas? ¿Tenía que preguntarle de forma explícita si quería ser mi novio? ¿Me lo preguntaba él? ¿O simplemente estas cosas se asumían en silencio y ya está? ¿Y si al ponerle nombre lo asustaba? ¿Y si no ponérselo significaba que no era real? ¿Y si era demasiado pronto? ¿Pensaría que lo estaba agobiando?

De pronto, pensé que, la primera vez que nos habíamos besado, él había salido corriendo de mí como si quererme fuera un incendio. ¿Y si durante la noche lo había pensado mejor? ¿Y si se había despertado y se había acordado de todos los motivos por los que quería alejarse de mí?

Empecé a hiperventilar con la vista clavada en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Iker, supongo que al notar mi expresión.

Parpadeé varias veces y asentí demasiado rápido, sintiendo cómo el calor me subía por las mejillas.

—Sí. Sí, perfectamente. Solo estaba… pensando.

—Eso no suena muy tranquilizador viniendo de tu cabecita. —Alzó una ceja, divertido.

No respondí, sumida aún en mi bucle mental.

—Ey, Sora… —Bajó la voz un poco y se acercó a mí—. ¿Me cuentas qué pasa?

Me rozó el brazo con ternura y yo alcé los ojos hacia él para percibir una expresión ligeramente preocupada en su rostro.

—¿Estás arrepentida de lo que pasó anoche?

¿Arrepentida? Ni muchísimo menos. Quizá sería mejor decir: «Muerta de miedo de que vuelvas a rayarte» o algo así. Pero arrepentida, en absoluto.

—Porque si es eso, prefiero que lo hablemos ya…

—No, no, no es eso —me apresuré a decir—. Para nada. O sea… No. Todo lo contrario. Yo…

¿Por qué de pronto no era capaz de construir una frase normal? Me di unos segundos para respirar y ordenar mis ideas.

—Estaba pensando que quizá te has arrepentido tú. Que quizá lo has pensado mejor…

Iker ladeó ligeramente la cabeza mientras me miraba. Se le escapó una sonrisa diminuta.

—¿Pensar el qué?

—Pues… —Hice un gesto torpe entre los dos, como si pudiera señalar el concepto abstracto, sin etiquetas aún, de nosotros—. Esto.

Él no dijo nada, así que las palabras continuaron saliendo a borbotones.

—Anoche fue…, bueno, anoche fue anoche —dije, cada vez más consciente de lo absurda que sonaba—. Era tarde. Estábamos cansados, en muchos sentidos… Y a veces, cuando por fin paras, todo sale de golpe.

—¿Me estás diciendo que te besé por un cuadro agudo de cansancio acumulado?

Ahora sí se estaba conteniendo la risa.

—No sabía que besar a Sora fuera un síntoma. Tendré que revisar mis manuales de medicina.

Bufé y me crucé de brazos, fingiendo un enfado que era imposible sentir de verdad; aquel tono divertido siempre acababa por

derretirme.

—Solo digo que, con el día, las cosas se ven un poco más claras y…

—Sora.

—¿Qué?

—Anoche te besé.

El corazón me dio un salto al recordar que, a diferencia de nuestro primer beso, había sido él quien dio el paso.

—Lo recuerdo, gracias —musité.

—Con bastante entusiasmo, además.

Me sonrojé de golpe.

—No necesito la repetición de la jugada, pero…

—Necesitas asegurarte de que no voy a irme otra vez ¿verdad?

Probablemente sí. Necesitaba saber si Iker iba en serio con lo de quedarse. Y, si tenía que lanzarle mis dudas como quien tira piedras a un lago para averiguar dónde estaba el fondo, lo haría.

—Lo entiendo. Tienes todo el derecho a dudar, después de lo que ha pasado. —Su voz bajó un poco—. Sigo con miedo, claro. Eso no va a desaparecer en una noche. Pero, Sora, quiero intentarlo.

Me sostuvo la mirada con media sonrisa, nervioso y tierno a la vez.

—Y si tengo que besarte todas las veces que haga falta hasta que empieces a creértelo…, asumiré el riesgo.

Y, al parecer, yo había perdido toda capacidad de filtrar pensamientos antes de verbalizarlos, porque solté:

—Entonces ¿por qué no me has besado aún?

Iker alzó las cejas, divertido y sorprendido. Durante un segundo pensé seriamente en por qué la tierra no me tragaba, pero él ya

estaba atrayéndome hacia su cuerpo. Me plantó un beso seguro y tierno. No llevaba implícito la urgencia, la electricidad o el vértigo de anoche; aun así, logró que me temblasen las rodillas.

—¿Mejor? —murmuró, todavía sonriendo y apretándome contra sí —. ¿Menos preocupada?

—Un poco menos. Aunque todavía preocupada.

Me dio otro beso profundo y yo solté una risa pequeña, relajando por fin todo mi cuerpo en sus brazos.

Pero duró poco. Mi móvil sonó con la notificación especial que tenía puesta para Cris, y aquel sonido pinchó mi burbuja de felicidad de golpe. Recordé que no estábamos en aquel hostal por voluntad propia ni por un fin de semana romántico. Estábamos allí porque un incendio había cortado las carreteras y todo el campamento había terminado acogido en parroquias de la ciudad.

¿Cómo había sido capaz de olvidarme de todo aquel caos?

—Llegan en cinco minutos —le informé.

Besó rápidamente mi mejilla y nos pusimos en marcha.

Esperaba un día despejado y soleado, pero, en cuanto salimos, sentí esa punzada absurda en el pecho que precede a las malas noticias. El ambiente ya traía consigo un mal presagio. El cielo lucía cubierto por una capa espesa de humo blanquecino y ceniza suspendida que apagaba la luz del sol. Pero no me dio tiempo siquiera a mencionarlo, pues la destartalada furgoneta de Mateo apareció entre nosotros, aparcando en la puerta. En ella iban Teresa y Cris.

—¿Qué ha pasado? —fue lo primero que dije.

—¡Buenos días! —dijo Teresa con alegría, bajándose del coche—. ¿Cómo va ese tobillo? ¿Qué tal la noche? ¿Habéis descansado?

Iker comenzaba a relatar algo sobre mi tobillo, pero yo me limité a observar a Cris. A ella los secretos nunca le duraban mucho; se expresaba como un libro abierto.

—Cris, ¿qué pasa?

—¡Nada! —exclamó, intentando sonreír. Luego me abrazó para ocultar el rostro—. Espero que la noche haya sido fructífera y hayáis tenido muchas conversaciones y algún que otro besito.

Normalmente habría contestado con algún comentario divertido o le habría dado un codazo sin piedad. Pero, en lugar de eso, me separé un poco para mirarla mejor. Tenía el rostro serio y pinta de no haber pasado buena noche.

—Chicas, ¿vais a decirme qué pasa? —insistí.

Cris dejó caer los hombros y soltó un suspiro enorme, como si llevara media mañana aguantando el aire.

—¡Te dije que, en cuanto me viera, lo iba a saber! —se quejó, mirando a Teresa.

No respondió. Se colocó frente a mí y me tomó las manos con una firmeza dulce que me asustó más que cualquier grito.

—Estamos todos bien —aseguró—. Eso es lo más importante, ¿vale? Todos estamos bien.

Sentí que el suelo se inclinaba un poco bajo mis pies.

—¿Y entonces?

—Sube al coche y te lo contamos por el camino. Debemos volver.

Intenté balbucear otra pregunta, pero las palabras se me atascaron.

Iker apareció a mi lado, me rodeó con cuidado por la cintura y me guio hasta la parte de atrás de la furgoneta. Se sentó conmigo y no

me soltó la mano, ni siquiera cuando Teresa arrancó y nos incorporamos a una carretera nacional.

—El incendio ha sido bastante gordo —comenzó Teresa, sin apartar la vista de la carretera—. Se inició en una de las fincas cercanas al campamento y ha arrasado algunas pedanías enteras. También nos ha afectado a nosotros.

Abrí la boca, pero no salió nada. La información entró despacio, como si mi cabeza se negara a entenderla del todo.

—La capilla y algunas cabañas… Bueno, ahora son ceniza.

Sentí un pinchazo seco en el pecho.

—Le pedimos a Iker que no te dijese nada, pero…

Giré la cabeza de golpe.

—¿Tú lo sabías?

Él me miró con expresión culpable, lo que confirmó la respuesta antes de que pudiera decir nada en voz alta.

—¡Teresa! —exclamó Cris desde el asiento del copiloto—. ¡Eso no lo íbamos a decir! Que se me va a mosquear otra vez con él.

—Ah, recórcholis —murmuró Teresa—. Perdonen.

—¡Iker! —insistí.

—Lo siento —dijo en voz baja, apretando mi mano—. No quería que te preocuparas de más. Si sabías lo que estaba pasando, ibas a desesperarte. Y no podíamos hacer nada. Nadie podía. Solo… intentaba cuidarte.

Eché la cabeza hacia atrás contra el respaldo y cerré los ojos, reprimiendo la impotencia. Porque una parte de mí quería enfadarse, pero otra sabía que Iker tenía razón. No podríamos haber hecho nada.

Cris se volvió en su asiento y me señaló con un dedo, como si estuviera a punto de dictar sentencia.

—Esta vez voy a defender a Iker. Y mira que me duele, porque normalmente vivo para apoyarte, Sori.

Luego voló los ojos a nuestras manos entrelazadas y me lanzó una sonrisa satisfecha.

—Llevadme a Cala Blanca —pedí, mirándola.

—No —respondió categórica Teresa—. Los bomberos aún están allí inspeccionando todo. Todavía no sabemos qué zonas son seguras y cuáles no. El plan es llevarlos a la ciudad, con el resto. Haremos grupos con quienes deseen quedarse a ayudar. Los que no quieran o no puedan volverán a casa. Y los menores también. Min-ji debe regresar a casa. Igual que Diego y Nerea.

El campamento había terminado de forma abrupta y yo me negaba a aceptarlo. Me incliné hacia delante para que pudiera mirarme de reojo.

—Teresa, por favor. Necesito ir. Necesito verlo con mis propios ojos.

Apretó los labios. Nadie lo entendería mejor que ella. Si alguien amaba Cala Blanca tanto como yo —o incluso más—, era precisamente ella.

—Te dije que iba a querer ir —murmuró Cris.

—Ni siquiera puede andar bien con ese tobillo —respondió Teresa —. Es una completa cabezona.

—¿A mí me lo vas a decir? —resopló mi amiga—. La aguanto todos los días.

—Ya, pero ¿qué le digo? —insistió Teresa—. Es capaz de irse arrastrando si hace falta.

—Perdonad —intervine—, ¿podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera delante? Gracias.

Teresa guardó silencio unos segundos, buscando argumentos lo bastante sólidos como para lanzarlos como artillería pesada.

—Es peligroso —comenzó.

—Me da igual.

—Tienes el pie mal —insistió.

—Tengo a un médico conmigo.

—Iker tiene que tomar el tren de las doce —añadió.

Ahí sí me callé. Me mordí el labio y desvié la mirada hacia la ventanilla. Otro problemilla en el que había estado evitando pensar: Iker debía volver a Madrid.

—En realidad, puedo pillar un bus nocturno —intervino él, con voz suave. Me giré para mirarlo y me estaba sonriendo—. Quiero estar contigo el mayor tiempo posible.

Me eché hacia delante, inclinada hacia mis amigas todo lo que el cinturón me permitió. Me limité a observarlas y a esperar.

—Hermana —dijo Cris mirando a Teresa—, nos hemos quedado sin excusas. Y para ser sinceros, a mí también me gustaría ir. Porfi.

Tras un suspiro, Teresa tomó un desvío.

Al bajar del coche, me sorprendieron muchas cosas.

Lo primero fue el silencio. No era el típico silencio del que estaba acostumbrada a disfrutar, ese silencio armónico de primera hora de la mañana, cuando los pájaros piaban, ni tampoco se parecía al que se colaba en mitad de las oraciones, entre el vaivén de las hojas. Era

un silencio que no pertenecía a aquel lugar y que me hacía querer gritar: ¡largo de aquí!

Lo segundo fue el suelo. El albero naranja se mezclaba ahora con un tono grisáceo que se pegaba a las zapatillas. Además, el aire estaba emborronado, cargado de un olor que se quedaba en la garganta y obligaba a toser. De vez en cuando, una ráfaga ligera traía un aroma más intenso, recordando que algo seguía ardiendo en algún punto cercano. La zona del aparcamiento estaba llena, pero no de autobuses ni de coches familiares, sino de vehículos de la Guardia Civil, Protección Civil y bomberos. Chalecos reflectantes que se movían de un lado a otro. Teresa hablaba con alguien que parecía ser el jefe, probablemente pidiéndole permiso para bajar.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno».

Cris me agarró de la mano mientras avanzábamos por el camino morado. Teresa caminaba a mi otro lado, en ese silencio sereno suyo que no necesitaba palabras para sostenerte. Iker iba unos pasos detrás, respetando la gravedad de aquel momento, como si entendiera que ese dolor nos pertenecía sobre todo a nosotras tres.

Me llevé las manos a la boca cuando llegamos a la zona de las cabañas y las lágrimas empezaron a brotar sin permiso. A mi lado, Cris dejó escapar una exclamación ahogada, como si tampoco terminara de creerse lo que tenía delante. Sentí que el tiempo se detenía mientras recorría con los ojos el desastre entero, lenta y dolorosamente, e intentaba asumirlo todo.

Me fijé en el olivo del centro de la plaza, o en lo que quedaba de él: un tronco completamente ennegrecido, a juego con el resto del terreno. Algunas cabañas —entre ellas, en la que dormía mi hermana— habían quedado reducidas a cenizas, con apenas parte

de la estructura en pie. Las que habían sobrevivido estaban cubiertas de grandes manchas de hollín, que dudaba si alguna vez se irían.

Pero el corazón se me encogió todavía más al acercarme a la capilla. Los bancos, el altar, las vallas, todo de madera, habían sido pasto de las llamas. Las ramas de los frondosos árboles que hacían de tejado se habían quebrado y caído sin orden sobre el suelo, dejando un paisaje desolador. Incluso la cruz estaba partida, medio enterrada bajo los escombros.

No pude evitar arrodillarme.

«Cinco, cuatro, tres… Bah, es absurdo».

Sollocé y escondí la cara entre las manos. El mundo se volvió pequeño, estrecho, imposible de respirar, mientras el pecho me subía y bajaba demasiado rápido. Aquel lugar, que tantas veces me había visto llorar, dudar, rezar, reír…, ya no existía. Y sin eso, sentía que una parte de mí dejaba de existir.

—Sora…

Cris se arrodilló a mi lado y me rodeó con los brazos, aunque ella también temblaba y lloraba. Luego sentí a la hermana Teresa al otro lado, firme y serena. Y nos quedamos allí durante un buen rato, arrodilladas entre ceniza, humo y escombros. Cada una llorando a su manera, rezando a su manera, despidiéndose de lo que necesitaba despedir.

Porque no se habían quemado solo unas cabañas, unos bancos o una capilla. Se había quemado algo que era nuestro. Un lugar al que siempre volvíamos y que ya formaba parte de nosotras, como una habitación de tu casa o un rincón de la infancia.

Y tenerlas al lado, saber que ellas también entendían esa pérdida —esa sensación horrible de que algo querido puede desaparecer de la noche a la mañana—, no lo arreglaba, pero ayudaba a sostenerme.

—Y ahora ¿qué? —pregunté, secándome las lágrimas al cabo de un buen rato.

Teresa me miró con esa paz que solo ella sabía sentir y transmitir.

—Lloramos todo lo que haga falta —dijo—. Y después nos levantamos. Ahora nos toca caminar entre las cenizas. Nos toca reconocer a Dios en medio del fuego.

Guardó un instante de silencio y, con la voz baja, empezó a cantar:

Alzo la voz en medio del fuego.
De pie en el dolor,
Sin miedo te espero.

Cris y yo la seguimos casi sin pensarlo, bajito, apenas un susurro roto entre lágrimas. Pero cantar allí, en mitad de aquel desastre, tenía algo de oración y algo de resistencia.

Cuando terminamos, Teresa nos apretó las manos.

—Reconstruiremos todo. El campamento seguirá, porque los lugares no los sostienen las paredes, sino las personas que aman entre ellas. —Tragó saliva antes de continuar—. Vienen semanas difíciles. Hay familias que lo han perdido absolutamente todo. Nosotros estamos bien, estamos aquí. Y justo por eso, nos toca quedarnos a ayudar. Vamos, será mejor que volvamos y empecemos con la tarea.

Las tres nos levantamos, con una perspectiva más esperanzadora de todo. Y al darme la vuelta, vi a Iker. Se había quedado unos metros atrás, en silencio, igual que aquella vez en la capilla, cuando me había dejado llorar sin invadir mi intimidad. Sentí que habían pasado años desde aquella noche.

—Te esperamos arriba —me indicó Cris, con una sonrisa cómplice.

Ambas se adelantaron y yo fui en su busca. Me arropó en sus brazos con firmeza.

—¿Estás bien?

Tenía la voz todavía rota y los ojos me escocían, pero asentí.

—Estoy mejor.

Y era verdad. Había llorado todo lo que podía llorarse de golpe y ahora necesitaba recomponerme. Había gente que necesitaba ayuda, y quedarse quieta no iba a devolver nada a nadie.

—Gracias por darme ese momento con mis amigas —reconocí—. Ellas…, bueno, me entienden mejor que nadie. No quiero que pienses que tú no eras capaz de consolarme ni nada, pero…

—Tranquila. No pretendo competir con lo que tenéis. —Me acarició la espalda—. Eso sí, quiero aprender a consolarte cuando estés mal. Y a hacerte reír. A carcajadas. Eso me gustaría más.

Se inclinó para besarme la frente.

—Y hacerte tu comida favorita, por ejemplo. Por cierto, ¿cuál es tu comida favorita?

Me apretó todavía más y me hizo reír ligeramente. Se sintió bien cambiar un poco de tema.

—El *tteokbokki* —respondí sin pensarlo.

Ante su cara de absoluta confusión, esbocé una sonrisa amplia.

—Tienes mucho que aprender sobre cultura coreana.

—Y estoy totalmente dispuesto a hacerlo —dijo—. De hecho, ¿te parece si en la primera cita te llevo a un restaurante coreano?

El corazón me dio un vuelco al pensar en una cita con Iker. Una cita de verdad. Por unos segundos, me permití fantasear con la idea.

Me imaginé tardando demasiado en elegir conjunto, con medio armario sobre la cama y Cris en videollamada, dándome consejos muy serios basados en las revistas de moda que leía. Pensé en cómo Iker vendría a buscarme, muy arreglado. O, bueno, seguramente iría yo a por él, porque seguiría sin carnet. Cenaríamos en algún restaurante delicioso, compraríamos un helado en cualquier esquina y acabaríamos caminando de la mano bajo las luces de Madrid. Luego me besaría. Y nos besaríamos tanto que nos dolerían los labios, pero, aun así, ninguno querría separarse.

Y quizá, después de una noche así, me diría que me quería.

—Nada en contra de los restaurantes coreanos —dije, algo sonrojada por el pensamiento—, pero ninguno supera la cocina de mi madre. Prefiero un… ¿sushi?

Iker hizo un gesto de aprobación y me dio otro beso fugaz.

—Iremos donde tú quieras.

Nos separamos apenas lo justo para empezar a caminar hacia la entrada. Entonces Iker buscó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos, como si lleváramos toda la vida paseando por Cala Blanca de esa manera. Sentí que flotaba entre las nubes.

—Voy a quedarme aquí, Iker —anuncié cuando estábamos llegando a la puerta—. Quiero ayudar.

Nos miramos. Los dos sabíamos que quizá no serían unos días, sino semanas. Pero también que el reloj seguía avanzando hacia

septiembre y hacia ese avión que, tarde o temprano, tendría que tomar rumbo a Corea.

—Lo sé. —Pasó sus manos por mi hombro y me estrechó contra su cuerpo—. Y siento tener que irme. Te prometo que volveré en cuanto pueda, ¿vale?

No sabía si aquello sería verdad o no, pero decidí asentir.

Lo abracé y seguimos caminando despacio, como si alargar aquel trayecto pudiera retrasar la despedida. Porque podía despedirme de muchas cosas ese verano, pero no quería que Iker fuera una de ellas.

40

IKER

La casa me recibió con un silencio sepulcral y la oscuridad que precede al amanecer.

Me quedé inmóvil en la entrada, esperando la habitual presión en las costillas que me producía ser consciente de la soledad que reinaba allí. Y aun así, aunque era exactamente la misma casa que había dejado atrás unas semanas antes, no me sentía pequeño. Tan solo experimenté una suave nostalgia, que no era agradable, pero tampoco destructiva.

Subí las escaleras despacio hacia mi habitación. Me limité a observarla y pensé que tal vez podía ordenar un poco, cambiar las sábanas o abrir las ventanas para que entrara la luz. Y, sin querer, también pensé en Sora. En cuánto me gustaría enseñarle mi habitación. O merendar con ella en la piscina. O en prepararle una pizza casera antes de ver una película.

Se me escapó una sonrisa y el corazón bombeó más rápido de la cuenta.

Sin prisas, me dirigí a la ducha. Dejé que el agua fría me cayera encima, espabilándome al instante, y arrastrara el cansancio de ocho horas en un autobús destartalado, con asientos apretados y al lado de una señora que olía demasiado a colonia. Podría haber tomado

un tren en clase Prémium, pero preferí quedarme hasta el último momento con Sora.

Apoyé la frente contra los azulejos y cerré los ojos. Ya la echaba de menos. No había dejado de pensar en ella durante todo el trayecto. En su risa y también en su llanto. En su olor, en la sensación que me dejaban sus labios, en su voz al pronunciar mi nombre. Además, no había dormido mucho porque había hecho algo que jamás imaginé: leer la Biblia.

Sacudí la cabeza irónicamente. Yo, Iker Zuloaga, leyendo la Biblia.

Sora me había prestado la suya, alegando que la necesitaba más. Además, me había colocado un pósit doblado en una página con varios pasajes señalados. Comencé con el libro de un tal Job, cuyo historial de tragedias hacía que el mío pareciera anecdótico. Luego continué con ese texto de perdonar setenta veces siete, aunque me resultaban unas matemáticas incomprensibles. Y, después, con algunos pasajes que hablaban de un amor apasionado que no esperaba encontrar para nada en ese libro.

Pero lo que más me había gustado era recorrer las páginas leyendo las anotaciones de Sora. Se veían preguntas en los márgenes, frases subrayadas con cuidado y pequeñas peticiones que escribía —casi siempre por otros, nunca para sí misma—. No sabía si tenía derecho a leerlas, pero, en cierta forma, me hacían sentir más conectado a ella.

Al salir, me planté frente al espejo y me observé con atención. Seguía teniendo las mismas ojeras, pero el brillo en los ojos era distinto. Incluso sonreía ligeramente. Ahora me veía y empezaba a reconocerme un poco más: era Iker, un chico de veintitrés años que había perdido a sus padres y estaba lejos de su hermana. Un chico

que vivía con estrés postraumático todavía. Pero ahora también era un chico que se había enamorado. Un chico con esperanza, una palabra que antes me resultaba de lo más extraña.

Una vez vestido —pantalón largo en tono beige y un polo azul marino—, bajé a la cocina. Para mi sorpresa, me la encontré reluciente. Ni rastro de los platos apilados o de las cajas de Uber Eats que había dejado desperdigadas y de las que no me había acordado. En la encimera encontré una nota, junto a un paquete de café de especialidad.

Ojalá este campamento haya sido todo lo que necesitabas.

Un abrazo, Lola

Se me dibujó una sonrisa sincera. Lola había estado en esa misma cocina, animándome a ir al campamento. Recordaba haber pensado, con ironía, que era imposible para una persona cambiar en tan poco tiempo. Supongo que tenía que tragarme mis palabras.

Puse la cafetera italiana a calentar y, mientras esperaba a que subiera el café, recorrí la casa sin rumbo, como si necesitara volver a hacerla mía.

El salón estaba perfectamente ordenado. Pasé los dedos por la mesa del comedor, rozando los papeles que había dejado sin firmar para mi tío. Luego levanté la vista hacia la estantería, llena de libros y de fotos. Agarré la más cercana: mis padres el día de su boda. Se habían casado en mitad del campo, con diecinueve años y un amigo oficiando. Recorrí con el dedo sus caras a través del cristal. Mamá, con vestido blanco y corona de flores, ya estaba embarazada de mí. Papá, con camisa de lino, la miraba como si no existiera nadie más.

Tomé otra fotografía. Lucía recién nacida entre mis brazos. Yo tenía diecisiete años y una expresión de amor absoluto. Había pasado media vida pidiendo una hermana, y cuando por fin la tuve contra el pecho, envuelta en aquella manta rosa, entendí que las mejores cosas de nuestra vida se hacen un poco de rogar.

En otra foto estábamos los cuatro en la piscina de un hotel en Maldivas, quemados por el sol, despeinados, riéndonos de algo que ya no recordaba. Nunca me había parado a imaginarme casándome, teniendo hijos, formando una familia. Pero si algún día conseguía algo parecido a lo que habían tenido mis padres, firmaba sin pensarlo.

La cafetera empezó a borbotear anunciando que el café estaba listo. Me serví una taza abundante y sentí que mis labios tocaban el cielo cuando lo probé. Decidí disfrutarlo en la terraza, donde las primeras luces del amanecer empezaban a colarse entre los árboles.

Caminé despacio, observándolo todo. La piscina, que seguía con el vaivén tranquilo del agua. La mancha amarilla que había dejado tras estampar el botellín de cerveza. La barandilla, a la cual me había aferrado con fuerza, a punto de hacer una locura.

Pero también el carrillón, colgado del limonero, que se movió gracias a una extraña brisa. Aquel tintineo me devolvió, aunque fuera por un segundo, a la realidad. Aquel soplo…

Cerré los ojos. Sora siempre decía algo así como que, en todas las cosas, incluso las peores, Dios interviene para ayudarnos a sacar algo bueno. Aquel día, aquel coche, aquel restaurante, cada paso absurdo y doloroso me había conducido hasta ella. Y, de alguna forma, también me había llevado de vuelta a mí mismo.

Quizá por eso, cuando Javier me pidió desayunar con él antes de ir al juzgado, no dije que no. Acepté, aunque a regañadientes. Ya no sabía qué esperar, pero también había entendido que el odio solo traía más odio y que, tal vez, perdonar a Javier empezaba por algo tan simple —y tan difícil— como sentarme frente a él y escucharle. Al menos, eso era lo que Sora me había aconsejado.

Ni siquiera sabía cuál era la mejor solución a esas alturas. ¿Aceptar que Lucía ya no viviría conmigo? ¿Rogarle a mi tío que me cediera la custodia? ¿Y luego qué? ¿Volvería a estudiar? ¿Buscaría trabajo? ¿Me convertiría en padre de golpe? ¿Y dónde encajaba Sora en todo aquello?

Me pasé las manos por el pelo mientras respiraba hondo; no quería adelantar acontecimientos. Iría a esa conversación con la cabeza alta. Con una actitud más amable, sí, pero sin bajar la guardia. Lucía era lo más importante y eso no podía olvidarlo.

Solté el aire despacio y levanté la vista al cielo. Sería realmente increíble que hubiera alguien ahí arriba.

—Si es verdad que existes… —balbuceé, sintiéndome un poco ridículo—. Sora dice que sí, y yo me fío de Sora. Quizá… Bueno, estaría bien que me echaras un cable hoy. Gracias.

Mi tío me había citado en una cafetería de especialidad, como si quisiera ganar puntos. Lo vi sentado en una mesa, absorto en el teléfono. Tenía el ceño ligeramente fruncido, tal vez resolviendo uno de sus eternos asuntos de trabajo.

Al verme, se levantó con los brazos abiertos y una gran sonrisa. Sentí una punzada amarga en el corazón al observarlo de cerca. Era

casi idéntico a mi padre: el mismo pelo canoso, la misma barba, el mismo porte elegante. Siempre iban impecables, con trajes de chaqueta, aunque hiciera cuarenta grados en el exterior.

—Iker, ¿cómo estás?

Me había dado un abrazo rápido que me tensó un poco, pero no me aparté, y eso ya me parecía un logro.

—¿Cuándo has llegado de Cádiz? —dijo, invitándome a sentarme.

—Hace un par de horas —contesté—. He tenido que venir en un bus nocturno, pero he pasado por casa a ducharme.

El camarero llegó para tomarnos nota. Se me hizo la boca agua solo de pensar en las tostadas de masa madre con hummus de remolacha, aguacate y huevos a baja temperatura que iba a devorar. Había comido bien en el campamento, pero el desayuno no era su punto fuerte.

—¿Qué tal el campamento? ¿Has disfrutado?

Suspiré antes de empezar a responder. Fui muy cuidadoso con lo que le contaba, aunque me obligué a relatar algunas cosas. Que cada semana había una misión distinta, que habíamos trabajado con diferentes colectivos y que había conocido a personas agradables. Me sorprendí cuando mi tío me preguntó por el certificado de horas; lo había olvidado por completo.

Por supuesto, omití cualquier mención a Sora.

—Me alegro de que hayas sacado provecho de estas semanas. —Sonrió—. Y gracias por acceder a desayunar conmigo. Hacía mucho que no nos veíamos tranquilamente.

Javier bajaba muchas veces a Madrid. En todas ellas, siempre me escribía para verme, pero yo ni siquiera le contestaba. Así que en

ese momento, con la bandera en son de paz ondeando entre nosotros, me sentí un poco culpable.

—Bueno, tampoco he tenido mucha opción, con la firma y eso —musité.

La frase salió más seca de lo que pretendía. Me mordí el labio al instante. Genial. Mis intentos por ser amable acababan de durar exactamente siete segundos.

—Sí, lo sé. Y siento que hayas tenido que venir tan rápido —se disculpó—. Pero, bueno, quería hablar contigo…

El camarero nos trajo las bebidas en ese momento y ambos guardamos silencio. Yo me preparé para el golpe, sosteniendo la respiración.

—He hablado con mi abogado, Iker —me informó mientras removía con la pajita su *iced latte*—. Ve muy difícil el retorno de Lucía contigo a corto o medio plazo. Para ellos, sigues siendo un crío, sin trabajo…

—Tengo veintitrés años —recalqué bruscamente—. Soy mayor de edad y, además, mis padres me han dejado bastante bien posicionado con la herencia. Podría no trabajar nunca y vivir cómodamente, si quisiera.

Javier ladeó la cabeza, con una expresión paternalista que me enfadó un puntito más.

—Por salud mental, el trabajo es necesario —comentó—. Ya sabes que tienes tu puesto en la junta directiva esperándote. Eres socio, ahora que tu padre no está.

—Nunca he tenido interés en ser empresario —repliqué.

—Lo sé —rio con suavidad y le dio un sorbo a su café—. Y tu padre también lo sabía, créeme. Pero ¿y si lo intentas? Puedes

empezar acompañándome, con lo básico. Quizá te guste… y te ayude a enderezar un poco las cosas.

Hice una mueca. ¿Pasarme el día pendiente del teléfono, rodeado de gente obscenamente rica y siempre encorbatado? No, gracias. Ese mundo ya no tenía nada que ver conmigo.

—O, bueno…, quizá podrías terminar la carrera —añadió, con un tono más conciliador.

Jugueteé con el vaso de *iced* americano en las manos. Eso sí que lo había pensado. Había conseguido terminar *El médico*, lo cual ya suponía un auténtico logro. Quizá no podría volver a sacar matrícula en Neuroanatomía, pero tal vez con retomar las clases bastaría. Las últimas semanas, cuidando de otros, me habían hecho recordar por qué había elegido esa profesión.

—Me veo más volviendo a la universidad y sacándome cinco veces la carrera que trabajando contigo. No te ofendas.

Javier soltó una risa leve y, por un momento, recordé que antes solíamos bromear mucho y reírnos a carcajadas juntos. El recuerdo me pinchó el estómago.

—No pienso dejar de luchar —declaré entonces—. Lucía es lo único que me queda.

—Nunca te pediría que dejaras de luchar por tu hermana —afirmó, tras unos segundos pensando sus palabras—. De hecho, nunca he querido separarte de ella.

Bufé, irónico.

—Te la llevaste a Navarra.

—Vivo en Navarra —replicó—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Sacar a mis cuatro hijos del colegio y desplazarlos a Madrid en mitad del

curso? ¿Pedirle a mi mujer que cerrase la clínica de psicología y dejara tirados a todos sus pacientes?

Apreté los labios. Nunca me lo había planteado de esa forma.

—Tampoco me has dejado ir a verla —repliqué.

La comida llegó y nos distrajo un momento. Javier tomó su bol de frutas y empezó a darle vueltas mientras yo cortaba mi tostada en trozos pequeños.

—No es cierto que no te haya dejado venir a verla —respondió con calma—. No has querido venir a mi casa porque era mi casa. Porque me has convertido en el villano de la película, cuando yo solo intentaba hacer lo mejor para todos.

—Podrías habértela traído a Madrid de vez en cuando para que la viese —continué yo—. O contestar el teléfono más a menudo cuando quería hablar con ella. Me has apartado como si yo fuera un monstruo.

Él sacudió la cabeza, tomó una cucharada y me miró mientras masticaba.

—Iker —dijo bajando la voz—. Igual que tú has estado peleando con tu trauma, Lucía también.

Algo se me clavó en la garganta. De repente, fue como si alguien me arrancara una venda de los ojos. De repente, entendí que yo no había sido la única víctima de todo aquello. Mi hermana también.

—Hemos trabajado muchísimo estos meses con Lucía… —dijo con la voz apenas sostenida—. Tenía pánico a cerrar los ojos. Ha pasado noches enteras sin dormir. Exhausta. Y luego irritable durante todo el día.

Suspiró, y yo tuve que tragar saliva para reprimir las lágrimas.

—Y con ataques de pánico cada vez que tenía que subirse a un coche.

Apreté los puños y clavé la vista en mis tostadas.

—Por eso no la traje a Madrid. No quería ponerla constantemente en situaciones de tensión innecesaria. Y si a veces no te llamaba… —negó con la cabeza—, era porque estaba en medio de un ataque de llanto o de rabia. O, simplemente, se trataba de uno de esos días en que ni ella misma se soportaba.

No se correspondía para nada con la imagen que tenía de Lucía: cada vez que me llamaba, la veía contenta. Pero ahora empezaba a entender que tal vez Javier elegía los momentos más adecuados.

—Ahora está mejor —continuó con una media sonrisa—. Poco a poco va avanzando. La terapia nos ha ayudado mucho…

—¿Por qué no me lo has contado nunca? —lo interrumpí—. Yo… soy su hermano mayor. Tendría que estar ahí para ella.

Tomé aire y bajé la vista para disimular los ojos llenos de lágrimas.

—Suficiente tenías con lo tuyo —me consoló—. Tú no moriste aquella noche, Iker, pero una parte de ti se quedó en ese terraplén. Lucía no necesitaba a otra persona igual de rota a su lado, sino a adultos funcionales que pudieran gestionar sus batallas. Y ahí hemos estado nosotros. Aunque… quizá se me olvidó que tú también nos necesitabas. Y lo siento. Han sido unos meses muy complicados. No he sabido hacerlo mejor…

Se le quebró la voz y me hizo levantar la vista para mirarlo. Tenía los labios apretados y los ojos clavados en su bol.

Y entonces caí en la cuenta. Javier también había perdido a su hermano mayor y a su cuñada en la misma noche. Se había tenido que hacer cargo de la empresa familiar y de Lucía, con todas las

mochilas que traía consigo. Y encima su sobrino le hacía sentir culpable cada vez que podía.

Quizá la vida ya había sido demasiado cruel con todos nosotros.

—Creo que todos hemos hecho lo que hemos podido con lo que nos ha tocado —murmuré—. Y… siento haberte odiado tanto. Estaba cabreado y…

—Necesitabas un culpable en quien proyectar tu rabia. Lo entiendo.

Mi tío me miró y reparé en las ojeras hundidas bajo sus ojos. Eran oscuras, profundas, como si llevara semanas sin dormir bien.

—Bueno, aún estamos a tiempo de enmendarlo, ¿verdad? —Intentó quitarle importancia, pero vi la chispa de alegría en sus ojos —. Te he traído a desayunar porque quería preguntarte algo importante.

Dejé los cubiertos ordenadamente en el plato y me limité a observarlo con curiosidad. No podría dar un bocado hasta que no terminara la conversación.

—Sabes que Sofía es de Madrid, ¿verdad? —preguntó, refiriéndose a su mujer—. Su familia está aquí. Y la sede de la empresa también, como ya sabes. Siempre habíamos pensado en venirnos una temporada, pero nunca terminábamos de encajar todo.

Se metió otra cucharada en la boca. Parecía tranquilo.

—Como te he dicho, ahora mismo es difícil que recuperes la custodia completa de Lucía, pero… —Hizo una pausa breve, como si le costara seguir—. Sois hermanos. Y después de perder al mío…, no quiero que estéis separados más tiempo.

Ladeé la cabeza, confundido.

—Hemos pensado en mudarnos aquí, a Madrid, a final de verano —anunció—. Así los niños empiezan el curso en el nuevo colegio. ¿Qué te parece la idea? ¿Te gustaría vivir con nosotros?

Tardé un segundo en reaccionar. De todas las cosas que me hubiera esperado de aquella conversación, aquella no estaba en mi lista en absoluto.

—Podríamos comprar una casa cerca de la de tus padres —explicó deprisa, como si necesitara soltarlo antes de arrepentirse—. Y si algún día te agobias, si necesitas aire o estar solo, tu casa seguiría ahí.

Tomó aire.

—Nosotros nos encargaríamos de Lucía. De los papeles, los médicos, el colegio, todo eso. Y tú podrías continuar estudiando. Vivir un poco. Ser…, no sé, un chico de tu edad.

El corazón se me detuvo un segundo.

—Sé que pasar de vivir solo a compartir casa con dos adultos y cinco críos suena a castigo. Pero… —Intentó sonreír—. Quizá se vuelve hasta divertido. Los viernes son noches de sushi y cada semana elegimos una película…

—¿Os mudaríais a Madrid por mí?

Aquello fue lo único que se me ocurrió preguntar.

Sora me había dicho una vez que había descubierto a alguien que la quería sin condiciones, sin pedirle nada a cambio. Ella hablaba de Dios, pero quizá también existía algo parecido en la familia. Gente imperfecta, capaz de sacrificarse por los demás sin esperar nada a cambio.

—Bueno, siempre hemos querido mudarnos, pero por fin hemos encontrado el momento adecuado —dijo, intentando quitarle peso—.

Si eso te hace sentir mejor…

Me obligué a pensar cómo sería esa vida: madrugones para ir a la universidad, una mesa llena de niños hablando todos a la vez, migas por todas partes y Javier y Sofía intentando imponer orden con ojeras y café.

Un caos. Pero un caos vivo que sonaba infinitamente mejor que despertarme a la una en el sofá, pedir comida por una aplicación y desayunar en soledad. Además, estaría Lucía. La vería crecer. El desayuno, los deberes, los disfraces improvisados, las siestas en el sofá, llevarla al cole de vez en cuando. Y solo por eso, por tenerla cerca, merecía la pena pensarlo.

—No tienes que decidirlo hoy —aclaró—. Podemos hablarlo estas semanas. Piénsalo con calma, ¿vale? Ahora come, que se enfría.

Terminamos de desayunar con una conversación bastante más amena de lo que había imaginado y me descubrí agradecido por ello.

Mientras Javier pagaba, le escribí un rápido mensaje a Sora diciéndole «Todo bien, deseando contarte», ya que me había escrito dos veces esa mañana para darme ánimos. Finalmente, le añadí también un corazón, aunque no sabía si era demasiado, porque todavía no habíamos tenido la conversación sobre nuestro… estatus. La palabra novia se me quedaba gigante.

Caminamos hacia los juzgados. Allí, todo fue rutinario y mecánico. Nombres, documentos, firmas, indicaciones dichas con voz aburrida. En realidad, no había mucho que decidir o cambiar, así que me limité a hacer lo que me pedían. Sin embargo, la propuesta de mi tío seguía dándome vueltas en la cabeza.

—¿Qué plan tienes hoy? —preguntó él al salir.

Me encogí de hombros. Ya había sacado un billete de vuelta en tren a Cádiz a las cinco de la tarde porque ¿para qué quedarme en Madrid?

—En realidad, tenía pensado volver al campamento.

Javier me miró sorprendido y se le escapó una sonrisa juguetona.

—Vaya, ¿tan fuerte te ha dado por el trabajo social? —preguntó—. No pensarás cambiar de carrera a estas alturas, ¿no?

—No es eso. —Desvié la mirada—. Es solo que con todo lo del incendio, quiero ayudar…

—Así que hay una chica —sentenció.

Me sonrojé de golpe.

—¡No he dicho eso! —exclamé.

—¿Sabes que a tu edad conocí a tu tía? —me contó—. En unas vacaciones en Marbella. Ah, benditos tiempos…

Sacudió la cabeza con una sonrisa, como si su mente estuviera llenándose de recuerdos bonitos.

—Dos años de relación a distancia. Yo en San Sebastián y ella en el sur —continuó mientras echábamos a andar. Me dejé arrastrar por él sin saber a dónde—. Pero bastaron pocos días para tener la certeza de que deseaba casarme con ella.

No quería hablar de Sora. No quería hablar de Sora. No quería hablar de Sora. Pero en realidad, era el único adulto con el que podía hablar —aunque fuera un poco— de Sora.

—¿Cómo se saben esas cosas? —pregunté intentando sonar casual.

Su mano se apoyó en mi hombro con firmeza tranquila.

—Yo vivía pensando en lo que estaba por venir —confesó—. En lo que tocaba hacer. En lo correcto. En cómo evitar que todo se

torciera. Era un crío enfermamente responsable. Bueno, por todo lo que habíamos pasado.

Pensé en el abuelo, que había levantado un imperio económico a costa de desatender a sus hijos. La abuela tampoco supo llenar ese hueco. Quizá por eso mi padre y Javier aprendieron a sobrevivir de formas opuestas. Mi padre era el que hacía ruido a cambio de atención. Javier se limitó a ser el hijo que nunca daba problemas.

—Y Sofía… Sofía me enseñó a estar. Me devolvió al presente. Y, por primera vez, viví sin la necesidad de controlar cada segundo.

Me dio un apretón.

—De todos modos, si algo he aprendido de perder a tu padre, es que deberíamos decir más «te quiero». —Se paró y me observó—. Creo que nunca se lo dije. En casa nunca lo hicieron. Y ahora me arrepiento mucho. Así que, si quieres a esa chica, asegúrate de decírselo todos los días.

Dudé unos momentos, pero finalmente asentí. Entonces mi tío me agarró por los hombros y me observó con atención. Sus dedos me apretaron ligeramente, lo justo para obligarme a mirarlo de verdad.

—Antes de que te vayas, necesito que vengas conmigo un momento.

—¿A dónde?

No respondió enseguida. Su mano resbaló de mi hombro a mi espalda, empujándome con suavidad hacia delante. Cruzamos la acera y nos metimos por una zona ajardinada junto a los juzgados. Había bancos de madera, árboles que proyectaban sombras y un parque enorme del que llegaban los gritos agudos de los niños.

—Esto no es para convencerte de que digas que sí —añadió Javier al fin—, pero igual ayuda a que te lo plantees.

—¡¡Iki!!

La voz me atravesó el pecho. Levanté la vista deprisa y entonces la vi. Lucía venía corriendo hacia mí, con una blusa azul y el pelo desordenado. Tenía las mejillas encendidas de haber estado brincando y los brazos abiertos de par en par, dispuesta a fundirse conmigo.

Me arrodillé sin pensar y la apreté contra mí en cuanto aterrizó en mi abrazo.

—Lu…, mi niña…

Me eché a llorar sin disimular. Sin control.

—¿Por qué lloras? —preguntó, al separarse un poco, con una sonrisa confundida—. No llores, Iki.

Me secó las lágrimas con sus manos pequeñas, torpes.

—Lloro porque estoy feliz de verte —conseguí decir—. Porque te he echado de menos, cielo.

Frunció el ceño un segundo, como si no terminara de entenderlo, y luego me dio un beso en la mejilla. Después volvió a abrazarme, fuerte. Me levanté con ella en brazos y sentí que pesaba más. Claro que pesaba más. Habían pasado unos meses desde la última vez que la había visto y había crecido un montón. Estaba más guapa y más alta. Y cada día se parecía más a mis padres.

—Hola, Iker.

Levanté la vista. Sofía estaba un poco más atrás, mirándonos con los ojos brillantes. A su lado, mis cuatro primos sonreían en silencio. Luego, uno por uno, se adelantaron para abrazarme, aunque yo no solté a mi hermana en ningún momento.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —preguntó mi tía.

Asentí mientras me secaba las lágrimas.

—Gracias —dije con sinceridad, buscando a mi tío con la mirada.

Él me contestó con una sonrisa serena.

—Lucía ha sido una campeona —comentó, pellizcándole la nariz de manera cariñosa—. Hemos hecho el viaje superbién, ¿a que sí?

Ella sonrió orgullosa y el hoyuelo izquierdo se le marcó levemente.

—Iker, tenemos planes para toda la semana —intervino Sofía—. Un poco de todo. Musicales, exposiciones, bicis por el Retiro… Y, quizá, visitar alguna casa. ¿Te apetece quedarte con nosotros?

Se hizo un pequeño silencio y noté a Lucía abrazándome más fuerte. Los miré a todos, uno a uno. Y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí que estuviera solo en el mundo. Por primera vez en mucho tiempo, volví a sentir que tenía una familia.

41

SORA

—Te echo de menos —dijo al otro lado del teléfono.

Eran casi las ocho de la tarde y, aun así, el sol seguía pegando con fuerza. Llevábamos más de una hora charlando —de todo y de nada —; hasta el pelo se me había secado solo al aire mientras escuchaba su voz al otro lado.

Medio campamento había vuelto a casa, pero el resto nos habíamos quedado para ayudar. Limpiábamos cenizas, recogíamos cristales rotos, enfriábamos zonas todavía calientes y asistíamos a las familias que lo habían perdido todo. Para cuando llegó el viernes, el cansancio —físico y mental— ya era insoportable. Al menos el tobillo iba mejorando poco a poco, aunque seguía cojeando ligeramente.

—Yo también te echo de menos —respondí.

—De verdad, siento no estar allí contigo…

—No, qué va. —Sacudí la cabeza—. Estás donde tenías que estar. Me siento tan feliz de que estés recuperando tiempo con tu familia…

Iker no había vuelto de Madrid. Y aunque se me encogió el corazón al saber que no regresaría, lo entendí. El lunes por la noche me llamó, feliz, para contarme con pelos y señales todo lo que había pasado. Desde entonces, cada tarde me alejaba un poco de Cala

Blanca para dar un paseo y despejarme, pero también para conseguir la suficiente cobertura que nos permitiese hablar un buen rato. Yo no le ocultaba lo difícil y triste que estaba siendo todo en Cala Blanca, aunque siempre intentaba rescatar alguna anécdota o testimonio que mereciera la pena. Él me hablaba de su familia, de lo mucho que estaba disfrutando de su hermana y de cómo su corazón empezaba, poco a poco, a abrirse a la propuesta de su tío.

—¿Cuánto calculas que os queda allí? —preguntó.

Resoplé. Ni siquiera lo sabía. Cada vez que creíamos haber terminado con algo, aparecía otra familia sin sitio donde dormir, otra zona que limpiar, otra caja que repartir.

—No lo sé —confesé, cerrando los ojos un segundo—. Hay demasiado por hacer y demasiada gente que sigue necesitando ayuda. Nos faltan manos… y horas, y fuerzas.

Al otro lado de la línea se hizo un pequeño silencio.

—Entonces ¿necesitas ayuda?

—Sí, claro. Cualquier ayuda se agradece.

Escuché una pequeña risa contenida que me confundió.

—Perfecto. Porque acabo de llegar.

Fruncí el ceño y levanté la vista casi por reflejo. Y ahí estaba Iker. De pie, a pocos metros, con la mochila colgando de una mano, ropa de deporte, el pelo algo revuelto. Mostraba esa expresión suya entre tranquila y divertida, como si presentarse así, de repente, fuera la cosa más normal del mundo.

Me quedé mirándolo, inmóvil, sin reaccionar durante unos segundos, hasta que comprendí que era real y no una mala pasada del agotamiento.

—¿Qué…? —fue lo único que conseguí decir, retirándome el teléfono de la oreja.

Él sonrió un poco más, encogiéndose de hombros.

—¿Te valen mis manos? —preguntó, proyectando la voz y guardándose el teléfono.

Durante un instante no hubo incendio, ni humo ni ceniza pegada a la ropa. No hubo cansancio, ni tobillos vendados, ni casas arrasadas, ni esa sensación constante de estar llegando siempre tarde a todo. Solo estaba él. Él y su forma de mirarme, que afortunadamente no había cambiado.

Iker se adelantó, y cuando quise darme cuenta, ya me estrechaba entre sus brazos. Cerré los ojos y enterré la cara en su hombro. Solté el aire despacio, notando cómo toda la tensión acumulada durante aquella semana parecía aflojarse de golpe.

Cuánto lo había necesitado.

—Estás aquí —murmuré, todavía sin terminar de creérmelo.

—Estoy aquí —repitió él en un susurro.

Levantó la mano con cuidado y me rozó la mejilla, trazando caricias lentas que me erizaron la piel. No hizo falta decir nada más, porque al instante nuestros labios ya se tocaban. Primero, de forma tímida, tal vez comprobando que, tras cinco días sin vernos, podíamos permitirnos hacer eso.

Pero el segundo beso ya no fue prudente. Fue hondo, urgente, profundo y extremadamente largo. Perdí la cuenta de los minutos que pasaron, porque estaba demasiado ocupada sintiendo su boca y enredándome en su pelo. Al final, me separé un poco para tomar aire, jadeando.

—¿Es posible que estés más guapa incluso? —dijo riendo mientras me pasaba un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Más cansada, dirás —me quejé, frunciendo el ceño.

De hecho, mi cara debía de ser un poema: ojos hinchados, ojeras marcadas y un aspecto que no tenía nada que envidiar a un oso panda.

—No, definitivamente más guapa —insistió, muy serio.

Se me escapó una sonrisa y le acaricié la nuca.

—Pero si estás cansada, no te preocupes —murmuró, rodeándome con más fuerza—. Ya estoy aquí para que tú descanses un poco, ¿vale?

Apoyé la frente en su pecho y me dio unos cuantos besos en la coronilla. En sus brazos siempre encontraba descanso, porque, mientras yo me empeñaba en cuidar de todo el mundo, él siempre hallaba la manera de cuidar de mí.

—¿Y tu familia? ¿Qué tal? —pregunté.

—Vuelven mañana a Pamplona —me explicó—. Y a finales de agosto…, se mudarán a Madrid.

Me separé lo justo para mirarlo bien, buscando en su cara si había entendido correctamente.

—¿Has tomado la decisión? —quise saber, emocionada.

—Sí, viviré con ellos. Y con Lucía —confirmó, esbozando una sonrisa tímida.

Abrí los ojos y la boca, gratamente emocionada por la noticia.

—Y quiero retomar los estudios en la universidad… Y el tenis, con Álvaro. También he pensado en volver a la terapia. Creo que me vendrá bien. Y quizá algún voluntariado, pero eso ya me da más vértigo… No sé, poco a poco.

—Iker…

Fue lo único que conseguí decir. Me había quedado sin palabras y casi sentía las lágrimas amenazando con salir. Sabía que el campamento cambiaba a la gente, que removía cosas por dentro, que obligaba a mirar de frente aquello que llevabas demasiado tiempo esquivando. Pero no imaginaba hasta qué punto Iker estaba avanzando en su propio camino.

—Estoy muy orgullosa de ti —murmuré, sin ocultar mi emoción.

Él bajó la mirada un segundo, casi avergonzado.

—Y algo que también quiero hacer este año es… —puso una mueca divertida— empezar a aprender coreano…, por si finalmente quieres que vaya a verte.

Resoplé con un pequeño quejido de protesta y volví a hundir la cara en su pecho. Había intentado por todos los medios ignorar mi inminente viaje.

—No quiero pensar en eso —dije, con una sensación terrible de tristeza—. Todavía no.

Iker me tomó el rostro con suavidad y me obligó a mirarlo.

—Encontraremos la manera.

Y antes de que pudiera responder, me dio un beso rápido y corto, sellando aquella promesa sin dejar espacio para discutirla.

—Ahora ven —dijo con una media sonrisa—. Tengo una sorpresa.

Le pregunté a qué se refería, pero Iker se limitó a entrelazar sus dedos con los míos y echó a andar, llevándome con él de vuelta hacia el campamento. Caminamos entre los senderos hasta acercarnos a la entrada, y entonces fruncí el ceño, confundida. Había un montón de coches aparcados en la puerta que no estaban

cuando me había ido. Además, llegaba un murmullo mucho más intenso de lo habitual.

Busqué la mirada de Iker, pero él continuaba sonriendo de forma sospechosa.

—¿Qué tocaría hoy? —me preguntó—. Si siguiéramos en el campamento y no hubiera ocurrido el incendio.

Lo miré confundida, intentando seguirle. Tardé unos segundos, pero finalmente caí:

—La fiesta de clausura…

Se trataba de la última verbena, en la que tirábamos la casa por la ventana: pizzas, hamburguesas, refrescos, chucherías e incluso alguna que otra cerveza. Pero, además, era el momento en que invitábamos a todas las personas que habíamos acompañado a lo largo del mes: trabajadores sociales, profesores, enfermeros, familias, mayores, niños… Siempre resultaba una manera preciosa de culminar la experiencia.

Iker volvió a tomar mi mano para guiarme. Y cuando doblamos la esquina, me quedé clavada en el sitio con la boca abierta. Más de cien personas ocupaban el porche y sus alrededores. La mayoría eran rostros conocidos. Había gente hablando en pequeños grupos, algunos iban tomando asiento en los bancos que quedaban, otros se saludaban con abrazos largos.

Y todo estaba precioso. Habían colgado globos y guirnaldas entre los postes, sobre las vigas ennegrecidas y las paredes aún marcadas.

—¿Y esto? —balbuceé.

Cris fue la primera en llegar hasta nosotros, prácticamente a la carrera, esquivando gente con esa energía suya imposible de frenar.

Antes de que pudiera reaccionar, ya la tenía encima. Se colgó de mí con tanta fuerza que casi me hizo perder el equilibrio.

—¡Sorpresa! —exclamó Cris, abrazándome por detrás—. *Oh*, *Lord*. Casi me muero guardando el secreto.

Solté una risa ahogada, todavía demasiado sorprendida como para procesarlo todo.

Álvaro llegó detrás, mucho más tranquilo, con las manos en los bolsillos. Se acercó a Iker y le dio un abrazo breve, de esos rápidos entre amigos, acompañado de un par de palmadas en la espalda.

—Misión cumplida, chicos —dijo Cris con una sonrisa orgullosa—. Gracias por entretenerla al teléfono para que pudiéramos montar todo.

—¡Lo difícil no era eso! —protestó Álvaro—. Lo difícil ha sido mantenerte callada toda la semana.

Cris le sacó la lengua y Álvaro le sostuvo la mirada con una sonrisa imposible de disimular. Tal vez las cosas empezaban a encajarse también para ellos, después de todo lo que había ocurrido esa semana.

—Espera… —dije despacio—. O sea que vosotros sabíais que Iker iba a venir hoy.

Cris y Álvaro se encogieron de hombros con una tranquilidad insultante. Iker, a mi lado, tuvo la poca vergüenza de soltar una risa.

—Sí —respondió Cris, cruzándose de brazos—. Pero, sinceramente, ha merecido la pena verte llorar por él cada noche.

—¡Eso no es verdad! ¡No he llorado! —protesté volviéndome hacia Iker, que me observaba divertido—. Quiero decir… Te he echado de menos, pero no he llorado.

Los cuatro nos reímos. Por un momento, aquella risa pareció abrir un hueco entre el cansancio y la incertidumbre que —por una cosa u otra— todos estábamos sintiendo por dentro.

Justo entonces, David subió al pequeño escenario improvisado y tomó el micrófono. Tras un pitido breve y algunas risas, el campamento fue quedándose en silencio. Agradeció que todos estuvieran allí y dijo que, aunque nadie había imaginado cerrar el campamento de aquella forma, quizá por eso necesitábamos hacerlo de una manera especial. Habló del fuego, del cansancio, de todo lo perdido… y también de lo que habíamos levantado juntos para que nadie tuviera que atravesarlo solo.

Después respiró hondo y miró hacia mí:

—Y queríamos agradecérselo especialmente a Sora.

Alcé las cejas, sin duda sorprendida.

—Ella ha hecho posible que el Proyecto Lev no sea solo una idea bonita, sino una realidad —continuó David—. Gracias a ella, este campamento ha sido una tienda de puertas abiertas que se ensancha. Enhorabuena, Sora.

La gente aplaudió animadamente mientras David se limitaba a sonreír. No había drama en su gesto; más bien la ternura de quien había compartido una parte importante de mi vida.

—¿Debo preocuparme? —me susurró Iker junto al oído, abrazándome por detrás.

Pero en su tono no había ni una pizca de preocupación.

—Tú has hecho las paces con tu tío —murmuré, sonriendo— y yo las he hecho con David.

Sentí su respiración rozarme la nuca antes de que contestara.

—La revolución del amor —dijo.

Iker apoyó la barbilla un instante en mi hombro y luego besó ligeramente mi piel.

—La revolución del amor —repetí.

Entonces David puso una canción que todos conocíamos y nos pidió que bailáramos, cantáramos y nos mezcláramos sin dejar a nadie al margen. Bastaron unos segundos para que la gente la reconociera. Hubo gritos, aplausos, silbidos, voces siguiendo la letra. Y, de golpe, la energía cambió.

—¡Vamos! —exclamó Cris, agarrando a los chicos de los brazos—. ¡No voy a terminar el campamento sin veros bailar!

Álvaro protestó por pura dignidad, aunque ya se estaba dejando arrastrar. Iker, en cambio, giró la cabeza hacia mí con una expresión de absoluta súplica, esperando que yo interviniera en su rescate, pero no lo hice.

Me limité a reír y a observar de lejos. Quería quedarme un poco apartada, viendo cómo todo cobraba vida otra vez. Me apetecía pasear la mirada por el rostro de cada una de las personas presentes para memorizar sus rasgos y sus historias. Para dar las gracias por la vida de todos ellos y por un verano más.

> *Que ni una ni mil piedras en el camino te hagan tropezar*
> *No te ates a nada, no hay tiempo para dejar la oportunidad pasar*
> *Que no hay excusa alguna para no servir a los demás*
> *Siempre sonriente sin dejar a la queja entrar.*

Observé e intenté empaparme de todo y de todos.

Lo primero que hice fue buscar a los míos. Los mayores de edad habían decidido quedarse a sostener juntos la dureza de aquellos días.

Charlie era imposible de pasar por alto. Llevaba unas gafas de sol absurdamente grandes y bailaba con esa falta total de vergüenza. A su lado, Juan intentaba seguirle el ritmo entre risas, agarrado a él para no perder el equilibrio ni la paciencia. Un poco más allá, bailaban Ángela, Rocío y Marta; tres chicas completamente diferentes que habían aprendido a quererse. Ángela ya no parecía estar peleando contra el mundo entero. Marta comenzaba a mostrarse un poco más segura de sí misma. Y Rocío, que durante tanto tiempo se había escondido detrás de una fachada de roca, había terminado demostrando que debajo de todo aquello había un corazón enorme.

> *Que un ángel nos ha enseñado cómo se debe volar*
> *Que si llevas la cruz a cuestas, no se tiene por qué notar*
> *Que si esta no es nuestra liga, entonces ¿a qué te quieres aferrar?*

Y, en ese momento, la música estalló.

La gente empezó a bailar con más fuerza, algunos saltando, otros cantando a pleno pulmón o simplemente dejándose llevar con los ojos brillantes. Yo me quedé mirando la escena y sonreí, con un nudo en la garganta. Había personas que habían perdido su casa, sus mascotas, sus recuerdos, una parte entera de su vida. Y aun así, allí estaban, bailando. No porque hubieran olvidado el dolor, sino

porque, por un instante, habían decidido que el dolor no iba a ser lo único que quedara de ellos.

Simplemente, baila y déjate de historias
Aunque no tengas el control
Cualquiera que sea la canción
Déjate llevar en el salón
Déjate hacer, que trace tu camino
Él también quiere bailar contigo.

Mis ojos buscaron a David. No bailaba; estaba junto a sus amigos, cantando a viva voz, con el micrófono ya lejos de la mano y una sonrisa tranquila en la cara. Me alegró pensar en la conversación que habíamos tenido aquella semana, sin reproches ni heridas abiertas sobre la mesa. Parecía que el fuego no solo destruía: también podía purificar y llevarse nuestro rencor.

Que si el sufrimiento es por amor, el dolor es diferente
Entrégate hasta el extremo, empápate de esta fuente
Inagotable, infinita, de la que siempre se sacan fuerzas
Es Dios Padre quien te grita, que te acompaña en lo que elijas.

Observé a todas las personas a las que habíamos servido aquellos días. A don Manuel, que marcaba el ritmo moviendo los hombros con una dignidad entrañable, el bastón firme en la mano y una sonrisa ligera. A Mercedes, que, desde su silla de ruedas, seguía la música dando palmas, riéndose cada vez que alguien intentaba

sacarla a bailar de verdad. A Iván, que, girando de la mano de Loli, se dejaba llevar como si pudiera permitirse desconectar al menos durante un rato. Y al pequeño Kevin, que bailaba en brazos de su padre.

Aquello era Lev, al fin y al cabo. No solo un proyecto, ni un campamento, ni una palabra bonita que sonaba bien en una reunión. Lev significaba corazón. Y quizá por eso tenía sentido. Porque no se trataba de salir intactos del dolor, sino de descubrir que el corazón también puede aprender una nueva forma de latir. Aunque esté roto o asustado. Incluso después del fuego. Y que, a veces, volver a bailar no era olvidar lo que había dolido, sino demostrar que el amor seguía teniendo la última palabra.

> *Cada segundo puede ser el último, es la hora de levantarse*
> *Vive derramando, derramando todo el vaso*
> *Que no haya gota que se salve*
> *Busca creatividad, lo terrenal puede esperar*
> *Recuerda que no poner firma es la mejor forma de firmar.*

Mateo también estaba entre la gente y sacaba a bailar a los más rezagados. Iba de un lado a otro con una sonrisa enorme, tendiendo la mano a quien intentaba quedarse escondido en una esquina, haciendo bromas, animando a los mayores, dejando que los niños tiraran de él sin descanso. Y al verlo, di gracias por él. Por su forma de estar y de recordarnos que el amor lo ponían las personas.

Cala Blanca estaba herida y probablemente así continuaría durante mucho tiempo. Y aquello me había escocido en lo más hondo,

porque había creído que la magia se encontraba en el lugar: en su porche, en sus caminos, en el sonido de las puertas de las cabañas al cerrarse, en los bancos bajo los árboles, en cada rincón donde habíamos reído, rezado, discutido y vuelto a empezar.

Pero la verdadera magia no vivía en la madera ni en las piedras. Vivía en la gente, en el amor que había habitado aquel sitio durante años. Y el fuego no podía consumir ese amor; más bien, lo avivaba.

Simplemente, baila y déjate de historias
Aunque no tengas el control
Cualquiera que sea la canción
Déjate llevar en el salón
Déjate hacer, que trace tu camino
Él también quiere bailar contigo.

La hermana Teresa me sacó de mis pensamientos agarrándome de las manos y dirigiéndome al centro del porche, donde la gente ya se congregaba entre saltos, palmas y movimientos torpes. Lo hizo con cuidado, pendiente de mi tobillo, marcándome pasos pequeños para que no tuviera que apoyar demasiado peso. Cris apareció enseguida y se unió a nosotras con una carcajada.

—¡Menudo regalo de año! —exclamó Teresa, apretándonos las manos—. Gracias, chicas, por dejarse hacer este verano.

—¡Te queremos, Teresiiii! —alargó Cris, achuchándola con fuerza.

Nos fundimos las tres en un abrazo que se sintió como hogar. Porque, al final, el amor también era eso: las personas que Dios ponía en tu camino para recordarte que no tenías que atravesarlo todo sola.

Recuerda que somos eternos
Recuerda que el tiempo no es nuestro
Recuerda que el Cielo está abierto
De ti depende que entren cientos
Simplemente, baila…

Entonces me encontré con la mirada de Iker.

Se zafó del brazo de Álvaro y vino hacia mí con esa sonrisa pequeña que ya sabía desordenarme por dentro. La música seguía sonando, la gente seguía riendo, el mundo seguía girando. Pero yo solo veía a Iker.

—Gracias por enseñarme a bailar —me susurró, acercándome un poco más—. En todos los sentidos.

Antes de que pudiera responder, Iker me hizo girar. Y cuando volví, acabé en sus brazos. Me besó la frente con delicadeza y se quedó unos segundos ahí, con sus labios pegados. Entonces me tomó el rostro con cuidado y dijo:

—Te quiero, Sora.

Alcé los ojos hacia él, sorprendida, vulnerable, completamente suya en aquel instante y con el corazón más abierto que nunca.

No sabía si era demasiado pronto o si, en realidad, llevábamos demasiado tiempo pronunciándolo de otras formas. En sus manos, en sus cuidados, en mis ganas de quedarme. En todo lo que había sobrevivido al miedo.

Yo también lo sentía. Lo sentía en ese vértigo dulce en el estómago, en el corazón golpeándome el pecho cada vez que le veía, en la electricidad que provocaban sus dedos sobre mi piel, en

la manera en que todos mis pensamientos terminaban encontrándolo.

También lo percibía en algo más profundo. En una forma de amor que no presumía, no exigía, no llevaba cuentas. Un amor que no venía a borrarnos las grietas, sino a quedarse con ternura delante de ellas. A caminar despacio y a esperar cuando hiciera falta. A creer, incluso en los días torpes, que todavía había esperanza.

—Te quiero, Iker.

Y entonces volvió a besarme y todo se sintió perfectamente imperfecto.

El campamento continuaba oliendo a humo. Yo seguía yéndome a Corea en pocas semanas. Iker aún necesitaba reconstruirse y sanar. Nada estaba resuelto y, sin embargo, aquello no me pareció ninguna amenaza. Más bien, descubrí la belleza de no estar intactos, de atrevernos a vivir con las grietas abiertas. Porque era precisamente por las grietas por donde se colaba la luz para renovarlo todo.

Si algo había aprendido aquel verano, era que la mayor revolución consistía en aprender a bailar, amando, incluso en medio del fuego.

Epílogo

CRIS

Maldito momento en el que habíamos decidido viajar todos juntos como una familia feliz.

Me lavé las manos con más insistencia de la necesaria, como si el agua pudiera arrastrar también las malas decisiones. Saqué del bolso un neceser pequeño y me retoqué el colorete y el *gloss*, esperando disimular un poco la cara de cansancio. Luego, me ajusté la boina azul mientras me miraba al espejo. En un par de ocasiones, él me había dicho que me sentaba fenomenal ese color, pero seguro que ni siquiera se acordaba.

Tras soltar un suspiro, salí del baño en busca de los chicos, que esperaban pacientemente la llegada de nuestras maletas. Aproveché el tiempo muerto para intentar pillar un poco de wifi y avisar tanto a mi familia como a él.

> Ya hemos llegado. Espero que sigas vivo después de tu cena de empresa. Ya te contaré si sobrevivo al frío coreano

Le di a «enviar» y guardé el móvil en el bolsillo del abrigo. Sabía que, con el cambio horario, no iba a recibir respuesta en horas. Cuando alcé la vista, Álvaro apartó la suya demasiado deprisa y se

recolocó las gafas con un gesto torpe, casi nervioso. Seguramente lo había leído; lo conocía demasiado bien.

Me crucé de brazos y fingí muchísimo interés en la cinta de equipajes mientras pensaba en si, en realidad, una parte de mí quería que Álvaro supiera que estaba intentando salir de ese lugar absurdo en el que no éramos nada, pero tampoco conseguíamos ser solo amigos.

—Ahí están.

Los chicos se adelantaron para agarrar las maletas —tan enormes que parecía que nos mudábamos allí— y las colocaron cuidadosamente en el carro. Yo me limité a supervisar, dar apoyo moral e intentar no lesionarme antes de salir del aeropuerto.

Entonces nos encaminamos por el pasillo infinito, rodeados de carteles en hangul que me hicieron arrepentirme de todas las oportunidades perdidas de haber aprendido a decir algo más que *annyeonghaseyo*.

El aeropuerto internacional de Incheon parecía una película de Navidad con presupuesto infinito. Había árboles gigantes decorados con luces doradas, guirnaldas colgando de las columnas y villancicos sonando bajito por los altavoces.

Y no sabía si en verdad había allí miles de parejas o si mi cerebro había decidido convertirse en una especie de radar, pero mis ojos iban constantemente hacia ellas. Gente esperándose con flores, abrazos largos y dedos entrelazados. ¡Hasta parejas con ropa a juego!

Me entraron ganas de vomitar ante tanta ñoñería, pero en ese momento Álvaro bostezó de forma tan exagerada que me sacó de mis pensamientos. Le di un codazo automático.

—Pero córtate un poco.

—¿Qué? —protestó, encogiéndose de hombros—. Estoy cansado. Han sido quince horas de vuelo.

—En primera clase —respondí, escandalizada—. Un poco de respeto por el resto de los mortales que viajan como sardinas en lata.

—Ibas llorando de felicidad con el asiento reclinable y la comida gratuita —bromeó Álvaro.

—Sé apreciar los milagros cuando suceden.

—Me alegra que hayas disfrutado tanto de viajar en *business* —rio Iker, que tiraba diligentemente del carro.

—Muchísimo —reconocí con una amplia sonrisa—. De hecho, espero que Sora y tú os caséis pronto y herede tu fortuna.

Le guiñé un ojo.

—Ese es mi plan.

Se sonrojó un poco y no pude evitar sonreír. ¿Quién nos iba a decir el primer día del campamento que Sora acabaría construyendo una historia de amor con aquel chico tan sumamente complicado?

Salimos finalmente hacia la zona de llegadas, casi arrastrados por una marea de personas que parecían haberse puesto de acuerdo para volver a casa todos el mismo día. Me puse de puntillas inútilmente, tratando de encontrar a Sora entre aquella multitud de gorros, bufandas y carteles de bienvenida escritos a mano.

—¡Ah, ya la veo! —exclamó Álvaro, señalando un poco hacia la izquierda.

Primero distinguí una mano agitándose entre la multitud y luego a mi amiga.

Salí corriendo.

—¡Espera! —gritó Iker detrás de mí.

—¡Yo la conocí primero! —respondí mientras sorteaba a la gente —. ¡Así que yo la echo más de menos que tú!

Sora ya estaba riéndose antes de que llegara a ella. Nos chocamos más que abrazarnos.

—¡Por fin! —exclamó ella, que me apretó tan fuerte que casi me deja sin costillas—. ¡No puedo creer que estés aquí!

—Yo sí, porque he sobrevivido a quince horas de avión por este momento.

Dimos un par de saltitos ridículos, de esos que una siempre cree que ha dejado atrás con la adolescencia hasta que ve a su mejor amiga en un aeropuerto al otro lado del mundo. Después volvimos a abrazarnos, más fuerte todavía, como si necesitáramos comprobar que sí, que era real. Cuando por fin nos separamos para respirar, descubrimos que los chicos esperaban pacientemente a nuestro lado.

—¿Puedo saludar ya a mi novia? —preguntó Iker, con los brazos cruzados y una expresión divertida.

Me aparté con toda la dignidad que pude reunir y le hice un gesto hacia Sora, como quien cede el primer baile en una boda.

—Sí, tienes permiso —dije—. Aunque, sinceramente, sois un poco intensitos. Os visteis el mes pasado.

Observé que él sonreía como un completo enamorado y la abrazaba con infinita ternura. Sora le sostuvo la cara un segundo antes de besarlo, y hubo algo en ese gesto que me hizo removerme, incómoda.

Después de todo lo que habían pasado —el caos, las heridas, el miedo, la culpa, las huidas—, ahora eran absoluta paz. Admiraba lo

capaces que habían sido de sostener su historia de amor mientras trabajaban por sostenerse cada uno por sí mismo. Cómo su relación les había sumado en el proceso, pero nunca restado. Y encima, a distancia.

Era bonito verlo.

Resultaba bonito y profundamente irritante. Porque no pude evitar mirar de reojo a Álvaro.

Cuando Sora estaba rota por Iker en el campamento, una noche me dijo algo que todavía se me quedaba enganchado en la garganta: a veces, lo que más dolía no era lo que terminaba mal, sino lo que se quedaba a medias. Porque entonces no había cierre, solo un eterno «¿y si…?».

A ellos les había salido bien, pero a nosotros no tanto. Álvaro se había convertido en ese incómodo signo de puntos suspensivos con patas que no conseguía dejar atrás del todo, aunque estuviera disfrutando de mi experiencia en Milán.

—Estás distinta —dijo el susodicho, mientras abrazaba a mi amiga.

—¿Distinta para bien o distinta preocupante? —quiso saber Sora alzando una ceja, divertida.

Álvaro se apartó un poco para estudiarla mejor.

—Distinta bien. Más… tú.

—Eso ha sonado mejor en tu cabeza, ¿a que sí? —pregunté.

—Efectivamente. —Álvaro se ajustó las gafas—. Iba perfecto hasta que salió por mi boca.

—Lo sospechaba.

Sora soltó una carcajada.

—Pues gracias. Creo.

En ese momento, yo también observé a mi amiga. Llevaba un abrigo largo color celeste, el pelo oscuro recogido en una coleta y esa calma nueva que no tenía cuando nos despedimos meses antes. Como si por fin hubiese aprendido a habitar en sí misma. Era verdad que estaba diferente; más madura y serena.

—Lección número uno para conquistar a una chica, Álvaro… —empezó Iker, apoyando la mano en el hombro de Sora—. Mejora los piropos. Nada de conceptos abstractos.

—Lección número dos… —replicó Álvaro con retintín—. Nadie te ha pedido consejo. Además, ¿quién ha dicho que quiera impresionar a ninguna chica? Paso. Estoy disfrutando muchísimo de mi soltería.

Álvaro intentó sonreír de manera casual. Mi ser cristiano me impidió estamparlo contra la pared en ese momento. Pero, por otra parte, sentí un alivio ridículo al escuchar aquello.

—Bueno —intervino Sora con rostro ilusionado—. ¿Preparados para vivir una Navidad a quince grados bajo cero? ¿Habéis traído suficiente abrigo?

—Como para no hacerlo —comenté—. Lo has recordado mil veces.

Sora llevaba dos semanas mandando el pronóstico meteorológico diario por el grupo de WhatsApp que habíamos creado con la excusa del viaje. Como lo había abierto ella, siempre tan responsable, lo había llamado «Equipo Corea 2025». Yo había propuesto alternativas mucho más honestas, como «Malas decisiones» o «Cero responsabilidad emocional», pero, por algún motivo incomprensible, no me había hecho caso.

—Y tranquilos, si nos falta algo de ropa ya tenemos a Cris —rio Iker.

—Hemos tenido que repartir su ropa en nuestras maletas porque no le cerraba la suya —le explicó Álvaro a Sora.

—Porque soy una persona previsora —me defendí, cruzándome de brazos—. Pero como sois unos quejicas, no os pienso dejar ni una bufanda.

—Eso dices ahora. Luego te daremos pena —respondió Álvaro.

—Lo digo completamente en serio.

Le lancé una mirada de advertencia. Álvaro me la sostuvo con una sonrisa tranquila que me aceleró el pulso. Me obligué a apartar la vista.

—Bueno, ¿nos vamos? —pregunté, impaciente.

—Venga, sí —dijo Sora—. ¡Os va a encantar Corea!

Mi amiga echó a andar con la energía de una guía turística emocionada e Iker la siguió de cerca empujando el carro de las maletas. Las ruedas traqueteaban sobre el suelo brillante de la terminal mientras sorteábamos todo tipo de viajeros. Recorrimos los últimos metros hasta las puertas automáticas y entonces levanté la vista.

Al otro lado del cristal, la nieve caía en silencio.

Sora llevaba años contándome que, en Corea, la primera nieve que veías era algo casi sagrado. Que si la compartías con la persona que te gustaba, el destino hacía el resto. Personalmente, me parecía una cantidad preocupante de responsabilidad para unos cuantos pedacitos de agua congelada.

Pero estando allí plantada, a punto de salir del aeropuerto, pensé que quedaban dos semanas por delante. Dos semanas de amigos, de rutas en tren y en coche, de ciudades iluminadas, de comida

nueva. Pero también de recuerdos viejos, conversaciones pendientes y heridas que aún continuaban abiertas.

Quince días podían dar para mucho.

Al fin y al cabo, dicen que en Navidad el amor está en el aire. Aunque yo, sinceramente, esperaba no atragantarme con él.

Agradecimientos

Cuando tenía quince años, terminé mi primera novela de fantasía. La escribí a mano en una libreta que todavía conservo, desde la última fila de clase, mientras atravesaba una depresión y sufría acoso escolar. Uno de los motivos, aunque parezca increíble, era ser cristiana.

Los libros siempre habían estado en mi vida. Pero aquel año descubrí que la escritura podía ser ese refugio al que volver cuando el mundo dolía demasiado. Escapar a otras realidades me proporcionaba las fuerzas necesarias para seguir afrontando la mía. Las palabras se convirtieron en el vehículo para sacar fuera todo aquello que no sabía decir de otra manera. Y entendí, quizá sin saber ponerle nombre todavía, el poder que tiene una buena historia para sostenernos, cuidarnos y recordarnos que no estamos solos.

Seguí escribiendo: *fanfics*, relatos, distintas novelas… que acabaron guardadas en un cajón porque, durante mucho tiempo, escribí solo para mí. Después llegaron mis primeros libros de ensayo teológico, unas páginas nacidas de la fe, de las preguntas y de la vida. Pero jamás imaginé que un día estaría cumpliendo este sueño: publicar una novela. Una novela, además, que habla de Amor, en mayúsculas.

Así que, primero, doy gracias a Dios. «Sabemos que a los que aman a Dios, todo les sirve para el bien» (Rm 8,28). Y aunque mi vida no siempre ha sido fácil, también ha estado llena de regalos. Todo lo vivido, incluso aquello que dolió, me ha traído hasta aquí, a este momento, a escribir estas líneas. Gracias, Dios, porque sé de verdad que caminas conmigo. Gracias porque Tú eres ese Amor. El Amor que salva, que restaura, que permanece. El amor que hace florecer esperanza en las grietas. El Amor que revoluciona el mundo.

Gracias a mi familia, que fueron los primeros en enamorarse de la historia de Iker y Sora.

A mi marido, que vuela alto conmigo y me ama sin condiciones. Gracias porque cada día me enseñas lo que significa amar de verdad: en la incertidumbre, en las dificultades, en los días bonitos y también en los que pesan un poco más. Gracias por creer en mí incluso cuando yo dudo. Gracias por todos los sacrificios que haces —también los que nadie más ve— para que yo pueda encontrar tiempo, silencio y espacio para escribir. Esta historia también existe porque tú has estado ahí.

A mi madre. Porque si alguien revoluciona el mundo con amor, es ella. Gracias, mamá, por llevar amor a tantas personas que lo necesitan. Por enseñarme que amar no siempre hace ruido, pero siempre deja huella. Gracias también por tu *feedback* emocionado en cada capítulo y por llorar leyendo esta historia en el autobús mientras la gente te miraba raro.

Gracias a mis hermanos de comunidad: Cristi, Ángela, Paula, Dani y Benji. Muchos de estos personajes están inspirados en vosotros —y lo sabéis—, no solo porque admire profundamente quiénes sois, sino porque quería dejaros, de alguna manera, dentro de esta

historia. Hay nombres, gestos, frases, formas de mirar la vida y de querer que nacen de lo que he aprendido a vuestro lado. Gracias por apoyar todos mis proyectos —que no son pocos—, por escucharme hablar de sueños imposibles y por estar siempre cerca. Porque cuando levanto la vista en una presentación o en cualquier momento importante, sé que vais a estar ahí.

Gracias especialmente a Ángela y a Nina, que leyeron los primeros borradores de esta historia, se emocionaron con Sora e Iker y me regalaron un *feedback* valiosísimo. Gracias por mirar a mis personajes con cariño y por ayudarme a crecer.

Gracias a mi amiga Clara, mi hermana mayor. Los que te conocen te reconocen en este libro. La hermana Teresa nació con muchos rasgos tuyos: tu luz, tu alegría, tu forma limpia de mirar la vida, tu confianza en Dios, tu sencillez. Esa manera tan tuya de estar, de acompañar, de hacer hogar. Ah, y también tu risa, que siempre me contagia a mí. Todo el mundo debería contar con una Clara en su vida, y qué suerte la mía de tenerte.

El campamento sobre el que escribo en esta historia está inspirado en mi propia experiencia dentro del movimiento Misioneros de la Esperanza (MIES), del que formé parte durante doce años. Aunque hoy nuestros caminos sean distintos, sigo sintiendo ese campamento como una parte importante de mi historia y de mi camino de fe. Allí crecí, lloré, sané, me enamoré, me rompieron el corazón y fui descubriendo a Dios verano tras verano, entre oraciones, canciones, juegos, veladas y conversaciones que todavía permanecen conmigo. Muchas de las escenas de esta novela nacen precisamente de esos recuerdos. Gracias a todas las personas que, durante años,

entregaron su tiempo y esfuerzo para levantar aquellos campamentos en los que participé.

Gracias a mi editora, Marta, a quien considero un verdadero regalo. Siento que este libro también te pertenece un poco. Han sido muchas las llamadas, videollamadas y mensajes de WhatsApp perfilando cada detalle de esta historia, buscando la palabra justa, desbloqueando escenas, cuidando a los personajes y tratando de llevar este libro al lugar al que merecía llegar. Creo sinceramente que, si no hubieras estado, esta historia no habría quedado igual. Tu pasión sincera ha sido un privilegio enorme.

Gracias a todo el equipo de Penguin Random House. Me he sentido en casa desde el minuto uno. Gracias a Toni, Irene, Inma, Rita, Anna y Rosa, porque sé que han vivido este libro con pasión y han trabajado con mucho amor. Porque si «Iker es uno más en la oficina», como me dijisteis, significa que habéis creído tanto en esta historia como yo. Gracias también a Sebastià Martí por ilustrar la portada tan bonita.

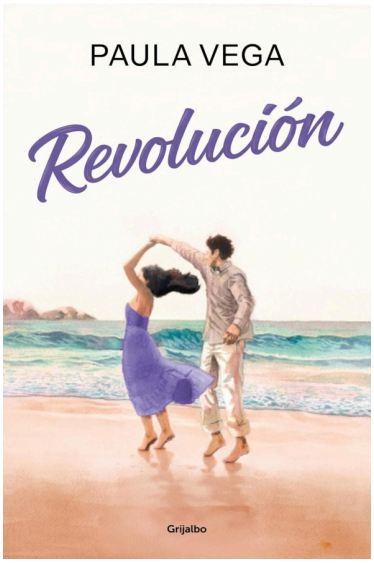
Gracias a Hakuna Group Music y a Javier Portela por permitirme utilizar sus canciones en este libro. Siempre he vivido la música como una parte esencial de mi manera de estar en el mundo y de relacionarme con Dios; por eso, desde el principio supe que algunas canciones tenían que acompañar también esta historia.

Gracias a ti, lector, que sostienes este libro entre las manos. Espero de corazón que esta historia te haya emocionado, acompañado y quizá también enseñado algo. Si Sora e Iker se han quedado contigo, me haría muy feliz que lo compartieras con otras personas. Para quienes escribimos, no hay regalo más grande que saber que un libro sigue viajando más allá de nosotros.

Ojalá sientas estas páginas como una invitación a unirte a esta pequeña gran revolución: la revolución del amor. Y ojalá, al cerrar este libro, te quedes con la certeza de que no hay nada más valiente, más urgente ni más revolucionario hoy en día que Amar.

Paula Vega @llamameyumi
llamameyumi.com

Hay historias que te cambian la vida.
Esta es una de ellas.



Sora tiene dos grandes pasiones: el baile y el campamento de voluntariado al que acude desde hace cinco veranos. Sin embargo, este año debe asumir el rol de coordinadora, y la presión para que todo salga perfecto amenaza con desbordarla. Iker ha perdido toda esperanza en el futuro. Obligado a cumplir servicios a la comunidad tras una imprudencia, llega al campamento roto y lleno de rabia. Lo último que quiere es pasar el verano con un grupo de jóvenes con los que no tiene nada en común.

Entre jornadas de duro trabajo, paseos por la playa y amistades inesperadas, ambos darán los primeros pasos para acercarse, aprender a bailar en armonía y descubrir que el Amor siempre tiene la última palabra.

Con una voz fresca y sin complejos, Paula Vega nos regala una historia sorprendente y repleta de esperanza.

Amar es la única revolución que lo cambia todo.

Paula Vega (Málaga, 1995), conocida en redes como @llamameyumi, reúne una comunidad de más de 90.000 seguidores alrededor de una mirada creyente sobre la vida. Con una sólida formación en Teología, ha impulsado cursos, retiros y conferencias en diversos países. Cuenta, además, con una larga trayectoria en marketing y comunicación, vinculada a proyectos como la serie *The Chosen*, y se ha consolidado como autora de ensayos de temática cristiana, entre ellos *Mujeres bíblicas* (La Esfera de los Libros, 2026). *Revolución* es su primera novela.

Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Paula Vega
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Sebastià Martí

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7540-8

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Revolución

Primera parte. Primer paso

1. Iker
2. Sora
3. Iker
4. Sora
5. Iker
6. Sora
7. Iker
8. Sora
9. Iker

Segunda parte. Ritmo

10. Iker
11. Sora
12. Iker
13. Sora
14. Iker
15. Sora
16. Iker
17. Sora
18. Iker
19. Sora

Tercera parte. Compás

20. Iker
21. Sora
22. Iker
23. Sora
24. Iker
25. Sora
26. Iker
27. Sora
28. Iker

29. Sora
30. Iker
Cuarta parte. Armonía
31. Sora
32. Iker
33. Sora
34. Iker
35. Sora
36. Iker
37. Sora
38. Iker
39. Sora
40. Iker
41. Sora
Epílogo. Cris
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Paula Vega
Créditos